

LA CHICA DE SERVICIO

2

POSÉEME



PATRICIA GELLER

PATRICIA GELLER

Poséeme

La chica de servicio N°2

Esencia

Sinopsis

Gisele ama a Matt con locura, pero no puede evitar sentirse insegura ante la precipitada decisión de casarse con el hombre que ha sido su jefe y con el que ha mantenido un romance en secreto. A su lado nada resulta fácil, y sus bruscos cambios de actitud la tienen muy confundida.

Ella sigue creyendo en todas las promesas que un día le hizo, segura de que lo suyo podía funcionar, por lo que cuando el pasado de Matt vuelve para atormentarlo y cuestionar la confianza hacia su mujer, ésta no dudará en buscar unas respuestas que Matt sólo le dará cuando esté a punto de perderla.

Ahora que Gisele sabe a lo que se enfrenta, ¿serán suficientes la pasión, el deseo y el amor para soportar los giros de su relación? ¿O será necesario algo más, algo que marque un antes y un después en sus vidas?

Autor: Geller, Patricia

©2014, Esencia

ISBN: 9788408133346

Generado con: QualityEbook v0.75

Poséeme

Patricia Geller

Índice

Portada

Dedicatoria

1. Llena de miedos

2. Los nervios

3. Mía

4. Nuestro refugio

5. El pasado

6. Volviendo a las andadas

7. Disfrutando juntos

8. La vuelta

9. El secreto

10. Lucha tras lucha

11. ¿Puedo perderte?

12. Separados

13. Confesiones dolorosas

14. Días complicados

15. Reconquista y seducción

16. La frase

17. Unidos

18. Un doloroso descubrimiento

19. La verdad

20. Confesiones dolorosas

21. Confusión

22. Reflexión

23. Lo sucedido

24. Un tiempo

Matt
Sobre la autora
Créditos

*Me gustaría dedicarles este proyecto tan especial para mí
a los seres queridos que forman parte de mi día a día:
mis hijos y marido, mi madre y mis hermanos, por la paciencia
y el apoyo que me han demostrado a lo largo de esta aventura.
Y a toda mi familia.*

1



Llena de miedos

La humedad del frío de octubre me despierta tras una pequeña siesta, me vuelvo y miro la hora en el móvil: ya son las siete de la tarde... Estoy inquieta, hoy es un día en el que no sé qué esperar por lo extraño que se presenta.

Aún me parece mentira que el tiempo esté acosándome de esta forma, cada segundo que pasa me siento más nerviosa; acojonada es la palabra. En las últimas dos semanas he perdido tres kilos, algo que no es habitual en mí, pero apenas pruebo bocado por el agobio y el estrés de las idas y venidas. Como hoy, al volver a Málaga...

Los incesantes preparativos. Las familias preocupadas por mi inestabilidad, que hoy confío saber controlar.

Aprovechando la soledad de que gozo, me quito la ropa y me doy una duchita caliente, relajándome a medida que el agua va resbalando por mi cuerpo y me froto con gel de coco.

Por el momento estoy sola y, olvidándome de lo que está a punto de empezar, me impregno del aislamiento que tanto anhelo.

«Gisele, todo saldrá bien», me digo una vez más, un día más.

Cuando ya he concluido el delicioso baño, me envuelvo en la toalla y toco el vestido que descansa en la silla de la habitación, en la casa que Scott conserva en San Pedro de Alcántara. La ropa me la ha escogido Noa, que está muy puesta en moda desde su noviazgo con Eric.

Es hora de salir, de deleitarme durante mis últimas horas de soltería. Y, sin querer, se me escapa una carcajada descontrolada que brota desde lo más profundo de mi ser: la histeria es mi nueva amiga.

¡A por ello!

Me visto y, al acabar, compruebo el resultado. Repaso mi imagen en el espejo y por enésima vez no me reconozco. Noa me ha ayudado a peinarme para la ocasión... y me da apuro explicarle que éste no es mi estilo. Rizos en el cabello, vestido azul corto a juego con los zapatos de tacón, escote palabra de honor y chaqueta blanca. Me río al imaginar la cara de Matt; si me ve, sé que se morirá. Voy provocativa y sensual, no en exceso, pero conociéndolo, sí para él.

—Gis, soy Noa otra vez, ¿puedo pasar?

—¿Lo preguntas? Anda, entra.

Mi amiga se cuele con una sonrisa espléndida en los labios; últimamente se la ve muy tranquila. Con Eric va superando baches y su rostro lo refleja, junto con la alegría por su futura maternidad. Su cuerpo va cambiando poco a poco.

—Estás preciosa, el vestido te queda perfecto. —Se sienta a mi lado y me coge las manos entre las suyas—. Tienes que descansar, Gis. El no dormir te está pasando factura.

—Las pesadillas son continuas... me agobio.

—No debes estar tan preocupada, todo saldrá bien —me anima al verme temerosa—. Ya lo verás... ¿Qué piensas, por qué estás tan perdida?

—Estoy asustada, no sé si me estoy precipitando. Me da pánico que nos salga mal. Si pierdo a Matt... —Hago una pausa, de nuevo el nudo en la garganta que me deja sin aire—. Sabes que lo amo, pero siento que aún es pronto para este paso que estamos a punto de dar.

—Quizá no lleváis mucho tiempo, cierto... Pero apenas hace dos semanas que has aceptado, ¿te arrepientes?

Busco las palabras adecuadas para no transmitir dudas o que mis palabras sean malinterpretadas. El proceso se ha acelerado mucho más de lo que yo creía en un principio y ahora estoy tan insegura...

—Noa, el 20 de julio Matt me pidió que fuera su mujer. Después de lo sucedido con mi familia, le supliqué más tiempo. Necesitaba ver que estábamos bien, que él iba aprendiendo a controlarse y que yo estaba preparada para una boda, ya sabes que las aborrezco. —Mi amiga asiente y yo me río ante mi encrucijada—. Hace poco más de dos semanas, se lanzó de nuevo y yo tenía dudas, dado su comportamiento, pero aun así... ¡le dije que sí y enseguida va a haber boda!

—Entiendo, esperabas tener más tiempo para los preparativos, ¿no?

—Vamos a la carrera y no sé...

Noa suspira tiernamente y, con ese gesto dulce que suelen tener las embarazadas, me aprieta las manos.

—Él te ama y lo ha demostrado con su actitud, aunque esté desesperado. Tú sabes que opino que debes arriesgarte, más que nada por las presiones a las que habéis estado sometidos últimamente... Deseo que estéis en vuestra casa, sin permitir que nadie diga una sola palabra al respecto. —Noa sabe despejar mis temores, al menos momentáneamente, dadas las circunstancias—. Has calmado a tu padre y entre vosotros las cosas van muy bien.

—No te preocupes, estoy tonta, lo sé. —Intento relajarme, basta ya de idioteces, ¿no?—. En estos tres meses, Matt me ha demostrado mucho, sí... Estoy sorprendida, su carácter no es fácil.

—Venga, deja ya de pensar y termina de maquillarte —me alienta Noa dándome unas palmadas en la rodilla—. Te espero fuera, que en nada nos vamos.

—Vale...

No puedo seguir permitiendo que mis miedos me impidan disfrutar de los días que estoy viviendo. ¿Por qué este terror si Matt y yo estamos más unidos y somos más cómplices que nunca?

Hoy, 27 de octubre, estoy a punto de salir hacia mi despedida de soltera... Sí, y dentro de dos días, el 29 a las doce de la mañana, Matt y yo seremos marido y mujer.

Recuerdo con claridad su insistencia hace apenas unas semanas, su nerviosismo, mi diversión

al verlo, y vuelvo a emocionarme. El 10 de octubre me invitó a cenar, a una cena tranquila, sin secretos, y me ofreció el anillo, haciendo que me diese un vuelco el corazón.

—Nena, me pediste cambios y creo que los estoy haciendo —empezó a decir con cautela, de rodillas, a mi lado. Yo tenía la vista nublada, ¿se podía ser más insistente?—. En estos tres meses he soportado no vivir contigo, permitiendo los reproches telefónicos de Michael y... no puedo más. Te quiero en mi casa, en mi día a día y a todas horas.

«Oh.»

—Campbell —me burlé, pasándole las manos por el pelo—. ¿Adónde quieres llegar?

—Cásate conmigo —imploró con la voz rota. Sacó el anillo de su estuche y, sin dejar de mirarme a los ojos, esperó mi respuesta—. ¿Quieres ser mi esposa, Gisele Stone?

No quería llorar, pero era tan hermoso...

—Sí, Matt... Claro que quiero.

Lo vi emocionado, al borde de las lágrimas, e, impaciente, deslizó el anillo en el dedo anular de mi mano izquierda. Seguidamente, me abrazó y besó con la inquietud que lo dominaba en los últimos meses.

—Dos semanas —susurró entre beso y beso, riendo como a mí me encanta—, ni una más.

—¿Dos? —repetí acelerada, sujetándolo de la camisa. Me iba a dar algo—. ¿Cómo vamos a organizarlo en tan poco tiempo? Quizá debamos darnos tres meses, todo será...

—Déjame a mí —dijo, cubriendo mi rostro de delicados besos—. Tendrás la boda que te mereces.

Y ha cumplido su palabra. Para mi sorpresa, le pidió a su familia que lo fueran organizando todo desde Málaga y que se desplazasen a Madrid unos días para prestarme su ayuda con el vestido, que ha diseñado Karen, la madre de Matt.

No me han agobiado nada y se han encargado a distancia de lo necesario, llamándome para informarme. Cuando el vestido estuvo listo, fueron a Madrid para que me lo probase. Del peinado se encarga Roxanne, mi futura cuñada. Su relación con Matt es ahora más fluida, y conmigo se muestra bastante cordial.

Desde que le pedí a Matt una tregua en julio, no sé cómo lo ha hecho, pero está más controlado y duerme mejor. No se lo ve tan cansado y suele desaparecer a veces diciendo que lo necesita para su tranquilidad. Y lo cierto es que su transformación se está produciendo.

Dominar sus extraños impulsos veo que sigue siendo para él una lucha, pero sus cambios de humor son menos bruscos... y apenas los tiene. Está diferente y más tranquilo, aunque celoso y posesivo por igual... Suspirando, me planto frente al espejo. Dentro de una hora he quedado con mi madre, Emma, Noa, Karen y Roxanne... ¡fiesta!

Me maquillo en tonos claros y suaves recordando el reportaje en el que posé para Diego. Disfruté mucho al hacerlo, me sentí cómoda desde el principio y, aunque Matt no dejó de mostrarse pesado en cada detalle, poco a poco se va amoldando a mi estilo de vida e incluso me acompaña en los proyectos...

Tanto me complace, que en el viaje a Nueva York, antes incluso de su petición de matrimonio, decidimos cambiar radicalmente de planes.

Yacíamos en la cama, tras las intensas horas del reportaje. Matt, atento y cariñoso después de

que yo lo hubiese perdonado tras la disputa con mi familia... a la que, por supuesto, tuve que aclarar la situación: Matt había prometido ser menos impulsivo y, de cumplirlo, en poco tiempo sería su mujer.

Mi padre volvió esa misma mañana a Lugo hecho una furia, arrastrando a mi madre con él y, aunque me dolió, no me derrumbé. Matt tuvo su castigo y mi padre el suyo por su enfrentamiento sin sentido. No podía seguir disponiendo de mi vida como le placiera y arremetiendo contra Matt... recurriendo además a Álvaro, mi exnovio.

Mi hermano Scott, también estaba más pacífico y me apoyaba, aunque con dudas y consejos, ya que Matt cada día le gusta menos.

—Matt, he estado pensando mucho una cosa —le dije mientras estábamos en la cama—. Me parece injusto llevarte conmigo a Lugo, cuando tus lugares de trabajo están en Madrid, Málaga y Nueva York. —Trazaba dibujos en mi espalda desnuda, estudiándome con atención—. Me quedaré contigo donde decidas, pero tengo condiciones...

—Dilas —contestó secamente.

—Scott se viene conmigo y viviré con él hasta que demos el paso. —Cerró los ojos y se aferró a mí con más fuerza—. Será poco tiempo, ya verás. Scott quiere progresar y no seguir trabajando de chófer. Ha estudiado Administración de Empresas, haría cursos extra si fuera necesario, y he pensado que podrías hacerle un hueco contigo, ya que no encuentra nada... Que pudiese aprender el trabajo a tu lado sería perfecto.

Matt seguía mudo.

—Abre los ojos y dime algo.

—Te alejas de mí, ¿qué quieres que te diga? —respondió enfadado. Notaba la tensión en su cuerpo, cómo se controlaba—. Estoy acostumbrado a pasar las noches contigo, me has pedido tiempo para pensar, ¿y ahora me prohíbes vivir a tu lado?

—Te doy tiempo a ti también, Matt. Para que pienses y aprendas a controlar eso de dar puñetazos cuando las cosas no salen como tú quieres. Me lo has prometido y yo estoy a tu lado para apoyarte... —Le di un beso, recordando su desesperación en la cena de dos días atrás—. Quiero que lo nuestro funcione y para ello tiene que haber pautas, aunque estemos un poco más de tiempo separados. Podría mandar solicitudes a las universidades de Madrid, no me importaría estudiar allí. De esta forma ambos podríamos conseguir nuestros objetivos. Y no tendríamos por qué irnos de España.

Me miró con una sonrisa deslumbrante, que hizo desaparecer de inmediato de su rostro cualquier signo de malestar anterior ante mis proposiciones.

—Lo habías pensado, ¿verdad?

Jugueteaba con nuestros pies desnudos entrelazados y afirmó.

—Sí, pero no quiero presionarte. Si prefieres Lugo, allí iremos. Recuerda que buscamos tu bienestar y tu felicidad. En cuanto a la distancia, déjame convencerte.

Sonreí y me senté a horcajadas sobre él. Minutos antes, había terminado nuestra primera ronda. Era una locura lo que despertaba en mí, en ese momento pese al cansancio.

—Golosa, señorita Stone...

—Es usted un dulce muy tentador, señor Campbell —repliqué coqueta—. Miremos lo de las universidades. No me importa, de veras. Sé que a estas alturas es difícil encontrar un hueco, pero podemos intentarlo... Aunque la casa de Lugo...

Matt me observaba pensativo, acariciándome la cintura.

—La dejaremos, no hay problemas —susurró incorporándose y besándome los labios, el cuello. Me sacudí al sentirlo duro de nuevo y tan grande, Dios—. Déjalo en mis manos, yo me encargo de la matrícula. Tal vez tengamos suerte y haya alguna plaza libre, no te preocupes.

—¿Y respecto a los planes de Scott?

—Ahora no.

Asentí ansiosa, acariciándole los hombros, dejándome llevar por sus carantoñas y caricias, más efusivas al saber que a la vuelta nos veríamos a diario, pero con más espacio.

Pensar en la casa de Lugo me daba nostalgia; un lugar donde no habíamos vivido y teníamos que dejar, pese a gustarme tanto la que me mostró en el catálogo.

Un mes más tarde, Matt, Scott y yo nos trasladamos a Madrid y empezamos una nueva aventura. Matt insistiendo en que fuese a vivir con él y Scott cediendo poco a poco. Con rencor mutuo por parte de los dos... pero Matt decidió incorporarlo a su empresa, dándome gusto una vez más.

—Lo hago por ti, Gisele, no lo olvides —me dijo—. Estará en el departamento de Administración. Pero te recuerdo que pides demasiado y que ya no soporto más estar tantas noches sin dormir contigo.

El 20 de octubre llegaron mis padres, tras haberles comunicado tan sólo dos días atrás que Matt y yo nos casábamos.

—¿Tan rápido? —preguntaron.

Lo mismo me decía yo. Pero dejando a un lado el enfrentamiento de mi padre con Matt, por fin las familias pudieron conocerse. Quedamos para cenar en un restaurante caro y refinado de Madrid y todo fue bastante bien, aunque al principio la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¿Ves? Esto es lo único que yo necesitaba —me dijo Michael, mi padre—, que te diese tu lugar, como corresponde, y no venir a enseñarme y engañarme con un anillo para una boda a largo plazo. Porque y mientras, ¿qué? Tu reputación de boca en boca —añadió, poniendo nerviosos a los padres de Matt.

Lo miré con recelo por su postura tan egoísta. Aunque Matt le había dado un puñetazo, con los días entendí que quizá él se lo había buscado, al desafiarlo y mentirle sobre Álvaro.

—Sigo enfadado con Matty —prosiguió mi padre—, aunque por fin parece que se va encarrilando y, por lo que puedo ver, está más tranquilo. Sólo quiero advertirle...

—Papá, déjalo ya —lo interrumpí—. Quiero pasar una velada tranquila. No os veo desde julio y... en fin, no volvamos sobre situaciones pasadas. No más presión.

Con semblante serio, Matt entrelazó sus dedos con los míos y yo le sonreí. Estaba tan guapo, con esos ojos verdes suyos, casi transparentes.

—Tú quieres boda y Matt quiere boda —seguí diciéndole a mi padre—, no entiendo a qué viene tanto drama. Finalmente hemos llegado a un acuerdo, ¿no es así?

Pero entonces, Matt llamó mi atención con preocupación, inquieto. ¿Cuál era el problema? Estaba harta de las batallas de palabras entre mi padre y él, un verdadero fastidio.

—¿Y tú, Gisele? ¿No la quieres tú? —me dijo. Su pregunta me desconcertó—. Hablas de lo que tu padre o yo deseamos. Has aceptado mi petición de matrimonio, ¿no estás segura?

Todos me miraron. ¡Menuda pregunta!

—Claro que sí —respondí sin apenas voz, jugando con la comida—. Era una manera de

hablar. Por supuesto que quiero casarme contigo, de lo contrario no lo haría y no me importaría nada lo que dijera nadie... Ni siquiera mi padre.

Karen y William, mis futuros suegros, sonrieron con orgullo. Mi amiga Noa, que estaba también invitada como novia de Eric, el hermano de Matt, me guiñó un ojo y mamá chocó los cinco conmigo, ya que ella, después de nuestras conversaciones telefónicas, había ido cogiéndole cariño a Matt: toma ya...

Scott y Roxanne estaban raros. No sé si tras pasar mucho tiempo juntos, habían terminado odiándose... No se miraban ni se hablaban, pese a estar sentados el uno al lado del otro.

La cena terminó en brindis... Papá y Matt por lo menos se hablaban.

Esta misma mañana hemos llegado Matt, mi familia y yo a Málaga, donde ambos decidimos que se celebrara la boda. Y, aunque tengo que perder dos días de universidad, ¡el motivo lo merece! Cuando acabo de maquillarme, vestida y preparada, cojo el bolso y, cuando estoy a punto de salir, suena mi iPhone... obsequio de Matt. ¡Es él! Hoy casi no nos hemos visto y no estamos acostumbrados.

—¡Hola! —respondo emocionada—. ¿Cómo está lo más bonito de mi mundo?

—Pareces animada... La despedida de soltera, ¿no?

Uy, ya está celoso.

—¡Claro! Cuéntame, cómo estás tú.

—Te echo de menos, Gisele. Quiero verte.

—Yo también. —Estúpidas normas de su madre y la mía—. Mañana será un día largo y debemos tener paciencia. Karen y mi madre dicen que le dará más expectación al momento si nos encontramos en el altar... ¿Por qué no complacerlas, con lo ilusionadas que están?

—Lo llevo fatal, no puedo más.

—Yo hoy peor... —admito—. Pero ya no queda nada.

—Sabes que no haré caso de insensateces como ésta. Mañana a primera hora voy a verte —me advierte—. Hoy apenas hemos coincidido una maldita hora y esta noche te vas de fiesta... sin mí...

Resoplo. Me exaspera y me enloquece. ¡Qué hombre!

—Yo también estoy cansada del viaje. Por otro lado, Campbell, te recuerdo que sólo seremos mujeres.

—Por supuesto. Dime, ¿estarás muy lejos del centro de Málaga?

Es mi detective particular.

—Iremos a Marbella, al Bono's Beach. Tu madre y la mía lo han propuesto y no he podido negarme.

—Se están pasando de la raya. Ten cuidado y no llegues tarde. —Oigo su suspiro apesadumbrado—. ¿Qué llevas puesto?

«Oh, no.»

—Ejem... un pantalón —miento para no torturarlo—. Tú disfruta de la noche, de tu penúltima noche como soltero. ¿Contento?

—Bien, muy bien lo de que lleves pantalón. Dime, ¿a qué hora te veré mañana?

—Matt, ¿otra vez?

—Gisele, me importa muy poco si nos han puesto normas. Cuando nos encontremos ante el

altar, será igual de especial si te veo mañana como si no. Esto sólo conseguirá frustrarme y no es lo que quiero en estos días, estoy muy ilusionado. Dime a qué hora.

Su respuesta me da que pensar. Hace unos días que he percibido cierto cambio de humor en él. Quizá la boda o los nervios de ver tan cerca el día, no lo sé, pero me inquieta lo irritable que parece.

—Matt, ¿todo bien?

—Gisele —responde—, ¿esquivas mi pregunta?

¿Y él la mía? ¿Nos estamos obsesionando en la recta final?

—Mañana te aviso. Eres un cabezota.

—Un cabezota que te ama, lo sabes. —Se me eriza el vello al oírlo. No me acostumbro a ese amor tan posesivo y a veces ilógico que siente. Evita ser romántico, ¿creerá que no lo es?—. Ya no puedo más y no duermo teniéndote tan cerca y a la vez tan lejos, Gisele. Me he acostumbrado a ti por las noches, a tu calor, y la espera se me hace interminable.

Otro detalle que me descoloca. Dormía bien y ahora me acaba de decir que vuelve a estar inquieto por las noches...

—Tenemos toda una vida para estar juntos, Matt.

—Lo sé...

—¿Lo sabes? —repito, confusa por su tono de voz—. Matt, cuéntame qué pasa.

Entre los dos se hace un breve silencio, en que lo oigo titubear y respirar, hasta que por fin dice:

—Aún no ha llegado el día, podrías arrepentirte.

Mierda. ¿Otra vez con eso?

—No, Matt, no volvamos atrás. —Trago con dificultad—. Todo va demasiado deprisa, tu madre y la mía han organizado la boda con mucha ilusión... pero a lo grande, algo que me pone histérica. Esto es lo único que me desagrada del asunto.

—Te he notado inquieta desde la noche en que me dijiste que sí.

—También tú lo estás.

—Por motivos muy diferentes a los tuyos —me replica alterado—. Yo estoy nervioso porque ya quiero sentirte mía, en mi casa y en mi día a día... A ti, en cambio, te dan pánico las bodas, mejor dicho, tu boda. —Acierta en el centro de la diana, pero no lo preocuparé sin motivo, el paso está dado—. Gisele, háblame.

—No voy a huir, si es lo que te atormenta. Jamás haría algo así... Tengo que colgar, ya es hora de irme. Te amo.

Su mutismo me indica que está descontento con mi respuesta, un tipo de reacción nueva tras yo aceptar su anillo. Un anillo que no puedo quitarme del dedo o, según él, sería una forma de romper el compromiso.

—¿Matt?

—Yo más... Cuídate esta noche y no te olvides de mí.

—¿Cómo hacerlo?

—Te quiero, te veré pronto.

Dejando a un lado el estrés al que estamos sometidos, me reúno con las demás, que me esperan impacientes. Dos horas más tarde, las copitas que hemos tomado le están haciendo efecto incluso a Karen, que salta y baila en medio de la pista. Noa, aunque animada, es la única

que no bebe por su embarazo.

—Ya voy.

Le hago señas y me pido otra copa, mientras apago el móvil, pues Matt insiste en ponerse en contacto conmigo. Más de cinco llamadas perdidas en la última media hora, para luego llamar a su madre y molestarla con preguntas que no son apropiadas para la fiesta de la que gozamos.

—Buenas noches —dice a mi lado un hombre rubio y de ojos azules, con la mirada fija en mí—. Espero que no le moleste que me tome una copa cerca de usted.

Niego con la cabeza, despreocupada, bebiendo de mi copa.

—Me llamo Andy Gonzales —se presenta él y, sin saber por qué, me provoca recelo e incomodidad—. ¿Y usted se llama?

—Gisele Stone... Es un placer Andy —murmuro sin ganas. Percibo cómo intensifica su inspección—. Lo siento, pero tengo prisa, estoy en mi despedida de soltera y mi grupo me espera...

—La prometida de Campbell, lo sé. —Arqueo una ceja con gesto inquisitivo, pero él me aparta la mirada—. Todo el mundo está enterado de la boda y te conocemos a través de él. Campbell se deshace en halagos cuando habla de ti.

Oh, mi romántico que rechaza serlo.

—¿Os conocéis?

—Él me conoce. Sabe quién soy, sí. —Sonríe alzando su copa—. Por que tengáis un matrimonio feliz.

—Gracias...

Yo no lo acompaño en su brindis, pero pregunto:

—¿Desde cuándo os conocéis?

Me descoloca cuando fija su mirada nuevamente en mí. Su expresión es extraña y el interés con que me observa me inspira desconfianza. ¿De qué conocerá a Matt?

—Hace algún tiempo —contesta—. Me hace muy feliz que se quiera casar. La verdad es que sí.

Asiento, mordiéndome el labio mientras desapruero su actitud enigmática, que se va transformando con cada frase suya.

—Gracias y hasta pronto, Andy.

—Sí. Hasta pronto.

Restándole importancia, me uno a las chicas y veo que Roxanne no se ha perdido detalle de mi conversación con el desconocido. No puedo creerlo, ¿es tan posesiva como Matt? ¡Qué tontos los hermanos Campbell!

—¿Qué sucede, Karen?

—Cielo, Matt ha vuelto a llamar. Pero no te preocupes, le he dicho que estás bien y me da la sensación de que se ha quedado más tranquilo. —Todas parecen divertidas con la situación. ¡Menuda gracia!—. Estás muy seria, ¿va todo bien?

—Sí, muy bien, pero dile a mi madre que deje de reírse. No encuentro dónde está la gracia de tanta llamada... En fin, voy al baño; enseguida vuelvo.

—Espera, Gis, voy contigo —dice mi amiga Emma, que camina tambaleándose—. Todo me da vueltas, ¡qué bien lo estoy pasando!

Joder, hemos estado a punto de caernos.

—Te has pasado con la bebida —la regaño—, estáis todas fatal.

—Me voy a refrescar.

—Venga, entra.

Entro con ella en los servicios y a los pocos segundos la oigo vomitar en uno de los retretes. ¡Dios! Menos mal que, al ser jueves, el lugar está desierto.

—Qué pálida estás —me digo en voz alta, mirándome en el espejo—. Vamos a dar color a estas mejillas.

Abro mi bolso y rebusco en él, pero un sensual susurro en mi oído me sobresalta y me baja la tensión de golpe:

—Me ha mentido, señorita Stone, no lleva pantalones.

¡Matt! Oh, joder y joder. ¿Qué es esto?

—Mírame —pide y, poniéndome de cara a él, me levanta el mentón—. Explícame por qué lo has hecho.

Subo la mirada por su cuerpo antes de llegar a sus ojos. Está tan guapo con traje negro, el cabello engominado y los ojos oscurecidos. Tan enfadado que impone y a la vez atrae.

—Hola, Matt. —Tonta, juego con su corbata—. He pensado: ¿para qué atormentarlo?

—Gisele...

—Matt... —imito su tono de advertencia, trazándole círculos en el pecho—. No te atrevas a reprocharme nada. ¿Acaso no te gusta el vestido?

—¿Es una diversión para ti torturarme?

—¿No estoy guapa, Campbell?

Se aparta y me examina con ojos desencajados; yo, desafiante, no me achanto. Mentir no está bien, pero precisamente quería evitar una movida como ésta. Y ¿qué hace él aquí? ¿Espiar-me?

—Entra ahí. —Con el dedo, señala uno de los cubículos—. Gisele, entra ahora.

—No —respondo, con los brazos en jarras—. ¿Qué haces aquí?

Y con su nuevo escrutinio, me hace arder. ¡Oh, Dios, quiero comérmelo! Me apoyo en el lavabo, provocándolo y seduciéndolo. Atrayéndolo a mi terreno.

—¿Qué hago aquí? ¿Me preguntas qué hago aquí?

—Te pregunto qué haces aquí, sí. Es nuestra despedida de solteros. Pero separados, ¿recuerdas?

—Me has mentido, preciosa.

—Sólo un poco —replico—, y te he hecho una pregunta.

—Entra ahí que te lo voy a explicar. —Niego con la cabeza y cruzo las piernas, pasándome la lengua por los labios—. Gisele, no empecemos con los juegos.

—De acuerdo, no empecemos, pero si entro ahí contigo, voy a querer jugar demasiado. —Veo que su humor mejora, se ríe y hace muecas divertidas, sujetándose por la cintura—. Señor Campbell, estoy hambrienta... Estás muy, pero que muy tentador.

—Eres una descarada y una perversa.

—Eso ya lo sé.

Excitado, me coge en brazos y me mete en el retrete con él. Sin decir nada, me da la vuelta para bajarme la cremallera con delicadeza, acariciándome la espalda a medida que el vestido se va deslizando por mi cuerpo.

—Tu atuendo es muy bonito, pero déjalo para cuando vayas conmigo. —Me pasa los

nudillos por la espalda, por la curvatura de ésta, que lo vuelve loco, y gimo—. Estás muy sexy y provocativa. El cabello... En fin, me agobia que otros te miren y a ti no te importe.

Oh, por Dios.

—Sabes que soy tuya, sólo tuya. —Me da una cachetada en el trasero, que me enciende—. ¿Qué haces aquí?

Matt no me responde y besa mis hombros, dejando que el vestido caiga hasta mis pies. Y luego me desabrocha el sujetador con tanta delicadeza que me impresiona.

—He cambiado de planes y estamos en el bar de copas que hay a dos manzanas. —Hum, con un dedo juega con mi pezón—. Les he dicho que volvía enseguida. Tu hermano está muy simpático y tu padre, ni te cuento.

—Mmm... ¿Y qué te ha traído hasta aquí?

—Necesitaba ver qué hacías.

—N-Nada malo. —Me muerde el cuello e, instintivamente, me arqueo y acerco mi trasero a su hinchado pene—. Tu hermana Roxanne me controla.

Se ríe y su risa me estremece, añoro su tranquilidad de estos días pasados.

—Déjala, está bien que lo haga, aunque yo no se lo he pedido. —Desliza la mano derecha hasta mi vientre y más abajo. No puedo gritar porque Emma está aquí al lado, pero sí gimo débilmente—. Esta noche necesito dormir contigo, dime que vendrás.

Oh, qué loco. ¡No puedo hacerlo!

—Gisele —ronronea en mi oído, con unas leves caricias en mi centro, joder—. A estas alturas: ¿qué diablos nos importa lo que diga nadie? Vente conmigo.

—N-No. —Y me muerdo los labios, ahogando gritos cuando su dedo entra en mí y juguetea dentro y fuera. Hiperventilo—. Ya queda poco...

—No lo soporto más, nena. —Su impaciencia me desarma e, ignorando sus quejas, me deshago de él y me doy la vuelta, le bajo el pantalón y apreso su potente carne—. Hey, hey.

Su mandíbula se tensa y sus ojos arden. Sé que soy atrevida, pero tentarlo y sentirme poderosa son dos cosas que disfruto demasiado cuando estamos juntos.

—Lo necesito ya, Matt. —Hago presión en la punta de su pene al ver su sonrisa ladeada y perversa—. Vamos, Matt, no juguemos.

Y no lo hace. Desesperado, me obliga a apoyar las manos en la pared dejando mi trasero expuesto, y me penetra desde atrás. Jadeo, grito y me rozo con él buscando la fricción.

—Hum... Matt, anhelaba esto.

—Yo también necesito tenerte así, Gisele.

Con gesto posesivo, me sujeta las caderas y, sin ocultar lo hambriento que está, empuja con precisión. No es suave y tampoco brusco, pero me envuelve, me seduce, y, tras las primeras embestidas, es una locura.

Juega con mis pechos y luego deja de hacerlo. Me roza el clítoris para que ansíe su tacto y a continuación se retira. Me chupa el cuello y yo me voy derritiendo, sumergida en la burbuja que sólo él puede crear y que me transporta.

—Te amo tanto... —gruñe, deslizándose con más ímpetu—. Te necesito cada día.

Casi araño la pared. ¡Él sabe cuánto me desarma con sus palabras de cariño! Dos días para la boda... Un día y medio... Dios mío, qué calor.

Me arqueo y Matt pierde la razón. Arremete duro, brusco y salvaje y yo lo acojo, porque me

encanta su apetito de mí, su deseo, la pasión que me demuestra... Doy grititos ante cada empujón y no se detiene hasta penetrarme y topar, saberme frágil. Flaqueo, estoy a punto y él lo sabe.

—Córrete, nena, córrete.

Obedezco sin dudar, entre sus frenéticas embestidas. Sus caderas chocan con mis nalgas con impaciencia, con desesperación. Puedo notar su frustración y, aunque me duele admitirlo, veo que Matt vuelve a sentirse inseguro y sólo yo tengo la culpa... Estoy tan insegura como él mismo y no le muestro la firmeza que necesita. Lo confirmo cuando me chupa el hombro y arremete contra mí salvajemente, con estocadas cada vez más duras. Rozo el límite, necesito gritar, desahogarme.

—Gisele.

Gruño entre jadeos estrangulados cuando de nuevo me tortura y su dedo entra en mí, ayudándome a alcanzar el tan ansiado orgasmo. No sólo entra, también juega, expande mi humedad alrededor y cuando me pellizca el pezón... me dejo ir. Tiemblo, gimo y me estremezco con cada sacudida, incrementadas al eyacular Matt dentro de mí.

—Joder. Maldita sea —dice, abrazándome desde atrás. Me atrapa entre sus brazos, con su cuerpo convulsionando junto al mío—. Uf.

¡Sí, uf! Cansada, apoyo la frente en la pared helada. Dios, estoy sudando, ¡qué calor!

—Cuando estés en mi cama, no te dejaré respirar —murmura mimoso, lamiéndome el lóbulo de la oreja—. Serás mía día y noche.

Qué promesas tan tentadoras.

—Lo sé y, prepárate, porque yo tampoco te daré respiro —lo desafío y vuelvo un poco la cara para encontrarme con la mirada que tanto amo. Lo veo calmado, aunque la lujuria sigue brillando en sus ojos—. Estás muy guapo esta noche, bueno, en realidad siempre. Pero hoy me matas, Campbell.

Con la respiración acelerada, me pone de cara a él y niega sonriente. Me besa la frente y yo me voy derritiendo por las atenciones que me prodiga.

—Jamás dejarás de sorprenderme, Gisele. Te lo he dicho muchas veces y te lo vuelvo a repetir: no cambies nunca. Aunque a veces sea un inconsciente y diga tonterías sobre tu carácter. Eres especial tal como eres.

—Pareces tan orgulloso de mí... —señalo, con un nudo en la garganta.

—No lo parece, lo estoy.

No me controlo y le beso los ojos, la nariz y en la boca... lengüetazo.

—Y yo de ti, Campbell.

Pensativo y con la sensibilidad a flor de piel, me atrapa el rostro buscando mi mirada y, al estar tan cerca, suspiramos. Piel con piel de nuevo. ¿Qué me hace?

—Gisele... ¿me quieres tanto como para dar este paso?

—Claro.

Me ahogo.

—No temas, todo va a salir bien —dice y su seguridad hace que me ría. Es el loco más romántico del mundo—. ¿Qué te hace gracia? —pregunta.

—Estás loco.

—Por ti —contesta, pasando los labios por los míos—. Siempre por ti.

Me da un beso lento, con sentimiento, en el que nuestras lenguas se seducen con cada tierno

roce. Lo interpreto como una promesa cargada de amor y de buenos deseos para el futuro que emprendemos juntos. Me abrazo a él y le acaricio la espalda sintiéndolo muy mío.

—¿Te veo mañana? —insiste suplicante y yo niego con la cabeza—. Gisele, no volvamos a esto.

—Matt, es un día. Pasado mañana seremos marido y mujer, aguanta. Nuestras madres están ilusionadas, regalémosles este detalle.

Pero su postura está clara.

—Por Dios, ¡míranos! Jugando indecentemente en los retretes de una discoteca la víspera de nuestra boda, mientras los demás nos esperan. —Divertidos, soltamos una carcajada.

—No hagamos más travesuras —digo—, tendremos muchísimo tiempo.

Asiente con desgana y, agachándose, me ayuda a vestirme. Lo miro fijamente, esperando ver qué más dirá, pero no suelta ni media palabra. Espero a que me termine de abrochar la cremallera y, aunque lo hace con una lentitud que me exaspera, su silencio es lo que más me saca de quicio.

—¿Estás enfadado? —Lo ayudo a subirse el pantalón y calla—. Matt, di algo. No seas infantil.

—Estoy loco, desesperado por tenerte a todas las horas del día y de la noche, pero tú no pareces entenderlo. Dime, ¿qué estoy haciendo mal?

—¿Mal? Todo está perfectamente bien. —Toca y mira mi anillo, melancólico. ¿Qué pasa ahora?—. No entiendo a qué viene la pregunta.

Con los hombros caídos, me mira arrepentido. Pensaba que los cambios de humor no serían tan frecuentes con la perspectiva de la boda, pero sé que lo está pasando mal desde que le pedí tiempo...

—¿Por qué, nena? —me preguntó lleno de angustia—. ¿Es un final?

—Matt...

—¿Me estás rechazando, acaso me estás dejando?

Me arrodillé con él y, llorando, nos abrazamos. Matt entendía que pronto sería su mujer y que, para ello, necesitábamos conocernos y afianzarnos como pareja...

¿Lo hemos conseguido?

—Lo siento, estoy muy nervioso. Ya quiero que esto acabe y tenerte en nuestro hogar... en nuestro nido de amor. —Vuelvo a la realidad. Él me besa rápido, fugaz—. Venga, sal antes de que vengan a buscarte. No me hagas caso, ya sabes cómo soy.

—Te amo, Campbell —musito, abriendo la puerta—. Nos vemos en el altar.

Me dedica su hermosa sonrisa. Sé que no necesita mucho y que yo puedo dárselo. Pero antes de marcharse, insiste una vez más:

—Tengo miedo. Siento que dudas, pienso que no vendrás, que no aparecerás. Eso me destrozaría, ¿lo sabes? —pregunta, entrecerrando los ojos—. Gisele, prométeme que no me vas a dejar plantado.

Yo niego con la cabeza sin decir nada, me cuesta hablar... El pánico me impide hacerlo con la seguridad que él espera... y, de hecho, salgo de los servicios sin prometerle nada.



Los nervios

Agitada tras lo sucedido con Matt, me reúno con el resto del grupo, no sin antes pasarme una mano por el pelo para aplacármelo. ¡Menuda pinta!

Las demás continúan con la fiesta, bailando divertidas entre risas y las copitas que no falten...

—Eh, Gis —me dice Noa al verme llegar—. Eric me ha llamado. ¿Puedes creer que los chicos están muy cerca de aquí?

¡Ya lo creo que lo sé!

—Menuda sorpresa, pues yo no sé nada de Matt —miento con cara de inocencia—. Bueno, ¿continuamos con la fiesta?

—¡Mira lo que nos han regalado! —Emma, más recuperada, se acerca saltando hacia mí—. Unos sombreros con la «cosita» del hombre, ¿qué te parece?

—¿La «cosita»?

—Ya me entiendes...

Mi madre, tan espontánea como siempre, se pone su gorrito y sonríe tirando de mí para arrastrarme al centro de la pista, adonde nos siguen las demás.

—Sí, hija... El miembro, el pene o la po...

—Chis —la silencia Karen, riendo a carcajadas—, vamos a bailar.

Me fascina lo bien que se llevan las dos, hay un entendimiento entre ellas que me sorprende. Aunque mantienen contacto telefónico, en realidad se han visto muy poco.

Entiendo la alegría de Karen por que estemos en Málaga y tener a Matt cerca... Cuando él se alejó, lo echó muchísimo de menos.

—¡Me encanta esta canción! —grita Noa, bailando con Karen, nuestra suegra; ahora somos amigas y cuñadas—. El *Bombón*, de Merche. ¿Bailas, Gis?

Con fuerzas renovadas me añado al baile y rememoro aquel bonito recuerdo... Ahora me parece muy lejano; sin embargo, sucedió hace apenas cuatro meses... Matt.

Unas manos me rodearon la cintura desde atrás, y un cuerpo se unió al mío. No me hizo falta volverme para saber quién era. No bailaba, pero sí me buscaba en los atrevidos movimientos.

Suspiré resignada, me gustaba mucho.

—Sé que es usted, reconozco muy bien esas manos —dije, jadeando y contoneándome contra su cuerpo—. Alguien conocido puede vernos...

—No me importa —contestó con voz sensual en mi oído—. Es un pecado bailar de esta forma, no soy al único que está tentando.

Ignorándolo y aún contoneando mi trasero contra su miembro hinchado, volví la cara para mirarlo. Se lo veía contenido, tenso. Matt Campbell estaba excitado y era por mí, no por las muchas mujeres que lo miraban con deseo.

Ése fue nuestro comienzo, la primera noche que pasamos juntos y hoy, poco tiempo después, está a punto de convertirse en mi esposo... Es complicado digerirlo, ¡vamos a casarnos!

Pero recordar ese episodio, me hace ver las cosas con más claridad. ¿Cuántas mujeres suspiran por él? Y me ha elegido a mí para compartir su vida. Soy muy afortunada al disfrutar de un hombre que me quiere y se entrega con la efusividad con que él lo hace.

«Tonta y estúpida, Gis.» Puedo dar el paso, claro que sí.

A las cuatro de la madrugada damos por concluida la fiesta y por fin podré descansar. Conduce Noa, que es la que no ha bebido y dejamos primero a Karen y Roxanne. Desde lejos veo que la luz del dormitorio de Matt está encendida. ¿Habrá llegado ya?

Arrancamos y nos vamos a casa. Subo a mi dormitorio con intención de dormir hasta hartarme... pero cuatro horas más tarde, mi madre y Karen me están intentando despertar con suaves zarandeos.

—Cielo, sé que estás cansada, pero tienes un día muy lleno —susurra mi futura suegra. Yo gimo y me cubro la cabeza con la manta—. Gisele, hay que darle el último toque al vestido y revisar el maquillaje, el cabello... hablar de la fiesta.

—No puedo con mi alma —me quejo—. Un poco más...

—Nos gustaría dejarte, pero la cita es a las nueve —interviene mamá—. Vamos, hija, cualquiera diría que no estás ilusionada.

Con un humor de perros, consigo sentarme, y, aunque me tambaleo, llego a la cocina, donde Karen me mima con un café calentito. No tengo hambre, sólo sueño, y echo de menos a Matt. Anoche no hablamos antes de dormir, ni nos enviamos mensajes... Qué ganas tengo de que todo acabe.

—¿Nerviosa? —me pregunta Karen, entusiasmada y tan demacrada como yo—. Esta noche tienes que descansar bien, se te ve muy agotada.

—No puedo más —contesto, calentándome las manos con la taza de café—. Necesitoirme de viaje con Matt y olvidar estas últimas semanas. Menos mal que con el puente del primero de noviembre podremos tener luna de miel... si no, me volvería loca.

—Sé que es demasiado. El viaje de ayer, los estudios, los preparativos de la boda y compaginarlo todo con Matt, que quiere verte a todas horas.

Bebo un sorbo de café y, aprovechando que mi madre ha ido al cuarto de baño, abordo el tema con Karen.

—Está muy cambiado ¿verdad?

—Nunca lo he visto más estable. Supongo que ha dicho «hasta aquí» y ha decidido dejar su pasado atrás.

—Y... —suspiro dubitativa—, ¿no lo ves un poco nervioso estos días?

—Sí, aunque supongo que debe de ser por la boda y todo lo que conlleva de preparativos. No te preocupes, sus cambios son controlables. Lo está haciendo bien y nada va más allá de algún pequeño ataque de furia a veces. —Y, mirándome, añade—: Venga, cielo, arréglate que llegamos tarde.

El resto de la mañana no soy persona; a las tres, se apiadan de mí y comemos en el McDonald porque así lo decido yo, no me importa si la llaman comida basura, a mí me encanta. Echo un vistazo al móvil mientras las demás hablan y veo un mensaje de Matt de hace un cuarto de hora...

¡Lo necesito y no me dan tiempo para él!

Mensaje de Matt a Gisele. A las 15.02.

Preciosa, ¿cómo estás?

Mensaje de Gisele a Matt. A las 15.16.

De pruebas y cosas de esas... Muy cansada, para qué mentirte.

—Gisele come, aún tenemos que ir a comprarte la ropa interior. Cielo, ¿estás bien? —Le digo que sí a Karen con la cabeza, mientras le doy un bocado al MacPollo. Me muerdo la lengua. ¡Joder!—. Por cierto, la familia de William llega esta noche... Prepárate, los Campbell son muchísimos.

Se me resbala el bocadillo, la bebida... ¿Qué? Oh, Dios, me asfixio. Odio las multitudes. De hecho, he invitado a muy poca familia de mamá, que viven en Lugo, y a los de papá, los de Chicago, ni me he atrevido a decírselo, para así disfrutar de una ceremonia más íntima...

No haberme encargado personalmente de las invitaciones me costará caro.

Joder, otro mensaje de Matt de hace un rato. Imagino su rostro exasperado, pensando que no me preocupo de él. Si supiera cómo tengo la cabeza. Me entran ganas de llorar por el cansancio, por mañana, por su ausencia... ¡Todo es una mierda!

Mensaje de Matt a Gisele. A las 15.17.

Ya queda poco. ¿Todo bien anoche?

—Gis, vamos que nos esperan.

—Un momento, mamá, voy a responder.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 15.22.

Muy bien, todo fue genial. Pero hoy estoy muerta. Matt, luego hablamos, que estoy ocupada. Te amo.

A las siete de la tarde no puedo más. La organización del menú va para largo y no doy más de mí. Y, aunque se lo hago saber a mi madre y a Karen, ellas no paran. El pelo, la ropa, el maquillaje, la fiesta... ¡Basta!

—Voy al baño —les digo—. Enseguida vuelvo.

—Matt me ha mandado un mensaje, dice que tú no respondes —me comenta Karen—. Te lo leo: «Gisele, no sé nada de ti y eso me preocupa. Dime si todo va bien».

—Dile que me he quedado sin batería. Y que sí... que todo bien.

—¡Cariño! —Joder, ahora mi madre—. Pruébate el segundo vestido antes de ir al baño.

Entre la risa y el llanto, me pongo en manos de mujeres que me tocan por aquí y por allá, que colocan agujas e imperdibles y, cuando me miro al espejo, me da una especie de ataque y no puedo dejar de reír.

Pánico, horror. Estoy histérica y no lo soporto más... ¡No!

—Necesito ir urgentemente al baño —logro decir, mientras me quito el vestido—. Tardaré un poco.

—Ve tranquila —contesta Karen—. Tu madre y yo te esperamos aquí.

Que esperen...

Sin pensarlo, corro hasta la parada de taxis, me subo a uno y le indico la dirección de Ronda.

Hace meses que no visito el refugio, nuestro refugio, y sé que es el primer lugar donde Matt irá a buscarme.

Pago la carrera, salgo del coche y me acurruco con la espalda apoyada en el árbol de la entrada. Hace muchísimo frío y ya ha oscurecido. Me abrigo con el chaquetón y espero resignada, reflexionando sobre lo que me acaba de pasar: verme vestida de novia, a tan sólo un día de la boda, me ha dado pánico, terror y mucha risa... De hecho, vuelvo a reír, sin saber por qué.

Cuando las luces de un vehículo iluminan el refugio, me río aún más... Tiene que ser Matt. Él sabe que éste es el único lugar que me da la tranquilidad que hoy tanto necesito.

A mi alrededor todo me parece un caos, una locura... Ya quiero que esto termine e irme lejos con él.

—¡Gisele! —grita desesperado, bajando del coche y corriendo hacia mí—. Dios, ¿dejarás algún día de darme estos sustos?

Se arrodilla a mis pies, pálido, asustado y muy abrigado, muy guapo con su ropa de invierno. Lo acaricio y me parto de risa. ¡Me estoy volviendo loca!

—¿De qué demonios te ríes? —me pregunta Matt.

Río y lloro a la vez sin decir nada.

—Gisele, me estás volviendo loco.

Pero no puedo hablar...

—¿Pensabas huir? —Niego vehementemente con la cabeza y me voy relajando con el calor de sus manos en las mías—. Gisele, por favor, habla de una vez.

Suspiro, tomo aire y lo suelto.

—Tu madre y la mía llevan de compras desde el amanecer, arrastrándome con ellas... Anoche apenas dormí y habíamos viajado ese mismo día... Luego las pruebas de vestido, del maquillaje y del peinado... Por lo visto, muchísima familia tuya ha llamado avisando que vendrán a la boda. Todo el mundo parece querer asistir a ella... Odio el escándalo que hay a mi alrededor... Es una locura... Me estoy asfixiando...

Cuando acabo, ya no río, sólo lloro.

—Gisele —murmura él abrazándome como si fuese una niña pequeña—. No sé qué voy a hacer contigo. Eres tan valiente para enfrentarte a tantas situaciones y mírate ahora, estás asustada ante una simple boda. Si no estás segura de quererlo de esta manera, ahora mismo lo mando todo a la mierda, pero, por favor, dime qué te pasa.

Gimoteo contra su pecho angustiada por los temores que me agobian. ¿Cómo explicarle mi miedo de que nos estemos precipitando? Si él no rompe su promesa, yo no la romperé tampoco. Todo saldrá bien... Sí, sí.

—Nunca me han gustado las bodas y, para colmo, ésta será tan llamativa... tan lujosa. Pero todos están tan ilusionados... Y nunca me habías hablado de lo extensa que es la familia Campbell.

Sé que Matt me quiere calmar con sus caricias y dándome besos en el pelo, pero él tiembla tanto como yo.

—Sí, William tiene mucha familia. Karen no tiene a nadie, pero la familia de él vale por ambas... Gisele.

—¿Sí?

—Dime qué necesitas para estar bien y lo tendrás ahora mismo.

Busco sus ojos y, entonces, las lágrimas cesan. Ahí está la clave de mi mal momento, que él

no estaba conmigo, calmándome y cuidándome.

—A ti, te necesito a ti —susurro, enlazando los dedos detrás de su nuca—. He tenido un día horrible y ahora entiendo que, si hubieras estado a mi lado, habría sido diferente. Estoy acostumbrada a verte a diario, a hablar por teléfono contigo y hoy... ¿Qué has hecho tú? Ni te he preguntado, perdida en mi mundo.

Su mirada se ilumina con un brillo especial que destaca sus intensos ojos verdes. Mi hombre es tan guapo...

Gisele, gracias por tanto como me das. No te imaginas lo que has hecho conmigo. —Con anhelo, me fundo con sus labios, saboreando cada rincón de su boca, que es mi perdición. Él me sujeta por la cintura, acariciándomela—. ¿Estás bien?

—Únicamente necesito sentirte para saber que todo lo estará.

—Claro que sí, jamás pienses lo contrario —responde y, tumbándose con él en el césped, nos cubre a los dos con su chaqueta. Nuestros rostros están muy cerca y añade mimoso—: Te voy a hacer feliz, no lo dudes.

—No lo hago.

—Cuando Karen me ha llamado preguntándome por ti, me he vuelto loco. —Se calla, aprieta la mandíbula y abre y cierra los puños—. Le he preguntado a gritos si habían perdido a mi futura esposa... a mi prometida. Y me ha dicho que habías desaparecido.

—Y has pensado que te había dejado...

—Sí, lo he hecho, Gisele... No sabía dónde estabas, con quién. Y no podía localizarte.

Lo veo asustado y angustiado... ¡Cuántas cosas habrán pasado por su mente en unos pocos minutos! Soy una imbécil por atormentarlo de esta forma y avivar sus miedos. No tenía por qué apagar el teléfono por un momentáneo impulso.

—Gisele, dímelo.

—Te amo y nunca me iré. He actuado sin pensar, me he agobiado y sabía que recordaría que éste es nuestro lugar. —Le acaricio las ojeras y los pómulos—. Es verdad que estoy asustada, pero te prometo que jamás me iré.

—Recuérdalo.

—Cuéntame cómo te ha ido el día, no me dices nada de ti.

Cierra los ojos, disfrutando de los mimos que le hago, saboreando la paz que nos rodea en la fría noche de finales de octubre.

—Me he despertado a las tres de la tarde, con dolor de cabeza y con un único pensamiento: ¿para qué iba a levantarme si no te podría ver? —confiesa relajado, mientras yo voy depositando besos en su rostro—. Te he enviado el primer mensaje y después me he desesperado ante tu tardanza en contestar: he pensado que hoy no te acordabas de mí.

—Equivocándote.

—Ahora lo sé.

—Cuéntame más —lo incito, al verlo tan lleno de paz.

—He ido a correr, a descargar la adrenalina que había acumulado por tu culpa. Aún me atormenta tu vestido de anoche, la forma en que lo llevabas... Y, además, tras despertarme, Roxanne me ha preparado el desayuno y se ha hartado de hacerme confesiones mientras me lo comía.

—¿Buenas?

No contesta y se refugia en mi pecho. Suspiramos a la vez cuando sé que está oyendo el latido acelerado de mi corazón, tan asustado como el suyo. Mañana será el gran día y Matt teme que no aparezca, yo tiemblo al imaginar la escena.

—Las que le pertenecen a ella, le he pedido que te las cuente personalmente —responde tras el silencio—. Me ha dicho que ha hablado con Alicia, yo creía que ya no tenían contacto. Se ha mostrado esquiva, con un comportamiento extraño.

Desde que nos mudamos a Madrid, Alicia apenas está presente en nuestras vidas. Matt le envía dinero y la llama de vez en cuando, manteniéndola alejada, aunque a veces discutimos por ella. Aún no le ha dicho el sexo del bebé... y lo atormenta con frases que llenan a Matt de dolor.

—Me ha dicho que sabe lo de la boda, y yo le he respondido que me importa bien poco... Mi hermana parecía emocionada al decirme que mañana será un gran día para mí, aunque a ella la sigo viendo triste.

—¿Podría tratarse de un hombre? —reflexiono en voz alta—. ¿No te ha contado nada?

—Es un tema tabú, parece.

La temperatura va subiendo a medida que me pasa la lengua por los labios. Me contengo a duras penas, extrañándolo como estoy desde anoche.

—Matt —gimo emocionada—, gracias por dejarme entrar en tu corazón. Gracias por amarme como lo haces. No te voy a decepcionar.

—Sé que no lo harás —murmura entre beso y beso—. Sé que serás la mejor esposa que podría haber escogido. Sé que eres tú, que siempre has sido tú.

La presión del día me angustia otra vez y se me escapan algunas lágrimas.

—No llores más, cariño, sé que estás asustada, pero vamos a estar bien. —Me abraza y me levanta del suelo con cuidado—. Eres tan hermosa, incluso llena de pena.

—Bobo... ¿Nos vamos?

—Estás helada.

Lo estoy, esta noche el frío es insoportable. Me sienta en el coche y enciende la calefacción cuando él también está dentro. Me sonrío y me retira el cabello de los ojos.

—¿Bien?

—Más que bien —susurro, entrelazando los dedos con los suyos—. Quiero pasar la noche contigo, no me dejes sola.

Lo desconcierto y a la vez mis palabras lo complacen. Insisto al no obtener respuesta.

—Te quiero. —Matt asiente pensativo y un sonoro suspiro me dice lo que él calla—. Dormirás conmigo, ¿verdad?

—Sabes que sí. Primero vamos a casa de Scott...

—¿Por qué te cambia la voz al mencionar a mi hermano? —pregunto curiosa—. ¿Todo bien anoche?

—Más que bien. Scott ha hecho un gran cambio, Gisele, tal como tú esperabas. Me dijo más o menos: «Mi hermana te ama más que a su vida y sé que tú le correspondes. Sólo puedo desearos la mayor suerte del mundo. Soy feliz si mi pequeña lo es y tú lo consigues. Siento mucho todo lo ocurrido tiempo atrás... Si así lo deseas, tienes un hermano más con el que contar para cuando lo necesites».

Lloro, y mucho, cuánto quiero a mi musculitos. Me cuida tanto y se desvive por mí como el propio Matt. Qué afortunada soy al tenerlos conmigo.

—Regálame una sonrisa —me pide Matt al verme así—. Bueno te diré una cosa, cuando nos vea llegar juntos, tu padre se pondrá furioso.

Sabe cómo provocarme. Ah, no, por ahí no paso. ¡Ni hablar!

—No me importa. Ya basta por hoy, no soporto más a nadie.

—Ésta es mi chica de servicio, mi descarada.

Me lo como a besos y se excita tan rápido que me propongo seducirlo, pero ya me conoce y se niega.

—Quiero que mi esposa llegue virgen al matrimonio.

—¡Loco, después de las cochinadas que me haces!

—Así de alegre quiero que estés, no te quiero ver llorar más.

—Los nervios, Campbell, los nervios —respondo con descaro—. Vamos, o tendré que sacar mis armas de mujer y chuparte...

—Chis. —Me cubre los labios con los suyos y su lengua busca mi boca. No tiene reparo en calentarme como una gata en celo y al retirarse contenido, y sé que dolorido, se burla—. Ve ansiando la noche de mañana. Ya tienes un motivo más para aparecer en la iglesia.

¡Vaya!

Al llegar a casa, nuestro trastorno se refleja en nuestras facciones. Mi padre nos abre, seguido de Karen, Noa y mi madre. ¿Qué mierda pasa aquí?

—Al fin apareces, nos tenías muy preocupados —dice mi padre, besándome—. Bueno Matty, gracias por traerla de vuelta...

—Papá —lo interrumpo secamente—, voy a pasar la noche con Matt.

Todos jadean... ¡Qué pesados son!

—Gisele...

Resoplo al oír el tono de mi padre. Está enfadado.

—Ni Gisele ni leches, llevo un día de mierda y sólo necesito a Matt para estar tranquila. ¡Mañana nos casamos! Supongo que a estas alturas todos sabéis cuál es la situación...

—No es necesario entrar en detalles ni enfurecer más a tu padre —dice mi madre, tapándome la boca—. Michael, déjalos que duerman juntos aquí. ¿Para qué vamos a ponerla más nerviosa?

—A ver, a ver, ¿me habéis oído? No he pedido permiso —respondo, entrando en la casa y arrastrando a Matt conmigo—. Voy a dormir con él y punto, ya basta de tanta pantomima.

Karen nos sigue y sonrío mientras me acaricia el brazo y besa a su hijo. A veces siento que me conoce mejor que mi propia madre. Luego me guiña un ojo y dice:

—Por mí, vale. Creo que Gisele necesita descansar y la clave es que tenga a Matt a su lado.

—Bien, bien. De acuerdo, no os vayáis, podéis quedaros aquí —cede papá, ofuscado—. Matty, vas a necesitar mucha paciencia para soportar a esta niña.

Matt me mira divertido y yo le saco la lengua.

—Vamos, hay pollo al horno. Cenemos tranquilos, que mañana será un gran día —murmura mamá, muy contenta—. Tortolitos..., mañana podéis hacer lo que os dé la gana, pero hoy ¡quiero un respiro!

Me sorprende que Scott no esté. Me quedo con Matt y mi padre, mientras las mujeres se ayudan con la cena. Noa y Karen muy amigables; la noticia de que iba a ser abuela no pudo sorprender más a ésta ni hacerla más feliz.

—¡A cenar!

Al oír el aviso de Noa, me acuerdo de Thomas, de mis amigos.

La conversación era tan difícil como necesaria y me proponía zanjar el asunto de una vez.

Matt revisaba unos papeles en la empresa de Madrid y yo estaba con él, leyendo.

—Matt —lo llamé—, quiero decirte que voy a llamar a Thomas. Creo que es hora de arreglar las cosas con él.

Matt me miró frío y desconfiado. Yo continué:

—Sabes que somos amigos y quiero que esté presente en uno de los días más importantes de mi vida. —Silencio total—. Vamos, no seas así. Thomas vendrá a la boda y tú no te opondrás.

Se levantó muy serio y se acercó a mí. Yo lo desafié, muy chula.

—No te tengo miedo, ¿sabes? —murmuré coqueta—. ¿A qué viene esa cara de león enjaulado?

—Escúchame bien —me dijo—, lo haré por ti, por verte feliz. Pero dile que si causa el más mínimo problema lo echaré sin importarme nada ni nadie, ¿de acuerdo?

Resoplé y seguí con mi libro.

Ahora, sonrío tontamente al recordar ese momento. Después de la conversación, Matt permaneció enfurruñado, pero al final recapacitó... Con un poco de ayuda, claro. O sea, ¡sexo a lo loco!

—¿Qué piensas? —me pregunta y se inclina para hablarme al oído—. Estás riéndote sola, Gisele.

Apoyo la barbilla en la mano.

—Estoy pensando en ti, Campbell. —Le lanzo un beso—. Pensando en ti.

—¿Qué quieres decir?

Alza una ceja, confuso.

—Ya te lo contaré luego.

Ignorándolo, sigo con la cena y, tras un par de bocados más, me acometen unas náuseas horribles y, disculpándome, corro al baño... Un día más, vomito lo poco que he conseguido meterme en el estómago.

—Nena, joder. —Matt me ha seguido y me refresca la cara y la nuca—. Tienes que calmarte o te vas a poner enferma.

Asiento entre temblores. Necesito descansar. Ya llevo varios días así. Incluso me hicieron una prueba de embarazo, pero tal como yo dije, era lo más obvio: los putos nervios, que me están matando.

—Venga, cielo, ve a descansar —me anima Karen preocupada—. Matt, cuídala o mañana no tendrá fuerzas para nada.

Ante la mirada mosqueada de mi padre, Matt me lleva a mi habitación. Al entrar, cierra la puerta y coge mi pijama de franela. Con paciencia, me ayuda a ponérmelo y, cuando ya estoy lista, me acuesta en la cama y él se tiende a mi lado.

—Gisele, duerme, no puedes seguir así. —El sermón de cada día—. Ya todo se acaba mañana, piensa en eso.

—Háblame... no puedo dormir.

Me hace cambiar de postura y me pongo boca abajo, con la cara vuelta hacia él, que mete una mano dentro del pijama y me acaricia la espalda.

—¿Mejor? —pregunta.

—Gracias, Matt... Me relajas.

—Quiero verte bien. Tanto vomitar no es bueno y no paras. —Me baja un poco la parte superior del pijama y deposita unos húmedos besos en mi espalda—. Hoy no te tocaré, pero luego, prometo hacerlo todas las noches.

—Matt...

—Estás cansada, necesitas dormir y yo estoy aquí. —Me pasa una mano por el cuello y me lo masajea con cuidado—. Duerme, te prometo que todo saldrá bien.

Con la sensación de bienestar que me proporciona con sus caricias y su paciencia, intento dormir y no pensar en el día que nos aguarda mañana.

Pero ¡sueño con ello! Me desvelo cada hora y despierto también a Matt, aunque en realidad no sé si duerme. Preocupado e intranquilo me consuela con su calor y sus besos.

Tengo pesadillas y más pesadillas. Me dirijo hacia el altar, hay mucha gente extraña mirándome y yo no avanzo.

Suspiro antes de abrir los ojos... Sé que Matt no está ya a mi lado y los miedos regresan para atormentarme. Me acurruco, intentando olvidarme de todo, pero es inútil. Ha llegado el día de mi boda y he de procurar mostrar la alegría de una novia.

Bostezo y entonces reparo en una nota que hay sobre la almohada de Matt.

Gisele, me he tenido que ir temprano para arreglarme y dejar que tú puedas hacerlo. Te dejo miles de besos para recordarte que te amo y te espero en el altar. No me falles.

Tu futuro esposo,

Matt Campbell

Maldito Matt... Arrastrando los pies, me dirijo hacia la cocina, donde me encuentro con Noa. Tras el día tan intenso que tuve ayer, agradezco que haya venido a desayunar conmigo.

Mamá me sonríe ampliamente y dice:

—Desayuna, cariño, que dentro de poco rato estarán aquí las chicas para maquillarte... —La interrumpo levantando las manos.

—Acabo de abrir los ojos, dame un respiro —resoplo, sirviéndome un café—. Noa, ¿cómo estás hoy?

—Bien, Gis, las náuseas van mejor.

—¿Y esa carita?

—Ella sigue llamándolo, le llora y Eric se siente mal y en deuda... Ya no sé...

—Joder, Noa, ¿y qué piensas hacer?

Duda y titubea, recordándome con su tristeza por qué mi relación con Eric es tan fría. Él sigue atendiendo las llamadas de María, pese a los reproches de Noa... Sin embargo, ella no permite que Manu se le acerque.

—Tengo que hablar con él, no podemos estar mal de nuevo... Mi vida con Manu fue una mierda y no le consentiré el mismo juego a ningún otro.

—Te apoyo, ya lo sabes.

—Estoy contenta con mi embarazo, y lo que tenga que ser, será. —Hace una pausa y yo bebo un sorbo de café, sintiéndome mala amiga. Desde que estoy en Madrid, mi vida ha cambiado—.

Bueno... ¡es la hora!

«Vamos, Gis, puedes con esto.»

En las siguientes horas, me dejo arrastrar por el entusiasmo de los que me rodean. Río con cada chiste de mamá, me emociono con las palabras llenas de ternura de Karen, y me divierto con la complicidad que existe entre mi hermano y yo. Mi padre me contempla desde la entrada y sé que esconde los diferentes sentimientos que se deben mezclar en el día de hoy... Llevo poco tiempo con Matt, esta boda precipitada y un amor que supera obstáculos.

¡Qué ganas de llorar! A medida que avanza la mañana, cada vez me siento más asfixiada.

—Mírate, Gisele —me dice Janet, una de las empleadas de Karen—. Me encanta, pareces una princesa.

Inspiro hondo y me detengo frente al espejo... Ya estoy lista para la ceremonia y tiemblo como una hoja. Al verme reflejada, se me cae el mundo encima.

¡Dios, me caso hoy!

Llevo un vestido blanco ceñido, con una pequeña cola, un discreto escote delante y otro más pronunciado en la espalda, ribeteado de encaje. Es precioso. El cabello lo llevo suelto y algo ondulado, adornado con una diadema de brillantes, un regalo de Matt... Me encanta.

—Estás preciosa, mi cielo —me elogia Karen desde atrás, observándome a través del espejo—. Matt se volverá loco. No para de llamarme para saber cómo estás.

Matt... mi Matt.

—Yo me voy ya para hacerle compañía —continúa—. Tranquila, cielo, todo saldrá bien. —Me besa la mejilla y puedo apreciar que sus ojos brillan tanto como los míos—. Te esperamos.

Las gracias por el vestido de novia se me atascan en la garganta.

La hora se aproxima y el caos estalla, junto con la emoción. Me llevan hasta la iglesia en una limusina blanca decorada con cintas rosa... Reprimo el llanto para no estropear el maquillaje, mientras sigo temblando.

Finalmente, llegamos frente a la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación.

Papá se baja y yo estoy a punto de comerme el suelo, pues por un momento me han entrado unas ganas locas de echar a correr. Mi padre me ofrece su brazo y yo, con la mirada en el suelo, me dejo guiar por él.

—Este hombre te quiere y, aunque él y yo hayamos tenido problemas al principio... —lo miro temblorosa, mordéndome el labio—, he visto cómo te mimas y te cuida... Te felicito por su cambio y te deseo lo mejor, cariño.

Estoy perdida. Hasta ahora no tenía idea de lo que pensaba papá. Sé que para él no ha sido fácil asimilar el carácter del hombre que apareció en mi vida de la noche a la mañana.

—Lo presioné para que os casarais por el niño que va a tener con esa mujer. Sé que es complicado, pero, de no dar este paso, siempre habrías sido la otra. Quizá no lo entiendas ahora, pero ya veremos cuando seas madre y tu único deseo sea proteger a tus hijos. —Me aprieta las manos y yo ya no puedo más. Demasiados sentimientos acumulados—. Ahora, vamos, lo veo desde aquí y parece inquieto.

Inspiro, suspiro... y emprendo la marcha, mientras se oyen los primeros acordes de la marcha nupcial. Temerosa, observo de reojo a las personas que están en los laterales de la nave: unos me miran curiosos, otros sonríen y también veo semblantes serios.

Mi pesadilla se está haciendo realidad. Mi padre advierte mi nerviosismo y me sujeta con

más firmeza... Deteniéndome un momento, me atrevo entonces a mirar a Matt. Lleva traje negro, camisa blanca y corbata oscura. Bien peinado y tan guapo pese a su seriedad, está de pie al lado de su madre, al final del pasillo, acompañado por nuestros familiares más cercanos.

Siento que me sube el calor.

Tiene los puños cerrados y, al ver mi indecisión, sus ojos me suplican con temor. Me fuerzo en sonreírle, pero no lo consigo. Cuando me propongo seguir avanzando, es igualmente en vano.

El murmullo de los invitados va en aumento al verme insegura... Pero yo sólo tengo ojos para el hombre que me espera. Matt me mira preocupado y, sin perder el control, alza una mano hacia mí, invitándome a que avance, y en sus temblorosos labios puedo leer cómo dice: «No me hagas esto».

3



Mía

Matt me ruega con su gesto, su mirada me implora que avance y recorra los escasos pasos que nos separan. Sé que está inquieto y cuchichea algo al oído de su madre. Karen lo tranquiliza y le aconseja calma. Mientras, mi padre, me ofrece la seguridad que preciso en estos momentos.

—Venga, cariño —me susurra—, ¿no es lo que quieres?

—S-Sí.

—Entonces olvídate de la gente y céntrate en ti... Puedes hacerlo.

Matt sigue con su mano trémula tendida, pendiente de mí, pero los murmullos que van subiendo de tono contribuyen a empeorar mi estado, a incrementar la opresión que siento...

—Ya viene, cielo —oigo el murmullo de Karen. Matt me mira de nuevo, tragando saliva con dificultad, mientras yo sigo con la mirada fija en su mano, reprimiendo el llanto. A apenas unos pasos de él, consigo dedicarle una tímida sonrisa.

—Gisele —me alienta—, vamos.

Con un ruidoso suspiro, me suelto de mi padre y me cojo de la mano de Matt, que inspira hondo y me sujeta con fuerza, ya no me soltará.

Ignorando el silencio que se ha hecho en la iglesia, se lleva mi mano al corazón, que late descontrolado, y dice:

—Mira lo que has hecho conmigo. Gisele, si esto no es lo que quieres...

—Se me ha atascado el tacón —le miento en voz baja para justificarme y, aunque se sorprende, le arranco una sonrisa sorprendida. Sí, soy una descarada.

—Tienes los ojos brillantes —cuchichea—. ¿Miedo o ilusión?

Esbozo una trémula sonrisa.

—Matt...

—Respóndeme.

—Estoy aquí —casi gimoteo—. Te quiero.

Ambos miramos al frente y el sacerdote se dispone a iniciar la ceremonia.

Pero entonces, ya más tranquila, levanto una mano con timidez y digo:

—Padre, por favor, necesito unos minutos a solas con mi futuro esposo. —Matt me aprieta la mano y rechina los dientes—. Volveremos en cinco minutos.

Como es de esperar, los bisbiseos inundan la nave, pero no me preocupa y, en cuanto el sacerdote asiente con la cabeza, me llevo a Matt a una pequeña habitación contigua y cierro la puerta.

—¿Me puedes decir qué demonios te pasa? —me pregunta dolido—. Me tienes al borde del infarto, Gisele. Estás haciéndome pedazos. ¿Eres consciente de ello?

Me río, y mucho. La histeria me acecha estos días y hoy, en el peor momento, me ataca de nuevo... ¡Por Dios, ya basta!

—Gisele, por favor, entiende que ahora no estoy de humor para tus juegos. —Le cojo la mano y poco a poco me voy calmando—. ¿No te das cuenta? Es nuestra boda.

—¡Lo sé, lo sé!

Se da la vuelta y, nervioso, se pasa la mano por el pelo... No soy capaz de calmarlo.

—No entiendo nada. Me duelen tus dudas y me destroza verte tan triste. Creo que me has mentido y que no quieres esto.

—Matt —balbuceo, acariciándole el hombro y abrazándome a él desde atrás—. Perdóname por ser tan estúpida y estar tan asustada... Entiéndeme, en dos semanas hemos organizado una boda gigantesca... con la iglesia llena de gente que no conozco. Todo eso ha hecho mella en mí.

—No he pensado en eso —reconoce casi sin voz—. En cambio, en ese camino tuyo interminable hasta el altar, me he cuestionado que me quieras, he intentado comprender qué te sucede... Gisele, me ha destrozado verte a punto de echar a correr. —Se hace un silencio triste y tenso—. Sólo he vuelto a respirar cuando he visto que seguías avanzando.

«Lo sé», quiero decirle.

—Matt, mírame, por favor.

Y al hacerlo se encuentra con mi sonrisa, la que le dedico a él y nadie más que a él. Llena del sentimiento que nos ata y que hoy nos unirá.

—Te amo, claro que te amo, y más que a nada en el mundo. Sin embargo, los nervios han podido conmigo. Anoche te lo expliqué, sólo te necesito a ti a mi lado para calmar mis temores y no te he visto en toda la mañana...

—Sabes que no hubiese deseado otra cosa —responde contundente.

—Matt, escúchame, quiero casarme contigo y ser la señora Campbell —afirmo, acariciándole los labios—. Vamos a salir de esta iglesia y volvemos a entrar, pero esta vez juntos. Es lo único que necesito.

—No sé qué pensar. Me has mentido con lo del tacón —me reprocha y yo esquivo su mirada—. ¿Cómo puedo saber que esto es realmente lo que quieres? Tal vez te hayas sentido presionada y por eso has llegado hasta aquí sin desear hacerlo.

—Matt —se me quiebra la voz.

—Te he imaginado huyendo de mí cuando te has detenido casi en la entrada. Me he sentido morir.

—Tienes razón. Me he sentido algo presionada, pero, aun así, casarme contigo es lo que quiero. Necesito que acabemos con esto y nos vayamos juntos, solos los dos a disfrutar de nuestra vida. —Mi lado maligno hace su aparición—. Dime la verdad, ¿a ti te apetece compartir algo tan nuestro con tanta gente?

—Pídemelo y nos vamos ahora mismo.

—Ya, como si fuera tan fácil —me burlo con los brazos en jarras—. Ay, Campbell, así no es la vida. No quiero matar a nuestras familias del disgusto.

—¿Y a mí!?

—Matt...

—Has estado a punto de hacerlo. Quería recorrer el pasillo e ir a buscarte. Estabas tan pálida y hermosa... nunca habrá una novia más impresionante que tú. Pídeme lo que quieras y lo tendrás.

Oh, es tan romántico. Tira de mí y me estrecha contra su pecho, me abraza, me besa la frente. Su estado de ánimo ya es otro.

—Matt, vamos a tener toda una vida para nosotros, regalémosles un día al menos a los nuestros —y luego le susurro coqueta—: Estás muy guapo y elegante... Te comería. Prometo darte mucha guerra, esta vida no será para nada aburrida ni rutinaria.

—Mírame. —Nuestras miradas se encuentran y, automáticamente, ambos sonreímos—. Te amo y no deseo otra cosa que hacerte mi esposa. Por favor, concédeme este deseo ya.

—Vamos pues, Campbell. Acabemos de una vez.

—Eso es lo único que deseo.

Se inclina hacia mí, pero yo me cubro la boca con la mano.

—¿Me quieres quitar el pintalabios? —Se exaspera, pero yo parpadeo para picarlo—. Los invitados van a pensar que te he traído aquí para seducirte. ¿Qué van a decir de esta inocente chica?

—Gisele, vas a recordar este día toda tu vida.

—Ten consideración, Campbell.

Pero me enciende tanto que no me importa nada lo que suceda o lo que diga nadie. Y lo desconcierto una vez más con mi pícaro comportamiento:

—Al diablo con lo que piensen los demás.

—¿Y ahora qué me estás pidiendo?

—Que me beses, Campbell, que me beses.

Me sujeta por la cintura y me arrima a él. Me da un beso en los labios, suave y tierno. Apenas un roce... aunque advierto su excitación.

—¿Más? —pregunta divertido.

—Por favor.

—Me vas a volver loco.

Me agarra del trasero y me acerca más a él. Está tan duro que gimo en la profundidad de su boca y su beso me hace arder... Hasta que nos quedamos los dos inmóviles al oír que llaman a la puerta.

—Putamierda —protesta Matt, alejándose—. Qué día, joder.

—¡Oye! Estás en una iglesia, cuida esa boca. ¿Tengo bien los labios? —añado.

Él se ríe y yo también. Lo que acabamos de hacer es una locura.

—Como si te los hubiera lamido un perro —contesta entre carcajadas, asombrándose—. Así de bien, señorita Stone.

Me arreglo el pintalabios como puedo, mirándome en un espejo que hay en la pared. ¡Qué mal! Estoy hecha un asco. ¿Cómo voy a salir así de aquí?

—Ya han pasado más de cinco minutos... —dice mi madre—. ¿Va todo bien, Gis?

Abro la puerta y ella jadea horrorizada al verme.

—Dios mío. ¿No podéis estaros quietos un solo minuto?

—Mamá, déjalo y ayúdame, por favor.

—¿Que lo deje? —repito, rebuscando en su bolso—. Los invitados y yo estamos preocupados, esperando, y vosotros aquí... haciendo cochinadas.

Pongo los ojos en blanco.

—Isabel, ayúdala a retocarse, por favor —le pide Matt—. No veo el momento de que seas mía, Gisele.

—¿Tuya? —salta mi madre—. Será tu esposa, pero eso no quiere decir que sea de tu propiedad, cariño.

Matt se calla y, de muy mala gana, se acerca a mí y me ofrece la mano. Mi madre me retoca, mientras va refunfuñando en voz baja.

—Bueno, ya estás lista —dice finalmente—, y no volváis a darme un susto como éste. ¿Vamos?

Matt y yo nos encaminamos hacia la puerta trasera para volver a entrar en la iglesia juntos.

—¿Se puede saber adónde vais? —pregunta mi madre, desconcertada—. Esa puerta da a la calle.

—Ajá.

—¿Ajá? —repito—. ¿Me queréis matar? ¿Qué vais a hacer ahora?

—Isabel, ve a tu sitio y, por favor, diles que toquen de nuevo la marcha nupcial —le pide Matt, paciente—. Hazlo, por favor.

Ahora sí...

—¿Preparada? —me dice entonces a mí, con voz tensa, implorante.

Segura, yo me cojo de su mano.

A pesar de estar haciendo el mismo recorrido de antes, ahora la seguridad que tengo al estar cerca de Matt no me permite vacilar. Avanzamos con paso lento y, sin embargo, firme. Ya no me atemoriza el gentío y he ahuyentado mis ridículos temores. La niebla se disipa y sé que quiero ser su mujer; como él ha dicho, suya.

Finalmente, llegamos ante el altar; la curiosidad nos rodea, así como las preguntas no formuladas de los invitados.

Las lágrimas que derramo esta vez son de emoción. Se trata de nuestra boda, con la que vamos a sellar nuestro amor. Ahora mis nervios son los de la novia que espera impaciente unirse al hombre que ama.

Cariñoso, Matt me seca las lágrimas con dedos tan temblorosos como los míos...

Nos miramos y sonreímos, y antes de lo que espero, pronunciamos los votos. La voz de él suena quebrada en cada promesa y sigue temblando cuando desliza la alianza de platino en mi dedo. Al acabar, me contempla con una mirada cargada de amor, pura y sincera.

Yo pronuncio también mis votos entre más lágrimas. Temblando, uno nuestras manos y me estremezco al mirar a este hombre, a mi esposo ya.

Cuando llega el momento del beso, nuestros sentimientos alterados se ven calmados por la unión de nuestras bocas.

—Te amo, Gisele. Te amo tanto que me duele —susurra contra mis labios y, con delicadeza,

enjuga mis lágrimas—. Chis, ya está. Ahora por fin eres mía.

Lo beso nuevamente, llena de promesas y de ilusiones, con más ardor y profundidad, sin importarme cuánta gente nos esté vitoreando por el efusivo contacto.

—Te amo, nene —repito yo esta vez—. Por fin eres mío.

—Me matarás.

—Lo siento...

—Te quiero tanto... —Acaricia el encaje de la espalda de mi vestido y me estudia de pies a cabeza—. Estás preciosa, llena de la luz que necesito...

Al apartarnos entre carantoñas, llega la parte más horrible de la boda. Besos y felicitaciones de gente que no sé quiénes son... Pero ¡qué más da! ¡Soy feliz y estoy casada con Matt! Me espera una vida diferente, ahora soy Gisele Campbell.

—¿Preparada? —Matt me abraza y me roza la mejilla con los labios. Está lleno de energía, de plenitud—. ¿Todo bien?

—Sí... —Me arropo con su mimo tan tierno y cariñoso—. Todo bien, sí.

La fiesta se celebra en casa de los Campbell, decorada con flores blancas para la ocasión. Las sirvientas me miran curiosas y Melissa, mi antigua compañera, está atenta a cada detalle.

Mi esposo observa cada una de mis reacciones, deduzco que está intentando averiguar cómo me siento. Me coge la mano, cómplice y expresándome todo el amor que no me transmite con palabras.

—¿Más tranquila? —me pregunta, dándome un bocado de canapé. Yo asiento con la cabeza y me relamo—. Estupendo, pero controla esa lengua.

Traviesa, yo repito mi gesto.

—Gisele, para ya.

—Chicos —nos dice William—, ¿a qué hora pensáis salir mañana para Corfú?

—Por la mañana —contesta Matt—, el vuelo sale a las once.

Mi padre carraspea para llamar su atención y Matt lo mira.

—Dime, Michael.

—Cuídamela mucho. —Está emocionado y yo también. Menudo día—. Sé que lo harás, pero es mi deber pedírtelo.

Matt me mira fijamente, y contesta seguro:

—Estará bien. No le va a faltar de nada y la protegeré con mi vida si es necesario.

Oh, mi loco, mi romántico esposo. Me prohíbo llorar otra vez.

—Ha sido una boda preciosa —comenta Karen y yo, consciente de que cuento con la atención de Matt, me paso de nuevo la lengua por los labios—. Jamás he llorado tanto como hoy, hacéis una pareja tan... —Y se echa a llorar.

—Venga cariño, tranquila —la consuela William.

—Si nos disculpáis, volvemos enseguida —dice Matt en ese momento—. Quiero mostrarle algo a mi querida esposa.

«Esposa...» Suena tan bien...

Nos miran sorprendidos mientras nos levantamos, cogidos de la mano. Pasamos entre la multitud, que baila divertida, la mayoría Campbell, como Silvia, la prima de Matt, que se mudó a Madrid hace tres meses y que estudia conmigo en la universidad. También saludo a Thomas y Emma... Veo a gente que trabaja con la familia o con Matt.

Veo también a Eric y Noa, que hablan compenetrados, y a Scott, que parece ausente, sentado a la misma mesa que Roxanne, que tiene una actitud similar a la de mi hermano. ¿Por qué este mal rollo entre ellos?

—Matt —llamo, sin saber adónde vamos.

—Dime.

—¿Qué me quieres enseñar? —¿Vamos de camino a su antigua habitación?—. ¿Algo grande?

—Gisele, Gisele...

—¿Sí, Matt?

Con una risita, veo que he acertado y que entramos en este cuarto que ya ha dejado de ser suyo. Espero que me haga la propuesta que ya me está volviendo loca. Pensar que los invitados están abajo y nosotros aquí, jugando, me resulta excitante. Qué locos y salvajes somos.

—¿Para qué me has traído aquí, esposo? —De reajo, veo que se ajusta la corbata—. ¿Un regalo especial?

—Sí, cariño. Un regalo que hasta esta noche no podrás olvidar. —Cierra la puerta y me mira. Tiemblo—. Veo que tienes ganas de jugar, y, para qué engañarnos, yo también.

—Y —me contoneo— ¿por dónde empezamos?

Riendo, me acorrala entre su cuerpo y la pared y con delicadeza, me sube el vestido poco a poco.

—He estado pensando mucho —me dice apasionado..

—¿En qué?

—Silencio. —Me pone un dedo en los labios—. Voy a demostrártelo.

Cierro los ojos y me dejo llevar, hoy nada importa. Él es mi marido y yo su mujer, el resto del mundo nos sobra.

—Nena, mírame. —Él lo hace peligrosamente—. Quiero que me mires ahora, mientras te toco y acaricio.

Gimo al sentir su mano sobre mi muslo desnudo; es apenas un roce y ya me estoy humedeciendo.

—Será un juego nuevo —me explica contenido—. Quiero que me digas qué ves en mi mirada en estos momentos. Y háblame de lo que estás sintiendo.

Qué excitante... y raro.

—¿Quieres hacerlo? —me pregunta.

—Sí —respondo temblorosa.

—Entonces, empecemos.

Y muriéndome de deseo anticipado, me sujeto el vestido mientras Matt me baja las braguitas de encaje que hoy estreno para él. Me las quita y muy despacio, demasiado despacio quizá, pasa la punta de los dedos por mi sexo.

—Dime, Gisele.

—¿Q-Qué...?

—Recuerda lo que acabo de decir.

Cierro los puños y agonizo. La sensación es extraña y el toque de sus dedos, también. Precavidos, suaves. Su tono, exigente y sombrío.

—Tu mirada es peligrosa —musito entre jadeos—. Me siento frustrada.

Oh, Dios... Ahora me roza en círculos. Tan lentamente, tan exquisito...

—¿Por qué?

—Es una tortura... un toque tan lento e intenso.

—Tan lento... ¿Tanto que te parece que voy a parar? —Asiento arqueándome, buscando la fricción de su mano—. Quiero saber cómo te sentirías si me detengo cuando tú tanto me necesitas.

¿Qué clase de preguntas son éstas?

—No lo hagas, por favor. Me siento necesitada... y no podría soportar que pararas.

Gruñe con los ojos fijos en mí, oscuros y peligrosos. Entonces se anima y las caricias se tornan más apasionadas. Finalmente, introduce un dedo en mi intimidad.

«Más, más», suplico en silencio, moviéndome.

—No podrías soportarlo —repite—. Interesante.

Grito al notar otro dedo, que saca un segundo después.

—Matt... vuelve a hacerlo.

—Dime qué ves ahora en mi mirada.

Me retuerzo, consciente de la humedad que me invade. Me da placer... pero echo en falta llegar al orgasmo.

—Extraña —susurro.

—¿Cómo extraña?

De nuevo me toca suave, despacio, agónico. ¿Qué hace?

—Vengativa.

No sé por qué la palabra escapa de mis labios; no obstante, lo siento así.

—Me alegra que me conozcas tan bien, te servirá para el futuro. —Sonríe amargamente y se aparta, dejándome vacía—. Ya hemos terminado el juego, vamos a ponerte bien el vestido.

Rechino los dientes y dejo caer la cabeza contra la pared. No puede ser que sea tan perverso. Me duele la zona donde me ha estado tocando. Estoy muy necesitada.

—Vamos, Gisele, podrás llegar más tarde al orgasmo, ¿verdad? —Me ayuda con las braguitas y deja que la falda del vestido caiga de nuevo hasta el suelo—. Hacer esperar a los demás se te da bastante bien y no te ocurrirá nada por aplicártelo un poco a ti misma. Tal vez sientas deseos de matarme, pero no lo harás.

Me percató de la jugada y no doy crédito. ¿Me la está jugando?

—Sí, esposa mía, lo has entendido. —Con una sonrisa diabólica en los labios, me sujeta el mentón—. Así me has hecho sentir tú. Desesperado, frustrado, deseando que llegaras a mi lado. Sin embargo, me has hecho aguardar hasta casi sentir que no podría soportarlo.

Con ansiedad, le cojo la mano y me la llevo entre las piernas. Matt gruñe y yo gimoteo.

—Estoy mojada. Me duele —me quejo con un puchero—. No me hagas esto.

—Esas palabras me suenan, Gisele. —Se suelta la mano y coloca la mía sobre su corazón—. Aquí me dolía a mí, pero ahora ya no me duele. También a ti se te pasará.

«No, por favor no.»

—Te he pedido disculpas.

—Y yo te las pido a ti ahora. Créeme que no me gusta dejarte ansiosa y no tocarte. Pero, por otra parte, es lo justo.

Y, torturándome aún más, me besa. Tengo ganas de abofetearlo, pero me controlo. No me

doy por vencida y le rodeo el cuello con los brazos, uniéndome más a él.

Soy idiota, sé que esto es peor, porque ahora lo necesito aún más que antes. Pero Matt hace lo que yo esperaba... se aparta, tan excitado como yo... aunque controlándose.

—Eres cruel —protesto.

—No soy el único —contesta con sarcasmo—. Sí y no me mires tan enfadada. Ya somos dos, señora Campbell.

—Yo no quería hacerlo. —Abro la puerta con él detrás, frustrada por su engaño.

—Yo sí. Soy algo vengativo, recuérdalo para la vida que nos espera juntos.

¡Quiero gritar! Qué costumbre de dar y quitar, parecemos niños.

—Yo también, no lo olvides.

—Bien, señora Campbell.

Me vuelvo y lo veo sonriendo con tanta complicidad que sonrío yo también. Me duele todo, pero es bueno saber cómo es Matt. Venganza con venganza se cobra.

Me sujeta la cara entre las manos y me besa suspirando.

—Te quiero, Gisele.

—Yo también, aunque ahora mismo te odie.

—¿Ah, sí?

Me derrumbo al apreciar el deje de tristeza de su voz.

—No, Matt, gracias por este maravilloso día.

—A ti por elegir a este loco como esposo. —Su tono de voz es intenso. Me contempla embobado, enamorado—. A pesar de la angustia, no cambiaría nada. Si hubiera sido diferente, no serías tú.

—Soy complicada, lo sé.

—Lo somos.

Me acuna la cara y se deshace en mimos, besos y caricias. Su mirada me traspasa, intensamente feliz.

—Vamos, nos esperan y, recuerda —me advierte—, guarda tus ganas para esta noche.

—Estoy contando las horas.

Bajamos cogidos de la mano, sonrientes y vemos que no nos han echado de menos. La fiesta está en su apogeo. Todos bailan, beben y se divierten. Pero Matt parece interesado en algo y yo le aprieto la mano, llamando su atención.

—¿Qué miras, Matt?

—Ahora vuelvo, nena. Necesito hablar con mi prima Silvia un momento. —Me da un beso en la frente y, al verme curiosa, me aclara—: Asuntos de trabajo, nada más.

—Está bien, estaré por aquí.

—No te perderé de vista —contesta, como de costumbre—. No tardo.

Mientras lo aguardo, aprovecho para estar con mis amigos, Emma y Thomas. Hablamos de nuestras vidas, de los cambios y nuestros estudios. La tensión es palpable en Thomas, más aún porque Matt, que está charlando con su prima, no nos quita ojo.

Segundos más tarde, el musculito de mi hermano viene a buscarme y bailamos juntos, pasando yo luego a los brazos de papá y de William. Luego bailo suelto con mamá y Karen y finalmente termino con la pareja formada por Noa y Eric.

Agobiada por el jaleo, consigo escaparme y me refugio en la mesa más apartada del jardín,

bajo la carpa.

—¡Nena! —Alzo la cabeza y veo a Matt con Silvia—. ¡Voy dentro de un momento!

Le sonrío, asintiendo.

—Gisele. —Roxanne me ha seguido—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro —digo, señalándole la silla contigua—. Siéntate, por favor.

No sé qué me querrá decir, se la ve tensa y seria. Supongo que tendrá que ver con la conversación con Alicia, de la que Matt me habló en el refugio... Él nos observa con atención a lo lejos. No me pierde de vista.

—Voy a ser breve. Sé que las cosas entre nosotras no van muy bien, pero yo adoro a Matt y sé que tú lo amas.

—No lo dudes.

—He tardado en entenderlo; no obstante, ahora no tengo dudas. Sólo quiero desearos que seáis muy felices... Se lo dije también a Matt. —Suspira—. Él me pidió que te lo dijera personalmente.

—Gracias, Roxanne... —Le sonrío agradecida—. Espero que nuestra relación sea buena, Matt lo necesita.

—Nunca había visto a mi hermano tan controlado y no hay que buscar mucho para saber por qué. Gisele... —seria, busca las palabras adecuadas—, ayer, cuando tú no le respondías los mensajes, no puedes imaginar cómo estaba. Ten paciencia con él. Sé que estuvo en la despedida...

—¿En serio?

Me sonrojo cuando asiente con la cabeza.

—Cuando se trata de ti, se comporta como un quinceañero, aunque disimule.

—¿Hablaste con él? —pregunto inquieta—. ¿Le contaste algo de la despedida?

—Estaba nervioso y agitado al no poder verte... Me preguntó por la despedida, sí, por tu comportamiento con... los hombres. No le dije lo del chico que te habló. —Vaya con Matt, qué manera de controlar. Roxanne no le habló de aquel desconocido, ¿Andy?—. Mi hermano no quería agobiarte con preguntas, así que lo hizo conmigo, durante dos horas... Lo típico en él si te pierde de vista, se desespera.

—Gracias, Roxanne. La verdad es que no sé qué decirte...

—No digas nada —me interrumpe ella, amable—. Necesitaba decirte esto, porque lo siento así. ¿Cómo no adorar a Matt cuando está tan pacífico?

Y, tontamente, ambas nos reímos con el comentario. Es cierto, ¿cómo no adorarlo?

—Qué sorpresa. —Nos sobresalta la llegada de él—. ¿Todo bien?

—Muy bien —se adelanta su hermana y me guiña un ojo—. Felicidades por la esposa que has escogido. Estoy orgullosa de ti.

«Y yo también de ti», quiero decir al ver el abrazo tan emotivo que se dan.

Roxanne se marcha y se encuentra a mi musculitos bailando con Emma... ¿Se tensan al coincidir?

Matt se arrodilla a mis pies al quedarnos solos. Me encanta lo guapo que está, radiante con ese brillo en los ojos. Los ojos verdes más bonitos del mundo.

—¿Estás bien? —pregunta. Yo digo que sí con la cabeza, como la niña tonta y consentida que él cree que soy—. Me estás mintiendo. Tienes los ojos llenos de lágrimas.

—Me he emocionado con tu hermana —confieso—. Por lo visto, tengo la costumbre de hacerme una idea equivocada de los Campbell... Más bien con los hermanos Campbell.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta confuso.

—Me equivoqué contigo al principio pensando que eras un bruto. Y ahora me he dado cuenta de lo equivocada que estaba con Roxanne... Temo estar haciendo lo mismo con Eric.

Se incorpora, me ayuda a levantarme de la silla y me rodea con los brazos.

—Todos te hemos dado motivos, nena. Los equivocados hemos sido nosotros, no tú.

Lo abrazo y lo beso. Luego lo abrazo por la cintura muy fuerte.

—Y ahora, vamos —dice, atrapando mi labio inferior entre los dientes—. Cortemos la tarta, bailemos y hagamos el brindis. Cuanto antes terminemos, antes podremos irnos tú y yo solos, por fin.

—Sí, por favor... ¿Has podido solucionar tus asuntos con tu prima?

Asiente y me arrastra a través de la multitud. Yo lo miro y espero... No dice nada y esos extraños silencios no me gustan. ¿Qué se traerá entre manos?

La locura estalla al meternos entre el gentío. Gritan y nos lanzan pétalos blancos, haciéndonos reír. Entonces llega el momento más esperado por las chicas, incluso por los chicos.

De espaldas, arrojo el ramo de novia y, para mi sorpresa, lo atrapa Roxanne. Creo que no tiene novio, sé poco de su vida, pero desde que nos conocimos no creo haberla visto cariñosa con nadie. ¿Un amor oculto?

El momento de cortar el pastel es el más divertido. No sólo lo cortamos, Matt y yo también terminamos con la cara llena de él. Nos besamos, saboreando la tarta en la boca del otro, lo que termina en una ovación inesperada.

Suena música suave y Matt y yo bailamos los dos solos. Es un momento tan íntimo, tan especial, que nos olvidamos del resto del mundo. Él y yo en la pista, en nuestra burbuja, y Luis Miguel de fondo.

Esas manos que me llevan,

por las calles de la vida,

esa cara que me obliga,

a mirarla de rodillas, sólo hay una, sólo hay una,

o tú o ninguna.

Esa voz que me aconseja,

no creer en las sonrisas,

ese pelo que me cubre, como lluvia de caricias

sólo hay una, sólo hay una

o tú o ninguna.

O tú, o ninguna, no tengo salida

pues detrás de ti, mi amor,

tan sólo hay bruma,

si no existieras, yo te inventaría

como el sol al día,

o tú, o ninguna.

Esa que de puro honesta,

en el fondo te molesta,

esa que te admira tanto, que te obliga a ser un santo

sólo hay una, sólo hay una

o tú, o ninguna.

Confidente de mis sueños,

de mis pasos cada día,

su mirada mi camino y su vida ya mi vida...

o tú, o ninguna, no tengo salida

pues detrás de ti, mi amor,

tan sólo hay bruma.

Si no existieras, yo te inventaría,

pues sin duda alguna,

o tú,

o tú, o ninguna.

—Así es, Gisele —susurra Matt apoyado en mi frente—. O tú o ninguna.

—Te adoro.

—¡A brindar! —gritan, interrumpiendo nuestro momento de intimidad.

—Solamente diré que sé que Matt hará feliz a mi hija, o de lo contrario, haré que lo metan en la cárcel, por robarme mi tesoro más preciado. —Papá y sus advertencias.

—Lo único que puedo decir es, bienvenida a la familia, aunque desde el primer momento que los vi juntos... —Karen deja su discurso a medias. Las lágrimas le impiden continuar.

—Yo quiero brindar por mi cuñado. Sí, sólo por ti, ya que menuda pieza te has llevado. Paciencia con mi pequeña. —Scott me llega al corazón, mi musculitos es increíble.

—Yo quiero deciros que sepáis amaros y respetaros. La confianza es la base de una relación. Por una vida llena de felicidad. —El brindis de William nos emociona. Matt se muestra complacido y a la vez pensativo.

—Me parece que fue ayer cuando entré en el dormitorio de mi Gis y vi ropa de Matt debajo de la cama... —Ése es el momento más bochornoso, menos mal que las risas interrumpen el absurdo discurso de mamá. ¡Qué loca!

—En este brindis, sobre todo quiero felicitar a Gisele. Gracias por devolverle a mi hermano la sonrisa. —Roxanne me conmueve.

—Por vuestro amor y los hijos que van a venir fruto del mismo.

—Oh, Dios. Es el deseo de Noa y Eric.

Y entonces llega el brindis más bonito, el que me deja sin respiración y me acelera el corazón. Matt une nuestras manos y acaricia nuestras alianzas en señal de lo que supone para nosotros este día, y cuando empieza a hablar, yo no puedo dejar de llorar:

—A veces, la vida es dura, te trata mal y tú no entiendes por qué. Con el tiempo, vas superando obstáculos e intentas olvidar situaciones o personas que te hicieron daño e procuras ser más fuerte. Tan fuerte que te vuelves frío, lleno de miedos... cruel, a veces. Con cargas que no te abandonan y no lo harán. Sin embargo, un día la vida te vuelve a cambiar. Llega a tu casa la chica de servicio más hermosa sobre la faz de la tierra y, sin pedir permiso, se adentra en cada célula de tu piel. Sin retorno.

»Hoy no puedo ser más feliz... Esa chica es mía, mi esposa. La que me hace ver la vida de otra manera y me complementa con su alegría. Un brindis por la mujer más maravillosa del mundo, mi mujer, Gisele Campbell.

Me arrojo a sus brazos abiertos y Matt me mira con el cariño que han expresado sus palabras. Nos quedamos abrazados mucho tiempo, fundidos el uno con el otro, aislados en nuestra intimidad.

—¿Eres feliz? —me susurra al oído. Su tono de voz es urgente y necesitado—. ¿Lo eres?

—¿Y me lo preguntas?

—Dímelo, por favor.

—Te amo, Campbell —contesto, llena de amor—. Ya soy tuya.

—Te tengo una sorpresa —musita, besándome el cuello con ternura. Percibo su nerviosismo y cómo traga el nudo que se le ha hecho en la garganta—. ¿Preparada?

4



Nuestro refugio

No sé adónde me lleva. Nos hemos despedido de la familia y hemos cogido el coche. Lo único que sé es que no está cerca, porque Matt me ha dicho que, si quiero, duerma un poco hasta que lleguemos.

Estoy contenta, muy feliz y... menudos regalos. ¿Cómo pueden gastar tanto dinero? Mobiliario completo para la casa, el viaje e incluso un automóvil los padres de Matt.

Por lo visto me he dormido, porque al cabo de un rato Matt me coge en brazos y noto el viento en mis mejillas. Abro los ojos y me encuentro con los suyos.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Hemos llegado.

—Bájame. —Él sonríe y niega con la cabeza—. ¿Por qué?

—Lo haré cuando hayamos traspasado el umbral. Ya sabes, la tradición.

Me acurruco contra su pecho y siento su corazón. Le late frenético, tan descontrolado que incluso me asusta. ¿Por qué? Hoy está tan intenso y eufórico. Intuyo que no me perdonará con facilidad mis tontas dudas.

—Cierra los ojos —susurra. Lo hago y oigo cómo se abre la puerta de una verja para cerrarse poco después. Con cuidado, me deja de pie en el suelo. Idiotamente me tiemblan las piernas.

—Ábrelos.

¿Estamos en el refugio?

—Aquí está mi regalo, espero que te guste.

Nada me ha preparado para la impresión que recibo. El jardín está iluminado con velas en forma de corazón y pétalos de rosas rojas y blancas formando corazones más grandes. Es un detalle inmensamente romántico.

Mi corazón se hincha de amor y me quedo muda, no puedo decir una sola palabra. Un sollozo me asalta repentinamente.

—¿Qué te parece? —me pregunta él.

—Matt... no tenías...

—¿No te gusta? —inquieta preocupado y expectante—. Dime algo, Gisele.

No puedo y me abrazo a él, que me rodea con los brazos me besa el pelo. Luego me coge otra vez en brazos. Va a enseñarme algo más, e intuyo que eso será lo más importante. Está demasiado acelerado.

—Quiero que lo veamos juntos. —Sus ojos brillan y su sonrisa se ensancha—. Mira.

Oh, Dios, no puede ser. La casa del refugio está totalmente acabada. Nuestro hogar... Está preciosa e impresionante.

—Matt... ¿Cómo...? Hace apenas dos semanas me dijiste que... Ahora sé por qué no querías

que viniésemos algún fin de semana desde Madrid.

Me observa en silencio y luego dice orgulloso:

—Han trabajado muy duro y muchísima gente, pero aquí está. Para ti, para nosotros.

Asiento eufórica con la cabeza. Nuestra casa. ¡Lo amo!

—Para que la estrenemos juntos —susurra—. Te has emocionado.

—Yo no tengo nada para darte... —contesto. Se ríe, pero me contesta también emocionado—. No te rías... Matt, me has dado una casa, pétalos, velas...

—Tú me has regalado lo más importante: a ti misma, Gisele. Tú eres mi vida. —Me deja en el suelo y enjuga las lágrimas que no me había dado cuenta que estaba derramando—. No te puedes hacer una idea de lo que eres para mí. No sabes lo que siento al saber que ya eres mi esposa. Sólo quiero esto: tú, yo y nuestro mundo. Me sobra todo y todos los demás.

Tengo un nudo en la garganta y mi indefenso lleno de romanticismo lo sabe.

—Te amo —le digo, besándolo, succionándole el labio—. Te amo, te amo, te amo.

Responde sensual a mi beso, atrapando mi boca, y, seguidamente, me coge de la mano para llevarme dentro. Atravesamos el salón, blanco inmaculado. La cocina, del mismo color... Curioso. La casa es espaciosa y amplia, sin agobios.

—Todo blanco —dice al verme ceñuda—. El blanco es señal de pureza, pura como lo eres tú.

—¿Acaso me lees la mente?

—Lo intento —bromea—. Ven, quiero mostrarte algo más.

En el jardín trasero hay un espacio acristalado, cerrado e incluso con calefacción. Y en el centro del mismo, una cama con dosel blanco, más flores y luces. También una mesa con bebida y comida junto al lecho. Fresas, nata y champán.

—Aquí, Matt. —Señalo la amplia cama y él se sienta conmigo en ella—. Quiero que me hagas el amor aquí ahora mismo.

—¿Quieres jugar?

—Sí...

—Es increíble —murmura asombrado—. Lloras, te ríes y ahora quieres jugar.

Me tumbo hacia atrás con gesto sensual y deslizo la fresa por mi cuello, mis senos. Quiero calentarlo, excitarlo... Atrapo su mano y la llevo hacia mi centro. Él gruñe y yo gimo.

—Aún me duele aquí, Matt... Ya quiero sentirte.

—¿Ya no quieres jugar?

Lo necesito.

—Más tarde. —Me retuerzo con el roce—. Ahora me urge aliviar este dolor.

Sin decir nada, me hace incorporarme y se coloca detrás de mí. Con delicadeza, me baja la cremallera trasera del vestido poco a poco. Descubre el hombro derecho y después el izquierdo, hasta que la prenda cede y cae alrededor de mis pies.

—Me encanta este vestido —susurra excitado—. Estás preciosa desde cualquier ángulo que te mire.

Me acaricia la espalda y luego me desabrocha el sujetador y, en cuanto lo consigue, se llena la mano con mis senos, masajeándomelos... Su respiración se descontrola.

—Matt, si me tocas así me vuelvo loca... —Gimo mientras él se arrodilla y empieza a quitarme las medias, acariciándome sensualmente a medida que baja las manos. Me quita también las braguitas y se me eriza la piel—. ¿Qué me haces?

—Lo que ningún otro ha podido —responde, repasándome de arriba abajo y apretando la mandíbula—. Eres deliciosamente perfecta. ¿Tienes idea de lo que me supone saber que nadie más podrá alejarte nunca de mí?

—Lo sé...

—Desnúdame —dice entonces.

Me excita tanto con sus órdenes...

Yo no sé ir tan pausada como él, lo quiero y necesito ahora. Le arranco la corbata y le quito la chaqueta y la camisa. Paso las manos por su duro pecho y me deleito con él. Sé que nunca me acostumbraré a su porte tan masculino... a lo grueso y grande que es.

—Túmbate —me ordena y yo obedezco—. Abre las piernas, nena.

Espero que me cubra con su cuerpo, que me dé ahora lo que añoro, pero no lo hace. Se tumba a mi lado y desliza los dedos por mi piel desnuda.

—Cierra los ojos y déjate llevar —me murmura al oído—. Es turno de complacer a la señora de la casa.

—Matt...

—Silencio.

Como una niña buena y tan caliente como él sabe ponerme, hago lo que me dice. Su mano empieza vagando entre mis pechos, me pellizca el pezón con ternura, para cubrímelo con su boca segundos más tarde. Me lo rodea con la lengua y yo suplico, tirándole del pelo. Luego desliza los dedos hasta mi ombligo y los baja hasta alcanzar mi intimidad.

—Estás mojada para mí —dice con voz ronca—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí... no te detengas, por favor.

Entierra su dedo en mi cavidad e inicia un lento y tortuoso juego. A continuación, me excita con un movimiento circular y yo gimoteo desesperada.

—Bésame y no abras los ojos —me ordena.

Noto su boca cerca y me vuelvo loca. Levanto las caderas y ruego entre jadeos estrangulados. Me hago con su boca, que chupo y succiono... Y entonces, se detiene.

—Quieta.

Ahora es él quien me besa. Su dedo hace más presión y yo siento que me voy desvaneciendo, agitando. Entra y sale, incrementando mi humedad y repite el gesto mientras su boca no tiene compasión de mí.

—Matt...

—Cuando quieras —susurra, sin abandonar su toque tan exquisito, y yo me dejo ir. Grito, sollozo y me derrito en sus brazos. Matt prolonga mi agonía con sus caricias hasta que percibe cómo el orgasmo se apodera de mí... Al terminar, abro los ojos y lo miro—. ¿Estás bien?

Asiento con la respiración agitada. Con una sonrisa, él se chupa el dedo húmedo de mí y jadea.

—Ven aquí, nena.

Las rodillas me tiemblan cuando intento levantarme y él me ayuda a hacerlo. Ansioso, me alza a horcajadas contra su cuerpo, entrelazados el uno con el otro. Desnudos y de pie en medio de nuestro jardín, haciéndonos el amor por primera vez desde que somos marido y mujer.

—Llevo todo el día deseando hacer esto —confiesa casi sin voz—. Te deseo tanto...

Paso los brazos alrededor de su cuello y me apodero de sus labios. Lo beso y suspiro contra

su boca, con el fuego de esta pasión que nos hace arder. Permito que me invada y vuelva a salir, con sus manos acariciándome la espalda.

—Mi esposa —gruñe y me chupa el labio—. Jamás te marcharás.

Otra embestida más frenética, más loca y apasionada.

¿Quién quiere irse?

—Ni lo pienses, porque jamás dejaré que te vayas. —Niego jadeante al oír sus palabras—. Eres mía para siempre.

Me alejo de sus labios sin respiración, dejándome caer hacia atrás. Matt me sujeta con firmeza y va directo a mi cuello y mis pechos. Se ha vuelto salvaje, sus manos sobre mi piel son ahora posesivas y exigentes.

—Dime que me amas —pide, mordiéndome un pecho—. Dímelo.

Hipnotizada, me apoyo en sus hombros y lo miro. Me devora, me hace suya como si fuera la única mujer sobre la tierra, y yo ya estoy otra vez al límite. Me muevo más deprisa y le tiro del pelo, suplicando alcanzar otro orgasmo.

—Te amo. —Matt enloquece y caemos sobre la cama, él cubriendo mi cuerpo y arremetiéndome con ganas, provocándome sacudidas de placer—. Más, más.

Baja el ritmo, me hace el amor con suma delicadeza y con los ojos permanentemente fijos en los míos. Se mece hasta que, con un alarido animal, ambos nos precipitamos en el clímax y él se vacía en mi interior arrastrándome con él a este intenso remolino de pasión.

—¿Todo bien? —me pregunta luego sonriendo—. Estás preciosa después del sexo.

—Quiero más.

Estoy agotada, pero hoy lo deseo con locura.

Él cierra los ojos y se pierde en sus pensamientos, cuando los abre, musita:

—Gisele, ¿te he dicho que te quiero?

—Sí... —respondo con voz ahogada, incorporándome—. Y yo a ti.

—Lo sé, hoy lo sé. —Suspira tan fuerte, que agita mi cabello, y a mí—. ¿Qué necesitas?

—Compláceme, por favor.

Me mira con gesto pícaro y yo le sonrío, sacándole la lengua cuando veo que se acerca con las fresas y la nata. Qué noche nos espera, o, mejor dicho, lo que queda de ella.

Desnuda, me dejo caer sobre la cama y veo cómo se acerca a mí. Se sube a ella de rodillas, unta una fresa con mucha nata y me la pasa por los labios. Descarada, lamo la fruta como si estuviera lamiendo su miembro.

—Gisele... —me advierte contenido, pero yo no le hago caso y succiono la punta de la fresa, llevándome la nata. Lo provocho y me paso la lengua por los labios. Está excitado ante mi mirada tan atrevida.

—Pienso que eres tú, que te estoy lamiendo poco a poco, para luego probarte por entero —explico coqueta—. ¿Quieres ver cómo lo haría?

Gruñe y cierra los ojos. Sin esperar su respuesta, me acerco a su pene y se lo unto de nata. Matt tiembla, pero, aun así, no se mueve. Yo, hambrienta, me aproximo y me alejo.

—No juegues —me regaña, cuando succiono un poco, muy poco—. Me tienes muy duro, no juegues.

Y no juego, me apodero de su miembro con apetito y Matt me tira del cabello cuando enloquezco probándolo rápida, ansiosa. Me enciende lo desesperado que parece y lo devoro

hasta que él se agita y me pide que me retire.

—Joder, Gisele, joder.

Oh, Dios. Explota delante de mí y mi temperatura se eleva. Llevo la mano hasta mi centro, pero Matt me detiene.

—Es mi turno —dice.

Trago saliva al ver su peligrosa mirada y asiento. Me dejo caer sobre el lecho mientras él coge la nata... Oh, oh, me unta entera con ella, desde los pechos, pasando por la cintura hasta llegar a ese lugar tan íntimo.

—Disfrútalo, cariño —susurra, antes de dar el primer lametón a mis sensibles pezones.

Chupa, muerde, y yo grito y me retuerzo en la cama, sobre todo cuando va bajando hasta mi clítoris. Me aferro a las sábanas con impotencia. Dios, qué bueno. Apenas lo soporto. Cierro las piernas, atrapándolo entre ellas, y cuando su lengua entra un poco más, me dejo ir.

—Muy bien, muy bien, nena.

No se aleja hasta que termino, hasta que me quedo sin fuerzas.

A las cinco de la madrugada, después de otra ronda de besos y caricias, me duele todo... Matt duerme a mi lado, agotado, y aun así intranquilo. ¿Qué le pasa?

Lo beso y abrazo.

—Gracias por esta noche —digo, en el silencio de la noche—. Y por este día.

Me muero de ganas de ver las muchas fotografías que nos han hecho, en las que sin duda se reflejará lo que no sé expresar con palabras.

No puedo dormir.

Me enrolló con la sábana y me levanto para ir al baño, pero aún no he dado dos pasos cuando oigo que Matt se mueve.

—¡Gisele! —grita de repente, asustado.

—¡Ay, ay! —grito yo también, sobresaltada—. ¿¡Qué pasa!?

Matt se ha sentado en la cama y me mira posesivo y sombrío.

—¿Por qué gritas? —le pregunto, con el corazón acelerado.

—¿Adónde ibas?

—Al baño —respondo confusa—. ¿Por qué has gritado así?

—Voy contigo —dice, ignorando mi pregunta—. Espérame.

Me coge de la mano y entonces me parece entender lo que ha pasado. Cree que lo voy a abandonar en mitad de la noche. Pero ahora somos marido y mujer, ya no debería tener estos miedos... O sí. Al fin y al cabo, su madre biológica lo dejó sin más.

Camino a su lado, pensando que es la primera noche y que aún se tiene que acostumbrar.

«Dale tiempo», me digo.

Segundos más tarde, estoy desesperada.

Matt no dice nada y se limita a clavar sus ojos en mí sin apartarse de mi lado.

Joder...

—Matt —le digo incómoda—, me gustaría hacer pis...

—Adelante.

—¿Contigo aquí? —gimo agobiada—. Sal un momento, por favor.

—Me gustaría quedarme.

Tardo un cuarto de hora por su culpa, yo sentadita y él ahí... No quiero reprocharle nada,

pero, ¡por Dios!, se está pasando.

Cuando termino, me vuelvo con él a la cama y, una vez acostados, Matt me abraza con fuerza para dormir... Mañana el día será más tranquilo, me digo para consolarme.

Pero ¡no es así! ¡En mi vida no existe la tranquilidad!

Me despierto sobresaltada. ¡Es la una y nuestro vuelo ha salido a las once!

—Joder, joder —mascullo furiosa y sacudo a Matt para despertarlo. Él me mira tranquilo y extrañado, contemplando mi pelo enmarañado, que me retiro de la cara de un manotazo—. ¿¡Te ríes!? ¡Hemos perdido el vuelo!

No dice nada, sólo se limita a mirarme soñoliento.

—¡Es la una, Matt, la una! —Se deja caer hacia atrás—. ¡Levántate!

Se incorpora un poco y me mira con deseo. ¿Más sexo?

—¿¡Qué miras, Matt!?

—El cabello enmarañado, los ojos rasgados y envuelta en esa sábana, pareces una salvaje —responde—. Eres mi perdición. Me imagino deslizándome entre tus muslos y...

—¡Para!

—Anda, acurrúcate aquí conmigo —pide, tendiéndome una mano—. Más tarde cogeremos otro.

—¿Otro? ¡Yo me quiero ir ya! —contesto, con los brazos en jarras—. Tanto jugar anoche... y mira ahora.

Y se ríe.

—Ven conmigo —insiste—. Un poco más.

Me recojo el pelo en un moño alto y corro hacia él, cayendo sobre su cuerpo bruscamente. Me abraza contra su pecho y yo dibujo mi nombre en él con un dedo.

Está relajado, quizá su ansiedad de anoche fueran sólo los nervios.

—¿Cómo has amanecido, esposo?

—Mejor que bien. Cansado, pero ha merecido la pena —asegura—. ¿Y tú?

Yo tengo una espinita por cómo me sorprendió y pienso que debo recompensarlo.

—Te voy a preparar el desayuno. Ése será mi regalo —digo ñoña, cuando veo aparecer en su cara una sonrisa preciosa—. Espérame aquí.

—Está bien.

Me atrapa y me besa antes de dejarme ir... Risueño y tan guapo. ¡Lo amo!

—No tardo.

Salgo corriendo para prepararle un banquete, y se me olvida avisar a mi hermano del retraso, ya que él iba a acompañarnos al aeropuerto.

Me detengo cuando oigo a Matt hablar por su móvil:

—Matt Campbell —dice—. ¿Hola?

Se calla, tenso, y vuelve a decir:

—Matt Campbell, ¿quién es? —Cierra y abre los puños, alterado—. ¡¿Tú?!



El pasado

Corta la llamada y lanza el iPhone a la cama, yo me quedo expectante... ¿Quién era y por qué reacciona así?

«¡Deja de espiarlo!» No puedo ser la típica esposa controladora.

Voy a la cocina y preparo el desayuno, que le sirvo con una amplia sonrisa. Matt lo mira con desgana. Desayunamos en silencio, y lo poco que dice, casi tengo que arrancárselo.

Me dice que está bien, pero yo no lo creo... Ha sufrido un cambio, su mirada se ha ensombrecido y, poco a poco, la incertidumbre va formándose en mi pecho. ¿Qué sucede?

—¿No tienes más hambre? —pregunto, sirviéndole zumo—. Has comido muy poco.

—No me apetece más, aunque gracias. —Sonríe sin ganas—. Está delicioso.

—¿Va todo bien?

Se toca el pelo distraído, con mirada ausente.

—Perfecto.

—Me voy a arreglar —le digo, retirando el desayuno—: ¿De acuerdo?

—Sí.

Me ducho y visto en el propio cuarto de baño. Un jersey marrón, pantalones, botas y el cabello suelto, con apenas maquillaje. En el aeropuerto, cuando aterricemos, me pondré un atuendo más apropiado para el clima de Grecia... En la sala me encuentro con Matt de espaldas, ya vestido también, con una camisa oscura que no impide ver sus músculos tensos.

—Matt —digo, masajeándole los hombros—. Estás muy serio, ¿va todo bien?

Asiente con la cabeza sin mirarme y eso me extraña. ¿No tendrían que habérsele pasado ya los nervios?

«Déjalo estar —me regaño—, él es especial y necesita tiempo para asimilar los cambios en nuestra vida y nuestra relación de pareja.»

—Voy a terminar de preparar el equipaje.

—Te espero —murmura, mirando su iPhone—. Ya los he avisado a todos del retraso, no te preocupes.

—Gracias, hermoso.

Me marchó a nuestra habitación... tan blanca como el resto de la casa. Me vuelve loca con las manías que tiene a veces. Tras media hora metiendo las últimas cosas en las maletas, veo a Matt pasar de largo como un fantasma.

No sé qué está sucediendo, pero no me gusta.

—Matt.

—Enseguida vengo.

Lo sigo hasta la cocina con las dudas asaltándome: le he visto la mirada turbia.

¿Se está tomando una pastilla?

—Eh, Matt. —Se sobresalta y se la traga con rapidez—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Qué me estás ocultando? —Me tiende la mano para que me acerque a él, pero yo me niego—. Estás raro, frío. No quiero preocuparme, pero no lo puedo evitar. ¿Has tomado algo...?

—No es nada —insiste, acercándose al ver que yo no lo hago—. No me ha sentado bien el desayuno y tengo el estómago mal. No te preocupes.

Oh, pobre.

—Pues dímelo, pensaba que podría ser otra cosa. —Le mimo el estómago, él se estremece—. Lo siento, te he preparado el desayuno con mucho cariño.

—Lo sé. —Me abraza y me besa el cabello entre suspiros—. Démonos prisa, ya quiero salir de aquí.

—¿No estás a gusto en nuestra casa?

—Necesito tranquilidad, Gisele... Estar lejos de todo.

Me aparto y le doy un breve beso. Él me contempla fijamente y, aunque está cabizbajo, en sus ojos veo la emoción y transparencia que no había minutos atrás.

Los extraños cambios que dejó atrás hace tres meses lo asaltan de nuevo tras los nervios de la boda y eso me abruma nuevamente.

—Te quiero —le digo coqueta y rozo sus labios con los míos—. ¿Y tú?

—Yo también. —Me arrima a su cuerpo y me sujeta el mentón, adueñándose de mi boca con un beso salvaje y posesivo—. Yo también y mucho.

No me preocupo, no debo hacerlo, y más cuando me regala una sonrisa tan bonita. No se encuentra bien y ya está. ¿O tengo que hacer un drama de cualquier cambio?

—¿Estás lista?

—Vamos, me muero de ganas de viajar.

—¿No has viajado mucho? —pregunta interesado, y cuando niego con la cabeza, me alza en brazos, contento—. No te preocupes, para enseñarte lo que quieras, aquí estoy yo. Sé que quieres conocer mundo y lo haremos. ¿Preparada?

¿Para nuestra luna de miel? ¡Sí!

Recogemos nuestras cosas y a las tres de la tarde por fin estamos a bordo de un avión privado, rumbo a la isla de Corfú, en Grecia.

El viaje no es lo que espero y las náuseas me sobrevienen a los diez minutos del despegue. Duermo y me despierto sobresaltada cada cinco minutos. Matt, a mi lado, me mima y atiende durante todo el vuelo. Lo noto relajado, tan atento como anoche.

Y por fin llegamos a Grecia... En el taxi, de camino al hotel, miro el folleto del mismo. El Grecotel Eva Palace, cinco estrellas, con vistas al mar... Nos alojaremos en una de las villas.

Me fascina el lujo de las habitaciones que veo en el folleto, el enorme cuarto de baño y la piscina privada. Estoy emocionada por la intimidad que Matt y yo vamos a compartir.

Estoy muerta de sueño. Llevo varias noches sin apenas dormir y eso, junto con los nervios de estos días, está haciendo mella en mí.

De repente, siento que me zarandean suavemente, pero estoy demasiado cansada, necesito seguir durmiendo. Los párpados me pesan como plomo...

Más zarandeos ya no tan suaves.

—Gisele, despierta.

Me sobresalto. ¿Estoy en una cama? ¿En el taxi? Abro los ojos asustada y me topo con la mirada de Matt, fija en mí. Alzo una ceja, pero él no dice nada.

Estoy en la cama de la lujosa villa del hotel y no sé cómo he llegado aquí.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Estás enfadado?

—Mírate y dime qué te parece —me contesta.

¡Oh, Dios mío! Jadeo al descubrirme con un camisón de seda rosa muy pálido subido hasta la

cintura y una mano en mi sexo, ¡tocándome!

—¿Sueños húmedos? —me pregunta él con picardía—. Gisele, estoy a tu lado. Podrías haberme avisado.

Me incorporo y lo miro azorada.

—Bueno, yo... —Matt suelta una carcajada—. No te rías, es vergonzoso despertarse y verse así... ¿Ya hemos llegado?

—¿Ya hemos llegado? Si estás en la cama, Gisele.

—Lo sé, no soy tonta —replico a la defensiva—. Pero ¿cómo he llegado aquí?

—Estabas realmente muy cansada. Has bajado del taxi medio dormida y te he traído hasta aquí prácticamente en brazos... Menos mal que he tenido ayuda.

Me cubro la cara avergonzada... El riquillo prepotente, al que ayudan un montón de empleados, mientras él lleva a su mujer en brazos. Por Dios, ¿qué habrán pensado de mí?

—Te he desvestido mientras tú me mirabas... ¿sonámbula? —Resoplo—. He pensado que tal vez querías ir al mar —dice, apartándome las manos de la cara con suavidad—. Sólo tienes que asomarte y ahí está... O a la piscina, a tu gusto.

A mi derecha hay una mesa con aperitivos y, atento, Matt me acerca una fruta que muerdo con apetito.

—Come algo y podremos salir. Ahí tienes el minibar —me informa, sin quitarme ojo—. O llamamos al servicio de habitaciones.

Me incorporo y me siento en la cama. Matt lleva sólo unos bóxers y está despeinado, muy guapo.

—Gisele, no me mires así. —Hambriento, pasea la vista por mi cuerpo—. Te estaba mirando dormir y, para variar, me has sorprendido. Y mucho, esta vez.

—Entiendo.

—Sí, lo entiendes muy bien —responde ardiente—. Mirar a mi esposa mientras duerme ya es un placer que me pone a cien, pero ver cómo se toca es...

—Cállate —lo interrumpo y me siento a horcajadas sobre él—. Es muy injusto que me digas esto. Yo no era consciente de mis actos.

Sin decir nada, me sube el camisón y me lo saca por la cabeza. Mis pechos lo ansían, toda yo tiemblo aguardando su caricia.

Estoy desnuda sobre él y veo el deseo en sus ojos, pero, aun así, no me toca.

—Es frustrante a la vez que excitante verte en un momento tan íntimo —murmura, pasando un dedo por mi pezón. Gimoteo—. Me frustra mucho que no me llames o me busques cuando me necesitas, y hoy lo has hecho. Lo haces muy a menudo en cualquier circunstancia.

—Soñaba, Matt, sólo soñaba. —Se baja los bóxers, me quita las braguitas y, sin decir nada más, entra en mí—. O-Oh.

—Muévete, nena —gime, con la mandíbula rígida—. Estoy desesperado y no seré suave. Tienes el control.

Lo supongo enfadado y él me lo confirma cuando clava los dedos en mis muslos. ¿Enfadado por mis sueños húmedos? Se hunde en mí con frenesí... Yo me detengo y lo miro, extrañada por su arrebató.

—¿Estás bien? —le pregunto confusa—. ¿M-Matt?

—Sí, nena... Sigue, por favor, te necesito. —Pero no lo hago, salgo de encima de él y me

tumbo en la cama, incitándolo a tomar el control—. No, Gisele, temo ser demasiado brusco.

Es nuestro viaje y quiero que estemos bien. No me gusta nada verlo serio y distante y no pienso permitir que estropee la felicidad que compartimos. Nuestra primera aventura como casados tiene que ser especial, y lo será.

—No me importa —digo finalmente—. Ven, Matt.

Aunque al principio vacila, finalmente se tumba sobre mí, cubriéndome con su cuerpo. Me embiste tan duro que quiero gritar. Matt está muy mal, lo sé... Lo miro a los ojos mientras arremete y lo veo herido, dolido.

—Tranquilo —susurro y le masajeo la espalda—. M-Me tienes a-aquí.

Su lengua se adentra en mi boca con intensidad, sin paciencia, sin control. Está perdido, furioso, tan impaciente que no lo entiendo, pero el placer me invita a olvidarme y, sin querer, lo hago hasta que, molesta por la invasión, noto sus manos frías como el hielo, sujetándose con fuerza.

—Háblame... Matt.

Nueva embestida fuerte, salvaje.

—Gisele..., Amanda me ha llamado. —Maldita sea. Grito: «No, no»—. Te quiero, nena, te amo.

Me contraigo en torno a su pene y Matt gruñe como un animal, estallando en mi interior. Lo veo sacudirse, vibrar. Pero todo me sabe a poco al pensar en esa mujer. La que lo destrozó y le hizo pensar que era malo amar a alguien... La que lo manipuló para retenerlo a su lado.

—¿Estás bien? —me pregunta entre temblores—. Lo siento, te he dicho...

—¿Qué quería?

—Gisele...

—Te he hecho una pregunta, Matt, y déjate de rodeos.

Se deja caer de costado y se pasa la mano por el pelo con inquietud. Al mirarme, percibo reproche en sus ojos y no lo entiendo. Por otro lado, más le vale tener una buena excusa... Yo sí que estoy dolida y decepcionada. ¿Qué mierda se ha creído? Ahora no tengo dudas de que ha sido Amanda quien lo ha llamado esta mañana a casa. ¿Ha vuelto a llamar y han hablado?

—Te has visto con Andy —me dice asqueado—. Amanda me ha dicho que estuviste hablando con él.

«¿Andy?»

—Matt, no sé de quién me hablas, pero eso no es lo importante. Me estás diciendo que la mujer que te causó tanto dolor vuelve a llamarte. Vuelve a tu vida... ¿¡Qué quiere ahora!? ¿¡Por qué te busca!?

Me mira desconfiado, serio.

—Se ha enterado de que me he casado y quería felicitarme. Su esposo, Andy Gonzales, se lo ha dicho. —Me sorprende con el inesperado recuerdo del desconocido de la despedida de soltera—. Veo que ya sabes quién es. ¿Por qué no me has hablado de él?

—Se me olvidó... Quería decírtelo, pero...

—Pero no lo has hecho —termina la frase por mí y, levantándose, se aleja—. Creía que confiabas más en mí, pero ya veo que no.

—¿De qué vas, Matt?

—¿¡Yo, Gisele!? —Está desencajado—. ¿Por qué se acercó a ti?

Joder, joder. Me levanto de la cama y voy al cuarto de baño, por el camino, cojo un biquini amarillo y el neceser.

Tengo ganas de abofetearlo. ¡Me va a volver loca! ¿Qué demonios le pasa? No lo entiendo, ni él a mí. ¿Qué es todo esto?

—¿Adónde vas? —Lo ignoro y busco unas zapatillas en mi maleta—. Gisele, te estoy hablando.

Amenazante, alzo un dedo y le advierto:

—Escúchame tú. Estamos en nuestra luna de miel. Si la quieres pasar aquí encerrado, discutiendo... tendrás que hacerlo solo. —Crispado, me coge del brazo y me detiene—. Suéltame, todo esto es ridículo. Es ridículo que seas tú quien se enfade, cuando debería ser yo. ¿Sabes cuánto te resististe a nuestra historia por los miedos que ella te metió!? No, Matt, no. No le voy a dar ese gusto.

—Está casada, no quiere nada de mí.

—¡Tampoco su marido de mí! ¡Por Dios, fueron unos minutos!

Atravieso la habitación y me voy a la hermosa sala. Me siento en el sofá y miro nuestra piscina privada justo ahí delante. Tanto lujo, tanto de todo, ¿para qué? ¿Para estropearlo por esa mujer el primer día?

—Ha pasado unos días en Málaga para visitar a su familia y de ahí la maldita casualidad de que te encontrases con él. Gisele, sé sincera —pide detrás de mí—, ¿intentó algo contigo?

—¡No, Matt! —Me levanto del sofá y lo sacudo—. ¿Y dónde demonios estaba ella? ¿Tú la viste al salir?

Me atrapa las manos con la respiración agitada.

—Viven en Madrid, de ahí que desaparecieran de Málaga, y ese viaje lo hizo él solo —contesta, buscando signos en mí, ¿de qué?—. Amanda trabaja.

Joder, ¡lo mato! Tomo aire y lo suelto, sin embargo, exploto:

—¡Vaya, cuánto te ha contado! ¡Maldito seas, Matt! —grito, loca de celos—. Escúchame, no me importa si está casada o no. ¡No me importa nada!

—¿¡Tampoco mentirme!?

—Escucha —digo, respirando hondo para calmarme—, no sé dónde está ni lo quiero saber, pero, ojo, procura que sea lejos de ti. Es una advertencia y, te lo repito, yo no te he mentido.

Nos desafiamos con la mirada, el uno frente al otro, finalmente, él baja la vista y me arrastra a sus brazos, apoderándose de mi boca. Me da un beso suave y tierno. Su lengua se entrelaza con la mía y no me devora, ni arrasa, se entrega. Cálido como yo necesito y con suavidad, va calmando mi agonía.

—Te quiero, Gisele. —Me sujeta la cara entre las manos—. Eres mi vida, no te alejes.

—No me alejes tú... Te has mostrado tan frío y seco. No nos hagas esto, Matt.

Apoya la frente en la mía y su tormento vuelve a llenar mi mente de dudas. Temo que de un momento a otro dé un puñetazo en la pared y se lo destroce. ¿Qué es lo que lo tiene tan alterado?

—No me dejes hacerlo, sabes que no soy nada sin ti.

—No sé qué te está pasando.

—Nada, cariño —susurra entre suspiros—. Vístete. Vamos a pasear, a comprar, a disfrutar del mar. Quiero hacerte feliz.

Me relajo, consigo que finalmente lo haga. Necesito que entierre su pasado y lo ocurrido,

que disfrute de esta nueva etapa. Añoro ver al Matt paciente y cariñoso...

Quizá me estoy obsesionando y necesita tiempo para adaptarse. ¡Ya no sé nada!

—A este Campbell es al que quiero ver —lo animo sonriendo, aunque me tiemblan los labios—. Y sin hablar de nada ni de nadie, ¿me entiendes?

—Será como tú quieras —promete con firmeza—: sólo tienes que decirlo.

—Entonces, vámonos de aquí y disfrutemos como es debido.

Pero él me coge en brazos de repente y se lanza conmigo a la piscina. Salimos a la superficie medio ahogados y, a continuación, me arrincona contra el lateral y me abre las piernas.

—Matt...

Lo rodeo por la cintura y espero su embestida... que no llega.

—Sigo desesperado —reconoce, retrocediendo—. Ahora no puedo hacer esto.

—Estoy caliente —gimoteo—, me enciendes y luego...

—Ahora no, Gisele, sabes que odio poder lastimarte.

Sale de la piscina y, arrodillado, me ayuda a mí a salir también.

—Ven. —Me guía hasta la hamaca que hay al fondo y me dice que me tumbe boca abajo—. Voy a darte un masaje, ¿te apetece?

—¿Para qué? —río frustrada—. ¿Quieres que agonice con tu tacto?

—O que disfrutes de los mimos de tu esposo, ¿no?

Cedo, y en cuanto sus manos me tocan, me arqueo... No sé de dónde lo ha sacado, pero con el masaje me aplica un aceite que me provoca fantasías subidas de tono.

—Prometo que esta noche estaré relajado y te haré el amor —susurra, disparándome el pulso—. Hace un rato sé que no sólo ha sido duro, ¿te he hecho daño?

—Matt...

—Chis. —Explora la curva de mi espalda, de mis hombros y cuello—. Déjame, sé lo que hago y lo que digo. Relájate, quiero que te sientas como una reina. Para el sexo hay tiempo, ¿verdad?

Espera mi respuesta. Yo finalmente me rindo y disfruto del masaje.

—Toda la vida.

Más animados, nos terminamos de preparar para salir. Me pongo un vestido fresco y elegante y, cogidos de la mano, paseamos por el hotel, un lugar paradisíaco, lleno de personas del mismo estatus económico que Matt, que ríen y se divierten, contagiándonos su alegría.

Tras dar una vuelta, nos sentamos a comer en el Pool Bar Restaurant y hacemos planes para nuestro regreso, hablamos de la universidad y de la casa que compartiremos.

Hace poco que nos prometimos y, con los preparativos de la boda, apenas hemos tenido tiempo de nada, pero Roxanne se está encargando de que cuando lleguemos nuestro hogar esté a punto.

De momento seguiremos viviendo en Madrid y en vacaciones volveremos a Málaga, al refugio.

Cuántos cambios...

A las siete de la tarde, decidimos darnos un baño en el mar antes de volver a la habitación.

—¿Has comido bien? —me pregunta Matt, tendiéndome la toalla, yo asiento, tocándome el vientre hinchado—. Te he traído una cosa —añade.

—¿Qué es?

—Te gustará. Toma y relájate. —¡Mi libro preferido!—. Disfruta de la tarde, Gisele.

Cojo impulso y me lanzo a sus brazos.

—Eres el mejor esposo del mundo —digo, dejando un reguero de besos desde sus labios hasta su frente. Por todo su hermoso rostro—.

—Para ti todo lo mejor. —Más besos intensos. Me froto contra él y noto la presión de su pene—. Gisele, me vas a poner duro.

—Me parece bien, y además ya lo estás.

—Deja de rozarte.

—Esta esposa es muy golosa —digo provocativa—. Quiero pedirte una cosa...

—No, Gisele... Sé lo que vas a hacer.

—Por favor... Y no, no lo sabes —contesto—. No tiene que ver con el sexo.

—Siempre tan descarada.

—¿Sí o no?

Se ríe y me abraza. Yo me vuelvo gelatina y me humedezco. Su tacto es mi cura, la solución a los tontos enfados que tenemos...

Él y yo, no hay nadie más.

—Haces conmigo lo que quieres y lo sabes.

—¿Yo? —pregunta burlón y mi mundo se ilumina—. Entonces, compláceme.

—Pide.

—Lee conmigo. —No puedo ocultar una sonrisa al ver su cara de asombro—. Juntitos en la arena...

Jugueton, me suelta y me lanza un puñado.

—Muy mal, Campbell, muy mal.

Corro hacia él con tanto ímpetu que al llegar chocamos y caemos hacia atrás. Lo lleno de arena desde los hombros, pasando por el vientre y las piernas. Él se ríe, quieto, a mi merced. Qué bueno está.

—¿Te digo una cosa? —cuchicheo en su oído—. Estoy muy mojada.

Sé que lo impresiona que sea tan directa y veo que sonrío.

—Por ti, esposo, por ti. Estás tan apetecible. Quiero que me...

Me tapa la boca con las manos llenas de arena. ¡Qué asco!

—Contrólate, nena —suplica—. No seas ansiosa, tenemos todo el tiempo del mundo.

—Lo sé...

—¡Toma ésta!

Oh, me ha llenado de arena... ¡No sabe lo que le espera!

El resto de la tarde transcurre muy rápida, entre risas y juegos a la orilla del mar. Matt está risueño y cómplice conmigo, aunque a veces su humor cambia y tiene altibajos sorprendentes, pero lo observo con atención y lo veo cómodo y a gusto. Después llamamos a la familia y no localizo a mi musculitos... No sé por qué, tengo la sensación de que mi hermano me oculta algo y Matt está de acuerdo.

La llamada de Amanda queda olvidada: no vamos a permitir que nos fastidie el viaje.

Cuando se hace de noche, volvemos a nuestra villa y nos preparamos para la cena. Matt me ayuda a vestirme e incluso a peinarme y recordamos juntos los absurdos miedos de la boda. Aunque al principio él los evoca con amargura, termina riéndose con la anécdota del tacón.

Nos sentamos en la terraza del hotel, de cara al mar. El sonido de las olas, estar al aire libre y la libertad de que gozamos en estos momentos borra la tensión de las últimas semanas.

—¿Qué quieres comer, Gisele?

—¿Y tú?

—Me han dicho que hay entrantes muy buenos —comenta, leyendo la carta—. Podemos pedir una variedad de éstos con un buen vino, ¿qué te parece?

—Muy bien.

Me embobo con el paisaje mientras él le hace el pedido al camarero. Me llama la atención su dominio del idioma. Me enloquece cada uno de estos descubrimientos.

—Estás preciosa —me piropea, ruborizándose—. ¿Has traído la cámara?

—Sí, la tengo aquí, en el bolso.

—Sácala.

—¿Nos hacemos una foto juntos?

Niega cuando se la entrego y me enfoca sólo a mí.

—Sonríeme. —Sus ojos se iluminan cuando lo hago—. Te quiero, Gisele.

Me muerdo el labio mientras él comprueba cómo ha salido la fotografía. Hay tanto amor en esos ojos verdes...

—No puedes haber salido más guapa —murmura—. Hazlo otra vez.

—Dímelo de nuevo.

—Te amo.

Sonríó lanzándole un beso.

—¿Y bien? —pregunto curiosa—. ¿Cómo he quedado?

—Cautivadora. Adictiva. Fresca. Hermosa. En cada foto. —Emocionada, me cambio de silla, siempre con el mar delante—. Mejor a mi lado que enfrente.

Le sujeto la cara entre las manos y le acaricio las mejillas, perdiéndome en su boca. Me embriaga su sabor, su aliento. Él es mi adicción, mi vida entera. Mi todo.

—Gisele... —Suspira y me toca la alianza—. Te quiero tanto... Soy muy feliz.

—Lo sé y yo también.

—Eres mía.

Asiento, incapaz de hablar y de decirle cuánto significan esas palabras para mí. Suena orgulloso y como si no se acabara de creer que soy su esposa. Me hace sentir especial, diferente... y que depende mucho de mí.

—Sí... Y tú mío.

—Siempre.

Le cojo la mano y beso con emoción su alianza, la alianza de mi esposo.

—Gracias, Gisele.

—Todo está bien, Matt —aseguro, ante su tono de voz inseguro—. Esto es lo único que deseo.

—Prometo dejar los nervios a un lado... Estarás bien conmigo.

—Ya lo estoy.

Nos sirven la cena, de la que disfrutamos dándonos de comer el uno al otro, besándonos y acariciándonos.

Cuando entramos en la habitación, Matt me busca, sus brazos me rodean con la fuerza que yo

necesito para no dejarnos caer.

—Hazme el amor, Gisele.

«Hazme el amor...»

—Te quiero. —Mi voz suena temblorosa—. Eres lo más especial que hay en mi vida y voy a tratar de cuidarte como mereces.

—Por favor —jadea, rozando su mejilla con la mía.

Sin dilatar más el momento, lo desnudo mirándolo con complicidad. Nuestra relación se fortalecerá con los días... Es sólo una cuestión de tiempo.

—Eres tan hermoso, Matt.

Su piel bronceada, sus músculos. Sus ojos verdes que me llenan de alegría.

—Desnúdame, Matt. Tócame como sabes hacerlo.

Sin decir una sola palabra, se coloca entre mis piernas y, acunándome el rostro con las manos, se adentra en mi interior con la mirada fija en mis ojos.

Yo gimo con apenas un hilo de voz. Me penetra con delicadeza, desarmándome en cada movimiento con su dulzura, derritiéndome con cada beso por la ternura que desprende, deshaciéndome entre sus brazos con cada sensual caricia.

Su forma de hacerme el amor en estos momentos me abruma. Es tan intensa y suave que duele... Sus caderas no chocan con las mías, sólo se balancean.

—Gisele —jadea ansioso—. Te amo, lo hago con cada célula de mi cuerpo, siéntelo.

Y no sé por qué, unas lágrimas se deslizan entre nuestros labios. Estoy emocionada y sé que podemos conseguirlo. Lo haremos.

La mañana del lunes se presenta cargada. Yo no me quiero mover de la playa pese a las quejas de Matt. Me apetece ir morenita a casa y hasta las siete de la tarde no le concedo su deseo.

Tras abandonar el paraíso, decidimos ir de compras. Sé que es algo que a él le gusta y a mí... no mucho. Aun así, no puedo olvidarme de nadie...

—¿Qué quieres comprar, Gisele?

—No tengo una idea clara.

—No mires precios —me advierte, justo cuando acabo de hacerlo—. ¿Vas a llevar postales?

—No sé, a ver qué encuentro. A Noa y Eric no sé qué comprarles.

—No te preocupes, lo que cuenta es el detalle. Ya te he dicho que no mires los precios, simplemente coge lo que te guste. —Miro unos llaveros—. He notado que parecen tener problemas, ¿tú sabes algo?

Para mi desgracia, sé demasiado.

—Vamos a tomar algo y te cuento.

Nos sentamos en una terraza que hay cerca de la tienda de recuerdos y pedimos un par de Coca-Colas. Matt me mira expectante.

—María sigue llamando a Eric y Noa empieza a estar harta... Tu hermano parece no ser consciente de la situación.

—¿Siguen mal? En la boda los vi contentos —comenta pensativo—. No me gustaría que su relación se estropease.

Nos sirven las bebidas y tomo un sorbo antes de seguir:

—Yo también los vi mejor y tampoco a mí me gustaría que todo se fuera a la mierda. Noa no merece tener a otro Manu; es joven y necesita ser feliz...

Matt tira de mí y me sienta en sus rodillas. Jadeo al notar la presión bajo mi trasero.

—¿Ya quieres jugar otra vez? —lo provocho y le lamo el lóbulo de la oreja—. Si quieres, vamos al servicio...

Baja los dedos por mi columna y poco después llega hasta mis muslos y desliza la mano... Ay.

—Estás tan guapa... —Mueve la mano arriba y abajo con caricias—. Estos vestidos veraniegos te sientan muy bien.

Entierro los dedos en su cabello y le beso los párpados.

—Estar contigo me sienta bien, Matt. ¿Eres feliz?

—Mucho, muchísimo —contesta y me acaricia con la mejilla—. No sabes lo que significa para mí despertarme y encontrarte a mi lado. Verte disfrutar en el mar, como hoy, o verte sonreír cuando me miras.

Me muerdo el labio, cohibida por sus palabras.

—Así quiero que sea siempre. Que estemos bien y juntos. Que me reclames siempre que lo necesites. Sé que eres caprichosa.

—Mucho.

Ambos nos reímos.

—Anoche, viéndote dormir, no pude evitar recordar la noche que pasamos juntos cuando volví de aquel viaje de Nueva York.

¿Me mira mientras duermo?

—¿Qué pensaste? —lo aliento entre caricias—. Aquella noche todo cambió, llevábamos días sin vernos y amanecí contigo entre mis piernas. Me buscabas desesperado... Durante la breve separación, sentí y entendí lo mucho que ya empezabas a significar para mí. ¿Y tú?

Traga y entrelaza sus dedos con los míos.

—Estabas en mi cabeza noche y día, me moría por verte, por estar contigo. Necesitaba todo

eso que tú me dabas, que nadie me había sabido dar antes. —Ay, que lloro—. No quería quererte, juro que no... pero fue inevitable.

Me besa, apoyando su frente en la mía.

—Y verte anoche en nuestra cama, a mi lado, y saberte feliz... no podía sentirme más complacido. Esto es lo que necesito, sólo esto. Eres mi esposa, aún no puedo creerlo.

—Yo tampoco, Matt. Hace apenas unos meses mi vida era muy diferente. No podía imaginar que iba cambiar tanto en tan poco tiempo.

—¿Estás arrepentida?

—En absoluto. —Rozo mi nariz con la suya y lo provoco como sé que detesta que lo haga—. Es cierto que amarte es un poco difícil, ya que tus cambios de humor son bastante bruscos, o lo eran... —dudo—. En fin... Aun así, todo es tan intenso que lo hace más emocionante.

—Masoquista —se burla, retomando las caricias—. Terminemos con las compras, necesito hacerte el amor ya.

—Oh, Campbell, qué romántico.

Nos levantamos sonriendo y me da un fuerte azote en el trasero.

—¡Ay! —me quejo, saltando—. ¡Romántico!

—No lo soy, en cambio tú lo eres demasiado.

Pagamos las bebidas, mejor dicho, paga él y vamos por los regalos. Divertidos, nos probamos sombreros y camisas típicas de las que venden en las tiendas de recuerdos. No paramos de sacarnos fotografías para recordar siempre este viaje. En cada una, Matt ríe e ilumina mi día... Sé que no lo decepcionaré, seré la esposa que necesita.

—Gisele, este sombrero es muy bonito. —Se ríe y yo lo empujo porque intuyo la bromita que viene a continuación—. Puedes llevárselo a tu padre.

—No seas malo, Matty.

Justo en medio de las bromas, veo una camisa pequeña. Para la sobrina o sobrino que nos darán Noa y Eric.

—Oh, Matt, mira qué cosita, ¿no te parece tierno?

Con una sonrisa extraña, toca la tela. Lo veo emocionado y rehúyo su mirada. Por Dios, no.

—¿Te gusta, nena?

—Sí...

—Gisele...

—Matt... —Mi tono es de advertencia—. Me gusta para el bebé de Noa y Eric.

Me mira cauteloso, entrecerrando los ojos.

—Me llevaré otra, supongo que algún día tendremos hijos.

«Dentro de unos años.»

—¿Por qué me miras así? —me pregunta.

No le contesto y continúo con las compras. Ahora quiere hijos... ¡Qué hombre!

—Gisele, ¿qué sucede? —pregunta.

—Matt, cuando vayamos a tener nuestro primer hijo, habremos venido aquí más veces, demasiadas tal vez. Ya la compraremos entonces. —Curioseo más objetos mientras él me sigue—. No hablemos de ese tema ahora.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué? —contesto divertida—. ¿Por qué no quiero hablar del tema o por qué no

quiero tener hijos aún?

—Ambas cosas.

Él, sus preguntas y sus cejas fruncidas.

—No quiero hablar de bebés porque me parece que no es el momento. —Se ha quedado serio y pensativo—. Y aún no quiero tener hijos porque soy muy joven y quiero terminar el máster y trabajar. Viajar, conocer mundo. Tengo muchísimas cosas que hacer antes de embarcarme en la maternidad. Quizá dentro de unos años...

—Eso es mucho tiempo —responde seco y distante.

—Nos sobra tiempo, Campbell. —Simpática, rebusco postales—. Nos sobra. Tengo aspiraciones.

No me sigue, se queda parado unos metros detrás de mí.

—Matt, la realidad es otra —bromeo ante su semblante pálido—. La verdad es que aún no quiero tener a unos pequeños locos y posesivos corriendo por mi casa.

Su carcajada me desconcierta. ¿Quién lo entiende?

—Me desesperas —dice, acercándose—. Me desesperas mucho, señora Campbell.

—Para servirte, cariño. —Parpadeo—. Aún te queda mucho por descubrir, soy una caja de sorpresas.

—Lo he notado, sí. Lo he notado.

Otra vez de buen humor, decidimos qué regalos nos vamos a llevar...

Me sonrío y tira de mí para seguir con las compras. Su reacción me confunde: escoge cosas casi sin mirarlas, para todos y en exceso.

Su exaltación es evidente, le encanta comprar y gastar. Para mí siempre lo más caro y exclusivo. No le digo nada, supongo que está especialmente ilusionado, al ser nuestra luna de miel.

En cuanto entramos en la habitación, Matt me aprisiona con su cuerpo contra la pared, de espaldas a él y me baja un tirante y luego el otro. Gimo, anticipándome.

Me meneo, frotándome contra su cuerpo.

—Si sigues provocándome así, ni siquiera vamos a poder empezar... —protesta—. Ya estoy al límite con sólo mirarte.

—Matt, por favor.

—¿Por favor? —Oh... me tortura—. Gisele, por favor ¿qué?

—Ahora, por favor. Ahora.

Me embiste con fuerza y yo sonrío maravillada, acogiéndolo dentro de mí. Lo amo con pasión y qué feliz me hace tenerlo a mi lado. Me tiene loca su entrega y me cautiva con cada detalle.

—Te quiero, nena. —Me contoneo y lo busco acercando las nalgas hacia él, propiciando una nueva entrada en mí—. Eres lo más hermoso del mundo. De mi mundo, que eres solamente tú.

Lo miro por encima del hombro y me muerde la boca desesperado. Lo necesito tanto que me asusta. Me puede su forma de desearme... y de amarme. El martes amanece con muchísimo calor. Me despierto sudorosa y tener a Matt prácticamente encima no ayuda. Estamos juntos en la ducha, en la cama y en el sueño... Los juegos eróticos se suceden en cualquier parte y sin horarios.

Somos recién casados, no se puede esperar menos, ¿no?

Me levanto riéndome sola y, tras besar a mi cariñoso marido en la mejilla, me voy a la sala, frente a la piscina.

El sol brilla con fuerza y se refleja en la cristallera. Entonces, sobresaltándome, suena el iPhone de Matt.

Es su prima Silvia.

—¿Hola?

—Hola, Gisele, ¿está Matt?

—No, aún duerme —respondo extrañada—. Dime, ¿necesitas algo?

No responde y entre nosotras se hace un silencio que me desconcierta. ¿Qué tiene que hablar ella con Matt que yo no puedo saber?

—Silvia, ¿sigues ahí?

Me la imagino al otro lado de la línea; tan rubia y guapa.

—Perdona, se oye fatal... Déjalo, dile que me llame... Es importante.

—Como quieras —respondo molesta—. Hasta luego.

Enfadada, corto la llamada sin esperar respuesta y entonces, advierto que Matt tiene dos mensajes... Simplemente los leo sin pensar.

Mensaje de Alicia a Matt. A las 08.12.

Matt, ya estoy mejor, gracias por preguntar... ¿¡Cómo puedes ser así!? Te vas de viaje y yo enferma. ¡Espero un hijo tuyo! Ya es hora de que lo entiendas de una puta vez.

Si mi rabia está a punto de estallar, con el siguiente mensaje, me ahogo.

Mensaje de Amanda a Matt. A las 09.37.

Matt, necesito que hablemos urgentemente, ¿te puedo llamar?

6



Volviendo a las andadas

Me enfurezco y me ahogo de impotencia. No pienso consentir que la situación quede de esta manera. Salgo fuera, evitando hacer ruido para no despertar a Matt y llamo a Amanda. No me van a estropear el viaje, si es eso lo que pretenden. Ninguna de estas dos mujeres es buena o positiva para nuestra relación.

—¿Matt? —me responde una voz dulce—. ¿Eres tú?

—Soy Gisele, su esposa. ¿Qué quieres?

Su asombro es evidente. Se queda callada y a mí se me acaba la paciencia. Ha contestado con la seguridad de ser importante para Matt y eso me jode muchísimo.

—Necesito hablar con él... Por favor, ¿podrías decirle...?

—No —la interrumpo bruscamente—. Matt no te va a llamar. Amanda, no te conozco, y la verdad es que no tengo intención de hacerlo... Sé que lo pasaste mal en una época, y lo siento mucho, pero ahora te pido que dejes a Matt en paz.

—Por favor... dile que estoy mal, díselo.

¿De qué va?

—Tienes a tu esposo, pídele ayuda a él.

—Es cierto, ¿verdad? —suelta de pronto—. ¿Por qué?

—¿Perdón? No sé de qué demonios hablas, pero ándate con ojo. No soy tolerante en cuanto a la felicidad de Matt, ¿entendido?

Otra pausa eterna y pesada.

—Amanda —le advierto—. No vuelvas a llamar.

—Pero...

—¡Nunca!

Corto la llamada con agobio, dudando si he hecho lo correcto. Pero Amanda no tiene derecho a presentarse en la vida de Matt ahora. Le causa dolor, tristeza e incluso rencor. Él es mi esposo y cuidarnos forma parte de este camino que hemos escogido y ella aquí no tiene lugar.

Suelto el iPhone y entro en la habitación. Estoy de muy mal humor. Matt todavía duerme. Sé que a las seis de la mañana aún no había conciliado el sueño y creo que debo dejarlo descansar. Me pongo un biquini verde y bajo a la playa, donde me tumbo en la orilla. Me paso el rato divagando e indagando en mi interior. Me siento confusa y agobiada. Soy consciente de que Matt no es culpable de las llamadas de esas mujeres, pero aun así me siento frustrada.

Durante ese rato a solas, conozco a Luci, una chica española, que también está veraneando aquí con su marido. Hablamos durante más de media hora, incluso desayunamos juntas, jugamos a las palas y nos bañamos en el mar.

—Gisele... —Oigo la voz de Matt—. Hola, nena.

—Hola —lo saludo, disculpándome con Luci y acercándome a él—. ¿Cómo has dormido?

—¿Estás bien?

—Sí —susurro, con el peso de saber que le miento—. Dame un momento.

—Claro.

No le hablo de la llamada que he hecho. Le presento a Luci y luego nos despedimos de ella. Se lo ve tranquilo, como a mí tanto me gusta.

—Buenos días —ronroneo, tumbándome encima de él—. ¿Has desayunado?

Niega con la cabeza. Yo le acaricio los párpados, los pómulos y la nariz.

—No estabas cuando me he despertado.

—Lo sé... —Titubeo—. He preferido dejarte descansar y, bueno...

—No sabía dónde estabas, hasta que te he visto desde el balcón.

Hacerlo feliz es mi único propósito y sonrío, intentando paliar su angustia.

—Lo siento, ¿me perdonas?

—Siempre... Estás preciosa tan morena, tu color de piel siempre es perfecto. —Está intenso y melancólico y sus ojos me escrutan con interés—. ¿Tú sí has desayunado?

—Yo sí, fruta sobre todo. ¿Tienes hambre?

—De esto, mucha. —Toquetea mi trasero y yo me contoneo—. Ojo con lo que haces o no me importará que estemos en la playa para tomarte.

Suelto una carcajada y él me secunda.

—¿Hablas en serio, Campbell?

—¿Aquí?

—No hay mucha gente y también yo tengo hambre de ésa.

Como nos encontramos en la zona más privada de la playa y estamos prácticamente solos, cojo una toalla grande y nos cubro con ella. Yo encima de él.

—Quiero aquí, Matt, aquí mismo.

—¿Qué es lo que quieres...? —Mete la mano en la parte de abajo del biquini.

—Que me toques, que me tomes —digo casi suplicando—. Suave, discreto.

Mira alrededor y, aunque apenas hay nadie, nuestra postura resulta evidente...

—Gisele...

Sin hacer caso de su tono de advertencia, le bajo el pantalón y froto mi sexo con el suyo.

—Joder, Gisele, joder.

—¿No quieres, Matt? —Me meneo y los dos gemimos—. Me voy a mover más.

Con disimulo, me sujeta y se hunde en mi interior. Avanza y retrocede una y otra vez con un movimiento lánguido, descarado y frustrante.

—Más... Matt...

Me arrastro sobre su piel y al bajar consigo acogerlo más adentro. ¡Humm!

—Gisele, nos movemos demasiado despacio —se queja y me muerde el labio—. Vamos al agua.

Niego con la cabeza y le mordisqueo la mandíbula. Húmeda hasta decir basta, me pego más a su cuerpo, enredando mis piernas con las suyas... Matt arremete ansioso, me araña el trasero y aprieta los dientes. El roce de nuestros pechos me lleva a la agonía.

—Nena, por favor —implora él por su parte—. No puedo más.

—Vamos al agua.

—¿Ahora sí quieres tú?

—Por favor...

Aparentando normalidad, nos levantamos y corremos hacia el agua. Nos zambullimos y, poco después, prácticamente ahogándome, Matt me arrastra a lo más hondo.

—Ven aquí, pequeña diabla.

—Un momento, me voy a quitar el biquini. Aquí nadie nos ve. —Celoso, mira a todos lados—. Tócame, no llevo nada.

Lo provoco y él responde con duras embestidas, mientras sus manos me sujetan del trasero. No me importa que no sea suave, los dos estamos hambrientos y al límite. Los gemidos de placer van en aumento y, extasiada, dejo caer la cabeza hacia atrás y finalmente estallamos.

Al terminar, temblamos, jadeantes...

—¿Todo bien?

—Más que bien —contesto y, al separarme, recuerdo la llamada de Silvia—. Matt, ha llamado tu prima y... Oh, Dios, el biquini.

¡El agua se me ha llevado lejos las braguitas! Matt abre mucho los ojos y me suelta enfadado, mientras yo río como una histérica.

—Gisele...

—¿Sí, Matt? —respondo inocente.

—¿Cómo diablos vas a salir ahora?

Me encojo de hombros y me echo agua en la frente.

—No vas a salir así —sentencia—, ni lo pienses.

—Cogeré la toalla...

—¡No!

—¿Entonces?

—Espérame aquí, subiré a la...

—¿¡Me vas a dejar sola!? —grito. La cosa ya no tiene gracia—. Ah, no, yo no me quedo aquí sola. Podría venir un tiburón o un buzo. No, no.

Me subo a su espalda, todavía cubiertos los dos por el agua y le golpeo el trasero con el pie para espolearlo.

—Vamos —ordeno—, vamos, Campbell, vamos.

Él empieza a nadar, conmigo encima. Recuerdo de nuevo la llamada llena de secretismo de su prima.

—Oye, Silvia ha llamado, pero no me ha querido decir para qué, algo que me irrita.

Él continúa nadando y, al cabo de unos segundos, dice:

—No te preocupes, asuntos de trabajo.

—Pues dime de qué va, porque ella se hace la interesante y yo me pongo a divagar.

—¿Ha llamado alguien más?

Noto que sus músculos se agarrotan.

—No —digo finalmente—. ¿Esperabas alguna llamada?

—No.

—Bien. —Le doy un beso en la mejilla—. ¿Te he dicho ya cuánto te quiero?

Me hace caer de su espalda y me estrecha contra su pecho, buscando mi mirada.

—Sí, pero nunca me es suficiente. Quiero oírlo cada día.

—Siempre —prometo—. Estoy muy contenta. Gracias por este viaje, por ti. Todo es perfecto.

—Tú eres perfecta.

Poco después, y tras conseguir que Matt me baje otro biquini, me tumbo en la arena sin apenas fuerzas, con él a mi lado. Propone ir a buscar algo de beber. Mientras lo espero, me pongo boca abajo y dejo que el sol me vaya relajando. Cuando casi me estoy quedando dormida, aparece Luci, sonriente.

—Hola, Gisele, ¿me puedo sentar un ratito a tu lado?

—Claro. —Me incorporo y le pregunto sonriente—: ¿Qué tal?

—Bien. Mi esposo se ha ido a jugar a las cartas y como he visto que el tuyo también se marchaba, he decidido venir a saludarte.

—Sí, Matt ha ido por bebidas —comento distraída—. Hace un calor agobiante.

—Sí ya lo he visto en el bar, hablando por teléfono.

Me incomodo e impaciente, ¿con quién estará hablando? Pero supongo que a causa de mi expresión confusa y tensa, Luci responde a la pregunta que no he formulado.

—Con una tal Amanda, creo que he oído.

—¿Amanda?

—Algo así, sí.

Joder, joder. Controlo mis nervios y mis ganas de salir corriendo e ir a ver qué mierda quiere.

—He venido a proponerte que esta noche cenáramos los cuatro, ¿qué te parece? Le he hablado a Ismael de ti y se muere por conocerte.

Tal vez no sea buena idea... O sí, maldita sea. No debería aceptar sin comentarlo con Matt, pero el muy cerdo está hablando con Amanda a mis espaldas...

Que se joda. Que se pudra en el infierno por traidor.

—Claro, me parece bien. Ahora tengo que irme. ¿Quedamos esta noche a la puerta del hotel?

—Perfecto, nos vemos sobre las nueve y media pues.

Me despido precipitada y, como alma que lleva el diablo, me dirijo a nuestra villa, donde me siento y lo espero... Cuando llegue, me tendrá que explicar muchas cosas.

Las cinco.

Las seis...

A las siete me preparo para la cena, con un vestido ceñido y tacones. Sé que Matt se pondrá de los nervios y es lo que planeo, mientras me maquillo resaltando mis ojos grises y los labios...

A las ocho por fin aparece... Demacrado y con el puño vendado.

—¿Dónde estabas?

Mi voz suena fría, exigente.

—En el bar del hotel. He visto cómo venías hacia aquí. —Entra, cierra y se sienta alejado de mí—. ¿Dónde vas así vestida?

—Voy a salir a cenar con Luci y su marido, tú también estás invitado.

—¿Perdón?

Lo ignoro y, buscando cómo calmarme, salgo a la terraza con vistas al mar. Matt me sigue y me toca el hombro, pero yo lo rehúyo. Sé que el puñetazo ha sido por ella.

—Gisele...

—Déjame, Matt.

Me abraza desde atrás por la cintura y me llega el olor a alcohol... No lo soporto e, indignada, me suelto y entro en la habitación.

—Gisele, no me hagas esto. —Me agarra del brazo y hace que lo mire—. Sabes que no soporto que me rechaces.

Brusca y desafiante me siento en el borde de la cama, intentando disimular la rabia que me quema por dentro, pero finalmente estallo. ¡Yo no sirvo para callar!

Me levanto y, alterada, me encaro con él.

—Maldito seas, Matt, maldito. ¡Te vas y vuelves al cabo de horas, bebido y con el puño vendado! ¡No me digas lo que tú no soportas!

Me masajeo la sien, nerviosa al verlo arrepentido... pero hay algo que me oculta. ¿Qué es? Me cansa toparme aún con muros de piedra, después del tiempo que llevamos juntos.

—¿Tienes algo que decirme, Matt?

—Gisele...

—No me mientas, por favor.

Se tira del cabello, sin apartar la mirada de la mía. Agitado, se acerca a mí y me sujeta el mentón.

—Me ha llamado Amanda, sé que has hablado con ella... ¿Qué mierda le hiciste a su marido? ¿Qué?

En sus ojos veo dolor, rabia y decepción.

—No sé de qué demonios me estás hablando. ¡No empieces con eso!

Exhausta, me suelto de su agarre, pero de repente, me acorrala entre su cuerpo y la pared y

me mira fijamente a los ojos.

—Amanda insiste en que Andy no la quiere, dice que desde la noche en que te vio sólo piensa en ti, y que por eso no la has dejado ponerse en contacto conmigo. No he podido subir antes... me costaba verte tras la llamada.

Me mira acongojado y yo me obligo a no apartar la vista.

—¿Qué has hecho, Gisele? —insiste—. ¿¿Qué me ocultas!?

—Matt, pero ¿¿qué dices!?! Apenas crucé dos palabras con él... No sé qué está pasando, hace apenas unas horas estábamos la mar de bien y ahora... Andy, Amanda. La cabeza me va a estallar, ¿y Matt está llorando?

—Gisele —me suplica—. ¿Por qué? Dime por qué.

—Matt, no sé qué está pasando. Ese hombre me dijo que te conocía y yo le pregunte si tú a él también... poco más.

—Sabes que te quiero, Gisele, dime la verdad. —Me acaricia el cabello con ternura—. Te perdonaré, pero no me mientas, nena... no me mientas, por favor.

Pero ¿qué dice? ¿Perdonarme por algo que no he hecho? Todo esto me parece una pesadilla. Hemos retrocedido a una velocidad que me pone enferma... Me niego a creer que nuestra relación vaya a ser siempre así.

—Mírame, Matt —le pido temblando—. Esa noche viniste a verme a los servicios de mujeres, ¿no lo recuerdas? ¡Me hiciste el amor! ¿Crees que hubiese sido tan frívola de engañarte contigo allí mismo... con tu familia...? ¡Ella está loca, tú estás loco! —Se me quiebra la voz—. Y me vas a volver loca a mí. Matt, te manipula.

Nos miramos y permite que me suelte. Me siento en un sillón del saloncito, donde intento tranquilizarme. Esa mujer lo desequilibra, le hace recordar su pasado y vuelve a ser el hombre que fue una vez.

Se arrodilla a mis pies y me coge las manos, mientras me mira implorante.

—Lo siento, lo siento, Gisele. —Llora con amargura, besándome las manos—. Tienes razón, tú no me harías algo así... Voy a matar a ese miserable, lo voy a matar. Siento haber roto la promesa que te hice...

—¿Por qué ahora sí me crees?

—Porque no puedo pensar lo contrario. Eres tan transparente, tan honesta... —Me acaricia y busca mi consuelo. Yo permanezco en silencio.

—¿Me perdonas? Dime que sí, Gisele, dime que sí. —Estoy tan agobiada y sobrepasada por todo, que asiento con la cabeza—. Te amo, nena, te amo tanto... Me destroza pensar que otro te pueda tocar.

—Déjalo ya, Matt. Lo que te pido es que no vuelvas a contestar sus llamadas.

—Yo te quiero —repite.

—Anda, ven. —Tiro de él—. Vamos a la ducha.

Lo meto bajo el chorro de agua para que se despeje y se le pase el efecto del alcohol y lo enjabono y lo froto con una paciencia que hoy no sé si tengo. Un rato más tarde, al acabar, lo veo sereno y tranquilo. A la única conclusión a la que llego es que es mejor olvidar lo sucedido. Suspiro y le digo que se vista para la cena.

Matt no dice nada y se pone un pantalón gris, camisa azul, chaqueta y corbata.

—Gisele. —Me detiene y se lo ve tan arrepentido que me destroza—. Lo siento, lo siento

mucho.

—Lo sé... Olvida lo ocurrido, por favor.

—No te merezco.

Su amor es dominante y obsesivo, pero tenemos que aprender a recorrer este camino juntos, y hay que empezar desde el principio, por la base: la confianza.

La cena con Luci y su marido, Ismael, nos ayuda a olvidar el mal trago. Nos hablan de los cuatro años que llevan juntos, nos cuentan anécdotas y nos reímos juntos.

Él moreno y muy alto, no demasiado guapo... Ella hermosa, rubia, delgada y bajita.

Al terminar la cena, decidimos dar un paseo nocturno. Finalmente, nos sentamos en una terraza frente al mar.

A Matt se lo ve contento y relajado. Sé que se está esforzando por mí. ¿O no? Ríe y está muy hablador, quizá demasiado, contando anécdotas de su trabajo, y de repente se pone a alardear.

—Viajaremos por el mundo, a mi mujer no le faltará de nada —explica con alegría—. Podemos permitirnoslo, así que ¿por qué no hacerlo?

Hay algo que se me escapa. Lo sé... Estoy un poco asustada.

—Matt...

—Dime —contesta sonriendo—. ¿Estás bien?

—Sí... —digo—. Y estoy aquí.

—Lo sé, cariño. —Se inclina y me besa, entrelazando los dedos con los míos—. Estás preciosa, realmente hermosa.

—Vosotros no nos habéis dicho cuánto tiempo lleváis juntos —dice Luci.

Matt y yo reímos a la vez...

—Muy poco, nos conocemos desde hace cuatro meses.

—Lo suficiente para saber que estamos hechos el uno para el otro —dice Matt—, ¿verdad?

—Sin duda.

—¡Vaya! —exclama Luci—. El sexo debe de ser una locura.

Oh, Dios qué cosas de decir. A Matt le cambia el ánimo y vuelve a estar serio y frío. Yo le doy un codazo. No hay nada de malo en reconocer lo fogosos que somos.

—La verdad es que sí —contesto coqueta—. No paramos.

—¿Alguna vez habéis pensado en intercambio de parejas o en tríos? —La pregunta de Ismael me deja muda—. ¿Os gustaría?

Trago saliva al notar la tensión de Matt. Oh, Dios mío. Me pongo tan nerviosa que me río como una loca.

—Parece que a tu mujer le gusta la idea —comenta Luci. Yo me carcajeo aún más—. ¿Os animáis? Ése es el secreto de nuestra relación.

Matt se levanta de golpe, muy enfadado, y me arrastra a mí con él. Yo no dejo de reírme hasta que Luci le hace señas a una chica rubia, que viene directa hacia nosotros, se detiene frente a Matt y le da un beso en la boca.



Disfrutando juntos

Grito llena de rabia y de celos, retiro a la chica de un atónito Matt y le doy una bofetada en esa boca con la que se ha atrevido a besar a mi marido.

—Gisele, tranquila —me susurra él al oído y me sujeta las manos—. Nena, vamos, tranquila...

—¡No! —Me suelto y señalo a la rubia—. ¡Es mi esposo! ¿Cómo te atreves a besarlo con tu asquerosa boca?

La chica llora, e Ismael la rodea con sus brazos, consolándola.

Luci se ha puesto pálida. A nuestro alrededor apenas hay nadie y los pocos que hay no dan crédito. Lo que más me repugna es ver a Ismael abrazando a esa joven en presencia de su mujer. ¿Qué clase de gente son?

—Gisele —dice entonces Luci—, lo siento... Al ver que te reías... he pensado que...

—¡Pues has pensado mal! ¡Muy mal! —le espeto furiosa—. ¡Mi esposo y yo no nos prestamos a estos juegos! ¡Sois unos perversos! Y esta rubia es una desvergonzada. ¡Si le vuelve a tocar un pelo a Matt, no respondo!

Detrás de mí, él me acaricia la espalda sorprendido. Pero la furia me puede, me envenena. No soporto imaginar a otra mujer besándolo y tocándolo. ¿Qué me está sucediendo?

—Te hemos reconocido —suelta Luci, cohibida—. Hace poco estuvimos en Nueva York...

—¿A qué te refieres?

—La portada... El reportaje de la chica de servicio... A Ismael le encantó. —Noto la presión de los dedos de Matt en los míos—. Creíamos que erais más liberales... Lo siento.

¡Oh, Dios!

—¿Me estás diciendo que tu esposo se quiere tirar a mi mujer? —pregunta Matt con fingida calma—. Contesta.

Luci responde con su expresión culpable e Ismael palidece mientras sigue consolando a la atrevida.

—Matt, vámonos, por favor. No merece la pena. Es su estilo de vida, aunque nosotros no lo compartamos... que ellos hagan lo que les dé la gana.

—¿Lo has visto? —me pregunta él exaltado—. Este sinvergüenza quiere tocarte. ¡A mi mujer!

—¡Vámonos!

Pero Matt se suelta de mí y clava el puño vendado en la pared cuando Ismael lo esquiva con un rápido movimiento. Corro hasta Matt y lo detengo.

—¡Ni siquiera la mires! ¡Es mi mujer! —le grita él a Ismael—. ¡Eres un cerdo! ¡Rompe la revista! ¡No te atrevas ni a soñar con ella! ¿¡Me entiendes!?

Consigo llevármelo de allí y, sin decir nada, volvemos a nuestra habitación. Agobiada, me dejo caer en la cama. ¿Cómo sería este viaje sin sobresaltos? ¿Siempre estaremos subidos a esta montaña rusa? Esta noche no me he reconocido. Los celos me han superado y me han hecho caer en el mismo error que Matt: su rabioso afán de posesión.

Él se me acerca con cautela.

—¿Te das cuenta? —dice con voz rota—. Todos los hombres te desean, ¿qué voy a hacer contigo?

¿Cómo?

—Matt... las mujeres de tu alrededor te provocan y te buscan. Incluso te han besado en mi presencia. Piensa en ello y no tergiverses la realidad.

—Te entiendo —susurra con pesar—. Debo confesarte que golpear, aunque haya sido la maldita pared, me ha dejado como nuevo y no me siento culpable en absoluto.

—Matt, creo que tenemos que tranquilizarnos un poco... No podemos ir golpeando a la gente por ahí. Un amor tan posesivo no es bueno para nosotros y mucho menos para nuestra relación.

Entrecierra los ojos.

—Para nuestro matrimonio, querrás decir —me corrige—. Tienes razón y, créeme, yo no quiero ser así... pero hay momentos en los que no puedo controlarme.

«No puedo controlarme.» Eso me preocupa muchísimo.

«Todo está bien, Gisele», me tranquilizo.

—Matt, cuando me propusiste matrimonio en julio, me prometiste hacer cualquier cosa por mí, y hoy te pido que pienses antes de actuar. Ya no tienes por qué sentirte inseguro respecto a nosotros. Soy tu mujer. —Le beso los dedos, con él pendiente de cada una de mis frases—. Decías que necesitabas que nos casáramos para sentirme tuya... y lo soy, soy tu esposa.

—Creía que sería más fácil.

—Y lo estaba siendo, Matt... —me atrevo a decirle, indecisa—. Pero desde hace unos días veo que estás descontrolado y eso me preocupa. ¿Hay algo que deba saber?

Reflexiona, pasándome la nariz por la mejilla, mimoso.

—No, Gisele —dice con firmeza—. No hay nada que tenga que deba preocuparte.

—A veces siento que magnificas las situaciones, que tu ánimo tan pronto está arriba como abajo.

—Lo sé, lo sé. A veces siento que es tan difícil, y que te hago daño. —En sus ojos hay dolor—. Sé que me amas, pero tengo tanto miedo de perderte.

—No, Matt, eso no sucederá.

—Eres tan perfecta, tan honesta, tan hermosa. Eres cariñosa y buena. Cuando te alejas me falta el aire, te necesito tanto... Me asusta que descubras un mundo en el que yo no esté.

De nuevo se aleja de la realidad. De mis sentimientos por él.

—Ya no hay mundo si no estás tú, entiéndelo —respondo, apoderándome de sus labios con suavidad—. Y también yo tengo miedos...

—¿De qué podrías tenerlos? —pregunta apesadumbrado—. Yo no me separaría de ti, lo sabes.

«A veces lo haces, sin darte cuenta.»

—Matt, no escuches a nadie, únicamente tienes que mirar nuestro día a día juntos, lo que hay entre nosotros. ¿Sientes que te quiero?

—Claro que sí.

—Entonces no dudes.

—Te quiero, Gisele —murmura—. Ahora, vayamos a descansar, preciosa.

—De acuerdo, cariño.

Está tan cansado física y mentalmente que no pide sexo... No querer hacer el amor después de lo ocurrido es normal. Quizá necesitemos una tregua.

—No te busco porque aún sigo furioso.

¿Me lee la mente?

—¿Me harías daño? —ronroneo—. Porque el sexo duro me encanta.

—Gisele...

—Yo también sigo furiosa... pero una batalla de las nuestras no nos vendría mal para descargar la adrenalina.

Silencio.

—¿Me has oído? —No se mueve y no contesta—. En tal caso... ¡Ay!

Grito ante su asalto. Me arranca y desgarrar la ropa. Yo lo miro sorprendida por su reacción, su mirada es febril... Está hermoso y tentador.

—¿Preparada?

Afirmo con la garganta seca. Ya estoy excitada... Me trastorna cuando se muestra tan varonil.

—Gisele...

Pasa un dedo desde mis pechos hasta mi vientre. Luego me pellizca el sexo con fuerza y yo me retuerzo. Furioso, rabioso, se baja el pantalón y me embiste profundamente. Echa la cabeza hacia atrás enloquecido de placer y aprieta los dientes.

—¿Crees que he actuado mal? —Niego con la cabeza y me sujeto a las sábanas, reprimiendo los gritos que pugnan por escapar de mi garganta. Sale para volver a entrar—. ¿Te he decepcionado?

—N-No —gimoteo, cerrando los ojos y me entrego a las sensaciones tan placenteras que me produce—. Estoy orgullosa de ti...

—No quiero decepcionarte. —Me inmoviliza y se detiene un momento—. Yo también estoy orgulloso de ti.

Levanto las caderas suplicando más. Necesito dormir colmada de la pasión que sólo él me proporciona.

Tanteo la cama, buscándolo, pero la encuentro fría y solitaria. Me despierto, parpadeando por el sol que ya entra en la habitación. Estiro los brazos y bostezo. Veo la ropa hecha jirones en el suelo y sonrío mimosa. Cómo es de fiero mi león en la cama. ¿Dónde estará?

Rebusco entre mis prendas y saco un camisón nuevo de tirantes y unas braguitas, y voy a sentarme cerca de nuestra piscina privada. Ya hace mucho calor y pienso que me daré una ducha fría y desayunaré, mientras espero que vuelva Matt.

Llega justo cuando voy camino del cuarto de baño, con un papel en la mano que lee con mucha atención.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Él suelta una carcajada que me deja perpleja. Está feliz, eufórico.

—Una de mis locuras —contesta—. Estás preciosa, pequeña salvaje.

¿Pequeña salvaje?

—¿Me dirás qué es?

—Adivínalo —Deja caer el papel—. Tiene que ver con compras.

¿Otra vez?

—Hum, ¿una factura de ropa?

—No.

Me sujeta por las caderas y me besa voraz. Sus manos me acarician y me voy perdiendo...

hasta que la curiosidad me trae de vuelta a la realidad.

—¿Son regalos? —pregunto, lamiéndole los labios—. Venga, dímelo.

—No para ti, sí para mí.

—Una pista —le pido coqueta.

—Mi chica de servicio, sólo mía. —Tira de mí y le rodeo la cintura con las piernas—. Ésa es la pista.

«¿Chica de servicio?»

—No lo entiendo —protesto—. Más.

—Más ¿qué?

Se llena las manos con mi trasero e insiste:

—Dime, más ¿qué?

—Pistas.

Me desconcierta bajándome al suelo.

—Míralo tú misma, ya que eres tan curiosa —dice—. Aunque tal vez no te guste. A mí en cambio me encantará.

Entrecierro los ojos y, al coger la nota, veo que es un e-mail, mandado desde su correo al de su oficina en Nueva York, ordenando que le compren todas las revistas en las que sale mi reportaje como chica de servicio... No me lo puedo creer.

—Estás loco —me burlo—. Por eso te has marchado tan temprano...

—¿Qué te parece? En cuanto a lo de loco, ya lo teníamos claro.

Divertida, me bajo un tirante del camisón.

—¿Tienes calor? —pregunta.

—Ajá. —Me estremezco y él se desabrocha un botón de la camisa, luego otro...—. ¿Y tú?

—Mucha. Estoy muy caliente, y es gracias a usted, señora Campbell.

—Yo iba hacia la ducha, ¿y tú?

—Yo no y tú tampoco.

—¿No?

—Ven aquí.

Primitivo como sólo él sabe serlo, me quita las braguitas y luego corre conmigo en brazos y se lanza a la piscina. Me acorrala en una esquina de la misma, sujetándome por la cintura.

—Abre las piernas. —Lo hago sin vacilar—. No sabes cuánto me gustas cuando eres tan obediente. Me pones aún más duro.

—A mí me encanta cuando te pones exigente, lo sabes —confieso y me arqueo al notar su dedo jugando con mi sexo—. Matt, por favor.

—¿Qué? ¿Suplicas?

Desliza el dedo por mis pliegues.

—No juegues... Estoy ansiosa y muy húmeda.

Matt gruñe y, acto seguido, introduce el dedo en mi interior. Le siguen dos más, con los que me tortura.

—Matt —lloriqueo, agitando las caderas—, por favor.

—Dime.

Joder, mierda. ¡Qué calor!

—Deja de hacer eso.

Me obedece y, en un abrir y cerrar de ojos, se entierra en mí, duro y posesivo. Es brusco y salvaje, y aun así, me mira sin dejar de sonreír.

Me ahogo de placer... y de repente llegamos al clímax juntos, con una última colisión de nuestros sexos.

—Eres mi locura —susurra.

Ambos estamos sin aliento... exhaustos.

—Tienes un chupetón en el cuello —dice, con la respiración alterada. Le pellizco el hombro—. Y el parche arrancado —añade.

Salgo de la piscina de golpe y corro hacia el espejo: en efecto, no llevo el parche anticonceptivo. Vuelvo a la piscina y lo veo flotando en el agua, mientras Matt se ríe a carcajadas.

—Muy gracioso, Campbell, muy gracioso.

Y, dando media vuelta, me voy a tomar una ducha. Él se queda en la piscina, riendo divertido.

Al salir, Matt me espera con el desayuno, que ha pedido mientras yo me duchaba.

—¡Mmm! Qué hambre, ¿verdad? Anda, ven, desayuna conmigo.

—Hay mucha comida, Matt —protesto, cogiendo una pieza de fruta—. No quiero tostadas, creo que en estos días he engordado al menos dos o tres kilos.

—¿Dos o tres kilos?

—Sí.

—Estás perfecta.

—¿De verdad?

—La más hermosa y perfecta de todas. Siempre. —Me pasa un brazo por el hombro y me estrecha contra él—. Estos días son los mejores de mi vida, gracias.

—También los míos. —Suspiro—. Volver será duro.

El iPhone suena, acabando con nuestro momento de calma.

—Dime, Roxanne.

Habla con su hermana sin soltarme, dándome el desayuno en la boca como si fuera una niña pequeña. Yo le sigo el juego, embobada, hasta que lo oigo preguntar:

—¿Qué pasa, Roxanne?

Se ha puesto tenso.

—¿Están juntos? —dice incrédulo—. Si te enteras de cualquier novedad, por favor, llámame. Apaga el iPhone y se ríe despreocupado.

—¿Qué pasa? —pregunto casi sin voz.

—Tranquila.

—Parece muy importante.

Me retira el pelo de la cara, acariciándomelo.

—Desayuna, cuando termines te lo cuento. —Cierro la boca—. Gisele, come.

Me niego, necesito saber qué pasa.

—Tan desafiante siempre —me regaña—. Es algo serio, nena, come y luego hablamos.

—No quiero más, ¿me lo cuentas?

—Ven.

Cogida de la mano, me lleva hasta la terraza y, una vez allí, me apoya en la pared y me rodea

por la cintura.

—Gisele, antes de decirte nada, quiero pedirte que no nos hagamos ilusiones —me dice preocupado—. Es lo único que te pido.

—¿Qué pasa?

Gisele, promételo.

—Me estás preocupando.

—Roxanne cree que el niño que espera Alicia es de Sam. —Mis ojos se llenan de esperanzadas lágrimas—. Dice que los ha visto juntos en Málaga y que él le tocaba la... barriga.

—Oh, Matt... ojalá fuese cierto.

Sin poder reprimirme, me abrazo a él y doy rienda suelta a mi llanto. Imploro que esa posibilidad se confirme y podamos prescindir del obstáculo que es Alicia para nuestra relación...

—Ya, nena —me consuela él, tierno y cariñoso—. No llores así.

—Quiero que sea verdad, Matt... Necesito que sea verdad.

—Lo sé, cariño. Yo también lo necesito.

Poco a poco me voy calmando con sus caricias y mimos. Sé que él también lo está pasando mal, que es un asunto que lo puede atar de por vida a una mujer que aborrece.

—Roxanne te manda saludos.

—¿De verdad? —pregunto, hipando sobre su pecho—. ¿Ha dicho algo más?

—Ah, sí, me ha comentado que ha visto unas casas muy bonitas, luego nos manda las fotos.

Hipo y más hipo.

—¿Quieres que vayamos al spa del hotel? —pregunta para animarme, y lo consigue, en segundos me estoy riendo—. ¿Quieres?

—Sí.

—Anda, no me llores más y vamos a disfrutar —dice, secándose la cara.

¡Nunca me había relajado tanto! Masajes y piscinas de todo tipo... Frías y muy calientes. Sauna y hielo... Matt, a mi lado, parece mi escolta. No disfruta de todo esto, pero le fascina que yo lo haga. Cuando salimos, vamos a la piscina del hotel y, aunque el sol es muy fuerte, no me apetece ponerme protección. Matt me repite que lo haga, hasta que, preocupado, me ayuda a salir del agua.

—Gisele, mírate, estás muy roja.

—No me molesta, luego me das un poco de crema y ya está.

Él niega una y otra vez con la cabeza.

—¿Compramos un helado? —propongo.

—Claro —suspira agotado—. ¿De qué lo quieres?

—De fresa, por favor.

Matt se pone en la cola para comprar el helado y yo, mientras, me muevo al son de una música pegadiza que está sonando. Cuando repara en mí, me fulmina con la mirada, pues unos hombres están observándome. Se acerca a grandes pasos y, dándome el helado, me sienta en una de las sillas de la terraza de la heladería.

—Tómate el helado y estate quieta un rato.

—¿Quieres helado, Campbell?

—Me estás provocando, Gisele, sabes que sí, y me tienes enfermo con ese biquini.

Con intención de torturarlo más, me siento en sus rodillas y le beso la mejilla.

—Siempre a tu disposición, esposo —digo, enfatizando la última palabra—. ¿Quieres helado?

Lo lamo y luego sus labios.

—Está rico, ¿eh? —me burlo—. ¿Quieres más?

—Escucha —me coge la mano del helado—, a las niñas malas se les quitan los juguetes, ¿sabes?

No soporto estos juegos y le advierto:

—No serás capaz.

—Por supuesto que sí. —Me levanta de sus rodillas y me da una palmada en el trasero—. Castigada, señora Campbell, hasta nuevo aviso.

Lanzo el helado al suelo con rabia, mejor dicho, a sus pies.

—Te arrepentirás de estas palabras. Juro que lo harás.

—Y tú de tomar el sol como lo has hecho.

Y así es. Unas horas más tarde, me encuentro en la cama boca abajo, desnuda y rabiando de dolor. Me duele tanto que casi estoy llorando... Con delicadeza, Matt me pone crema y yo me quejo con cada caricia.

—¿Estás bien, Gisele?

—No, Matt —sollozo—. Me duele mucho...

—No haces caso de lo que te digo y mira lo que pasa.

—Lo sé...

—Dime qué necesitas. —Más gemidos escapan de mis labios—. Me tienes preocupado, y también excitado, ¡mierda!

A pesar de todo, me río... Excitado de ponerme crema en la espalda...

—Te voy a enseñar las casas para que te distraigas y te olvides del dolor, ¿quieres?

Me envuelve en una toalla y coloca el ordenador entre nosotros. Roxanne nos ha mandado fotos de muchas casas, sí todas muy bonitas, pero yo tengo las ideas claras. La quiero parecida a la de Lugo, y finalmente nos decidimos por una de Madrid, en Las Rozas.

Luego me acurruco de lado en la cama. Me encuentro fatal y, aunque me caigo de cansancio, no puedo dormir. Me siento tan vulnerable... Odio esta sensación.

—¿Quieres cenar, Gisele?

—No...

—¿Qué voy a hacer contigo? Scott tenía razón...

Sollozo. Hace dos días que no hablo con mi musculitos.

—¿Estás enfadado?

—No, pero mira cómo te ves por caprichosa... Por no hablar de los admiradores que te salen. —Se tensa y yo me burlo—. Duérmete, mañana estarás mejor.

—¿Me abrazas?

—¿Que si te abrazo? —repite atónito—. Eso ni se pregunta, ya sabes que sí.

Se tumba a mi lado y me acerca a él, la piel me arde.

—Te amo, Matt —susurro—. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. Hoy, a pesar de tu enfado, en la heladería te has controlado.

Su corazón galopa, su pecho sube y baja rápidamente.

—No puedo verte tan triste por mis fallos. No te defraudaré más.

—¿Cómo sigue tu puño?

—Está bien, no es nada.

Sonriente, me inclino y lo beso. Gime cuando rozo su torso con mis pezones erectos... El ansia nos puede y me abraza con fuerza. Yo grito.

—Lo siento, —dice, apartándose—. Se me ha olvidado.

—No es nada, ven aquí.

—No, Gisele, ¡no!

Me rechaza y se incorpora nervioso.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Me tienes al límite, pero no te pienso tocar estando así. —Yo, perversa, le guiño un ojo—. No, no y no. Contrólate un poco, no hay lugar donde no estés roja.

—¿Y qué hago mientras?

—Ven, tengo algo para ti. —Me ayuda a levantarme y me lleva fuera. Cerca de nuestra piscina veo velas y una mesa repleta de comida.

Me siento tímida y halagada. No sé cuándo ha preparado esta sorpresa, pero me encanta. Me hace sentar a su lado, atento y cariñoso. Comemos y bebemos y, entre risas, terminamos tumbados en las hamacas, a la luz de la luna.

—Descansa, Gisele.

Pese a los dolores, al cabo de un rato me parece que me duermo. Quizá sea un sueño, pero me parece ver a Matt tocándome el parche anticonceptivo y murmurando:

—Pronto.

Los días van pasando entre risas, entretenimiento y seducción. Matt está feliz, se ríe a menudo y suele estar de un humor relajado, atento siempre a mis caprichos.

El viernes por la noche me lleva al cine... No entiendo el idioma, pero la protagonista está tan triste y llorosa que, sin saber cómo, termino llorando con ella en silencio, en la sala a oscuras. Matt, aburrido, come palomitas.

—Nena, no te muevas tanto. —Su mano aterriza en mi muslo—. ¿Qué te pasa?

—Ay, Matt —suspiro—, qué pena.

—Gisele, ¿estás llorando?

—Un poco, ¿qué le dice para ponerla tan triste?

—Dios mío, qué mujer. Es sólo una película.

Me apoyo en su hombro y, al moverme, su mano se desliza entre mis piernas...

—¿Nena? —murmura muy bajito.

—Oh, ¿aquí?

—La película me aburre y a ti te hace llorar y con esa falda tuya tan corta, me estoy poniendo muy duro... —gruñe alterado—. Hay poca gente y están lejos, vamos, abre las piernas.

Excitada, me hundo en el asiento y hago lo que me dice. Casi jadeo cuando noto su mano ahí...

—Ya estás mojada —susurra y me lame el lóbulo de la oreja—. Eres muy perversa, señora Campbell.

—S-Sí. —Mete un dedo—. M-Matt... despacio.

—Te queda tan bien cualquier modelito que te pones... Me vuelves loco.

Con la maravillosa villa de que disponemos y estamos como dos adolescentes, en el cine.

—Para, Matt... vamos al hotel.

Sin decir nada, me baja la falda y, cogidos de la mano, salimos del cine. Mientras caminamos, veo unas luces que me llaman la atención, ¿un sex shop? Miro a Matt mordiéndome el labio y le pregunto divertida:

—¿Entramos? Ahí venden juguetes...

—¿Juguetes? —repite secamente—. ¿Es que no tienes suficiente conmigo?

«¡Por Dios!»

—Matt, son cosas para jugar ambos, ¿cómo puedes decir que no tengo suficiente contigo? —tonto—. Vamos a mirar y luego, en el hotel, te demostraré cuánto te necesito.

Entramos en la tienda. ¿¡Qué es todo esto!? Tantos juguetitos... Oh no, qué vergüenza. Matt, a mi lado, apenas se mueve y me mira como diciendo «Vamos, lista, coge algo...».

Levemente ruborizada, cojo un consolador... Madre mía, Matt me va a matar, pero quiero llevármelo. Para jugar juntos, por supuesto.

Cuando se lo entrego para que lo pague, el horror se refleja en su cara. Lo conozco y sé lo que piensa: «¿Me quieres suplantar con eso?». No, no, claro que no...

Veo unas esposas monísimas, de peluche rosa. ¿Por qué no? Ya me lo imagino sujeto a la cama y yo haciendo con él lo que quiera. Sí, esto está bien.

Con mis dos juguetitos, Matt y yo vamos a pagar, con él en total desacuerdo.

—Olvídate de este juguete cuando estés sola. Y si piensas que vas a utilizar las esposas para amarrarme, te equivocas —me advierte cuando salimos—. ¿Entendido?

—Vale...

Media hora más tarde, lo tengo con las manos esposadas al cabecero y a mi merced. Me pongo de rodillas a su lado y le pregunto:

—¿Qué te hago?

—Gisele...

—Quiero lamerte todo, ¿puedo?

—¿Tengo alternativa? —contesta sonriente.

Me siento poderosa y voy pasando la lengua por su cuerpo, resbalando hacia su sexo, hasta alterarnos por completo. Con él soy una mujer desinhibida y muchas veces me pregunto si necesitaba conocer a alguien como él, a él, para desatar a la leona que hay dentro de mí.

—Campbell, estás tan rico... —murmuro, besando su vientre y más abajo—. ¿Preparado?

—Ten cuidado con lo que haces, Gisele...

—¿O qué?

—O me las vas a pagar.

Aun así, le meto un trozo de sábana en la boca para acallar sus protestas.

—Lo siento, cariño, pero me pones muy nerviosa cuando te quejas. —Su mirada dice que más tarde me arrepentiré, pero ahora yo tengo el control—. Te voy a lamer, Campbell, mucho, además.

Sin más palabras, me inclino ante su potente virilidad y me la meto en la boca. Tan exquisita y sensual, pero estoy tan caliente que necesito más.

—Lo siento, Matt —digo, acercándome para soltarlo—. No juguemos, ya sabes lo que necesito.

Le quito la sábana de la boca y sus labios se curvan en una sonrisa torcida. Seductora, me pongo encima de él y cuando abro las esposas, atrapa mis labios con un beso lleno de pasión y me pierdo... En un segundo, la que está debajo soy yo, y con las esposas puestas.

—Lo siento, preciosa, pero el que avisa no es traidor.

Trago saliva cuando intuyo el movimiento de su mano.

—Matt, no, por favor —imploro—. Aún no, por favor.

—Aún no —repito cínicamente.

Me sacudo sin poder creerlo. Su mano avanza amenazante hacia el parche anticonceptivo...

—Quiero un hijo, Gisele —susurra con voz dura—. ¿No quieres tú también?

—N-No...

—Yo sí... Mucho, además, y lo sabes. —Asiento muda con la cabeza—. Vaya, parece que mi pequeña diabla a veces se asusta.

Cierro los ojos y espero el tirón. Sé que lo hará y me da pavor. Ya tengo hasta náuseas, mareos y me siento el vientre hinchado.

—Mírame, Gisele. —Su rostro está a escasos centímetros del mío—. No lo haré, porque pronto serás tú quien lo haga.

Aire, aire, por Dios, que me ahogo. Un bebé ahora... ¿Y mis estudios? ¿Y mi vida? Aún no.

—Bien —accedo temblorosa—. Entonces deja que lo haga yo... pero no hoy.

—¿Pronto?

—N-No...

—Ya veremos.

Se abre paso salvajemente entre mis piernas y me penetra con tanta fuerza que grito sin poderlo remediar.

—No entiendo por qué me niegas esto —murmura, con una nueva y dura estocada—. Yo lo quiero todo de ti, Gisele. —Muerde y lame mi pezón y yo me retuerzo ansiosa—. Me desespera que me digas que no. —Otra fuerte arremetida, y yo sollozo—. ¿Quieres pasar toda la vida conmigo? —Digo que sí con la cabeza y busco más fricción—. ¿Por qué entonces?

—Es pronto.

—Pronto —repito, deteniéndose. ¡No!—. Estamos casados, ya no es pronto. —Me acaricia la cintura y roza mis pechos con los labios—. Dime que lo pensarás.

—N-No...

—Bien.

Sale de mí y se aprieta el pene entre las manos. Yo cierro los ojos sin querer presenciar cómo me tortura masturbándose frente a mí lentamente...

—Me tendrás cuando quieras, sólo tienes que decir que lo pensarás. Y no me vale una mentira. —Veo cómo se aprieta la punta y agonizo. Ese placer debería ser mío—. Tú tienes... la última palabra.

—Eres un mierda, Campbell. —Me ignora y se masturba con más fuerza. Es excitante ver cómo lo hace, pero estoy tan húmeda y necesitada, que me muero por tenerlo dentro. Y se me escapan las palabras—. Matt, Matt... lo pensaré.

Sus manos se detienen en torno a su enorme falo.

—Prométemelo.

Alzo la pierna para darle una patada, cabreada, pero él se burla diabólico.

—No seas mala, señora Campbell —me regaña y entonces me abre las piernas y me penetra de nuevo—. ¿Quieres o no?

—¡Mierda! —Me ahogo, joder—. Lo prometo.

Me arqueo cuando me empala y grito enloquecida:

—Rápido y duro, Matt, no más juegos.

Él arremete como le pido, apasionado, con penetraciones rápidas y vertiginosas, mientras tan pronto me acaricia los pechos como me los pellizca.

—Así, así...

—Vamos, nena... Ya.

Me agito con las manos sujetas por las esposas y me entrego a las sensaciones. Él explota y yo tiemblo tras conseguir el placer. Veo borroso y estoy agotada.

—Te amo, Gisele, eres mi vida. —Me besa un pecho con ternura...—. Dímelo tú.

—Que te den, Campbell —contesto, antes de entregarme al sueño.

El sábado, mi mal humor es evidente... La promesa que me arrancó me ha atormentado toda la maldita noche. Ahora, tumbada aprovechando los últimos rayos de sol, Matt viene a mi lado. y me rodea la cintura con un brazo, pero yo me doy la vuelta, rechazándolo. ¡Mierda para él!

—Preciosa —susurra y me acaricia la espalda—. ¿Estás cansada?

Sí, y seguramente me duermo sin darme cuenta.

Matt me mira y yo apenas puedo creer lo que veo. Tengo el vientre hinchado y algo se mueve dentro. Me miro asustada. ¡Voy a tener un bebé! Esto cambiará mi vida y yo no estoy preparada para ser madre, pero Matt me contempla con verdadera adoración. Es feliz con ese bebé.

—Será niña —dice, acariciándome la barriga. Muy redonda y bonita, por cierto—. Ya quiero verla, Gisele. ¿Será tan loca como yo o tan caprichosa como tú?

Su pregunta nos hace reír a ambos...

—Gisele, Gisele, Gisele.

Me despierto y abro los ojos, encontrándome con los de Matt. Instintivamente, me llevo la mano derecha al vientre... plano, gracias a Dios.

—¿Estabas soñando? —pregunta divertido al ver mi gesto—. Te has puesto pálida.

—Tú tienes la culpa. ¡Ahora, déjame, que voy a leer!

Y, para que olvide nuestro enfado, se tumba a mi lado y lee en voz alta cada maldita frase. Me río y cierro el libro.

—¿Ya has terminado?

—Contigo no se puede leer —lo regaño y me tumbo de cara a él. Suspiro impresionada. Qué guapo es—. Aun así, gracias, me encanta compartir estos momentos contigo.

—Por ti, lo que sea, ya lo sabes. —Le acaricio el cabello oscuro mientras lo miro a los ojos. Tan transparente y cariñoso, no puedo estar mejor a su lado. Los muchos miedos de la boda han quedado atrás, pero ahora nos espera la convivencia, la rutina... y eso me asusta—. ¿Qué piensas?

—Que la convivencia no es fácil... Pero lo haremos bien, ¿verdad?

—No temas, todo nos irá bien.

Asiento, inclinándome y dándole un breve pero intenso beso en sus labios.

—Matt, ¿te ha faltado algo estos días?

—No —responde y me acaricia la mejilla—. ¿Y a ti?

Niego con la cabeza. Me da todo lo que necesito.

—Si no hubieses venido a mi casa, no sé qué hubiese sido de...

—Chis... Estamos juntos, casados. Estamos bien. El pasado no importa.

Tira de mí y me estrecha entre sus brazos y yo me dejo abrazar por mi amor.

—¿Vamos a comer algo? —le propongo al cabo de un momento.

—Sí. —Se ríe y dice—: Recuerdo aquel día que entraste en mi despacho, tan descarada, mirándome desafiante.

—Y ahora somos marido y mujer...

Sin dejar de sonreír, me ayuda a levantarme.

—Bien, vamos.

Esta noche cenamos en el restaurante del hotel y después, cogidos de la mano, nos vamos a pasear por la playa. Hay luna llena y bajo su luz caminamos en silencio, absortos en nuestros pensamientos.

—¿Qué pasa, nena? —Matt me aprieta la mano, deteniéndose—. Pareces preocupada.

—Es que aún no estoy preparada para ese bebé que tú tanto deseas. Quiero estudiar. Apenas acabamos de casarnos... dame más tiempo, por favor...

Lo miro a los ojos y él me abraza por la cintura.

—¿Cuánto más?

—No lo sé, Matt —susurro frustrada—. ¿Tan importante es para ti?

—Mucho... Quiero un hijo al que pueda criar, darle todo lo que a mí me faltó. Tengo sueños que no pude cumplir y necesito tener mi propia familia.

Me aterroriza y a la vez lo entiendo. Aunque la ansiedad es superior.

—De acuerdo, lo hablaremos un poco más adelante —accedo—. No esperaremos mucho... pero tampoco ahora mismo.

—Gracias —dice besándome—. No sabes lo que me alivia oír eso.

—Mañana ya volvemos... Una parte de mí tiene miedo —confieso con tristeza—. No quiero que veas a esa mujer, Matt. No es buena para nuestra relación.

—Lo sé. No la veré... También yo estoy preocupado.

—Necesito que confíes en mí. ¿Estamos juntos en esto?

—Siempre.

—Bésame entonces —le pido—. Un beso, una promesa.

Pero sé que no será fácil y que la tranquilidad durará poco.

8



La vuelta

Llegamos agotados, yo con náuseas, y nos damos una ducha para después ver la casa y dormir una siesta.

Roxanne ha tenido un gusto exquisito y ha seguido al pie de la letra las pautas que le dimos. La casa tiene tres plantas y cuatro habitaciones, con sus baños respectivos. Toda pintada de

blanco, como Matt quería, con piscina, jardín y amplias cocina y sala. Un despacho para él y una biblioteca para mí. Por último, una terraza. Es una casa preciosa.

Durante el vuelo, he tomado una decisión. Me quitaré el parche anticonceptivo y empezaré con la píldora, antes de que a Matt le dé otro ataque de paternidad. Miro a mi izquierda y lo veo dormido y tranquilo, tanto que me embarga un sentimiento de ternura. Ya son las siete de la tarde. Me suelto de su abrazo con cuidado y me pongo un camisón y una bata para ir a preparar la cena. Qué pereza.

Mientras cocino, pienso que ya siento esta casa como mía... Es perfecta para nosotros.

—¡¡Gisele!!

—¿¡Qué!? —respondo agitada ante la alarma que percibo en la voz de Matt—. ¿Qué pasa? Casi echo a perder los huevos.

Un Matt pálido está frente a mí y suspira hondo antes de decir:

—Estás aquí.

—¿Estoy aquí?

No doy crédito cuando disimula y se sienta en un taburete... Procuro no comentar lo ridícula que es la situación y, un día más, me propongo darle tiempo... Tiene que convencerse de que no me voy a marchar.

—Había pensado prepararte algo de comer y sorprenderte —digo por encima del hombro, mirándolo recelosa—, pero tú siempre te adelantas, Campbell.

—He notado que no estabas en la cama y me he despertado.

—Ya veo...

—¿Te sientes a gusto en la cocina?

—Ajá, aunque supongo que tendremos que irnos adaptando poco a poco. Habrá que hacer la compra y traer el resto de la ropa. Por cierto, he llamado a Scott y me ha dicho que está muy ocupado... A ver si le das una tregua en el trabajo. —«Humm, qué bien huele»—. ¿Puedes poner la mesa, por favor?

Silencio.

—¿Matt? —Éste reaparece con el iPhone en la mano. ¿He estado hablando sola?—. ¿Quién es?

—Alicia.

Me retuerzo las manos, nerviosa, no soporto sus largos mutismos.

—¿Y?

—Quiere verme.

—¿Para qué? —pregunto, terminando con los huevos—. Hace dos días le mandaste dinero...

—Le he dicho que no puedo y ha amenazado con venir a Madrid.

Me resigno. ¿Qué otra cosa puedo hacer hasta saber si el bebé es de Sam o suyo? Me perturba el asunto y espero la noticia con agonía.

—Gisele. —Matt me abraza desde atrás—. ¿Qué pasa?

—Nada, vamos a comer.

Le sonrío y sirvo la comida en la barra de la cocina. Matt está pensativo y sé que también preocupado y mosqueado por la llamada. Supongo que ver a su antigua novia no es plato de gusto para él.

—¿Me lo dirás?

—No es nada, es sólo que no puedo dejar de pensar en ese bebé. ¿Crees que Alicia sabe en realidad de quién es?

—No tengo ni idea, nena.

—¿La crees capaz de mentirte sobre eso?

—La verdad, no lo sé —contesta, cogiendo los cubiertos del cajón—. A veces pienso que en los años que estuvimos juntos, no la conocí en absoluto.

«Años juntos...»

Nos sentamos el uno frente al otro y mi boca habla por mí, pero no me arrepiento. La palabra «años» me ha llenado de incertidumbre. Mi vida con Álvaro fue deplorable... pero ¿y la suya con Alicia?

—Matt, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Depende —responde agobiado—. Temo tus preguntas.

—Es sobre tu vida con ella...

—No. —La rotundidad de su negativa pone punto final a la conversación—. Y abandona esa mirada desafiante, porque no pienso hablar de Alicia.

—¿Por qué? —insisto—. ¿Por qué eres tan tajante?

Ignora mis preguntas y empieza a comer evitando mirarme, tenso y molesto.

—¿A qué viene esto? —pregunta finalmente.

Ahora soy yo quien lo ignora.

—Está bien, Gisele —accede exasperado—, pregunta.

—¿La querías mucho?

—Nunca la amé, creo que ya lo hemos hablado alguna vez. —Su respuesta es seca y contundente—. ¿Te sirve con esto?

Asiento con la cabeza, tonteando con la comida, sin dejar de mirarlo.

—¿Le hacías mucho el amor? —Se horroriza y sé que no le gusta nada que yo le dé vueltas a eso—. Para mí es importante saberlo.

—No te voy a responder.

—Ya lo has hecho —le espeto molesta—. Todo el día enganchados en la cama, en el sofá, en el coche... seguro.

Me coge la mano derecha y me dice serio y paciente:

—Lo siento, Gisele. No quiero hablar del tema.

Me produce inseguridad pensar en su relación con otras mujeres. Él está tranquilo porque conoce la mía con Álvaro y que ya no hubo nadie más; por otro lado, también le quedó claro que en el sexo no me fue bien. Pero ¿y él? ¿Le despertaban ellas el mismo deseo que yo?

—Gisele, ¿qué te preocupa?

—Nada...

—¿Quieres saber si con ella sentía lo mismo que contigo? —Su tono es paciente—. ¿Si fue tan especial como tú?

Como y no digo nada, me avergüenza ser esa clase de esposa.

—Gisele, mírame —ordena y yo obedezco—. Escucha: nadie me ha hecho sentir como tú. Con ninguna sentí lo que siento cuando te miro, cuando te hago el amor y me pierdo en ti.

La espinita clavada se va desintegrando. ¿Celosa a estas alturas? Puede ser... Las mujeres lo miran con tanta avidez...

—¿Algo más, Gisele?

—Puede ser...

—¿A qué viene esto?

Con altanería, lo miro y respondo:

—Viene a que puedo preguntar cuando quiera, ¿o no? Tú preguntas siempre, y a veces son cosas de las que a mí no me apetece hablar; sin embargo, te contesto.

—Bien.

—¿Bien? De acuerdo, hálame de ella, de ellas.

—¿De ellas?

—Eso he dicho.

—Gisele, ¿qué diablos te pasa?

—Contéstame. —Deja el tenedor en el plato y yo hago lo mismo—. Quiero que me digas si con todas eras tan fogoso como conmigo.

Una sonrisa amarga asoma a sus labios. Oh, me dan ganas de matarlo.

—¿Te hace gracia, Campbell? Porque a mí no. Al parecer has tenido bastantes líos... demasiados.

—No, Gisele, no.

—No vuelvas a reírte —le aviso—. No es gracioso imaginarte en esas situaciones.

Me sorprendo ante la tonta discusión que he provocado. Me han cegado los celos, como muchas otras veces. ¿Me estará cambiando el carácter al pasar tantas horas juntos?

—¿Estás celosa? —pregunta él atónito—. Sigo sin entender a qué viene esto.

—Déjalo, es una gilipollez mía.

—Quizá sean los cambios, sé que te ponen nerviosa.

Ya lo creo... En cuatro meses he pasado de aborrecer a los hombres a enamorarme y casarme con uno. Y no con uno cualquiera, sino con uno que me vuelve loca, para bien y para mal. De no tener un puto duro a ser rica... Y para colmo, me piden que sea madre. ¡Estupendo!

—¿Te pasa algo con la comida, Matt? Apenas comes... —Mi cambio de tema lo divierte—. Oye, no te rías... ¿Te parece graciosa la situación?

—En absoluto.

—Muy bien —contesto a la defensiva—. Sólo espero ser la que más placer te haya dado.

—Eso por supuesto.

Entrecierro los ojos ante sus respuestas tan simples y escuetas.

—¿Te estás burlando de mí, cariño?

—Para nada.

Y vuelve a reírse.

—Eres un mierda.

—¿Perdón? —Ahora me río yo cuando se atraganta con la comida. Aun así, me escruta con fijeza. ¿Qué pensará?—.

Eres un mierda, sí, y mucho.

—¿Te he dicho alguna vez que celosa me pones cantidad?

—¿Y yo te he dicho alguna vez que eres tonto?

En un segundo, está de pie delante de mí, besándome. El calor me invade a pesar del frío de noviembre.

—Estás preciosa, así, de tan mal humor.

Empieza a acariciarme y yo grito de placer.

—Quiero tomarte sobre la encimera.

Oh, qué morbo. Pero la magia se rompe con el timbre de la puerta...

—Mierda —masculla—. ¡Qué oportuno! ¿Quién demonios será ahora?

Me encojo de hombros y me aparto de él con desgana.

—Tu familia viajará a Madrid mañana y mi hermano vendrá también después del trabajo. Hoy no espero a nadie.

—¿Y tus padres?

—De momento no pueden venir... Por cierto, papá te manda saludos —me burlo, dándole un mordisquito en la mandíbula—. Ya abro yo.

—Gisele, vas en camisón y bata. —Me sujeta del brazo—. Abro yo.

—Tú vas sin camisa, ¿qué me dices a eso?

—Abro yo —insiste, señalándome con el dedo—. Con la calefacción hace calor.

Pongo los ojos en blanco y me dispongo a retirar los platos sucios, Matt apenas ha comido nada y esto no puede ser bueno... ¿Se oye la voz de una mujer? Curiosa, dejo mi tarea y voy a la sala, donde Matt ha invitado a su prima Silvia a pasar. Hoy la veo incluso más rubia que la última vez, en la boda.

—Hola, Silvia, bienvenida —saludo.

—Hola, Gisele —contesta y me da dos besos—. Vaya, qué bronceados venís.

—¿Qué te trae por aquí, Silvia? —pregunta Matt, sentándose y tendiéndome una mano para que yo me siente en sus rodillas. Silvia parece incómoda—. ¿Algún problema con la familia?

—No... No sé si sabéis que vivo muy cerca de aquí y que ayudé a Roxanne a escoger la casa. He pensado haceros una visita, espero que no os moleste.

—No, claro que no.

—Y si necesitáis cualquier cosa, contad conmigo. Ahora somos vecinos.

—Quizá podríamos ir juntas a la universidad —sugiero yo.

—Claro, y si quieres volar sola, puedo enseñarte los lugares de moda. Siempre estás con mi primo, no tienes vida social. Antes encerrada con Scott y ahora aquí con Matt. ¿Ése es el plan de vida que te gusta?

Él alza la vista y se pone tenso ante la observación tan fuera de lugar de su prima. Me inquieto al ver su semblante y, cuando responde, su tono es áspero y duro:

—Mi esposa siempre volará a mi lado. Ambos tenemos muy claro nuestro proyecto de futuro y vivir aquí o donde sea no lo altera en absoluto. De hecho, posiblemente dentro de poco Gisele esté embarazada y cuando nazca el bebé, esperamos que haya terminado el máster y ya pueda dejar la universidad.

¿Ah, sí? Yo creía que el tema había quedado zanjado. Estoy sorprendida... y Silvia no sabe qué decir.

—Oh, ¿ya pensáis en tener hijos? Quizá luego Gisele no tenga fácil trabajar en periodismo. Las madres siempre lo tienen todo más complicado.

—Podrá, claro que podrá —replica Matt, encendiéndose—. Gisele es una mujer con las ideas claras y en lo que concierne al trabajo, no hay forma de hacerla entrar en razón.

Carraspeo ruidosa para dar el asunto por terminado. Aún no estoy por la labor de ser madre,

pero no lo voy a discutir en presencia de la prima de Matt.

—¿Quieres un café, Silvia? —le ofrezco.

—Sí, gracias.

—Bien, voy a buscarlo.

Antes de levantarme, me vuelvo y le doy un leve beso a Matt en la comisura de los labios, pero él, dejándome confusa, me sujeta por la nuca y el contacto se torna fogoso... Al retirarme sin aliento, me acaricia la cintura. Su prima está en shock.

—Enseguida vuelvo —me excuso sonrojada. Saco las tacitas más monas que tengo y preparo dos cafés, uno para mi controlador e inseguro esposo... El beso sé que ha venido a cuento del comentario de su prima.

Hay algo en ella que me intriga desde que nos conocimos; es siempre muy enigmática.

Oigo un sonido vibrante y veo que es el teléfono de Matt, que tiene silenciado... Es la insistente de Alicia y aprieto los puños antes de responder. Me calmo y contesto con indiferencia.

—¿Sí, quién habla?

—Dile a Matt que soy yo.

—Ahora no puede ponerse.

—Gisele, no soy estúpida, sé que está ahí y necesito hablar con él.

Me enciendo. ¿Por qué no desaparece de una vez de nuestras vidas?

—¿Sobre qué?

—De nuestro hijo, algo que a ti no te incumbe.

«Respira, Gisele, respira», me digo para no lanzar el puto teléfono y romperlo en dos.

—Pero sí a mi esposo, por tanto, a mí también.

—No por estar casada lo tienes, querida, no des esta batalla por ganada —se burla—. Pienso luchar por él, y no jugaré limpio.

Me río histérica. ¡Y una mierda!

—Matt pasa de ti, entiéndelo de una puta vez. No hay ninguna batalla, por tanto no tendrás nada que ganar.

—Ya veo que todo el mundo está de tu parte, hasta Roxanne... Esa que se prostituyó por un trabajo. —«¿¡Qué!?»—. Ya no está en mi bando, pero la consecuencia será que todo el mundo sabrá qué clase de arrastrada es.

Me quedo sin aliento. Ahora entiendo por qué Roxanne no terminaba su relación con Alicia... ésta la tenía amenazada. En ese momento, en lo único que pienso es en protegerla. Soy una Campbell y tengo que cerrarle la boca a Alicia fingiendo que lo que dice me es indiferente. He de mentir y ponerla a prueba para llegar hasta el final.

—En ese caso me harías un favor. Yo odio a Roxanne y ésa sería una buena forma de apartarla de mi camino. —Calla, mientras yo cruzo los dedos.

—No me dejarás a mí aún peor ante los Campbell. Si me quieres utilizar para desprenderte de Roxanne, no lo vas a conseguir. —Me apoyo en la pared y respiro—. Te dejo a ti este trabajo.

—¿Algo más? —pregunto, prosiguiendo con la farsa.

—Dile a Matt que si no tengo pronto noticias de él, viajaré a Madrid, donde, por cierto, quiero quedarme a vivir, para que mi hijo esté más cerca de su padre.

—Vete a la mierda —le espeto y cuelgo.

Pongo los cafés en una bandeja y me encamino hacia la sala. Matt y su prima están cuchicheando y ¿él le ha entregado dinero? Al darse cuenta de mi presencia, se separan con disimulo. ¿Qué sucede entre ellos con tanto secretismo?

—Has tardado mucho, Gisele. ¿Ocurre algo?

—No...

Mi expresión parece no convencerlo, porque insiste:

—Dime qué pasa.

—Aún sigo cansada del viaje, eso es todo. —Sigue sin camisa—. ¿No tienes frío? —le pregunto—. No me parece lo más adecuado recibir así a las visitas.

—Tienes razón, subo un momento a la habitación.

Se marcha y Silvia y yo nos quedamos solas, pero el rumbo que toma la conversación no es el que yo esperaba, y me sorprende.

—¿Sabes?, tienes un hermano muy guapo... —dice ella—. El día de la boda le pedí su número y desde entonces hablamos muy a menudo.

—¿En serio?

—Aunque lo cierto es que no parece muy receptivo. Esta semana no ha «podido» quedar ningún día conmigo. Presiento que una mujer le ha hecho mucho daño.

—No lo sé, mi musculitos es muy reservado con sus asuntos privados. —Toma un sorbo de café y se sobresalta—. ¿Qué es lo que pasa?

—Me tengo que ir, se ha hecho muy tarde —dice angustiada—. Lo siento, pero mi madre me ha dejado a cargo del perro y ni siquiera lo he sacado todavía.

—Vale, nos vemos otro día.

—Claro, al ser vecinas nos veremos a menudo y estoy segura de que llegaremos a ser grandes amigas —contesta—. Hasta luego, guapa.

—Adiós...

La acompaño hasta la puerta y luego me tumbo en el sofá, esperando a Matt. Al bajar, ve que su prima no está y yo le hago señas para que se acueste conmigo.

—Gisele —murmura—, qué ansiosa eres.

—Sabes que sí.

Se tumba sobre mi cuerpo y, pese a su evidente excitación, me mira sin amago de intimidad.

—¿Quién ha llamado? Sé que has estado hablando con alguien.

Le paso las manos por el pelo y se lo acaricio sin hacer caso de su actitud alerta.

—Sé que esa llamada te ha molestado. Dímelo, Gisele.

Me besa y va derribando mis barreras.

—Ha sido Alicia...

Gruñe impotente y enfadado. Va deslizándose sus manos por mi cuerpo, desarmándome, y le suplico:

—No digas nada. No hables de ella... no ahora.

—Escúchame —dice él desesperado, tirándose suavemente del pelo para que lo mire—: No sé qué te ha podido decir, pero no quiero que prestes atención a nadie.

—¿Y qué pasa con Silvia?

—¿Qué? —Veo que se incomoda—. ¿A qué te refieres?

—Le has dado dinero... lo he visto.

En silencio, recorre con la lengua mis labios, mi cuello y mi clavícula. Quiero más y a la vez me molesta su mutismo.

—No es nada... Asuntos de trabajo, Gisele.

—¿Seguro?

—Confía en mí —dice con voz ronca.

Se detiene en mi vientre y pasea los dedos por él.

—El día que sepa que te estoy haciendo el amor para tener un hijo... me volveré loco. —Oh... mi deseo se va evaporando—. Ya quiero ver crecer este vientre tan plano.

—Matt...

—Dime que será a principios de año, dímelo. —Besa mi vientre, mientras yo, frustrada, me siento y lo aparto de mí. Veo su desconcierto, pero, aun así, insiste—. Nena, prométemelo.

—No me encuentro bien...

—Por favor —implora—. ¿Sí?

—Matt, estoy muy cansada —me excuso, abrazándolo, y, aunque descontento, me acurruca contra su cuerpo—. Ya lo hablaremos.

—El corazón te va muy deprisa.

¡Normal! Joder, me habla de hijos en el momento más inoportuno. Estresada, me dejo caer contra el sofá y me finjo agotada.

—¿Podré algún día arrancarte una promesa? —me pregunta, buscando mi mirada.

—No si se trata de niños y deja el tema ya... Llegará, Matt, pero aún no es el momento.

Él no dice nada, pero, por su expresión, sé que está soñando despierto.

—Me haces sentir mal —musito—. Odio negarte algo, y lo sabes.

—No lo hagas entonces —contesta manipulador—. Será niña, lo sé.

Como en el sueño... ¿sería una premonición? Asustada, le retiro la mano, aunque sé que podría enfadarse.

—Báilame —pide entonces con voz sensual, suave.

Enciendo la música y lo invito a unirse a mí. Sin embargo, él no lo hace y me contempla desde la distancia, mientras yo bailo provocativa, agitando las caderas y sacudiendo los pechos al ritmo de *Camina y ven*, de David Bisbal.

El hombre enigmático que Matt fue una vez, vuelve a estar presente y lo reconozco por su mirada.

—¿Te gusta? La canción te va perfecta... —Lo cojo de la mano y me rozo contra él, que ríe perverso—. Baila conmigo.

Camina y ven, que estoy desesperado,

que sueño con tenerte aquí a mi lado.

No olvido tu querer, tu cuerpo de mujer,

ya ves que soy un loco enamorado de tu piel.

En medio de nuestra amplia sala, bailamos y nos reímos, mientras nos desnudamos. La vida a su lado siempre será divertida. Nos complementamos y en la intimidad de nuestra cama me lo vuelve a demostrar.

No obstante, de madrugada lo veo deambular por la habitación. Preocupada, enciendo la luz.

—¿Qué ocurre, Matt?

—Nada —me susurra agitado—. Me he desvelado.

—¿Te apetece comer o beber algo?

—No, estoy bien.

Presiento que no le apetece hablar, pero yo sigo preocupada. Son las cuatro de la madrugada y él está con el móvil. Me incorporo y veo que intercambia mensajes con Denis.

—Matt, ¿lo despiertas a estas horas para hablar de negocios?

—Sí, he pensado en algunos cambios.

—El hecho de que tú no tengas sueño no quiere decir que Denis tampoco —le digo—. Venga, déjalo y tumbate aquí conmigo.

Indeciso, escribe algo con exaltación en el iPhone y poco más tarde se mete en la cama, boca arriba, mientras yo lo miro confusa. ¿Qué le sucede? No es normal, su reacción no tiene lógica.

«Debo darle tiempo», me digo.

El lunes, a las siete de la mañana, estamos a punto de salir para desayunar fuera de casa y luego encaminarnos cada uno a nuestros quehaceres. Hoy tenemos que hacer compra, ya que esta noche vienen su familia y Scott. Nos ponemos la chaqueta y nos abrigamos bien; el frío en Madrid me amarga.

Matt se distrae leyendo unos papeles.

—¿Qué son? —le pregunto.

Está tenso y sé que está buscando la forma de sosegarse.

—Denis me ha enviado estos documentos. Son para ti.

—¿Para mí?

—Diego te quiere para otro proyecto. —Se lo ve descontento y reprimido—. El último reportaje del perfume ha ido bastante bien.

«Oh, qué sorpresa.»

—Quiere que firmes un contrato para varias marcas de ropa. —No cesa de mirarme, pendiente de la respuesta que le daré—. Ropa deportiva. ¿Qué te parece?

¿Yo elijo sin más?

—Dime qué te parece a ti, o si nos puede acarrear problemas. ¿Te opondrías?

—Gisele —coge aire—, con este contrato, se abre ante ti una carrera. Piensa bien las cosas.

—¿Te opondrías? —insisto.

Se acerca a mí con paso firme.

—Te hice una promesa y quiero cumplirla. —Me rodea por la cintura—. No te voy a engañar, no me gustan estos trabajos en absoluto, ya lo sabes, pero si tú quieres hacerlo, te apoyaré.

—¿Te he dicho alguna vez que eres el mejor? —Sonríe, cautivándome—. Lo eres, Campbell, lo eres. No sabes lo que significa para mí que cedas en esto.

—Sólo quiero hacerte feliz —musita, acariciándome la mejilla—. Sé que podremos estar

bien.

—Ya lo estamos... Me encanta esta casa y este matrimonio. Me encantas tú. —Aspiro su olor exquisito y familiar, disfrutando de la tranquilidad que nos rodea.

—Me alegra oír eso. —Beso su pecho fuerte y firme, donde se esconde el corazón más puro del mundo.

—Venga, vamos —dice, besándome la frente cariñoso—. Aún tenemos mucho que hacer y el día es corto. Dime dónde quieres desayunar.

—No lo sé, pero algo dulce, por favor.

Vamos al Starbucks, zumo y tostadas para él y un café con dulces, bastantes por cierto, para mí. Hablamos de lo que haremos por la tarde. Entre las compras y la cena, el día que nos aguarda es estresante.

—Matt, come algo más —digo, preocupada por su poco apetito—. ¿Estás bien?

—¿A qué viene esa pregunta? —replica, de repente malhumorado.

—Comes y duermes muy poco... Me tienes preocupada.

Rehúye mi mirada y se acaricia la alianza, una costumbre que ha adoptado cuando está reflexivo.

—Estoy bien, Gisele —me asegura—. Venga, termina de desayunar, que no quiero que llegues tarde.

Quiero borrar las arrugas de su frente y le paso la lengua por los labios, con gusto a mermelada.

—Mmm, tan exquisito siempre. Eres tan irresistible...

—¿Algún día te tomarás la vida en serio? —Niego con la cabeza y le doy otro lametón—. Mejor, no quiero que lo hagas.

—Campbell, la vida por sí sola ya es problemática, ¿para qué voy a aportar yo más de lo mismo?

—Tu filosofía de vida es la correcta y no la cambies.

—Jamás... —Me da un vuelco el corazón. ¿Cómo le pueden brillar tanto los ojos al mirarme?

—¿Satisfecho? —lo desafío, posando un dedo en su nariz—. ¿O quieres más?

—Satisfecho siempre, saciado nunca. De ti siempre quiero más.

La mañana en la universidad se me hace relativamente corta y al salir Matt me espera para comprar la cena.

Al llegar a casa, dejo las bolsas en la cocina y voy hacia la sala, donde Matt está sentado, quitándose los zapatos. Tímida, me acerco a él y digo:

—Matt, quiero pedirte una cosa... Es importante.

—Pide —contesta con voz serena y amable—. ¿Qué será esta vez?

Me arrodillo y masajeo sus pies desnudos.

—Bueno, bueno. ¿Qué me vas a pedir, señora Campbell, que hasta me masajeas los pies...?

—Ya sé que dirás que soy caprichosa... —su sonrisa se ensancha—, pero quiero un perrito.

—¿Un perrito? —Oh, oh, mi petición no le gusta nada. Su buen humor se evapora—. Gisele, sabes que por ti haría cualquier cosa, pero no soporto ver la casa llena de pelos.

Le hago muecas y un puchero. Sé que no voy bien encaminada cuando, en vez de reírse, se recuesta en el sofá y aparta los pies de mí. Me mira sin decir nada.

—¿No me vas a complacer? —Me pongo en jarras, sacando mi carácter—. Me gustaría mucho, sobre todo si es un chihuahua marrón claro...

—No.

Furiosa, corro a nuestra habitación y me echo sobre la cama. Finjo llorar y en segundos Matt está a mi lado.

—Gisele, no te pongas así.

—Déjame.

—¿Estás llorando?

—Tú tienes la culpa —finjo un sollozo y me cubro la cabeza con la almohada—. Sólo quería un perrito...

—Los perros lo ensucian todo y siempre hay pelos en cada rincón de la casa. —Pataleo—. ¡Vaya berrinche! No eres una niña pequeña.

—Me has dicho que pida lo que quiera y ahora no me lo das... Eres muy malo, Campbell, muy malo.

—Gisele, basta. —Niego y golpeo la cama con los puños—. Puedes llegar a ser agotadora.

Lloro y grito.

—¡No y no!

—¡Eres cruel, señor Campbell! —le reprocho histérica.

No dice nada. Espero su grito, su furia, pero no llega. ¿Qué sucede?

Oigo cómo se cierra la puerta con un estruendoso golpe y levanto la cabeza... Matt se ha ido. Me asomo a la ventana y veo que su coche emprende la marcha con bastante velocidad. Enojada al ver que me ignora y se va de casa, me encierro en la biblioteca. ¿Siempre se irá cuando nos enfademos? ¿Tan al límite lo he llevado? Pobre Matt, ¡qué mala soy!

Leo y releo, pero me aburro. Le mando mensajes y no responde... Con la canción *Pedacitos de ti* y cubierta de una gruesa manta, me dejo arrastrar por el sueño.

Me despierto sacudida por unos zarandeos. Matt está frente a mí mirándome. Yo le mantengo la mirada indagando, buscando rencor o enfado, pero no los hallo. Relajado, me ayuda a levantarme.

—¿Has comido? —pregunta.

—No, me he quedado dormida esperándote... ¿Qué hora es?

—Las siete de la tarde, Gisele.

Estoy tan cansada que casi me caigo por la escalera.

—¿¡Tan tarde!?

—Sí, cariño, sí.

¿Ironía?

—¿Tú has comido? ¿Llegas ahora?

Suspira exasperado. ¿Qué le pasa? ¿Aún sigue enfadado? Sin embargo, no me lo parece.

—No he comido, no he tenido tiempo ni hambre y sí, llego ahora. —Me detengo en la sala, pero sus ojos están fijos en un punto detrás de mí—. Espero que te guste, pequeña caprichosa.

Me doy la vuelta y... ¡oh, un perrito! ¡Lo amo!

—¡Matt! —De un salto, me lanzo en sus brazos. Él me acoge con impaciencia—. ¡Gracias, gracias!

—No hay de qué, siempre a tu disposición, señora Campbell. No ha sido fácil encontrar un

perro con las características que has descrito, pero ahí está... He vuelto loco a Denis.

Lo beso, me lo como a besos. Él se ríe embobado y yo soy muy feliz al ver su reacción y su tranquilidad... Todo ha pasado, los nervios y el estrés. Matt vuelve a ser como me prometió.

—Eres el mejor esposo del mundo. —Un beso y otro—. Te amo, te amo. Te amo tanto...

—Más te quiero yo —susurra con la intensidad que lo caracteriza—. Ve a verlo y dime si he acertado.

Me arrodillo ante mi pequeño bebé. Oh, es tan tierno y diminuto y, efectivamente, marrón claro, pequeñito y chihuahua. ¿Cómo no amar a este hombre? Es mi vida.

—Oh, Matt, es precioso. —Acuno al cachorro y advierto lo asustado que está—. Será nuestro bebé.

—¿Bebé? —La alarma se enciende en su mirada. Adopta una postura rígida, está molesto—. No, Gisele, bebé es en lo que pronto nos embarcaremos.

No le presto atención y acurruco a *Tomy*, así es como se llamará el chihuahua... ¿Pronto? ¿No estaba el tema hablado y cerrado? No para él, que olvida pronto las promesas que me hizo en el viaje.

—Voy a cambiar el parche por la píldora anticonceptiva —digo sin mirarlo y, aunque sé que estará molesto, no doy marcha atrás—. Me parece que es lo mejor, dadas las circunstancias.

—¿Vas a jugar sucio? —pregunta con un tono de voz grave—. Muy mal, puede ser la guerra.

—Vale... No voy a discutir sobre esto.

Me armo de valor y lo miro, para mi sorpresa, veo una sonrisa malévola en sus labios. ¿Qué pensará ahora? Nada bueno relacionado con la paternidad... Ni caso, me obligo a ignorarlo. Con la píldora no puede intervenir. ¿O sí? ¡Qué dolor de cabeza! Me señala el vientre y sé que no cederá... Jamás habría imaginado los problemas que nos acarrearía esta decisión.

9



El secreto

En las dos horas siguientes no me abandona, su escrutinio es pesado mientras cocino o le hago cariños a *Tomy*. De vez en cuando, le dedico una sonrisa, pero nada... no me deja. Me sigue los pasos, con lo que tengo una sensación de manía persecutoria...

Termino la limpieza de la cocina y la carne al horno con patatas doraditas está lista también. Cómo no, Matt sigue detrás de mí y para darle un toque de atención, barro el suelo meneando las caderas. Doblo y guardo la ropa del viaje entre sensuales zarandeos y cuando lo tengo todo hecho... me meto en la ducha y cierro con pestillo. Por Dios, un respiro.

Al salir, me pongo cómoda con unos vaqueros largos y un jersey fino. Él está seductor hasta para recibir a la familia. De repente me canso, ya no soporto más el acoso al que llevo sometida toda la tarde:

—¿Me puedes decir por qué me miras tanto? Me pones muy nerviosa.

Mirada intensa.

—Me gusta verte en esta faceta, me gusta verte como la señora de la casa. No hay soledad y

siento que por fin tengo lo que añoré en otro tiempo. Tu papel a mi lado es fundamental. Como la señora Campbell.

Qué sorpresa.

—Gracias por el cumplido y así es —corroboro orgullosa—. Soy la dueña de esta casa y de lo que hay dentro. M-í-o.

—Sin duda. —Por fin se acerca y me rodea con sus brazos—. Túmbate, necesito hacerte el amor.

No lo medito y de un salto estoy en la cama. Me bajo el pantalón... pero entonces suena el timbre.

—Mierda, ¿nos van a interrumpir cada día? —maldice Matt, apretando los puños—. Voy a abrir.

—Vale...

—Habrá que esperar.

Asiento con la cabeza y me estiro, enredándome en las sábanas: estoy tan cansada y perezosa... Pero entonces oigo la voz de Noa y del resto de los Campbell y me levanto rápida y veloz. Noa ya está de seis meses y se la ve muy hermosa. Al verme, me abraza con fuerza. Hasta ahora no he sido consciente de cuánto los he extrañado a todos.

—¿Cómo te encuentras, Noa? Estás preciosa.

—Muy feliz de verte. Tú también estás espléndida. ¿Cómo llevas la vida de casada?

Por un segundo, la familia calla y espera mi veredicto... Matt me mira impaciente.

—Muy bien, tengo el mejor esposo del mundo. —Todos ríen, pero cuando mi hermano entra y me abraza, dos lágrimas se derraman por mis mejillas—. Te he extrañado mucho, musculitos.

—Y yo a ti, pequeña. Dime, ¿cómo te ha ido?

No permito que me suelte. Lo veo mejor que la última vez y sé que, aunque haya estado mal, está superando el bache. A mí no me engaña, la que trae a mi hermano por la calle de la amargura es una mujer... La aborrezco sin conocerla, él merece estabilidad y que lo cuiden.

—Ya, pequeña, ya estás aquí.

Me aparto y sonrío con la soltura que tanto me encanta ver en él. Me seca las lágrimas con calma.

—Te han tratado bien —se burla y le guiña un ojo a Matt—. Estás más guapa, morena e incluso... rellanita.

—Ya sabes que los dulces me pierden.

Me besa la frente y entonces sí, abrazo y saludo al resto de los Campbell. Con besos y achuchones, excepto con Roxanne, que es más reservada y me saluda con un par de besos, aunque es un acercamiento.

Todos hablan y nos cuentan un poco cómo ha ido todo. Me asombro de cómo controla Scott en la empresa de Matt. También me sorprende la complicidad existente entre Noa y Eric... Sin embargo, vislumbro tirantez entre Roxanne y mi hermano. ¿Qué ocurre?

—Bueno, sentaos, voy a servir la cena. —Matt se acerca y me rodea la cintura con actitud dominante—. Quédate con ellos, ya sirvo yo... y cuídame a *Tomy*.

—Gisele...

—Le cogerás cariño, lo sé. —Él gruñe con los dientes apretados—. Enseguida vengo.

Todos están atentos al cachorro, que duerme plácidamente en el sofá hasta que Matt se

arrima a él con recelo.

—Matt os presentará a *Tomy*, nuestra pequeña mascota... Roxanne, ¿me acompañas?

Ella duda en aceptar, lo que hace que me tense. Y creo ver que no soy la única, ya que Matt y sus padres están pendientes de la respuesta. Finalmente me sigue y yo suspiro... ¿Por dónde empezar con un tema tan delicado?

—Quiero que hablemos de un asunto muy serio —le digo, mientras saco la comida del horno—. Ayer hablé con Alicia y puedes hacerte una idea de lo que me dijo...

Se avergüenza y me rehúye la mirada. No sé si está a punto de echarse a llorar y hago el esfuerzo de tranquilizarla. Es un secreto triste y supongo que doloroso para hablarlo conmigo, pero necesito mantener a Matt al margen.

—Me amenazó con hablar sobre ti... quiere contarles a todos tu pasado. —Dejo la bandeja en la mesa y me quedo de pie justo enfrente—. Matt no sabe nada de esto; fue una suerte que respondiera yo... ya que según me pareció, me tiene ganas.

—Lo vas a contar, ¿no es cierto?

—No, claro que no. No voy a decir nada, es más, le hice creer que no me importaba. Ahora piensa que yo quiero que esto salga a la luz para alejarte de mi camino, y por este mismo motivo, ella va a callar. Quiere que sea yo quien te destruya ante tu familia.

Me implora sin palabras y sin la energía que había antes en sus ojos azules. ¿Dónde está aquella chica prepotente y altanera?

—Roxanne, yo jamás haría algo tan bajo. Ahora somos familia y, aunque nuestro comienzo no fue de los mejores, en las buenas y en las malas estaré con los Campbell. —Se descompone y llora, me parte el corazón—. Estoy aquí si me necesitas.

—Han sucedido tantas cosas entre nosotras... —se lamenta—. Sé que es complicado.

—Nos hemos equivocado quizá, pero ya no importa. Quiero olvidar lo sucedido y, por supuesto, no permitiré que Alicia perjudique a esta familia.

—No lo merezco, lo sabes. Por ser tan egoísta, te hice daño y también a mi hermano... También a gente a la que quiero y ahora los he perdido.

¿Importa ahora? La vida es tan compleja que nos equivocamos y tropezamos con la misma piedra muchas veces. Hay que tener valor para reconocer el error y Roxanne lo ha hecho.

—Yo amo a Matt, sólo quiero hacerlo feliz, y sé que lo hago. Tu objetivo es el mismo, ¿por qué estancarnos en algo que nos ha hecho daño a los tres? Yo estoy dispuesta a empezar de nuevo.

Y entonces tiene una reacción que no espero. Se echa a mis brazos buscando consuelo... No sé qué sucede exactamente, en sus ojos leo que su cercanía conmigo es por algo más que el secreto compartido.

—Lo siento mucho todo, yo creía que hacía un bien —dice, llorando sobre mi hombro—. Matt es muy especial y temía que le hicieras daño sin entender que realmente tú eras su mundo. Que eras lo único que necesitaba para sonreír y ser feliz... Él y yo hemos discutido mucho por este tema. Hemos estado muy unidos siempre y no puedo perderlo. Ahora lo he recuperado.

—Eres un pilar importante en su vida, aunque no corra la misma sangre por vuestras venas. —Se separa de mí y seco sus lágrimas sobre su piel tan tersa—. ¿Empezamos de nuevo?

—Por favor...

Nos miramos y, estando todo dicho, no sabemos qué más añadir.

—Gisele, quiero proponerte una cosa —dice ella.

—Dime —contesto interesada.

—Por una amiga común sé que Alicia va a venir a Madrid y que lo hará con Sam, aunque se alojarán en hoteles diferentes. Su siguiente propósito es que Matt le compre una casa aquí con la excusa del niño...

—Están juntos, entonces... —reflexiono en voz alta—. ¿Qué más sabes?

—Muy poco. De la paternidad del niño ha hablado con mi amiga Paula y ha negado que se viese con Sam antes de haber terminado con Matt. Ahora dice que va con él porque la está ayudando a recuperar a Matt, pero ambas sabemos que no es cierto.

Día a día, la idea de que fue un plan organizado por esos dos cobra más fuerza. Sam decía que no quería saber nada de Alicia, ¿y ahora la va a apoyar para recuperar a Matt? No tiene sentido.

—Esta semana me quedaré en Madrid, ¿te apetece que quedemos el viernes y averiguamos un poco más de ellos? Calculo que ese día ya estarán aquí.

La emoción me embarga al verla ofrecirme su cooperación. Seremos grandes amigas, ahora lo sé. Haremos de espías. Interesante...

—Por supuesto. Pero, por favor, no le hablemos a Matt de ello... No quiero que se haga falsas ilusiones.

Y dejando a un lado las penas, nos centramos en darle los últimos toques a la cena. Incluso bromeamos sobre su hermano y, justo en ese momento, aparece él. Se sorprende al verme tan a gusto con su hermana. Me sonrío y yo comparto su emoción. Sé que para él esta relación es importante.

—Tardabais mucho, pero veo que todo va bien.

—Perfecto —confirmamos Roxanne y yo al unísono.

Matt suelta una carcajada y me ayuda con la bandeja:

—Vamos —le digo y beso su alianza—. Disfrutemos de la familia.

La cena transcurre mejor de lo que espero, las continuas muestras de cariño de Matt hacia mí y viceversa les hacen mucha gracia a todos. Explica nuestro viaje, lo menos fuerte, y no se detiene en los detalles. Karen busca mi mirada, inquieta. Yo me encojo de hombros; el Matt exaltado le causa tanta preocupación como a mí. Él sigue sin apenas comer nada, tiene ojeras y ha perdido peso.

Mi musculitos, alegre y dicharachero, me saca de mi ensoñación:

—Por lo que se ve el viaje bien, pues.

—Ha sido algo peculiar —comento riéndome con Matt—, pero inigualable, hermoso. No habría un viaje más mágico que éste.

Mi hermano brinda por nosotros y segundos después se levanta:

—Voy al baño.

Al cabo de poco, le sigue Roxanne:

—Enseguida vuelvo.

Los Campbell no se percatan de las dos simultáneas ausencias, hablando como están entre risas sobre el embarazo de Noa, conversación a la que se suma Matt...

¿Es casualidad o Roxanne ha seguido a Scott? Bah... Sacudo la cabeza, cada día tengo la cabeza más llena de pájaros.

Absorta en la conversación, no me doy cuenta de que transcurren los minutos y entonces veo aparecer a Roxanne, seguida a los pocos segundos por Scott. Yo miro a mi hermano, que no dice nada ni le da ninguna importancia al hecho y con ello me convengo de que es una casualidad.

—Esta noche dormiré en casa de una amiga —nos informa Roxanne al sentarse—, me acaba de llamar.

Ay, qué mal pensada soy.

—Esta casa es perfecta y muy amplia, la nuestra de Málaga es bastante más pequeña —comenta mi amiga Noa, acariciándose el vientre—. Por cierto, Eric y yo tenemos una duda... ¿qué hay de los niños?

La mano que tengo entrelazada con Matt, me tiembla y se me agarrota. Él aprieta los dientes al advertir mi tensión. No consigo huir de este tema.

—Bueno... aún es pronto. —La voz me tiembla insegura—. Por el momento nos conformaremos con *Tomy*.

—En realidad, durante poco tiempo —replica Matt inexpresivo—. Dentro de tres meses, Gisele dejará los anticonceptivos.

Joder, encendida e impotente, le doy una patada por debajo de la mesa y él me acaricia la mejilla.

Karen rompe el silencio.

—¿Sí, cielo? —pregunta.

—Supongo que todo se irá viendo, aunque en realidad no hay prisa.

—La hay —me desafía Matt, con la respiración agitada de lo molesto que está—. Es un tema que Gisele y yo tenemos que tratar cuanto antes.

—Será lo mejor.

Mi hermano Scott, al notar mi malestar, cambia de conversación y habla de nuestros padres... Pero yo no me concentro y, aunque finjo no darme cuenta, sé que los ojos de Matt están clavados en la mano que Eric pasa por el vientre de Noa.

—Matt —le susurro al oído en un aparte—. ¿Qué pasa?

Me acaricia de nuevo la mejilla y susurra a su vez:

—Me haces sentir inseguro, me afecta que me lo niegues como lo haces. A veces no encuentro en ti la claridad que necesito respecto a los hijos que yo tanto deseo. ¿Tal vez tienes dudas de nuestro matrimonio?

A medida que va cuchicheando, su semblante se va tornando rojo. Parece muy afectado por el tema y empieza a divagar sin coherencia. Pensamos de maneras tan diferentes que temo que muchos conflictos estén por llegar. Sé que quizá necesita formar la familia que no tuvo hasta que llegó con los Campbell... Pero tenemos tanto tiempo...

—¿Por qué necesitas pensarlo tanto, Gisele?

—Matt, estamos en una cena.

Sus ojos se desvían hacia el vientre donde está su futuro sobrino.

—Quiero mirar tu vientre como lo hace Eric —murmura angustiado—. Quiero acariciártelo como lo hace él con tu amiga. Yo necesito hacerlo contigo, nena.

Trago con dificultad y me duele tener que darle una nueva negativa. Aun así, le acaricio la mano que él tiene en mi rostro y le suplico:

—No me hagas esto... No me obligues a decir que sí por complacerte. Cuando te lo diga,

quiero sentirlo verdaderamente.

Maldice mirándome a los ojos.

—Eres una mujer caprichosa que pide y no da —me recrimina, bebiendo un trago, y su reproche me impresiona—. No me voy a dar por vencido.

—Bien... Te quiero igual.

Lo ablando y un amago de sonrisa se vislumbra en sus labios.

—Yo también, Gisele.

Oh, mi *Tomy* se ha acercado a mis pies y, feliz, lo cojo en brazos. Es tan mono...

—Te lo advierto, ese cachorro no dormirá con nosotros —dice Matt.

—Vale...

—¿Tendré que darte a elegir? —No me creo lo que oigo—. El perro o yo.

—Matt, no te pases...

¡Lo hace! Por la noche cuando entra en la habitación y me ve abrazada a *Tomy*, da media vuelta y se marcha... Al principio me río, hasta que la bromita se repite, y lunes, martes, miércoles y hoy jueves amanezco sin él en la cama, ya que se ha trasladado a la habitación de al lado.

Él no cede y yo tampoco. Me parece una estupidez que le moleste un cachorro a los pies de la cama.

Con la intención de un acercamiento, la noche del miércoles lo espío... Se pasea por la habitación y, con una energía que me sorprende, está vaciando los armarios. ¿Para qué? Pero poco más tarde lo guarda todo de nuevo, y repite la acción hasta tres veces.

—¿Matt?

Se sobresalta y luego murmura por encima del hombro:

—No me apetece hablar.

—De acuerdo... —Suspiro e insisto antes de marcharme—: Por favor, ¿me quieres contar qué te pasa?

—Nada, todo está bien—contesta, separando cada palabra.

Otro cambio áspero y feo. ¿Qué demonios lo lleva de un extremo a otro? Dos horas antes ha estado bromeando por teléfono con Scott hasta casi llorar de risa. E incluso ha comido algo más.

—Hasta mañana, Gisele.

Me voy a la cama, pero antes veo que se esconde algo en el bolsillo. ¿Serán de nuevo pastillas?

«No puede ser, no tiene sentido.»

Al día siguiente, llego a casa de la universidad hacia las cuatro de la tarde y salgo con *Tomy* al jardín, donde me pongo a estudiar... Matt llegará sobre las ocho... De repente, un grito rompe el silencio sobresaltándome:

—¡Gisele!

—¡Joder, qué susto! —Se me caen la libreta y el bolígrafo—. ¡¿Qué?!

—¿Hasta cuándo me vas a tener así?

Me debato entre tranquilizarlo o mandarlo a la mierda... Esto último me atrae, pero está tan guapo...

—Así ¿cómo? —pregunto coqueta, parpadeando—. No lo entiendo, Campbell.

—Te acuestas conmigo durante el día, pero por la noche duermes con el dichoso perro.

¡Oh! ¿En serio cree que lo utilizo para el sexo? ¿Y qué hay de su extraño comportamiento de anoche? Parece no recordarlo, no hace ninguna mención de ello.

—Vas a herir la sensibilidad de *Tomy*.

—¿Te burlas de mí?

Ya que se digna a sacar el asunto, me atrevo a hablar de él, porque las noches sin estar a su lado son una tortura. Él apenas duerme y yo tengo ojeras...

—Mi cama está vacía sin ti, Campbell, necesito tu calor.

—Pues no lo parece —me espeta agriamente—. Cómprale al perro la cama más cómoda, más cara que encuentres, pero lo quiero fuera de la nuestra.

Miro a *Tomy*, que duerme a mis pies, y creo que ésa es la solución. Quizá he sido inmadura al imponerlo en la cama.

—Vale... Entonces vamos a comprársela ahora, ¿quieres?

Se pellizca la nariz, se pasa la mano por el pelo y camina arriba y abajo de la sala. ¿¡Qué pasa, por Dios!?

—Es imposible, tengo mucho trabajo. Necesito preparar algunos reportajes y, por otro lado, espero la llamada de Diego para hablar del tuyo... ¡Una mierda todo! —concluye, expresando lo que guarda dentro—. He salido antes del trabajo para aclarar contigo esta situación que me está matando.

—Bueno, pues ya voy sola, da igual.

—No, no lo hagas, podrías perderte —dice, sujetándose del brazo—. Sola no vayas.

Rabiosa por la forma en que se cree con derecho a disponer de mi vida, me suelto y me voy a la habitación, donde empiezo a cambiarme.

—No me desafíes —me advierte él, entrando en el cuarto tras de mí—. No hoy, Gisele.

—¿O qué?

No contesta, pero me coge y me lanza sobre la cama y, como una auténtica bestia, me arranca la ropa. Oh, Dios, cómo me pone.

—O esto. —Me sujeta las manos por encima de la cabeza y yo gimo—. ¿Y bien?

—Si crees que de este modo me castigas... ¡Mmm! Me gusta, Campbell, me excitas cuando te pones tan salvaje.

Se detiene con la punta de su miembro en la entrada de mi sexo; yo estoy mojada y receptiva, esperándolo.

—No hagas esto.

—¿O qué?, te pregunto yo ahora.

—Oh, esposo, a estas alturas ya tendrías que saber de lo que soy capaz. —Me tortura y sé que también se tortura a sí mismo. Se muere por penetrarme—. ¿Recuerdas el juguetito que me compraste? Puedo prescindir de ti.

—No te atreverás. ¿Lo harías?

—Sabes que sí. —Levanto las caderas y gruñimos a la vez cuando entra en mí—. Mmm... Matt...

—Muévete, por favor. Si no lo haces, voy a cerrar los ojos y voy a imaginar cosas... Soy fantasiosa. No me haces falta tú para tener un orgasmo, ya te lo he dicho.

—No lo creo.

Cierro los ojos y jadeo, me retuerzo e incluso me humedezco al saberlo ansioso imaginando

que me estoy dando placer sola. Se desespera.

—Gisele, basta.

—Mmm... Me gusta demasiado.

—Para, maldita sea.

Lo sigo provocando y finjo que estoy a punto del orgasmo.

—Se acabó el juego. —¡Dios, por fin entra!—. ¿Sigo?

—Por favor —imploro con una sonrisa—. Mis fantasías sexuales son buenas, pero tú eres más grande, más placentero... Tan grueso...

—¿Me estás provocando?

—Posiblemente, cariño. —Le muerdo la mandíbula—. ¿Quieres oír más, amor? —Grita y sé que es porque tiene claro que he ganado.

—Eres una diabla y no puedes llevarme siempre la contraria.

—Sí puedo. Y sé que en el fondo te gusta.

—No es verdad. Eres perversa, Gisele. —Le atrapo el labio entre los dientes—. Y ahora, cuando este juego termine, te quedarás conmigo... Nada de salir sola...

—Como tú quieras, esposo...

Pero después él cae en un profundo sueño y yo aprovecho para irme a hacer los recados. Me arreglo y beso su frente caliente y tan sudorosa como su exquisito cuerpo. Le dejo una nota y me dispongo a salir con la idea de estar de vuelta dentro de poco... o no.

Alicia y Sam están en Madrid. Él se aloja en el Hotel Convención, en el centro, y deduzco que ése será su escondite, ya que Alicia le ha dicho a Matt que ella estará sola en el Best Western Hotel Florida, en San Lorenzo de El Escorial. ¿Y si me acerco antes de comprar la cama de Tomy?

—No tardo en volver —le susurro a Matt, aunque sé que no me oye—. Espero traer alguna noticia que nos alegre aún más la reconciliación.

Matt, he ido a comprar la cama para Tomy. No tardo... Te amo.

Tu adorada y obediente esposa: Gisele Campbell Stone.

Me subo al coche, me pongo música animada y me marchó. Al cabo de una media hora llego frente al hotel de Sam. Hace frío, por lo que puedo taparme para disimular. Me pongo una bufanda y un gorro a juego con el chaquetón.

Espero en el coche y a la media hora aparecen Alicia y Sam muy acaramelados y cargados con bolsas. ¡Cuánta ropa! Controlo el impulso de salir y meter la pata. Decido esperar. Diez minutos más tarde, suena mi iPhone... Joder, Matt.

—Matt, ¿me puedes llamar dentro de un rato?

—¿Dónde diablos estás?

Su tono de voz es terrorífico y, aunque no me asusta, no dispongo de tiempo para discutir por su forma de dirigirse a mí:

—Matt, por favor... llámame un poco más tarde... estoy en algo importante.

—¿Con quién estás? —pregunta impaciente—. No me mientas.

—Sola, te lo prometo.

Estoy temblando, por él... por lo que puedo descubrir hoy respecto a Alicia.

—Dime dónde estás, me vuelve loco no saberlo.

—No puedo, por favor, confía en mí.

Alicia y Sam salen de la mano y se meten en el local de al lado, un Starbucks.

—Matt...

—Escúchame, voy a salir por trabajo, pero a la vuelta te quiero aquí —dice. Puedo imaginar sus puños y su mandíbula apretados—. ¿Me has oído, Gisele?

—Sí, sí... Ahora nos vemos.

—Gisele, quiero que vuelvas a casa.

—Vale... Hasta luego.

Apago el móvil y, sin dudarlo, entro en la cafetería, donde, sin quitarme el gorro ni la bufanda, pido un café, pago y me siento a la mesa que hay detrás de ellos. Cerca de los servicios, por si necesito escabullirme.

—Llámallo y dile que necesitas dinero —le oigo decir a Sam—. No se puede ser más imbécil que él, se lo tragará.

—Sospechará, Sam. Ayer me mandó una cantidad importante y no puedo decirle que me la he gastado en mis caprichos.

¡Malditos!

—Tienes que sacarle la casa, vivir aquí estaría bien —ronronea él—. Necesitas hacerlo antes de tener el niño.

—¿Qué haremos con las pruebas? —pregunta ahora Sam, nervioso—. Hay que buscar a alguien que nos falsifique la de ADN. Si él la ve, todo se va a la mierda.

El pulso se me acelera, tengo náuseas y me mareo...

—Aún tenemos dos meses. Sam, relájate, por Dios... Se falsifica y se acabó. Con esa prueba nunca sabrá que no es el padre.

—¿Y si decide hacerse otra con un médico de su confianza?

—Basta, Sam... Me hartas.

No soy capaz de moverme... Permanezco sentada, con la mirada fija en la mesa, mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Matt no tendrá un hijo con otra mujer. Todo era una cruel mentira por dinero.

10



Lucha tras lucha

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que decido salir de la cafetería. Ellos ya se han ido, después de burlarse de Matt tanto como han querido. ¿Cuántas veces hemos barajado distintas teorías? Pero ninguna tan cruel como la verdad. Me duelen los ovarios, estoy a punto de tener el período y mi humor es contradictorio: me siento feliz al saber que el niño no es hijo de Matt y a la vez impotente por el tiempo que llevan haciéndonos sufrir...

Me subo en el coche y voy directa a una farmacia para comprar la píldora que tomaba antes de los parches y me voy a casa. Hoy no me apetece comprar la cama de *Tomy*. Necesito ver a Matt y darle la buena noticia. Pero mis planes se truncan cuando me veo atrapada en un atasco.

Llamo a Matt al móvil varias veces, pero no responde. ¿Dónde estará? La espera se me hace

interminable, hasta que por fin llego a casa.

Al abrir la puerta, llena de contento, me quedo estupefacta... Las fotografías de nuestra luna de miel, que colgué ayer en la pared, están en el suelo, con el cristal hecho añicos. Y veo el sofá manchado de vino tinto. Un Matt muy alterado me espera en el centro del caos.

—¿Dónde has estado tantas horas? —me pregunta.

—Matt... —digo casi sin voz—, ¿por qué has hecho esto?

—Maldita seas, Gisele. Te advertí que quería que volvieras a casa antes que yo. ¿Dónde mierda has estado? ¿Y con quién?

Niego con la cabeza sin dar crédito a lo que estoy viendo. Su parte destructiva ha salido a flote precisamente hoy... que tanto lo necesito.

—Contesta, Gisele —me exige desde la distancia—. ¿Crees que puedes hacer conmigo lo que te venga en gana? Responde.

Avanzo unos pasos con cautela y me acerco a él sin perderlo de vista. Hablo con calma, a pesar de los nervios que me devoran por dentro.

—Tengo algo importante que decirte. ¿Quieres oírlo o vas a seguir con esta actitud tan déspota?

Un gruñido brota de su pecho y veo cómo sus ojos tratan de esconder un día más los sentimientos que no se atreve a exponer. Está dolido y abre y cierra los puños con la misma tensión de meses atrás.

—No quiero oír nada, no me vengas con tonterías. Sólo quiero saber dónde has estado y con quién. Necesito saber por qué te has ido cuando te he pedido que no lo hicieras. ¡Sólo intento protegerte!

Mi parte guerrera explota ante su absurda actitud.

—No sabía que estuviera en una prisión y que tú fueras mi carcelero.

—¡Eres mi esposa y creo que debes consultarme tus planes! —grita, apretando la mandíbula—. Gisele, me pides todo lo que te da la gana y yo hago lo posible por complacerte. Pero esto es aprovecharte de mi debilidad por ti.

—Siento lo de *Tomy*, lo siento de verdad —contesto, con un ánimo muy distinto a aquel con el que he llegado—. Tienes razón, me he pasado en eso, pero tú también te pasas. Mira lo que has hecho, no puedo creerlo.

—¡Gisele!

Sin contestarle, me marchó en dirección al jardín, pero él me detiene sujetándome por el brazo. Sus celos enfermizos lo están matando y yo no diré una maldita palabra hasta que no hablemos con calma, como lo harían dos adultos.

—¿Dónde has estado? ¿Con quién? —insiste histérico—. Estás rara, ¿me estás engañando?

—He estado sola, pero de camino a...

—¡Cállate!

—¿¡En qué quedamos? ¿¡Hablo o no hablo!?

Cierra los ojos como si le doliera verme y toma aire quizá para relajarse, no lo sé... Ya no sé nada, su comportamiento traspasa las fronteras de la lógica. Me siento angustiada y decepcionada; en él advierto dolor. ¿Qué mierda tiene en la cabeza?

—¿Me has utilizado en la cama para luego marcharte dejándome dormido? ¿Te crees que soy un muñeco que puedes manejar a tu antojo?

—No divagues, Matt, contrólate. No pienso consentir esto.

—¿Qué me ocultas? —casi implora.

—Ya basta, Matt, ya basta.

—¡No basta! No me creo que hayas estado sola tanto rato. —Su mirada refleja su agitación y está llegando al límite—. ¿Dónde está la maldita cama del perro?

Me suelto de su mano y salgo fuera, donde me siento en la hamaca, húmeda por la lluvia. Me cubro la cara con las manos, desbordada por tantas emociones y, encima, llego a casa y me encuentro con un marido al que no reconozco... Oigo que Matt sale también y se arrodilla a mis pies. Me destapo la cara y lo miro, mientras él me contempla receloso.

—Hoy tus ojos grises están llenos de mentiras, lo sé.

—Matt...

—¿Has visto a Andy? ¿Os habéis visto?

¿Qué? La inquietud me atraviesa.

—Siempre dudando de mí. ¡No he visto a ese hombre! ¡No tengo nada que ver con él!

Me coge el mentón y me obliga a mirarlo.

—No te creo, tienes los ojos enrojecidos. ¿Por qué has llorado?

—He visto a Sam y...

—¡No! —No me permite acabar la frase—. ¿Por eso lloras? ¡Gisele, dime que no te ha tocado! ¡Dímelo!

Niego con la cabeza y mis ojos se empañan de lágrimas. Todo se me viene encima al ver cómo rompe sus promesas y se altera sin motivo... ¿Habrá hablado con Amanda de nuevo y de ahí todo esto?

—Matt...

—¡Cállate, cállate! Claro, te sientes culpable... —razona para sí mismo y, levantándose, empieza a caminar en círculos—. Prometiste ser mía, sólo mía.

—¡Basta, Matt! ¡No tiene nada que ver con tus malditos pensamientos! ¡Déjalo ya!

—Trato de darte cualquier cosa que me pides. Pero yo te digo que quiero un hijo y tú te niegas. ¡Dime, ¿qué quieres que piense?!

Desafiante y atormentada, me planto frente a él, que me mira enloquecido.

—¿¡Todo es por eso!? No lo puedo creer. Eres tan egoísta... Te he pedido un poco de tiempo en ese asunto, ¡no estoy preparada para ser madre! ¡No!

—¿Qué has hecho con el parche? —Me escruta con la rabia reflejada en su rostro—. Esta mañana no te lo he visto, ¿qué ha sucedido?

—Voy a tener el período, y para después me he comprado la píldora. Te guste o no, la tomaré —replico altanera.

Entonces, de repente, sale corriendo hacia la sala. Me asusto y, por un momento creo que le pasa algo, hasta que lo sigo corriendo yo también y al verlo me quedo de piedra... Está vaciando mi bolso hasta encontrar las píldoras.

—¡Eres un mierda! —le espeto llorando—. ¡Mañana compraré otra caja y no me importa lo que tú digas! ¡No quiero tener un hijo, no aún! ¡No me vas a obligar! ¡No lo tendré!

Desesperado, corre a mi lado y pretende tocarme, un contacto que yo rechazo y sé que lo destroza la repulsión que tuerce mis labios.

—No me hagas esto —suplica—. Odio que nos destrocemos así, pero tú y Sam a solas... No

puedo controlarme. ¡Alicia me dejó por él! —Intenta un nuevo acercamiento, pero yo también lo rehúyo—. Maldita seas, Gisele. Sabes cuánto odio esto y lo haces, igual que no saber dónde has estado, y aún sigo sin saberlo. ¿Qué has hecho con Sam?

—¡Nada, nada! ¡Lo he visto con Alicia, pero no pienso decirte nada más por estúpido!

—¿Qué estás diciendo? —pregunta atónito—. ¿Eso era lo importante?

Sin responder, me dirijo a mi habitación y me encierro por dentro. Oigo sus gritos, su rabia contenida, y no me importa nada. Su desconfianza y sus malas maneras están fuera de lugar. Él se va cuando le apetece y yo no me meto. Me da igual si su intención es protegerme... Son las nueve de la noche y únicamente, quiero que se acabe el día, uno que tendría que haber sido feliz y que él ha destrozado igual que lo ha hecho con nuestras fotografías. Una casa llena de amor que se desvanece con momentos como los de hoy.

—Gisele, abre. Quiero que hablemos... y el perro no deja de llorar.

Tomy que ha creado tantos problemas entre nosotros...

—Abre y hablemos, lo necesito —insiste.

Me pongo una bata azul de seda y unas zapatillas a juego y abro la puerta. Nos encontramos cara a cara. Cojo a *Tomy* y lo acuno; en cuanto me siente, el cachorro se calma.

—¿Dónde has estado? —Me persigue hasta la cocina—. Dímelo o me voy a volver loco, Gisele.

Cruzo el caos de la sala y me dispongo a preparar la cena... Matt parece más tranquilo, pero yo me siento confusa. No hallo la lógica de todo esto, me siento perdida y sin fuerzas para emprender otra batalla.

—He ido a buscar la cama para *Tomy*, pero hace días Roxanne me habló de ciertos planes de Sam y Alicia... y he decidido hacer algo al respecto. He cogido el coche y he ido hasta la puerta del hotel de Sam...

Echo pasta a cocer y me vuelvo hacia él, que traga con dificultad.

—¿Y?

—Los he oído burlarse de ti, Matt. —Me siento en el taburete y termino llorando con desconsuelo—. Hablaban del bebé... De falsificaciones de ADN y de cómo iban a hacerte creer que el niño es tuyo... Del dinero que le has dado y que Alicia se ha gastado en caprichos para ella... Pero ¡al volver me has arrastrado a esto y la noticia ya no me hace feliz!

Con mirada suplicante, me atrapa la barbilla y yo lo miro.

—Gisele, ¿me estás diciendo que el niño es de Sam?

—Lo he oído todo, Matt... Que con él no usaba protección y que estuvieron juntos más de una vez. Es un maléfico plan para sacarte dinero. Te han utilizado y tú has caído en la trampa.

—¡Mierdas, mierda y mierda! —Está tenso, agarrotado, destrozado—. ¡Lo van a pagar!

—Lo harán en cuanto dejes de pasarle dinero...

De pronto, me mira con ansiedad.

—¿Por eso has tardado tanto y has vuelto con los ojos rojos? Dime qué te ha ocurrido a ti, necesito saberlo.

Me encojo de hombros llena de pena y de vergüenza... Y también de dolor.

—He llorado por la felicidad tan grande que he sentido al oír la noticia, pero luego al volver me ha pillado un atasco. Ha sido complicado llegar a casa.

—¿Por qué no me has llamado?

—Lo he hecho —respondo—, pero no me has contestado.

Confuso, busca el móvil en sus bolsillos sin encontrarlo.

—Mierda, está en el coche. Me lo he dejado allí.

—Creía que lo llevabas encima. Me has llamado cuando te he dicho que no podía hablar, que estaba con algo importante. —Espero su respuesta y no llega—. ¿Dónde has estado tú?

Se pellizca el puente de la nariz y me incomoda su tensión. No quiero creer que se haya encontrado con Amanda, me niego a que me defraude más por hoy, y cuando se explica con naturalidad, confío en que no me mienta:

—Un conocido de aquí, de Madrid, quería verme para un negocio... He estado con él.

—Bien.

Me acerco a la olla y sus brazos me rodean desde atrás.

—Matt, no...

—Perdóname, perdóname por favor —implora y me besa el cabello con agitación—. Perdóname por todo. Sé que me he portado como un loco, pero no era mi intención hacerte daño u ofenderte... Me asfixio sin ti.

—Y me asfixias a mí.

—Estoy muy contento con lo que me acabas de decir. Nena, ya no tenemos que estar preocupados, aún no lo puedo creer. —Su aliento en mi nuca me estremece por la fuerza con que lo siento—. Ahora Alicia ya no es un problema. Siento todo lo demás. Perdóname por lo que te cuento o me callo...

¿Qué quiere decir eso?

—Yo también estaba contenta...

—Ésta es la mejor noticia que podías darme. Solamente existirán hijos nuestros, tuyos y míos, no de otra mujer. Gisele, te amo. Dios, te amo tanto... Necesitaba esto... gracias.

Suspiro con pesar, ¿qué puedo decir? Su cambio es instantáneo. Parece haber borrado todo lo ocurrido a pesar de cómo se ha comportado.

—¿Me perdonas? Me vuelve loco sentir que te alejas. —Me besa el hombro con ternura, cálido y delicado—. Lo siento.

—¿Sientes lo de la píldora también?

El gruñido que me llega aclara su postura: la batalla no ha terminado y la tensión continúa entre nosotros.

—No, no me puedo arrepentir de algo que deseo tanto con mi mujer, la persona a la que amo más que a mi vida. Quiero ese niño y no jugaré limpio. Tú decides que no sin consultarme y yo haré lo mismo sin consultártelo a ti.

Me acaricia el vientre con las dos manos y luego me abraza... El tema me agota y él también. Empiezo a hartarme de su obsesión por la paternidad y de que no respete mi espacio, mis decisiones.

—Déjame, por favor, esta noche necesito estar sola.

—No, nena, no. Te amo, te amo demasiado. No me apartes, no lo hagas.

—¿De qué sirve, Matt? No te arrepientes. Y no me gustan tus reacciones cuando te enfadas... No quiero vivir así. —Me asusto al ver su nueva alteración, sus ojos se le han oscurecido—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Me quieres dejar?

¡Mierda!

—Lo que te estoy diciendo es que no quiero ver mis recuerdos hechos añicos y que no te reconozco. Me hiciste una promesa, me lo prometiste y hoy la has roto, Matt. ¿Qué te trastorna tanto?

—Me llevas al límite y exploto sin querer. —Acaba gritando—: ¡No quiero hacerte daño!

Lloro desconsolada. ¡No puedo más!

—Pues entonces dime cómo hago para entender que puedes besarme y al minuto siguiente gritarme. ¿Qué sucede Matt? ¡¿Qué?!

—Todo va bien...

—¡No, no es cierto y no queremos verlo!

Él no cede y yo no puedo más por hoy.

—La cena está lista, será mejor que dejemos la conversación para mañana. Hoy no arreglaremos nada. —Se da unos golpecitos en la frente con la palma de la mano.

—No voy a comer nada y tú no te vayas de casa. Es una orden, Gisele.

Furiosa, tiro la pasta hervida a la basura y saco el mal genio que él despierta en mí. Me acerco hasta rozar mi nariz con la suya.

—¡Tú a mí no me ordenas nada! Soy tu mujer, no una empleada como lo era antes, ¿entiendes?

—No me grites, Gisele.

—¡Tú hoy no has dejado de gritar! ¡No me pidas lo que no das!

Me marcho de la cocina y, al entrar en la habitación, veo que *Tomy* me ha seguido. Cojo una manta y lo acomodo en el suelo y yo me meto en la cama. No quiero verlo.

—Gisele, ¿vas a dormir sin mí?

Suspiro hondo... Quiero mandarlo a la mierda.

—Me gustaría hacerlo... Has pasado otras noches en la habitación de al lado y hoy necesito soledad.

—Nena. —Su voz suena llorosa y triste—. Deja que te toque, permíteme que te haga sentir la persona más amada de esta tierra... Lo siento, te necesito.

—No quiero... Déjame sola, por favor.

Me cubro hasta la barbilla y le doy la espalda con un suspiro lleno de pena.

—¿Aún eres mía? Hace noches que no duermo a tu lado. Yo me muero por ti, lo sabes. Sin embargo, has dejado que un cachorro pusiera distancia entre nosotros. —Me acaricia el pelo, apenas un roce, y me destapa en parte. Siento su brazo, suave, tierno y no sé qué esperar...

Mi cabeza grita que le ocurre algo, que me necesita. Sé que es así y que no quiero verlo; me oculta algún asunto importante para él. Quizá para no hacerme daño no lo confiesa... Matt no está bien, mi corazón me lo dice.

—Te amo, Gisele, sabes que no puedo estar sin ti. Deja que te toque, que te sienta y te lo pueda demostrar.

—Hoy no —susurro con apenas un hilo de voz—. Lo siento.

—No me desprecies, por favor.

Lo miro por encima del hombro.

—Matt... ¿qué te tiene así? —Él hunde la nariz en mi cabello, respira mi olor. No cesa de maldecirse, incluso solloza y yo me rindo—. Ven... Estoy aquí...

—Perdóname. Eres mi mujer, la única que puede calmar esta agonía...

Se desabrocha el pantalón.

—¿Qué quieres decir, Matt? —Reprimo un gemido cuando advierto su pene en la entrada de mi sexo—. ¿Qué callas?

No contesta y me incorpora con intención de quitarme el camisón, pero yo me niego y, tras un breve forcejeo, me lo desgarrar y se hunde en mí, haciendo que me arquee por la invasión tan directa.

—¿Me amas? —Fuerte estocada—. Gisele...

—Ahora no quisiera hacerlo —respondo y le golpeo el pecho—. ¡Quisiera odiarte por todos tus secretos!

Su expresión tan dura me desarma, con cada acometida me marca como suya... Suya, suya. Cubre mi cuerpo y roza mis labios, pero yo vuelvo la cara.

—No me niegues los besos, nena... Yo lo hacía contigo cuando sólo era sexo —recuerda atormentado—, o creía que lo era. Tú nunca fuiste sólo sexo.

Pero se los niego, mientras él me penetra áspero y yo estoy absorta en el problema que me oculta. Quisiera saberlo todo del hombre que me está invadiendo y cuya vida está atada a la mía.

—Estos días siento que te has alejado—murmura, buscando mi mirada—. No soporto sentirte tan fría.

—Es lo que siento...

Lo miro y no lo reconozco. No es mi Matt, no entiendo a este otro de las promesas rotas, no es ni siquiera el hombre frío que conocí... Es dos personas a la vez y me hace daño.

—Finge, hazlo, por favor... —Trago al darme cuenta de que es consciente de que no me llena—. Finge que te gusta sentirme dentro de ti, hazme creer lo contrario de lo que estoy viendo en este instante. Me muero de pena al vernos así.

Cierro los ojos y me obligo a olvidarme de los problemas. De sus miedos y secretos. Lo acojo y él se llena la mano con mi pecho cuando me aferro a las sábanas de la cama.

—Así, nena, así —gruñe—. Te amo mucho, demasiado. Me duele, me duele.

Lo rodeo con las piernas y me dejo arrastrar por su locura, por el oscuro mundo que lo absorbe. Entonces se relaja, el balanceo se torna sensual y suave, recordándome al Matt que me eleva el cielo si se lo pido.

—Bésame, Gisele. —Lloriqueo al hacerlo, porque el beso no me sabe a nada—. No me dejes, sé que te decepciono a menudo.

Me besa los párpados, las mejillas, los labios, el mentón... finalmente, baja hasta mis pechos. Sin dejar de embestirme con sutileza, me lame los senos. No consigo excitarme, sobre todo al recordar sus palabras y sus malos modos.

—No seas tan fría. ¿No me deseas?

Abro los ojos y, al verlo, me siento morir... No lo deseo, no hoy. No cuando no habla con claridad, no cuando pide y no da.

—Esta noche no —confieso rota—. Lo siento.

Con el dolor reflejado en el rostro se aparta y sale de mí con un agónico gemido. Está dolido y confuso y tiene la mirada triste.

Rueda de costado y se acurruca como un bebé... Yo me duermo dándole la espalda entre suspiros y más lágrimas por todo lo sucedido hoy.

Cuando me despierto, el viernes por la mañana, Matt no está en la cama. Tampoco *Tomy*... Cojo un nuevo camisón y me calzo para bajar a la primera planta, pero entonces oigo un leve ruido en la última. Subo a la terraza helada de frío y me encuentro las plantas destrozadas y a Matt tumbado en la hamaca con *Tomy* en sus brazos... La imagen duele, se consuelan mutuamente.

—Matt... ¿cómo estás?

Tiene ojeras y la mirada apagada.

—Como podría estar después de que mi mujer me rechace y me diga que no me desea. —Alza la mano y me silencia cuando pretendo responder—. Me da igual si únicamente no me deseaste anoche, no lo hiciste y punto.

—Matt, no eres tú. No sé qué me ocultas, pero necesito saberlo.

—¡No te oculto nada!

—Ayer no te reconocí...

—O tu mente estaba en otro lado. —Se levanta furioso y me escupe las palabras—. Con otra persona, tal vez.

—¿¡Creas eso, maldito!?

Suelta a *Tomy* y me mira de arriba abajo.

—¡Demuéstrame lo pues!

Abro los brazos y me entrego a él pese a todo.

—Poséeme... como quieras. ¿Soy tuya, es que no lo ves?!

En menos de un segundo estoy tirada en el suelo, con Matt encima. Me abre las piernas y entierra la cara en la base de mi garganta. Me inmoviliza con las manos por encima de la cabeza... Me penetra y toda la tensión de anoche se disipa al sentir estas manos y estas arremetidas que reconozco. Es apasionado y áspero, con el tipo de sexo duro que nos gusta, pero es él... Con su toque y su forma de quererme, inconfundible.

—¿Hoy sí me deseas?

—S-Sí... Siento lo de anoche...

Se para y me mira. Con el labio temblándome, le sonrío... ¿Qué nos ha sucedido?

—Tú nunca me engañarías, ¿por qué me niego a creerlo? Te comparo con todas las que me han hecho daño y... No me encuentro bien. Odio esto.

—No, nunca lo haría —gimo, desesperada por la pausa—. Matt...

De repente se alarma al bajar la vista hasta la unión de nuestros sexos. Con semblante pálido, se retira de mí apresurado, con los ojos desorbitados. Me asusto hasta que veo el porqué de su preocupación... Hay un hilo de sangre entre mis muslos y tiene el miembro manchado de ella... Me ha venido la regla justo ahora.

—¿¡Qué te he hecho!?

—pregunta horrorizado—. Dios, Gisele, yo no quería...

—Matt, sólo es el período —lo interrumpo para tranquilizarlo. Se aleja cuando pretendo acariciarle la mano—. No es tu culpa, no pasa nada...
Pero no me escucha... y se marcha.

11



¿Puedo perderte?

En la universidad, la mañana no se me da muy bien. Hasta tres veces tienen que reclamar mi atención en distintos momentos e incluso tengo un pequeño conflicto con alguna compañera, aunque Silvia, que está conmigo, asegura que es mi imaginación.

Al salir, la carga que llevo encima no me abandona... No he vuelto a saber de Matt desde que se ha ido de casa esta mañana. He llamado a su teléfono sin localizarlo y en la oficina, Denis me dice que ha salido. Yo no sé si creerlo o si me está evitando.

Me hago la fuerte hasta que desde lejos veo el coche de Roxanne, que, como prometió, ha venido a buscarme. Corro hacia ella y, al llegar, me derrumbo en su hombro como una niña pequeña. Me abraza y me da el consuelo que no he encontrado con Matt.

—¿Qué sucede, Gisele?

—He discutido con tu hermano —confieso rota—. No sé qué le pasa, creo que me oculta algo... No está bien...

—¿Qué ha hecho esta vez?

La miro y ella me enjuga las lágrimas.

—Ayer me acusó de haber estado con alguien y rompió nuestras fotografías de la luna de miel y me encontré el sofá manchado de vino, como si hubiera estrellado una botella contra él. —Roxanne me mira angustiada mientras me da unos pañuelos—. Quiere tener un bebé ya y me tiró las píldoras... Yo no quiero dar ese paso aún, Roxanne, y presiento que tu hermano no está bien.

—Estaba más tranquilo, no entiendo por qué vuelve a montarse películas.

—Me está volviendo loca, sus cambios de humor son insoportables —susurro, llorosa y asustada, y me atrevo a indagar—: Roxanne, cuando Matt llegó a vuestra casa... ¿lo vio un psicólogo para hacer frente al abandono de su madre?

Me ahogo con la pregunta, pero mi cabeza no renuncia a especular, a buscar una posible explicación al trauma que Matt soporta. Ese miedo que tiene de que lo abandonen, de que no lo quieran aun haciéndolo... No sé, algo que nos ayude a salir de esto que, sin saber por qué, lo ha atrapado de nuevo.

—Gisele, yo creo que hay ciertos temas que pertenecen a su intimidad.

—No me dejes así —le suplico apretándole las manos—, lo estoy pasando mal, Roxanne.

Le afecta el tema, sé que sufre por su hermano tanto como yo.

—Mamá trató de ayudarlo con profesionales hasta los dieciocho años, pero él se negaba a hablar con ellos. Luego, Matt ya tomó el control de su vida y no sabemos nada más.

—¿Me lo prometes? —pregunto desconfiada—. Si tiene algo...

—Te lo prometo, yo querría ayudarlo como tú —asiente triste—. Pero, Gisele, Matt es un hombre que no se deja ayudar. Tiene temporadas más tranquilas y otras menos. Antes de llegar tú a la casa, estaba mejor pero justo entonces sucedió lo de Alicia... y confundí el motivo de sus trastornos.

Un grave error que yo no voy a repetir.

—En el viaje me confesó que nunca ha dejado de romper cosas. Pero estaba bien... Durante estos meses no ha tenido cambios de humor con tanta frecuencia. Logró una cierta estabilidad. ¡Tiene que haber algo!

—Gisele, no te obsesiones, Matt siempre ha sido así, en la adolescencia sobre todo. —Su semblante refleja turbación—. El abandono de su madre lo destrozó y no se resigna a entender que destrozarse el puño no es un hábito que forme parte de él... Nosotros nos hemos acostumbrado a vivir con ello.

Yo me niego a hacerlo y me duele pensar que no pueda gozar de la tranquilidad y la estabilidad que yo quiero darle. ¡No!

—Vamos a tu casa, te ayudo a recogerlo todo —me propone con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Hablad a su vuelta, él te adora y sólo tú puedes hacerle recapacitar sobre su manera de actuar.

—Ya ni siquiera yo puedo.

De camino a casa, le cuento ilusionada la noticia de Alicia y Sam que ella venía intuyendo. Las lágrimas ruedan por sus mejillas al escucharme y me pregunta cómo se lo haremos saber a Alicia. No tengo ni idea. Con los problemas que tengo apenas he pensado en el asunto.

A las ocho de la tarde, Roxanne se marcha para que no topase con Matt. Hemos comido juntas y me ha ayudado con la limpieza. Otro día me hubiera reído al verla fregar, pero hoy todo me sabía amargo.

Me pongo un pijama de Matt: anhelo notar su olor, sentir su presencia en casa. Luego me arrodillo para limpiar una mancha en el suelo que no había visto. Estoy en ello cuando Matt llega a casa. Me descompongo y percibo cómo desaparece el color de mis mejillas al verlo... Viene lleno de golpes y magulladuras.

—Gisele —suspira desde la puerta—, ¿cómo estás?

Corro a su lado y levanto la mano para tocarle las heridas. Mi Matt, ¿qué te han hecho?

—¿Te has peleado?

—Tranquila...

—¿¡Qué te ha pasado, Matt!? —pregunto desesperada, sin dejar de acariciarlo—. ¡No más secretos!

Cierra los ojos y disfruta del tacto de mi mano. Sé que entiende lo mucho que lo quiero. Cuando me mira, vislumbro su arrepentimiento y su necesidad de mí.

—Me he peleado con Sam. He ido a reclamarles a ese par de... —Se interrumpe y, al ver mi tensión, se sosiega—. Me lo han negado todo hasta que les he dicho que tenías la conversación grabada. Les he dicho también que ahora podrán disfrutar juntos y sin un puto duro.

—Y te ha golpeado —afirmo, rozando su labio partido.

—Se ha lanzado contra mí, sí, pero también se ha llevado lo suyo. Me ha amenazado diciéndome que esto no quedará así... Después he ido a la oficina y Denis me ha curado.

—Pero ¿estás bien?

—Ahora sí... Estoy contigo.

Nos sostenemos la mirada y me propongo olvidar lo de anoche. Acaba de pelearse con su amigo y además se ha encontrado con una de las personas que lo destrozó... ¿no le voy a dar mi apoyo? Soy su mujer y sé que está arrepentido, lo está. Hemos tenido horas para reflexionar y me ama lo suficiente como para saber que se excedió...

—Matt, ya no más, por favor. Te imploro que luches por esto. —Me abrazo a él y me rodea con fuerza, aspirando mi olor—. Hoy me has hecho mucha falta. No sabes cuánto.

—Lo siento, lo siento tanto... Por todo, nena... Dime que me perdonas.

—Te amo, claro que te perdono. —Le beso el pecho intentando calmarlo y me sorprende al ver que lo consigo—. Quiero estar bien y olvidar lo de ayer. Llevamos apenas unos días casados, Matt, no nos puede suceder esto y dejarnos vencer. Acabamos de emprender el camino.

Se aparta un poco para mirarme. Sus ojos verdes se humedecen. Matt está emocionado, lo veo... Lo conozco y hoy vuelve a ser él mismo. Recuerdo las pastillas que lo vi tomarse, ¿tendrán que ver con su estado de ánimo?

—No sé vivir sin ti —dice—, eres mi vida. No dejo de repetirme «Cuídala», porque sé que tú eres la única que me puede calmar. Iluminas mi día. Me siento avergonzado; después de lo de anoche pensaba que no querrías verme. —Se calla y me frota la cintura—. Me he sentido destrozado al pensar que te podría haber hecho daño y ahora llego y me encuentro a mi chica de servicio limpiando, pero los ojos se te siguen iluminando al verme. Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Sí...

—Dime algo...

—Tú también eres mi vida, entiéndelo ya de una vez... Y mírame. —Sonrío señalándome—. Llevo tu pijama para tenerte cerca.

Se queda ensimismado y por su expresión puedo ver que está pensando algo doloroso, o quizá sean sus magulladuras. Le toco el mentón y él gime ante el contacto.

—¿Qué te pasa, Matt? ¿Te duele?

—No.

Con cautela, se acerca a mis labios y titubea.

Yo reclamo su boca despacio, calmada y tierna. Su lengua danza con la mía con suaves roces. Me coge de la cintura y me pega más a su cuerpo y entonces ya no se reprime: me besa con la pasión que no sentimos anoche, con el deseo que no se debió perder. No sé cómo, terminamos en el sofá, yo encima de él y hambrientos el uno del otro.

—Matt, no sigamos así.

—No —susurra contra mis labios, acariciándome—. No sé qué me pasa, me aterroriza perderte.

—No entiendo este temor, eres mi esposo y te amo. No dudes, simplemente no dudes.

—¿Dónde está mi chica de servicio? Tan apagada y triste —pregunta, mirándome angustiado y melancólico—. Siento que no está. Quiero que vuelva.

Es cierto, por momentos deambulo sin rumbo.

—Para ti siempre estará aquí, recuerda mi promesa. Siempre seré tu chica de servicio, no importan las circunstancias, la distancia o el tiempo. Siempre será así.

—Te amo, gracias por soportar a este loco.

Niego con la cabeza y le sonrío.

—Has limpiado mucho...

—Eso hacen las chicas de servicio, ¿no?

—Pero... —acallo sus labios con un beso—. Eres la mujer más hermosa del mundo. Estás preciosa tan desaliñada.

—Tú en cambio muy feo tan magullado —me burlo, acariciándole los pómulos con cuidado—. Te quiero mucho.

Permanecemos unos minutos en silencio y luego yo voy a buscar algo para acabar de curarle las heridas. Veo que mira de reojo hacia un mueble y sigo la dirección de su mirada, pero no hallo nada que pueda despertar su interés.

Pienso en sorprenderlo con una cena. Hoy llueve y no nos vendrá mal quedarnos en casa y ver una película acurrucados.

—Matt, ¿te apetece cenar o no tienes hambre aún?

—Más tarde. —Se levanta y me extraña la rapidez con que lo hace—. Vamos a cenar fuera, anda, vístete.

—¿Ahora? Me tengo que dar una ducha y hace mucho frío...

—Ve —me alienta con una palmadita en el muslo—. Te espero aquí, tarda cuanto quieras.

Corro escaleras arriba con *Tomy* siguiéndome. Mientras el agua resbala por mi cuerpo, reflexiono sobre su invitación y me colma de alegría pensar que forma parte de la reconciliación.

Veinte minutos más tarde, bajo con un pantalón ceñido, camiseta roja y chaqueta. Con zapatos de tacón y el cabello suelto, pues es una velada especial la que vamos a compartir. Él me espera con una sonrisa que me impresiona: su cambio es radical.

—Ya estoy lista. Cojo el bolso, me tomo la píldora y nos vamos.

Matt asiente, sin dejar de mirarme cuando yo cojo las pastillas. Me detengo un momento, extrañada al ver el hueco de la de hoy vacío.

—Creía que aún no me la había tomado —murmuro—. Bueno, vamos.

Me da la mano y juntos montamos en su coche y nos vamos al restaurante El Blasón. Nos sentamos a la mesa más alejada e íntima y cenamos en un ambiente relajado. Nos sentimos cómplices y sosegados, algo que Matt necesita, después del día que ha pasado.

—¿Cómo te ha ido en la universidad? —pregunta con interés.

—Bueno...

—¿Mal?

—Seguramente sea cosa mía, pero me he sentido despreciada por un grupo de chicas. —Alza una ceja confuso y preocupado—. No las conozco y cada vez que nos cruzamos cuchichean sin dejar de mirarme. Pero a estas alturas no me voy a poner mal por eso, ya no somos niñas.

—¿Te han dicho algo? —pregunta.

Niego con la cabeza, consciente de su alteración, del temblor de su mentón.

—Silvia dice que ella no lo ha visto así, que serán nervios míos por los cambios. No te preocupes, no es nada.

Sigo comiendo, pero él se queda quieto y yo le señalo el plato.

—¿No tienes apetito? Has comido muy poco, Matt.

—Estoy un poco desganado.

Creo que no es el momento de hablarle de médicos, pero tiene que comer o terminará enfermo. Sobre el psicólogo no me voy a precipitar. Quizá el mismo miedo al no verme aparecer

fue lo que lo puso fuera de sí...—.

—Cuéntame más de tu día.

—Pues he pasado la tarde con Roxanne, que incluso me ha ayudado con la limpieza en casa.

—¿Roxanne? —repite atónito.

—Sí, esa chica desordenada que no recogía ni una prenda y que lo dejaba todo por el suelo.

A mí también me ha sorprendido.

—¿Todo bien con ella, pues?

—Sí, muy bien.

Me acerco y alzo la copa para que brindemos; sin embargo, él se incomoda de nuevo cuando su mirada se posa en mis pechos.

—Gisele, el escote, por favor.

—¿No te gusta? —Me contoneo atrevida—. ¿Alguna vez hemos probado a meter tu...?

—Chis... no me provoques así, y menos hoy.

Miro a mi alrededor, todo está tranquilo y apenas hay nadie. Le guiño un ojo.

—Compórtate, Gisele... tenemos que hablar de Diego.

Cierro los ojos y suspiro.

—Cuéntame, sabes que me muero por viajar. Y con Diego disfruto cada reportaje. ¿De qué se trata esta vez?

El lunes cuando salgo de la universidad me propongo sorprender a Matt. Ilusionada, voy hasta su empresa para proponerle que comamos juntos. Cuando llego, le pido a su secretaria que no lo avise de mi llegada.

Oh, oh, está en medio de un reportaje. Lo observo mientras trabaja y da órdenes, pero parece agobiado, cansado.

La modelo le pide opinión, le sonrío.

¿De qué va ésta? ¿Llamando la atención de mi hombre? Perdona, pero no, está casado, y una chica provocándolo es una tentación que no le pienso permitir.

—Hola, hola —saludo con alegría, entrando en el estudio—. Vengo a darte una sorpresa —miro a la modelo y beso a Matt—, amor.

—¿Qué tal, preciosa? Una sorpresa increíble —susurra sonriente—. Cuéntame, ¿a qué se debe la visita?

—Para invitarte a comer, ¿puedes?

—Dame media hora... Acabo y nos vamos —me contesta, sonriéndome acaramelado—. ¿Te parece?

—Claro, me quedaré por aquí. No molestaré.

—Tú eres la jefa, puedes disponer de lo que quieras.

Me abrigo con mi chaqueta ancha y me apoyo en la pared. La chica continúa con su trabajo, mientras Matt me va echando miradas. Me sonrío y me humedezco... Qué guapo está.

—De espaldas —ordena y yo me sobresalto—. Y gira el perfil un poco.

Me como las uñas, estoy descompuesta y sí, celosa... Muchísimo. Ya no vuelvo por aquí. ¿O sí? Joder, joder. Qué pellizco tengo en el estómago.

—Un momento —le pide al equipo y se me acerca—. ¿Estás bien, Gisele? Te has puesto pálida.

—Tengo arcadas...

—¿Qué has comido? —me pregunta preocupado—. ¿Vamos al hospital?

—¿Te gusta su culito?

—¿Perdón?

—Dios, no me hagas caso. ¿Ves qué cosas me haces decir?

Confuso, me toca la frente.

—No, Matt, no tengo fiebre, ¿y tú?

—¿Qué te pasa? —Alza una ceja, extrañado—. ¿He hecho algo mal?

Qué inocentes son los hombres a veces. Él está ajeno a todo y yo no pienso montar el numerito de mujer celosa aquí. Aunque esté tentada y aunque la muñequita sea muy llamativa. ¡Y aunque tenga ganas de llevarme a Matt de aquí a rastras!

—No, es el hambre. Acaba cuanto antes o voy a vomitar aquí y... —ronroneo— lo dejaré todo hecho un asco y no podréis seguir.

Me besa la frente y ordena:

—Rápido, tengo una urgencia con mi mujer.

Días más tarde, cuando por la noche voy a tomarme la pastilla, veo que no está. ¿Ya me la he tomado? Me ha sucedido tres días esta semana y me alarma tener la cabeza tan lejos de mis asuntos y tan cerca de los de Matt.

Él ha estado bastante relajado, tanto que me ha sorprendido, pero he dejado mis dudas a un lado... Tiene un carácter complicado, eso es todo...

He estado con el período hasta hoy y eso nos ha mantenido distanciados en la intimidad, pero esta noche pienso sorprenderlo. Su familia, que nos ha visitado esta tarde, lo han visto como yo, distendido, y se han puesto muy contentos con la noticia de lo de Alicia y Sam.

Me preocupa que estos dos no den señales de vida desde la pelea con Matt y que se resignen sin más, pero ya hemos asimilado la noticia y estamos pletóricos.

Matt me espera en la cama, acariciando a *Tomy* y, al verlo, me detengo en la puerta de la habitación. Aunque el cachorro tiene su cama, que el propio Matt le compró el sábado por la mañana, prefiere los brazos.

—Me estás robando a *Tomy*, Campbell. Lleva dos días que no se aparta de ti.

—Ven aquí —dice, tendiendo la mano hacia mí—, déjame disfrutarte.

—También yo lo necesito —confieso y bajo a *Tomy* para ocupar su sitio junto al pecho de Matt—. La casa está muy solitaria cuando llego y me pongo a estudiar. Odio los silencios, no me gusta, me ahogan.

Se queda pensativo.

—Mañana te vas para lo del reportaje y no sé qué va a ser de mí.

Oh, ¿no es romántico?

—Sólo son dos días o quizá menos... Me marchó mañana viernes por la tarde, el sábado no me verás, pero estaré de vuelta el domingo. Me cansaré de tanto viaje... —Finjo que no me afecta su actitud decaída—. Nos llamaremos constantemente, no perderemos el contacto y, además, Roxanne se va a quedar aquí contigo.

—También Scott...

—¿Mi hermano? No me ha comentado nada y eso que hemos comido juntos.

—Le he pedido que venga. Supongo que podremos trabajar... —Hace una pausa y me besa la frente—. Gisele, ya estoy inquieto. Estoy a punto de cancelar los desfiles.

Le mordisqueo el labio y luego niego con la cabeza, regañándolo.

—No, es importante para ti. Ambos tenemos metas y no tenemos por qué renunciar a ellas. Nuestro amor es más fuerte que esta pequeña separación. Somos adultos y tenemos las ideas claras.

—Sabes que me ahogo con el paso de las horas y esta vez serán días lejos de ti, sin saber cómo estás a cada segundo. Se me forma un nudo en el pecho que no soporto.

Me abraza y estrecha con la actitud que describen sus palabras: desesperado.

—Matt, me acompañarán Denis, Charles, Brittany... Estaré protegida y cuidada. Tus temores son absurdos, tenemos que compaginar nuestros trabajos. Es obvio que nos extrañaremos y que no dejaremos de pensar en el otro, pero a la vuelta volveremos a estar juntos. ¿Qué puede suceder por dos días sin vernos?

Me arrodillo en la cama y abro los muslos, trazando un camino con las manos por su cara interna.

—¿No me vas a despedir como merezco, Campbell?

—Nena, me matas, me matas... —gruñe excitado—. Estos días de no tocarnos han sido una mierda, necesito más que caricias. Necesito enterrarme en ti y que me acojas...

Lo sé, mi frustración está al máximo. Y hay malos recuerdos que deseo olvidar.

—Voy a buscar nata y vuelvo enseguida. —Matt asiente frenético—. No te muevas, Campbell. La noche promete.

—A tu disposición siempre, cariño.

Corro hasta la cocina y cojo la nata... Puaj, está pringosa. La enjuago en el fregadero y, al retirar la bayeta, cae un pequeño objeto redondo. ¿Una pastilla? La examino y, confusa, me doy cuenta de que es mi píldora. Entonces recuerdo lo sucedido hace apenas una hora. No, Dios, no.

Matt estaba de espaldas en este mismo sitio y se ha sobresaltado al verme. Ha hecho un gesto extraño e incluso sospechoso. He pensado qué estaría tramando.

—¿Qué haces, Matt? —le he preguntado.

—Bebía agua —me ha contestado él, saliendo conmigo de la cocina—. Venga, vamos a dormir.

¡No me puedo creer que me esté haciendo esto! ¿De siete días he dejado de tomar cuatro píldoras? Me duele su traición, su voluntad de imponerme un hijo que no deseo en este momento de mi vida. ¿Qué hubiera sucedido de no haber estado yo con la regla? Maldito sea, me podría haber quedado embarazada.

Sin disimular mi agonía y las ganas de gritar, irrumpo en la habitación. Su mirada es indescriptible al verme tan exaltada.

—¿Cómo me has podido engañar de esta forma?

—Gisele, ¿qué pasa?

—¿¡Tienes algo que contarme!?

Pero me decepciona una vez más al callar y, asqueada, le lanzo la pastilla a la cara. Su expresión es de temor mientras corre a mi encuentro. La culpabilidad de su expresión lo delata.

—¿¡Por qué me haces esto!? ¡No me toques! ¡Eres un miserable!

—Tranquila, escúchame. —Me dirijo hacia la puerta, no quiero que se acerque—. No te

vayas, ya me marcharé yo.

—¿Cómo?

No entiendo su pasividad ante mi ataque, mis reproches y mi congoja. ¿Se va y ya está? ¿Y yo me jodo sola con mi veneno?

—No quiero perder el control, lo hablaremos mañana.

—¿No quieres perder el control? ¿Te crees que en estos momentos me importa? Te pedí tiempo, te prometí que sería mucho menos de lo que yo misma imaginaba, pero no te conformas con eso. ¡No te conformas con nada!

—Basta —me pide con serenidad—. Ahora estás demasiado nerviosa.

—¡No, basta, no! ¡Exiges demasiado y yo ya no puedo más! —grito con impotencia—. Me controlas los amigos, la ropa, las salidas. Nunca sé de qué humor te voy a encontrar... y cuando necesito un poco más de tiempo, me quieres atar con un hijo. Me siento perdida, no soy yo... Desde una semana antes de la boda estamos en un constante tira y afloja por sus mierdas. ¡Ya basta!

—Gisele, sólo te protejo. Temo que Sam o Andy se te acerquen y ya sabes que quizá pretendan algo más. Pero bien, si necesitas más espacio... te prometo que...

—¿Promesas? ¡No! —lo interrumpo y no me afecta que me suplique con su mirada y sus gestos—. No quiero una promesa que no vas a cumplir, no quiero más promesas rotas. ¿De qué nos sirve eso, Matt? Lo hablamos hace días y me prometiste respetar mi decisión, pero ¡no es verdad!

—Sería la unión que nos falta —implora desde lejos—. Sé que ahora te asusta, pero...

—¡Vete a la mierda y no me sigas!

Destrozada, me voy a la habitación contigua y me echo a dormir. La presión a la que me somete es imposible de aguantar. Dejaré que recapacite estos días que yo esté fuera, o quizá tengamos que retroceder para que de una vez diga lo que sé que calla.

Matt no está bien, hoy lo he vuelto a comprobar.

Al día siguiente, llego de la universidad con el ánimo por los suelos. Me empiezo a plantear buscar empleo, quizá en Madrid me sea más fácil. Despejarme la mente por las tardes e incluso los fines de semana. Me siento un poco en ninguna parte, no encuentro mi sitio.

«¡Mierda de todo!»

Esta mañana quiero salir de casa temprano, para no encontrarme con más peleas. Cojo las maletas y las dejo en la puerta, lista para despedirme de Matt y marcharme, pero él aparece pálido a mi lado, mirándome asombrado.

—¿Te ibas sin despedirte? —Yo resoplo—. Gisele, ¿es así?

—Siempre pensando bien de mí. —Chasqueo la lengua y cojo mi bolso—. Tienes dos días para pensar, pero escúchame bien: si insistes en atarme con un hijo, no te lo perdonaré.

Se acerca a mí y me sostiene la mirada con inquietud. Sé que está emocionado por sus ojos vidriosos, pero sin quererlo, siento que nuestra relación se enfría por momentos... Hace días que no somos los mismos y a mí la situación me supera hasta darme ganas de gritar con desespero.

—No te vayas así, no te alejes sin arreglar lo nuestro... ¿No me vas a perdonar antes de marcharte?

—No puedo hacerlo, Matt, el sexo o la cama no bastan para solucionar los problemas que tú llevas encima. Tienes que saber que estoy a tu lado y confiar en mí como yo lo hago en ti... O no

sé, ya no sé nada con respecto a ti.

—Me destrozás si te vas así —implora—, me asusta esta separación.

—Tienes dos días para recapacitar sobre lo de anoche... y también sobre todo lo demás.

Sin derrumbarme, y aunque me muero por besarlo, cojo las maletas y cruzo el umbral de la puerta. Su grito resuena en el silencio de la calle y me caen las primeras lágrimas.

—¡Gisele! —Me detengo, pero no me vuelvo, prohibiéndome que me vea tan mal—. ¿Puedo perderte en este viaje? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

12



Separados

No me doy la vuelta, no puedo hacerlo, aun sintiendo un dolor que me parte en dos. Me estoy ahogando en esta jaula de cristal que él ha creado para mí con su protección y sus miedos. Me asfixio con su querer atarme a él.

En el aeropuerto de Barajas, me encuentro con Denis.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. Vamos, por favor.

Son las cinco de la tarde cuando despegamos rumbo a Nueva York. Ocho horas y media de viaje que se me hacen interminables hasta que aterrizamos. Diego, que nos espera en el aeropuerto, tras una breve charla nos acompaña al Best Western Gregory, que será donde nos alojaremos. Me despido de ellos y llego a mi habitación con el ritmo un poco trastornado por los cambios de hora.

Mi reloj marca las diez menos cuarto de la noche y en casa serán las tres menos cuarto de la madrugada. ¿Dormirá Matt?

No me apetece comer nada. Me tiro en la cama y espero, suplicando hundirme en el sueño, pero no soy capaz.

A las once, recibo un mensaje de Roxanne:

¿Puedo llamarte?

No resisto y lo hago yo. La llamo apoyada en la fría almohada. No sé cómo me siento, creo que no sé sentir nada. Estoy tan abrumada por los pensamientos que se acumulan en mi cabeza...

—Roxanne, ¿qué sucede?

—Estoy preocupada, cuando he llegado a vuestra casa, me he encontrado a Matt llorando, con el cachorro en brazos... —Me cubro la cara, ¡mierda!—. Te echa de menos, se ahoga sin ti. Me ha contado lo que ha sucedido estos días y no deja de repetir que te está perdiendo, que no sabe qué va a hacer sin ti.

—¿Dónde está ahora? —Mi voz se apaga.

—Tu hermano está con él. No tiene consuelo y yo no soporto verlo así. Le he dicho que tiene que cambiar, le he contado lo mal que estabas el otro día cuando fui a recogerte y él dice que sí, que cambiará... Pero ¿qué te voy a contar? Supongo que lo habrás oído hacerte promesas muchas

veces y no cumplirlas.

No me salen las palabras, no tengo voz ni capacidad para razonar. Estoy agotada por esta montaña rusa de sensaciones a la que Matt me somete cada día. Lloro y lloro, no sé hacer otra cosa.

—Te llama a gritos pidiendo que vuelvas. Dice que no puede vivir sin ti, insiste en que eres su cura. —La oigo sollozar—. Gisele, te digo todo esto para que pienses... No lo dejes así, te necesita.

Más presión.

—Mañana os llamo, hoy no puedo más.

Apago el iPhone y echo mano de algo que supe me haría falta esta noche: media pastilla para dormir. Logro conciliar el sueño, pero Matt, mi antiguo Matt, se cuela en él.

Amanece y yo me encuentro sin ánimo. Quiero llamarlo y a la vez no hacerlo, cuando recuerdo lo ocurrido desde nuestra última discusión hasta la de ayer. Palabras, frases, acusaciones y presiones.

En casa me negaba a verlo, pero desde la distancia todo es diferente. La calma que siento me permite curarme de otro modo las heridas y no puedo seguir fingiendo que estamos bien y que lo nuestro es perfecto. No.

Me enfrento a la encrucijada de nuestro matrimonio. Quizá sí que nos precipitamos. Un mes como amantes clandestinos y tres meses de noviazgo. Ahora nos vemos acorralados por la errónea decisión.

¿Un error? Ya no lo sé.

Un mensaje me hace levantarme de la cama.

Mensaje de Scott a Gisele. A las 07.04.

¿Cómo estás? En tu casa se te extraña.

Un lastimero gemido escapa desde lo más profundo de mi pecho. Mi casa... Yo también la extraño y sobre todo a Matt, pero a mi Matt, no al exaltado de las últimas semanas. Echo de menos a mi reticente romántico, a mi salvaje en la cama, pero no al trastornado esposo.

¿Qué será de nosotros? ¿Exagero quizá?

Lo anhelo como al mismo aire, pero no con esas reacciones tan enfermizas y esa actitud tan posesiva. Lo apoyo en sus momentos altos y bajos, pero ya no lo entiende... Me enamoré de aquel atrevido, pero ya no lo reconozco en este hombre.

Mensaje de Gisele a Scott. A las 07.07.

¿Cómo se puede estar en casa estando lejos? Dime cómo está Matt.

Mensaje de Scott a Gisele. A las 07.08.

¿Para qué engañarte? Ha dormido con una pastilla que le ha dado Roxanne. Pero no te preocupes, estamos pendientes de él. Mamá me ha preguntado por qué hace dos días que no la llamas. Papá quería venir porque cree que no estás bien. De momento los he apaciguado. Mi prioridad es Matt.

La pena me embarga... Matt, ¿qué estamos haciendo?
Mensaje de Gisele a Scott. A las 07.09.

Cuídalo, Scott, cuídalo mucho, por favor. Más tarde os llamo. Os quiero.

Sacando fuerzas de flaqueza, me preparo un baño caliente para relajarme. Quiero mostrarme profesional. Aunque no me encuentre bien, nadie tiene por qué saber si tengo problemas.

Hoy la distancia que me separa de Matt es tanto física como emocional y prefiero imaginarlo en nuestra cama, con las manos detrás de la cabeza, observándome con picardía. No podré tirar adelante con el recuerdo de él dormido, acurrucado y lleno de pena. Llorando... suplicando que vuelva.

Me enjabono y pienso en él, en el día que me disfracé de su chica de servicio. Matt es lo más hermoso de mi vida, aunque sea difícil amarlo. Fue la persona que me llenó de algo diferente, de un amor ilógico pero grande. Que me dio una vida alocada y divertida de sexo, descontrol y felicidad.

«Deja de pensar, date espacio.»

Salgo de la bañera, me seco y me visto con ropa deportiva. En ese momento llaman a la puerta: es Diego.

—Buenos días, Gisele. Sé que te dije a las nueve, pero me gustaría saber si estás lista ya. Me acaban de avisar que podemos empezar antes.

—Claro, dame unos minutos para peinarme y ponerme un poco más presentable —le digo.

—No te preocupes, Brittany se encargará de ti, ya que deberás llevar varios peinados.

—¿Vamos lejos?

—No. —Sonríe al verme nerviosa—. En esta misma calle a la derecha. Por eso hemos escogido este hotel.

Cojo mi bolso y lo sigo. Efectivamente, pronto entramos en un edificio marrón donde nos espera el resto. Hay varios estudios y oficinas; el nuestro está decorado de forma sencilla. Un panel y varios fondos de distintos colores.

—Gisele, ve con Brittany para que te maquille y te peine y también te ayudará con el vestuario —dice Diego—. Yo os espero aquí.

—Vístete primero —sugiere Brittany—. Luego te arreglo.

La tensión entre nosotras es evidente, su amistad con Alicia nos mantiene en la cuerda floja. Me mira rencorosa cuando vuelvo con el primer atuendo: pantalón corto, camisa un tanto ancha y zapatos bajos. Colores veraniegos, llamativos. Promoción de verano.

—Me enteré de que el hijo que espera Alicia no es suyo —dice la joven.

—¿Cómo dices?

—Matt se lo dijo a Charles.

—Así es —confirmo agobiada—. Creía que ya lo sabrías, como sois amigas...

—Estamos un poco distanciadas. —Su tono es despreocupado—. No se encuentra demasiado bien y se pasa el día encerrada.

Me siento y me pongo en sus manos, ¿o en sus garras?

—Supongo que vosotros pronto seréis padres —dice de pronto—. Matt sería muy feliz con esa noticia.

—¿Qué sabes tú de Matt?

—Poca cosa, pero lo esencial para saber cómo está contigo y lo que lo ilusiona la idea de ser padre.

Cabello suelto, apenas maquillada. Suena la voz de la arpía mientras yo guardo silencio, aguantándome las ganas de mandarla bien lejos.

—Brittany, ¿tienes algún problema conmigo?

—En absoluto, es sólo que toda tu relación con él es extraña. Matt no confía en nadie; de hecho, a pesar de los muchos años que hace que nos conocemos, no nos podemos considerar amigos. Y llegas tú y te casas con él así, sin más. Es raro.

—Se llama amor —digo, y me marchó.

Las primeras fotos me cuestan, ya que no estoy nada cómoda y continuo tensa. Con el siguiente atuendo me va mejor. Un vestido con vuelo, un poco largo pero informal. El tercero es un chándal muy deportivo, zapatillas de tenis a juego de marca y coleta alta. Después del cuarto cambio de vestuario, Denis decide que hagamos un descanso para comer algo y yo se lo agradezco de corazón.

—Gisele, ¿no vienes? —me pregunta, al verme distraída—. Matt me ha llamado. Está con el desfile de la tarde. ¿Ya has hablado con él?

—No..., pero lo haré ahora.

—Bien, nosotros vamos yendo al restaurante. Se llama Karam y está aquí al lado.

Aprovecho que el estudio está vacío y, armándome de valor, me atrevo a llamarlo. En el primer timbrado tiemblo, me da pavor. Los sentimientos se me agolpan y temo sus súplicas de perdón, sus lamentos... y que luego nada cambie.

—¿Gisele? —pregunta ansioso—. ¿Eres tú?

—Sí... ¿Cómo estás?

Suspira muy fuerte. Me estremezco.

—Te extraño, no estoy bien sin ti. Necesitaba escucharte, oír tu voz... Gisele, quiero que sepas que me odio por todo, que ahora que estás lejos veo las cosas con más claridad y entiendo que he sido un maldito cerdo. ¿Sabes lo que es verte marchar y no poder detenerte? —Llora, yo ya no tengo lágrimas que derramar.

—Matt...

—Nena, por favor, sé cómo lo estoy estropeando todo y cómo te alejo de mí con mi absurdo comportamiento, pero no te vayas. No dejes de ser quien eres. Roxanne tiene razón, la alegre y descarada que se ríe de todo ya no está. Tú eres honesta y honrada, ¿por qué tengo que martirizarte porque un miserable te desee?

Esa voz desesperada, inquieta, era lo que temía. Porque siempre es lo mismo: arrepentimiento y luego ¿qué? Ya ni siquiera sé qué es lo adecuado para poder avanzar juntos.

—No puedo seguir así. Te amo demasiado y me estoy muriendo, Gisele. Estoy a un paso de perderte, lo sé. ¡Me niego, lo eres todo para mí!

—Lo sé...

—¿Lo sabes, de verdad lo sabes?

No reconozco mi propia voz, tan decaída y atormentada. Fría también.

—Matt, hablamos luego, por favor... Las cosas no están bien y yo también estoy reflexionando sobre ello. Tenemos que hablar, ya no podemos posponerlo más, con tantos

silencios y secretos reflejándose en tus ojos.

—Gisele —suplica—, no me digas esto.

—Estoy dolida, Matt, siento reconocerlo, pero me has decepcionado... —Me siento en el suelo y me tapo la cara con las manos. Angustiada, rota—. ¿Qué estamos haciendo, Matt? Esto es una relación enfermiza, tóxica, nada buena para ninguno de los dos.

Se hace el silencio.

—Matt, ¿sigues ahí?

—Me prometiste que siempre serías mi chica de servicio y hoy, ahora, siento que te he perdido —llora con la voz quebrada y mi corazón se rompe—. Dime qué puedo hacer para recuperarte, dímelo, por favor, porque no puedo más...

Exhausta, él y sus palabras me alteran.

—No me has perdido, pero creo que necesitamos un tiempo. Debes recapacitar y, aunque pides perdón, no me das lo que necesito y ambos sabemos de qué hablo. Quiero sinceridad, Matt, y en ti no la hallo... Creo que no te conozco.

—No, Gisele. ¡Soy yo!

—¿Qué nos ha pasado? En unos días hemos cambiado tanto... Te rechacé y luego te acogí sin deseo por las paranoias de tu mente. Y tú me suplicaste que fingiera ¡a menos de un mes de casados! ¡Me niego a que esto nos suceda de nuevo!

—Me muero al pensarlo, te juro que me muero, Gisele. —Otro largo suspiro—. ¿Podré verte más tarde desde tu portátil? Necesito que hablemos mirándonos a la cara, necesito verte. Esta soledad me está matando.

Miro la hora. Aquí es la una y cuarto; allí cinco horas más tarde. Quizá cuando él acabe de sus desfiles será demasiado tarde, pero necesito tanto que hablemos... que se rinda.

—De acuerdo. Te aviso cuando termine y, si estás ocupado, luego me llamas tú, por favor.

—No lo dudes.

—¿Estás mejor? —pregunto aturdida.

—No sin ti. ¿Puedo pedirte una cosa?

Trago el nudo que se me ha hecho en la garganta y él me susurra:

—Te mando una canción. Escúchala, por favor. Expresa lo que quizá yo no sé decirte... Hablaremos cuando llegue a casa. No puedo más, Gisele. Llevo yo solo mucha carga y quiero hablar contigo.

—Sí...

—No olvides que te amo.

Me abrazo las rodillas como si fuera él, lo anhele. Lo amo...

—Yo también —contesto, tratando de no llorar—. Hasta luego.

Pocos segundos después, me llega la canción *Amanecer sin ti*, de David Bisbal, y recuerdo por qué me vuelve loca. Con él, la montaña rusa es constante.

No sabes cuánto te extrañé,

no sabes cómo te soñé,

cada anocheecer, cada amanecer

*sin ti, mi amor, no sé qué hacer.
Sentirte cerca de verdad,
poder tu cuerpo abrigar,
sin tener que imaginarte
y en mi cama no encontrarte, loco por volver.*

*Maldita ansiedad, me niego a recordar,
todas las noches llorando tu ausencia
perdido en la oscuridad,
cómo vivir así, si el aire huele a ti,
cómo me duele, mi amor, la distancia,
no quiero otra vez amanecer sin ti.*

*Sentir tu pelo resbalando por mis manos,
acariciarte el alma hasta el cansancio,
sin tener que imaginarte y en mi cama
no encontrarte, y en mis brazos dibujarte, loco por volver.*

*Maldita ansiedad, me niego a recordar
todas las noches llorando tu ausencia
perdido en la oscuridad,
cómo vivir así, si el aire huele a ti,
cómo me duele, mi amor, la distancia,
no quiero otra vez amanecer sin ti.*

Amanecer sin ti.

Si estamos lejos otra vez,

no dejes de pensar que yo también te echo de menos,

que no se puede amanecer sin ti...

Me emociono. No puedo evitar el miedo que me da que no recapacite. Pido que me permita ayudarlo de la forma que él necesite. Es cierto que ya no soy la de antes, la descarada y consentida que lo sacaba de sus casillas y que lo llevaba al límite... Sus celos y posesión me están apagando.

—Buenos días, Gisele, no te asustes, soy Adam, el hermano de Diego.

Es un chico de piel morena, ojos oscuros, fuerte y joven. Me levanto y le estrecho la mano que me tiende.

—Gisele Campbell. Ya me iba...

—No te preocupes, he venido a coger algunas cosas y te he oído sin querer. —Me enfado ante su indiscreción—. No quería, pero he entrado y...

—Escuchar a hurtadillas es de mala educación. Debiste irte al ver que estaba hablando por teléfono. Era una conversación privada.

—No era mi intención molestarte.

No tiene nada que ver con Diego: éste parece burlarse de mí.

—Pues lo has hecho y ahora, si me disculpas, me voy. —Me coge el brazo y yo lo fulmino con la mirada—. ¿Qué haces? Suéltame.

Me obedece y levanta las manos en señal de paz.

—¿Puedo invitarte a comer para disculparme?

—No, no puedes. A mi marido no le gustaría saber que voy con otro hombre donde no debo.

—Pero él no está aquí —murmura—. Y yo no diré nada.

«Oh, ¿este estúpido niño de qué va?»

—Él no está, pero es como si estuviera, ¿me entiendes? Lo respeto y no te pases de la raya, hoy no.

—Pero le has pedido tiempo y él se porta mal contigo. —Llena de furia, le doy una bofetada—. ¡Ay!

—¡Tú no sabes nada! —mascullo—. No te vuelvas a acercar a mí y cuida esa lengua de víbora.

—¿Quieres probarla? —me reta burlón.

Al salir deprisa, choco con Diego, que me mira extrañado al verme tan alterada.

—O mantienes a tu hermano lejos de mí o me largo ahora mismo y lo mando todo a la mierda.

—¿Qué ha sucedido?

No me pienso callar por semejante idiota.

—Me ha ofendido y es un atrevido.

Diego niega con la cabeza sin dar crédito al comportamiento de su hermano y dice:

—No te preocupes, esto lo arreglo ahora mismo. Come algo mientras tanto y luego seguimos. Lamento lo ocurrido.

Entro en el restaurante. Denis me está esperando y me pide un sándwich vegetal, al que sólo le doy un par de mordiscos. En cambio, me bebo el refresco ansiosa, pues tengo la boca seca.

—¿No comes más? —me pregunta Denis, señalando mi plato—. No quiero llevarte de vuelta enferma, Matt me matará.

—¿Te burlas? —Niega riendo—. Matt se enfadará, sí.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Come un poco más, anda —me anima—. Tienes que estar fuerte.

Al verlo tan relajado y alegre como siempre, pienso que Denis es un hombre con capacidad de sonreír y sacarle punta a todo; sin embargo, vivió situaciones parecidas a las de Matt. ¿Por qué éste no evita seguir estancado en la época que le hizo daño? Denis es un claro ejemplo de la evolución de las personas.

—No pienses más, no te hará ningún bien —me sorprende diciéndome y luego añade—: He notado a Matt muy ansioso. Dale tiempo. A veces, no todos sabemos sobrellevar la vida de la misma manera. Pero él cambiará, lo hará por ti, aunque en algunos momentos parezca difícil.

—Ojalá sea así... Lo echo mucho de menos.

—También él a ti, ¿sabes? Pasa muchas horas en la oficina, pero apenas se concentra. Y esto viene sucediendo casi desde que empezamos, aunque últimamente está más atormentado... Tú eres la única que puede eliminar lo que lo tiene así.

«Es lo que pretendo», me digo, y como un poco más. Sin revelarme todos los detalles, Denis ha dicho mucho.

Por la tarde, el trabajo es más fluido y me siento más relajada. Es la hora de los vaqueros y las camisas ceñidas, atuendo informal y nada sexy. Peinados sencillos y poses naturales. Siempre bajo la atenta mirada del equipo. Gracias a Dios, no está el tal Adam.

Terminamos sobre las ocho de la tarde y llego a mi habitación completamente agotada. Pero no puedo dormir... No hasta tener noticias de Matt y ver cómo sigue. En España debe de ser la una de la madrugada, ¿aún durarán los desfiles? No me importa, marco su número sin pensar qué hacer o no hacer.

—Gisele... te estaba esperando.

Su exhalación lo confirma.

—Ya he terminado, justo acabo de subir a la habitación. —Suspiro temblorosa—. ¿Dónde estás tú?

—En el desfile de la noche. Los de la mañana y la tarde, una mierda... Aún me quedan los dos de mañana.

—Un día más...

—¿Cómo te ha ido a ti? —Suenan tan diferente: deprimido, asustado—. ¿Te han tratado bien?

—Como tú querías que lo hicieran.

Nos callamos y sé que no le ha gustado mi frase.

—¿Te podré ver?

—Matt, tú no estás bien y yo tampoco. Mañana nos veremos en persona y podremos hablar. Creo que es lo mejor.

—Gisele... —Se le quiebra la voz al decirlo y a mí el alma—. No me dejes así. La casa está vacía sin ti. No hay ruido ni alegría, nada tiene sentido. ¿Sabes?, *Tomy* duerme conmigo en la cama...

Sonríó con una lágrima resbalándome por la mejilla.

—Me alegra que os llevéis bien.

—No me has respondido y hoy no puedo más de incertidumbre, del dolor que me produce pensar que...

—¿Crees que te dejaría así sin más? No podría, Matt, pero tampoco puedo ni quiero tolerar ciertas cosas. Creo que hemos rebasado un límite y que no es bueno para esta vida en común que queremos construir.

—Necesitas tiempo has dicho —musita de manera apenas audible—. Sabes que me moriré sin ti. Te prometo darte espacio, pero quédate en casa. No estás y... ¿has escuchado la canción?

—Sí...

—Así me siento. Roxanne la puso para animar el ambiente y consiguió lo contrario. Tengo cosas que contarte, Gisele... muchas, y no sé dónde nos dejará todo. No he estado más asustado en toda mi vida, excepto esos días en que estaba muy preocupado por ti.

¿Contarme? ¿Abandonarlo? No, él no entiende que mi intención con este distanciamiento es que se muestre como sé que es y se deje de secretos. Necesito a Matt, mucho. Quizá el tiempo le haga falta a él para valorar el amor tan grande que nos profesamos. ¡No lo sé! En casa tendremos que sentarnos... y hablar.

—¿Gisele?

—¿Qué días, Matt? —lo incito, con la intención de saber qué momentos malos recuerda—. Háblame de esos días duros para ti.

Calla y finalmente dice:

—El que te atacaron. Cuando Noa me hizo creer que te ibas. El día que huiste de noche y el día de nuestra boda, cuando pensaba que te echarías atrás...

—En todos yo —reflexiono en voz alta—. Sólo yo.

—¡Es que no hay nadie más que tú! ¡Sólo tú me puedes hundir o levantar con una palabra!

Lo sé... y últimamente es recíproco.

—Nos veremos mañana, Matt —susurro—. Te quiero.

—¡Yo en cambio te amo!

¿Vamos a discutir por algo así?

—También yo... Espérame mañana.

—Lo haré, Gisele.

Tiro el móvil en la cama y, al quedarme sola, no sé pensar nada bueno... Me asaltan angustias y arrepentimientos.

¡No, fuera todo eso!

Una hora más tarde, me suena el móvil y respondo con voz apagada. No he dejado de oír la canción que Matt me ha mandado, y me tiene al borde del colapso...

—Pequeña, soy Scott, ¿cómo estás?

—Bien...

—¿A qué hora llegas mañana?

—El vuelo despegará de aquí a las ocho —contesto con voz ronca—. ¿Y Matt?

—Acaba de salir del baño muy alterado.

—¿Por qué, qué ha pasado? —pregunto atropellada—. Scott, ¿qué ha ocurrido?

No hay respuesta, oigo pitos y ruidos y entonces oigo la voz de Matt.

—Matt —dice Scott—. ¿Qué sucede?

—¡Necesito hablar con ella! ¡No era verdad!

—¿¡El qué Matt!?

—Voy a mandarlo todo a la mierda y me voy a mi casa. No me siento con ánimos para esto y la verdad es que no me importa lo que pueda perder. ¡No quiero que nadie me joda y me atormente hablándome de lo que hará mi mujer lejos de mí!

¿¡Qué, quién!? Me fallan las piernas hasta casi terminar sentada en el suelo.

—Mi hermana no estaría de acuerdo con eso y lo sabes, Matt. No quiero saber qué ha pasado entre vosotros, pero, joder, la amas, ¿quieres dejar de hacer el imbécil?

—La estoy perdiendo y yo soy el culpable, lo sé —susurra Matt.

—Pues entonces deja de lamentarte, de ir de aquí para allá como un alma en pena y lucha por ella.

Estoy oyendo hablar a los dos hombres que más quiero en el mundo. Mi hermano lo ha hecho expresamente para que yo los escuche sin que Matt se entere. Nunca podré agradecersele a mi musculitos lo suficiente.

—Joder, Campbell, ¿qué te ha hecho mi pequeña? Menudo cambio... Ayer hasta lloraste. Nunca esperé verte en ese estado.

—Tu pequeña es mi vida, mi luz y no concibo la existencia sin ella. Ella es lo que jamás pensé llegar a tener y no puedo perderla, aunque sé que no la merezco.

—Lo entiendo y precisamente por eso háblale claro de una puta vez. No te lo calles... No es tan malo, tú no eres culpable.

¿¡De qué, de qué hablan!?

—Quizá no lo acepte, no es fácil, y si la pierdo...

—No la perderás, no al menos por lo que me has contado. —Me ahogo, no puedo más—. Aun así, debiste decírselo desde el primer momento. Así Gisele podría haber elegido; en cambio, ahora no tiene salida.

—¿Por qué?

—Porque te ama.

13



Confesiones dolorosas

Respiro hondo antes de entrar en la casa... ¿Preparada? Posiblemente no, después de confirmar que a Matt le sucede algo. No sé qué es y me da tanto miedo preguntarle, decirle que oí su

conversación con Scott...

Necesito que confíe en mí y poder consolarlo, apoyarlo. ¿Tan malo es lo que me tiene que decir como para temer que me haga abandonarlo?

Al abrir, al primero que me encuentro es a *Tomy*, que ladra histérico al verme. Lo beso y espero ver asomar a Matt en cualquier momento, pero no está. Son las diez de la noche y supongo que sigue trabajando.

Nerviosa, me encamino a la cocina, donde todo está pulcro y recogido.

Cuando vuelvo a la sala, veo entrar en ella a Matt cabizbajo, al reparar en mí, palidece. Nos miramos con ganas de correr el uno a los brazos del otro, pero no tenemos valor de hacerlo... Finalmente, emocionado, se acerca a mí con paso acelerado y nos fundimos en un abrazo.

Me besa cada centímetro de la cara, del pelo, de las manos. Está roto.

—Gisele... estás aquí, no lo puedo creer. Te quiero tanto...

Miro sus ojos, hoy transparentes. Aquí está el Matt del que yo me enamoré, el que me cautiva y me hace feliz.

—Hazme el amor —lloriqueo. Sus manos enmarcan mi cara y me mira a los ojos—. Matt, necesito borrar las imágenes de nuestro último encuentro, la decepción... Tenemos mucho de que hablar, lo sé, pero necesito sentirte. Me duele esta lejanía... me parte... Estoy aquí...

Asiente y, casi sin voz, con mirada apagada, me dice:

—Lo siento mucho, Gisele, siento todo lo que ha pasado. ¿Qué te estoy haciendo, mi vida?

—Por favor, hámelo suave, como tú lo sabes hacer. Quiero olvidar y enterrar todo lo malo que ha sucedido.

Percibo su tormento, su dilema, pero sin decir nada, me coge en brazos y me sube a la habitación. Con delicadeza, me deposita en el centro de nuestra cama y me contempla como si aún no creyera que estoy aquí.

Me desnuda con sumo cuidado y yo tiemblo al encontrarme con su ternura y su mirada, que no aparta de mí.

—Te he necesitado tanto —susurra—. Me destroza pensar que te puedo perder.

—No hables. No ahora, por favor.

Asiente con la cabeza y me mira, luego me quita la ropa interior negra, de encaje.

Desliza los dedos desde mis pechos hasta mi vientre y luego por la cara interna de mis muslos y yo me derrito. Sus dedos fluyen con la suavidad de la seda y se arrodilla entre mis piernas con la vista en mi sexo, húmedo y cálido para él.

—Nena —gruñe, sondeando los pliegues de mi intimidad—. Te adoro, lo sabes.

Me acaricia con un dedo, preparándome para acogerlo y dilatándome, aunque en realidad no es necesario. Me estoy muriendo por él. Reclama mi cuerpo y, con la lengua, roza mis pechos. Yo me arqueo gritando, permitiéndole que haga lo que quiera. Soy suya, lo soy.

—Espacio, Gisele, espacio.

Se deleita con mis senos. Su dedo no se atreve a ir más allá hasta que, finalmente, me acaricia con movimientos circulares que me tensan y me voy sumiendo en el placer que me ofrece... Gimo y jadeo al ritmo de su dedo, hasta que no puedo más y los temblores empiezan a torturarme.

—Sí, cariño, hoy sí te siento mía —susurra.

Se quita la ropa, con los ojos fijos en mí, sin romper la magia. Yo gimoteo y suplico al verlo

indeciso. Cuando vacila, alzo una mano temblorosa hacia él:

—Ven, Matt, por favor.

—¿No te he complacido? —La inseguridad lo delata.

—Te deseo a ti, te deseo dentro de mí.

Me abro de piernas sin pudor y él se agarrota al acercarse. «Te deseo» es lo que él esperaba oír la última noche que estuvimos juntos.

—Nena —jadea en cuanto nuestros cuerpos se tocan—, qué sensación... Eres tan hermosa, cálida, suave...

Le rodeo la cintura con las piernas y le acaricio el cabello. Sollozo al sentir cómo se adentra, muy lentamente, poco a poco hasta invadirme por completo. Su gruñido suena lleno de rabia salvaje.

—No pienses, Matt. —Acuno su rostro, suplicante—. Déjate llevar y llévame contigo.

—Te quiero, Gisele.

Gimo:

—Yo también.

Nos estremecemos con el contacto tan ansiado de piel con piel. Nos fundimos el uno con el otro con total entrega.

—¿Estás bien? —pregunta y yo asiento con una leve sonrisa—. No sabes la falta que me ha hecho esta sonrisa.

—Matt, un poco más rápido —suplico temblorosa.

—No. —Mueve las caderas con sensualidad, matándome—. Será suave, como me has pedido.

—Sí... suave, pero más... —Me arqueo—. Matt...

Acelera el movimiento sin dejar de mirarme a los ojos, y veo tanto dolor y arrepentimiento en los suyos que me estremezco. Pero no me permite abandonar la burbuja de placer que nos rodea y busca la manera de hacer que me pierda aún más.

Salgo a su encuentro y no le permito retroceder.

—No puedo más, Gisele... Han sido muchos días. —Me aferro a sus hombros y lo araño. Se mueve más deprisa y frenético, más hondo y placentero. Yo lo recibo muy húmeda, disfrutando del hombre que tanto he añorado—. Córrate conmigo, nena.

Cierro los ojos y dejo que me consuma el huracán de sensaciones. Me muevo con él hasta que, finalmente, explota dentro de mí... Gritamos el nombre del otro, jadeamos, sudamos, nos estremecemos y nos abrazamos. Al terminar, Matt se deja caer sobre mi pecho y llora con desconsuelo.

—Matt, no llores, por favor, hablemos. —Mis lágrimas se unen a las suyas con amargura e impotencia—. Te amo, juro que te amo más que a nada en el mundo, pero no podemos seguir así. Me lo tienes que contar, sé que callas algo.

—Lo siento, lo siento mucho. Soy un cerdo, un cerdo... ¿cómo he podido tratarte así?

Es verdad que tengo cosas que contarte, pero me asusta hacerlo, me aterroriza no saber qué pasará después.

Me tensó y trago saliva, luego, asustada, pregunto:

—¿T-tan grave es?

Duda antes de volver a hablar y luego me abraza largo rato.

—Vístete, nena —dice entonces—, vamos abajo. No sé si me perdonarás, pero voy a arriesgarme.

¿Perdonarle? Scott dijo que Matt no era culpable de lo que sea que le pase. Con su ayuda, me aseo y me pongo una bata; estoy helada, no sé si por el frío o de miedo.

Está pensativo y triste y, al llegar abajo y sentarnos el uno al lado del otro, me coge las manos y, mirándome a los ojos, atormentado, empieza:

—Antes de decir nada, quiero que sepas que prometo que cambiaré, continuaré con lo que dejé para poder estabilizarme... Si ves que no lo cumplo, seré yo quien te deje marchar. No te pienso destruir. Si aún no quieres tener hijos, esperaré. Si pasa mucho tiempo y sientes que no estás preparada... renunciaré a ello por tenerte a mi lado, todo por tenerte en mi vida.

Me alivia y emociona su rendición, aunque voy a hacerle renunciar a su anhelo de ser padre, yo también deseo tener hijos.

—Continúa, Matt.

Me besa las manos y, al ver que le cuesta seguir, digo:

—Me mata verte así, cariño. Somos dos, una pareja, y si tú tiras de la cuerda hacia un lado y yo hacia el contrario la vamos a romper. —Asiente con la cabeza y toma aire, pero sigue en silencio. Yo insisto—: Quiero estar aquí contigo y formar esa familia que deseas tener, pero no quiero que me impongas las cosas. Quiero poder tener amigos sin necesidad de pedirte permiso, salir sin que eso te haga sentir inseguro. No tienes que pensar que estoy en constante peligro, o engañándote... No quiero vivir en una cárcel, necesito disfrutar de la vida y que disfrutemos también juntos. Por eso me uní a ti.

Siento que se rinde.

—Te apoyaré en todo —dice—, aunque sabes que no podré dejar de ser celoso o a veces posesivo. No quiero serlo, te juro que no. Pero te amo y no sé controlar el sentimiento, aunque intentaré que no sea tan enfermizo. —Está vulnerable como nunca antes lo he visto—. ¿Me quieres así?

—Siempre —contesto sin dudar y le acaricio la cara, tan demacrada—. Entiendo que seas celoso, incluso posesivo por lo que has vivido, aunque no que lo seas tan excesivamente y, además sin motivos. No lo soporto. Pero me voy a dejar la piel para que esto funcione. El amor que nos tenemos es muy grande.

—Estás clavada en mí, Gisele —susurra, haciendo que me dé un vuelco el corazón—. Dime qué más necesitas y lo haré.

—Que confíes en mi palabra y que si alguien te habla mal de mí, me lo cuentes y nos enfrentemos juntos a ello. No nos dejemos manipular por nadie, ambos sentimos el amor del otro, ¿por qué escuchar a gentuza que no tiene ni puta idea de nada?

Tira de mí y me abraza con fuerza.

—¿Me ayudarás? —pregunta, acariciándome la espalda—. Yo solo no puedo.

—Estoy aquí para eso, soy tu mujer. —Le acaricio los brazos desnudos y fríos.

—Antes de que continúe, dime, ¿tú tienes algo que contarme?

Sin secretos, aunque desate su furia... Respiro y me armo de valor.

—El hermano de Diego se me insinuó. —Cierra los ojos y aprieta la mandíbula y los puños—. Mírame, Matt, por favor. No pasó nada, le di una bofetada y me marché. Después de eso, Diego no dejó que se acercara más a mí.

—Estabas tan lejos de mí, yo no podía ayudarte en caso de que...

—Matt...

—¡Cerdo de mierda!

—Deja eso y continúa con lo que me ibas a decir, por favor —le pido casi sin voz—. No me mientas y no me ocultes nada, te lo ruego.

Él rehúye mi mirada, lleno de temor Y, para ganar tiempo, me habla de su encuentro con Amanda, de lo mal que ésta está con Andy, su marido, de cómo este hombre quiso vengarse de Matt acercándose a mí.

También me cuenta las insinuaciones y acercamientos de su prima Silvia, y cómo él le paró los pies para siempre.

Lo noto lejos de mí, muy lejos. Se sienta en la cama y se cubre la cara con las manos, balanceándose adelante y atrás.

—Te he fallado, Gisele —susurra, perdido en sus pensamientos—. Te conocí y te tomé sin más... Te convertí en mi amante y luego, sin apenas ser novios, te supliqué que nos casáramos. No te conquisté antes, ni he sabido hacerlo ahora...

»No nos fuimos a vivir juntos, con tiempo para conocernos, te hice mi esposa siendo casi unos extraños. No te he llevado a cenar, ni al cine... Te encerré en casa conmigo por egoísmo. — Entonces, me mira a los ojos. En los suyos veo sinceridad cuando me suplica—: Quédate a mi lado y déjame conquistarte como no lo he hecho antes, deja que te dé todo lo que te he negado...

Yo me estremezco y tiemblo ante sus palabras.

—Cuéntame qué te pasa, Matt. Quiero saberlo todo.

—Cariño —suspira con tristeza, apoyando su frente en la mía—, estoy enfermo.

Se me escapa un sollozo...

—No volveré a tocarte si no quieres, de hecho, no lo haré hasta que tú me lo pidas. Te daré espacio —promete atormentado y me rodea con sus fuertes brazos—, pero déjame explicarte cómo empezó mi tortura para que puedas entenderlo y ayudarme.

—Matt...

—Te quiero, Gisele, dime que me perdonas, dime que te quedarás conmigo. Dime que no te he perdido, por favor.

Yo cierro los ojos y me siento a punto de desplomarme.

14



Días complicados

Estoy aturdida, llena de pavor por las palabras que perforan mi cabeza y mi corazón.

Está enfermo.

Está enfermo.

Está enfermo.

No sé qué pensar y, asustada, le sonrío para sosegarlo. Matt es mi vida entera y estoy aquí para darle mi amor, mi paciencia y mi cariño.

—Gisele —susurra—, dime que esta sonrisa es porque te quedas, dímelo.

—Me quedo, claro que me quedo. No me importa nada, Matt, estaré contigo en todo. Sé que no va a ser fácil, pero formo parte de tu vida, ¿es que no lo ves? No puedo quedarme más tiempo fuera de esto que te tiene tan mal.

Me estrecha contra su pecho con fuerza y reconozco a mi Matt. Le beso y acaricio el pecho, pero sigo con el pánico clavado en mis sentidos.

Espero, aguardo a que esté preparado. El corazón le late con fuerza. Sé que está pasando un mal trago, que tiene miedo de que no digiera su confesión. Pero una vez más se equivoca. Me quedará aquí, aunque eso signifique que yo me enferme con él.

—No quería decepcionarte así, Gisele. Te amo por encima de todo y hacerte daño a ti es hacérmelo a mí. No pensaba que ocultártelo nos podría afectar tanto a ambos, a nuestro matrimonio —continúa susurrando contra mi cabello—. La enfermedad me hace hacer locuras, me vuelvo primitivo y no pienso en las consecuencias...

—Matt...

—Siento mucho haberte arrastrado conmigo a algo como esto. Me duele tanto...

—Lo sé... ¿Qué es exactamente lo que tienes, Matt?

Me lleva de la mano hasta nuestra habitación, me pide que me siente en la cama y él lo hace justo enfrente, en una silla. Entrelaza los dedos con los míos.

—Gisele, quizá en alguna ocasión lo hayas pensado al no entender mis cambios... Lo que tengo es un trastorno bipolar, que, junto con los traumas que acarreo desde que mi madre se fue... es una bomba.

Bajo la vista. He pensado muchas veces que lo que le pasaba era algo serio, pero no esperaba una enfermedad, más bien traumas que se podrían tratar. No imaginaba que estuviera tan mal y me siento una mierda, por haberlo presionado y no entenderlo... Por no apoyarlo.

Lloro sin control.

—Nena, mírame, por favor, necesito explicártelo. —Lo hago, con el corazón encogido—. No lo quería creer, me negaba a hacerlo. En Nueva York, cuando tenía veintidós años, fui a ver a un médico, preocupado al no saber qué me pasaba, por qué gritaba y a continuación empezaba a reír. Después de hablar con él y de que me contara en qué consistía la enfermedad, decidí no tratarme al ver lo que conllevaba: medicación, terapias... Nadie lo sabe, ni siquiera Karen.

—Pero sí Scott...

Se sorprende y asiente con recelo.

—No podía más y lo hablé con él, tu hermano sabe llevarme. —Sonríe con amargura—. Nena, juro por Dios que no quería hacerte pasar por esto y que intenté ponerle remedio. Lo hice, pero no me sirvió de nada y no quise seguir.

—¿A qué te refieres? —pregunto con voz rota.

Se lamenta y maldice en voz baja.

—Muchas veces he pensado lo egoísta que soy. Tú no merecías esto y yo tenía tanto miedo de perderte cuando supieras a quién te unías. —Se arrodilla a mis pies y, sin soltarme las manos, me contempla. Mi Matt—. Aquella noche, Gisele, aquel 16 de junio en que te vi por primera vez, cambiaste mi vida. La sensación que me provocaste fue demoledora, me intrigaste e impactaste y por eso te busqué luego en tu habitación... Pero a la mañana siguiente comprendí mi error.

Con un dedo resigo sus ojeras, las arrugas de su frente. Hoy entiendo tantas cosas, el porqué

de las muchas preguntas sin respuestas.

—Aun así, no supe controlarme. Cuando se trataba de ti no sabía hacerlo. Volví a visitar a un médico en Málaga. Confirmó el diagnóstico y me hizo hacer más pruebas.

—Entonces no me atreví a contártelo por vergüenza. Callé mi secreto, te lo oculté, cuando de una manera u otra, tú formabas ya parte de mi vida.

—¿No tomas medicación? —pregunto atormentada—. Yo te vi...

—Odio las pastillas y al principio no las tomé, pero luego accedí a ir al psicoterapeuta para aprender a controlarme. Cuando notaba que me descontrolaba más, tomaba alguna que otra cápsula, pero nunca de manera regular. Pensaba que con alguna esporádica podría funcionar —murmura decaído—. Y entonces, cuando Dylan te atacó tras la fiesta de mis padres, perdí los nervios y luego ya no volvía a la terapia y me negué a seguir con el tratamiento. Quería creer que no estaba enfermo para así no sentirme culpable ante ti por buscarte y tenerte cada día.

Me cubro la cara con sus manos y me dejo vencer por la pena. Matt se ha estado esforzando desde que nos conocimos. Ha visitado a profesionales solo y sin apoyo de nadie. Su fuerza de voluntad me sorprende y no entiendo cómo he podido ser tan inconsciente. Me entristece pensar que lo he dejado tan solo como él temía...

Gisele, yo quería ser otro, pero no pude, ¡no supe! —Lo miro y le acaricio los párpados, que cierra sobre sus ojos tristes y sin luz—. Cuando te pedí que fueras mi mujer y tú me dijiste que necesitabas tiempo, todo se me vino encima, así que volví al médico; quería recuperarme por ti. Por eso a veces desaparecía sin decirte adónde iba.

—Matt, ¿por qué lo hiciste todo solo si yo estaba contigo? —Sollozo—. ¡Te habría ayudado, yo estoy siempre disponible para ti!

Me abraza y lloramos juntos su calvario.

—Y luego te fallé, nena, cuando aceptaste ser mi mujer, lo dejé otra vez todo. Creía que me podría recuperar por mis propias fuerzas, pero al abandonar el tratamiento, perdí el apetito y empecé a dormir mal. Me quise convencer de que podría estabilizarme y, como la vez anterior, tomaba una cápsula cuando la necesitaba, sin regularidad. Creía que funcionaba, he necesitado creerlo... pero ya ves que no ha sido así, cariño —dice—. Esta enfermedad es de por vida, Gisele, para mantener cierta estabilidad tendré que vivir entre médicos y medicamentos. Al principio hacen falta algunas semanas para que haga efecto. Y si lo dejo, la caída es inmediata.

—Pero mejoras, Matt, cuando seguías el tratamiento eras otro. Cierto que aún no controlabas tus impulsos, pero los cambios eran menos bruscos —le recuerdo, intentando animarlo—. Puedes hacerlo, ¡puedes, Matt!

—Ayúdame —suplica, buscando mis ojos—. Yo solo no puedo y si tú no estás, nada tiene sentido.

Nos abrazamos durante horas o minutos, no lo sé.

—¿Por qué hemos tenido que llegar tan lejos, Matt? ¿¡Por qué, si yo siempre he estado aquí, dispuesta a ayudarte!?

—¿No hubieras huido aquella noche al saber a quién te entregabas?

—No, Matt, tampoco lo hice días más tarde, cuando reaccionaste con aquel comportamiento. —Se pone tenso—. Me quedé y, créeme, me planteé por qué no me marchaba, pero no pude.

—No hiciste lo correcto —susurra melancólico—; sin embargo, me alegro, aunque suene egoísta.

—¿Qué te causó aquella reacción, Matt?

Se levanta y, de su cajón, saca ¿un diario? Luego se sienta en la cama y me susurra al oído que son recuerdos muertos que lo marcaron. Estoy nerviosa y, cuando me lo pone en las manos, tiemblo tanto que no sé si seré capaz de sostenerlo.

—Lee, Gisele. Es importante para ambos. Quizá ése sea el trauma que me hizo ser como soy... o quizá mi madre padecía la misma enfermedad, nunca lo sabré.

Rozo las páginas escritas y empiezo a leer, con un nudo en la garganta:

—«El primer día de colegio —empiezo muy bajito—: ese primer día en el que todas las madres se mostraban preocupadas por sus hijos, excepto la mía... Me empujó suavemente hacia la escuela, era su forma de decir que no pasaba nada, pero no era verdad.» —Hago una pausa—. «Todas las demás madres besaban a sus hijos con ternura, apoyándolos en ese difícil momento. Yo tuve que entrar solo y no lloré, como hacía la mayoría de los niños. Aunque sólo tenía cuatro años, no quise mostrar el momento tan amargo que estaba viviendo. Entré en el colegio ocultando mi dolor por que mi madre me dejase solo ese día tan importante.»

Cuando termino de leer, me abrazo a él y no puedo reprimir el llanto. Él me consuela con caricias leves y llenas de ternura.

—No llores, nena, por favor. Ya hace años de eso y es mejor no entristecerse por ello.

—Todavía te duele, sé que es así —hipo, buscando su mirada—. Odio a esa mujer, Matt, la odio. Sólo tenías cuatro años y ya te hizo sentir diferente de los demás. No puedo entenderlo, ¡no puedo! ¡Y no es pasado! ¡Todo esto es culpa suya!

Me abraza y asiente con la cabeza, intentando no derrumbarse, como sé que está a punto de hacer. Muestra una entereza que no tiene, para protegerme de su agonía.

—Al llegar, me dijo estas palabras: «No le dejes tus cosas a nadie, lo tuyo es sólo tuyo. Nunca permitas que te lo arrebaten...». «No des aire o libertad a aquello que sientes como propio, si lo haces, lo perderás...» Y la perdí a ella, Gisele. Le di espacio para no agobiarla y se fue... De ahí la desconfianza que me acompaña siempre.

Me seco las lágrimas y veo su expresión apenada al verme en este estado, pero no lo puedo evitar. Está derrotado, hundido.

—Ella dio comienzo a tus miedos y creó tus inseguridades. Pierdes el control por la impotencia al sentir que tu mente se dispara sin tu consentimiento. Te destruyes, Matt.

—Lo sé, ¡lo sé! —Lanza el diario contra la pared y luego se calma.

—Te enseñó a ser posesivo con lo tuyo, Matt. Desde el principio dijiste que yo era tuya. Lo siento, cariño, siento no haberte entendido o haberme esforzado más. Tú eres lo que te enseñaron a ser y yo te hundí en vez de levantarte. ¡Tu enfermedad y tus traumas te dominan y yo no he sabido verlo!

—Chis, chis, no te culpes, no lo hagas. —Niega vehementemente con la cabeza y me coge en brazos para que nos metamos en la cama. Nos quedamos tumbados frente a frente, acariciando la cara del otro—. Yo no quiero ser así, pero no es fácil cambiar... Luego me volví obsesivo... Ya no puedo más con todo esto.

—¿Por qué te hizo eso, Matt? —pregunto con impotencia—. ¿Por qué tu madre te ignoraba así?

—No lo sé, supongo que siempre fui una carga para ella. Pero ya no quiero hablar más de esto por hoy. Quiero que sonrías, porque tus lágrimas me destrozan.

Estoy casi en estado de shock. Nuestras miradas fijas en el otro, nuestros cuerpos entrelazados, me van calmando.

—¿Cómo te ha ido en Nueva York, Gisele? Y no me hables de ese cretino.

—Bien... Denis me ha cuidado. —Se tensa, su pulso se acelera y yo le aclaro agobiada—: Como un amigo, como el mejor de los amigos y el más leal a ti. ¿Y a ti, Matt?

—Todo mal sin ti y sólo quiero dormir contigo en paz, me has hecho mucha falta. Jamás te daré motivos para que te vayas... Gracias por quedarte a mi lado pese a todo. Creía que...

—Chis, lo sé. —Callo sus labios con un beso tierno y suave—.

—Supongo que hoy dormiremos juntos, ¿no? —musita inseguro—. Tengo que cuidarte como no he sabido hacerlo hasta ahora.

Va en serio con lo de la reconquista y yo lo único que necesito es sentirlo... Aunque nunca me ha perdido, para ahora tener que recuperarme.

—Yo quiero dormir con mi esposo, claro —me burlo sin ganas, exudando tristeza—. A estas alturas no me voy a poner quisquillosa.

—Buenas noches —musita, recostándose sobre mi pecho. Percibo la humedad de sus ojos—. Sé que no será fácil para ti, pero soy tan egoísta que no te dejaré ir. Gracias por confiar en este esposo que tantas locuras hace.

—No me des las gracias, merece la pena luchar por este amor.

—Jamás lo dudes, nunca, por favor. —Me besa el cuello—. Soñaré contigo, con esta vuelta tan esperada. Con tu mirada tan transparente y tus brazos tan acogedores. Con tu perdón y paciencia, mi Gisele, soñaré contigo.

Espero que se duerma para poder llorar abrazada a él. No logro dormirme, pero al amanecer finjo hacerlo para que no se preocupe al verme.

Yo sufro en silencio las tres semanas siguientes, que transcurren a una velocidad de vértigo. No sé si soy yo o es él, pero nada es igual.

Desde la noche en que me confesó lo de su enfermedad, apenas hablamos del tema. Matt está lejano, silencioso, y yo ya no sé qué hacer. No me toca, como me prometió, y toma hasta tres clases de pastillas diferentes: para regular el sueño, para controlar los impulsos y antidepresivos, todas a escondidas de mí. Cuando va a los médicos, se niega a que lo acompañe. Tiene cambios de humor a veces y en ocasiones parece que vaya a estrellar el puño contra la pared, pero se controla...

—La cena ya está. —He decidido sorprenderlo—. ¿Vamos?

—Sí.

Su humor es tan sombrío, que ni siquiera sonrío al ver la gran cena que he preparado, con velas incluidas. Nos sentamos frente a frente, sin hablar.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —lo animo.

—Terapia de diálogo.

—Cuéntame más. —Le sonrío, jugando con la comida—. ¿Te sientes cómodo?

—No me apetece hablarte de ello.

—Nunca te apetece —protesto—. No quiero quedarme al margen, Matt.

—Pues yo quiero que lo estés —responde alterado—. ¿Crees que no sé cuánto lloras por las noches?

—Matt...

—¡No, Gisele, no voy a meterte más en este dolor que no es tuyo! —grita dolido—. Ya no eres tú, mi mujer no está, mi chica de servicio... ¡Mi Gisele!

Los ojos se me llenan de lágrimas por lo cierto de sus palabras. He dejado de ser quien soy. De día me muestro fuerte, pero cuando él duerme, tras tomarse las pastillas, yo me derrumbo.

—¿No tienes hambre? —pregunto, rompiendo ese silencio que odio—. Apenas has...

—¿Y tú? Has perdido peso, Gisele.

—Matt...

—Así no me ayudas nada —me reprocha y, levantándose, se encamina hacia la puerta—. No eres la misma y yo no voy a hacerte más daño contándote cosas que te hacen sufrir. Que sepas que te sigo esperando.

Lo estoy perdiendo y no tengo a quién acudir. La familia pregunta qué sucede que ya no nos vemos nunca, y Scott, cada vez que puede, viene a casa para estar con Matt, que ha dejado de ir a trabajar.

Llevamos casi dos meses de casados y todo está tan mal... No lo soporto más. Matt quiere mi alegría, se siente culpable de mi estado y de ahí la distancia que ha impuesto. Pero me propongo luchar. Debo hacerme a la idea de que esto es así y que siempre lo será. Él está bien, es capaz de sobrellevarlo, entonces, ¿por qué tengo que llorar cuando hay solución y goza de salud?

Me niego, no estoy dispuesta a que nos hundamos más. Podemos superarlo.

Cojo aire y me propongo empezar como debimos desde que me enteré de su problema.

Con seguridad, voy en busca de la Gisele Stone que Matt conoció aquel día en su despacho. A su chica de servicio.

—Hola —susurro en la puerta de la habitación. Él me mira serio y callado—. He vuelto, Campbell, y prepárate... Seré tu descarada y caprichosa esposa, pero, por favor... vuelve a ser tú.

Sonríe y me hace sitio en la cama con la esperanza que ha reprimido estos días.

Avanzo feliz y Matt dice:

—Entonces, déjame reconquistarte como mereces.

15



Reconquista y seducción

Su sonrisa se amplía y yo me cuelo de un salto en la cama con él, que me estrecha con fuerza entre sus brazos. Hace noches que no siento este calor que me envuelve, este amor que nos consume. Lo he extrañado tanto al tenerlo y no tenerlo, que me parece mentira haber sido tan imbécil. Matt no necesita compasión, añora mi apoyo y mi cariño.

Al separarnos, está pensativo.

—La he vuelto a cagar. Te hablo de mi enfermedad y me apoyas. Te quedas mal al saberlo y, en vez de ayudarte a encajarlo, te exijo que seas como siempre, ¿se puede ser más idiota?

—No, no se puede. Y va por ambos —contesto—. Somos los mismos de antes y con los mismos problemas, sólo que ahora somos conscientes de ellos. No ha cambiado nada, y después de tres semanas hecha una mierda, por fin lo he entendido.

—Te amo —me susurra él con una intensidad que me emociona—. Lo siento, pero al principio el tratamiento no es fácil.

Me acurruco contra su pecho.

—Lo sé, lo sé.

—Hasta mañana. Y un día más, gracias. ¿Sabes cuánto he necesitado sentir tus brazos a mi alrededor? —Digo que sí con la cabeza, porque yo me siento igual—. Te quiero mucho, Gisele. Esta noche descansaré y mañana me sentiré mejor.

—¿Vas a dormir ya? —le pregunto, acariciándole el pelo—. Creía que tal vez...

—No, te respetaré como no hice al principio. Te voy a reconquistar después del último mes que hemos pasado, cuando todo tendría que haber sido perfecto. Esta vez lo haremos bien —dice, acariciándome el vientre. Oh—. Gisele, eres mi vida y no me importa no tocarte de esta forma. Sólo quiero y necesito tenerte a mi lado. Con eso soy feliz.

—Hace tres semanas... —gimo, extrañando sentir su cuerpo fundido con el mío—, es mucho tiempo...

—Será una espera que valdrá la pena, Gisele. Sabré darte lo que mereces y respetarte, tras no dejar de fallarte una y otra vez. —Su voz se va apagando—. Hasta mañana.

No protesto. Quizá esta noche aún esté extraño y sobrepasado, pero mañana volveremos a la normalidad. No podemos distanciarnos, somos adultos y debemos asumir que siempre será así y, aunque tenga días mejores o peores, si lucha, yo lucharé con él.

Cuando estoy a punto de conciliar el sueño, noto su pierna encima de mí y algo rígido que me hace cosquillas en la cadera. Oh...

—¿Estás dormido? —susurro—. ¿Matt?

No me oye y yo contemplo el techo y me obligo a dormir, pero su hombría no me permite hacerlo. Son tantos días sin sentir su calor... Lo aparto y lo coloco boca arriba. Está tan guapo y tranquilo... Que me perdone por lo que voy a hacer, pero me muero por sentirlo.

Tomo aire y, con la mano derecha, lo estimulo, aunque no es necesario. Grande y grueso, lo rodeo y tanteo.

«Está mal, está mal», me digo, mientras me bajo las braguitas para montarme sobre él. Se agita incómodo, pero me agarra el trasero. ¡Me da algo! Con el corazón acelerado, me alzo y, al bajar, se hunde en mí. Sollozo, reprimiendo los gemidos. Es una locura, pero añoraba sentirnos piel con piel.

—Sueños calientes —dice dormido. ¡Cree que sueña que tenemos sexo!—. Tantos días sufriendo por no tocarte... Estoy ardiendo.

«Y yo.»

Con suavidad, me meneo un poco más y gimo. Está receptivo y la humedad se extiende entre nosotros. Apoyo las manos en su vientre y me dejo llevar por la locura. Matt jadea inconsciente y yo me ahogo con los gritos que no puedo dejar escapar... Vibra, me llena. Encajamos el uno en el otro.

Estoy a punto de perder la poca cordura que me queda y cabalgarlo como quisiera. ¿Se dará cuenta si lo hago? «Mala, mala», me digo... pero soy incapaz de detenerme. Me dejo caer hacia atrás. Dios, qué gusto y qué morbo.

—¿Nena? —Con los ojos cerrados, tantea la cama con la mano.

Joder, me bajo protestando en voz baja al quedarme vacía, y me tiendo a su lado.

—¿Gisele?

—Dime, ejem... estoy aquí.

Abre los ojos y me busca y yo me tenso y finjo bostezar. Él sonríe, aliviando mi congoja.

—Me atormentas hasta en sueños. Ven aquí. —Me estrecha contra su cuerpo—. Hasta mañana, esposa.

Mañana me arañaré si no me toca. Me siento frustrada y, con deseos de terminar la faena, me rozo con su pierna y jadeo, haciendo que Matt me mire. ¿Está dormido o despierto? No parece estar consciente.

—La tienes dura y yo juro que quiero rozarme con las sábanas. ¿Podemos solucionar el problema, por favor?

—Duérmete, no seas traviesa. —Me atrapa con su pierna y me inmoviliza—. Sueña que estamos juntos y que todo irá bien. Yo haré lo mismo.

En fin... Por hoy me tendré que conformar con sueños húmedos; no obstante, me consuela saberlo cercano. El sexo puede esperar, nada importa mientras vivamos unidos.

Me cubro con las mantas al vislumbrar la claridad en la habitación y tanteo la cama, que está vacía. Me hago un ovillo, pero de nada me sirve cuando me destapan. Me vuelvo soñolienta y es Matt, que aguarda con una sonrisa ladeada ¡y una bandeja con el desayuno!

Me incorporo sorprendida.

—Oh. ¿Qué es esto?

—Un buen refuerzo para la mujer más maravillosa del mundo. Lo necesitas para ir a la universidad.

Me da un trozo de pan con chocolate y lo muerdo. ¡Qué rico!

—Delicioso... Matt, olvidemos todos los temas pendientes. No quiero más tristezas.

—Claro que no, hemos prometido empezar de cero.

—Dime, ¿qué harás hoy?

—Te acompañaré a la universidad y luego volveré a casa. Y te esperaré con la comida hecha.

Desayuna conmigo. Me alegra tanto verlo comer y llevar una dieta equilibrada... Tiene otro color, e incluso está más fuerte al hacer ejercicio.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, no sabes lo mucho que valoro tu esfuerzo por que estemos bien —lo piropeo y lo atraigo sujetándolo por la nuca—. Mi señor Campbell.

Tomy nos interrumpe saltando a la cama. Espero a que Matt lo baje, pero dejándome atónita, lo acaricia cuando el cachorro se recuesta en su regazo y se roza con sus manos.

—¿Dónde está mi Campbell? —pregunto, señalándolo con el dedo, y Matt estalla en una carcajada. ¡Tan guapo!—. Tú no eres él, dile que vuelva.

—Desayuna, que se te hará tarde. —Me relamo los labios—. Yo te dejo para que termines.

¿Y esto? ¿Por qué parece tan incómodo? ¿Se va? Yo estoy muy mojada a causa de los sueños tan eróticos y sucios que he tenido durante toda la noche por su culpa.

—Yo me tengo que bañar, ¿y tú? —Se pone aún más tenso—. ¿Te bañas conmigo?

—Er... no. Voy a hacer ejercicio y me bañaré luego —se excusa—. Te espero abajo.

Y se marcha sin más. Pero ¿qué sucede? No puede ser. ¿De verdad va a actuar así? ¡Por Dios, nada me importa ya! Reconquistarme en todos los sentidos menos en la cama. ¿Tendré que seducirlo yo?

Desnuda a excepción de unas braguitas muy provocativas de encaje de las que sé que le

gustan, bajo la escalera con la sensualidad justa para que no sospeche. Un marido y una mujer seduciéndose. ¡De locos!

—Matt, ¿está encendida el agua caliente?

Me planto frente a él, que, cerrando los ojos, pone en marcha el televisor. Luego abre los ojos y aparta la vista. Oh, oh.

—Claro, a todas horas —contesta contenido—. Y sube, vas a coger frío.

Mal plan.

—Espera, voy a por una cosa del mueble. —Con disimulo, le tapo el televisor con mi cuerpo y alzo el trasero para provocarlo—. He perdido un coletero, ¿lo has visto?

Silencio.

Me vuelvo y se ha evaporado. Joder, Campbell, huyendo de mí. Helada de frío, voy hasta el jardín y sonrío al verlo, está tumbado en el césped y, contento, juega con *Tomy*. Al verme, sus músculos se tensan.

—Matt, tengo un problema. Me duele la parte baja de la espalda... ¿me das un pequeño masaje?

Exasperado, se levanta y me contempla con fijeza.

—¿Quieres dejar de pasear por la casa desnuda? Tápate y te lo haré en el sofá.

—¿Hacerme? —Le guiño un ojo—: ¿El qué?

—Masaje, Gisele.

Coqueta y balanceando las caderas, me acerco a él y señalo la hamaca que está a mi izquierda.

—Aquí, por favor. Nadie nos ve y estaré más cómoda.

—Cúbrete primero, que te vas a poner enferma. —Niego con la cabeza, moviendo el pelo—. ¡Estamos en diciembre!

—No importa, el jardín está cubierto y aquí me encuentro cómoda.

—Para variar, desafiándome, pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —Me tumbo y lo espío de reojo—. Dime, Campbell.

—Es lo que más he extrañado. A esta esposa rebelde y desafiante. —Me toca la espalda y gimo—. Contrólate.

¿Cómo puedo hacerlo? He estado días sin verlo, peleados y yo con el período. La necesidad que tengo de él es grande, mi piel arde de anhelo por sentirlo dentro de mí.

—Gisele, relájate. —Me masajea y tiemblo—. Estás demasiado tensa.

El toque de sus manos es un pecado, como todo él. Y me estremezco cuando deposita un reguero de besos en mi cuello. Se me pone la carne de gallina.

—Gisele, creo que es suficiente, llegarás tarde.

Tiene la mandíbula apretada, contenido. Yo siento un calor insoportable.

—¿Quieres tú un masaje? —Señalo su abultada entrepierna—. Parece un asunto de la mayor importancia.

Entrecierra los ojos y yo parpadeo con aire inocente.

Muevo el trasero.

—Vayamos poco a poco, nena.

—¡Poco a poco a estas alturas! Siento decirte que ya no soy virgen, tú no eres un santo y no somos dos adolescentes. —Me bajo hasta su nivel y me agito, jadeante, al verlo tan duro—.

Exijo sexo, esposo, y lo quiero antes de irme a la universidad.

—Ya sabes lo que pienso. Tu cuerpo es exquisito, pero anhelo más tu corazón. No juegues —concluye, y me sujeta las manos al intuir mi intención—. Quieta, señora Campbell, nos sobra tiempo.

Le muerdo el labio inferior, salvaje y posesiva, atrapándolo entre los dientes hasta hacerle daño.

—Me tienes conquistada, no me hace falta más de lo que hablamos ayer. Cuando esto empezó a torcerse, me dijiste que no me tocarías hasta que yo te lo pidiera y hoy te lo estoy suplicando.

Le paso la lengua por los labios y el mentón, rozándome agresiva contra él. Provocándolo hasta obtener su rendición.

—Esta vez actuaré diferente y no hay más que hablar. Sobre todo después de los días de mierda que llevo. Y no preguntes, estoy bien, todo controlado —me corta, al yo hacer el intento de hablar—. Mejor sin preguntas. —Me siento aún más húmeda cuando se altera—. Deja de provocarme.

—Pero ¡Matt!

—Te espero en la calle. —Me sonrío mientras se aleja—. Ahí no puedes salir desnuda.

Y se va seguido de *Tomy*, que es un traidor. Dios mío, qué firme es cuando quiere y lo caliente que me pone cuando lo veo tan serio... Será un trabajo duro, pero más duro me va a dar él. ¡Oh, sí!

Me arreglo a toda prisa y salgo a buscarlo. Me mira de arriba abajo, comprobando mi ropa. Voy ceñida, sí, para alterarlo y que me empotre contra la pared. Aguardo su recriminación, pero no dice una sola palabra y yo alzo una ceja, desafiándolo.

—Vamos, sube al coche. —Me abre la puerta y me besa la frente—. Si esperas que diga algo, no lo diré; aunque no me guste cómo vas vestida.

«Ya lo has dicho, bobo.»

—De acuerdo.

Le sonrío y pone música, como sabe que me encanta en los trayectos. Va atento a la carretera y, mientras, yo medito sobre si se habrá tomado los medicamentos. Me tiene prohibido preguntarle por ello, o por determinados detalles cuando va a las visitas médicas. Se niega a compartir su calvario conmigo, como no cesa de repetir... y yo agonizo por estar viviendo el proceso, pero no obstante mantenerme al margen.

Sé que es duro para él y que necesita tiempo.

—¿Todo bien? —pregunta al parar—. Estás muy pensativa.

—Cansada —le miento. Me ayuda a bajar, me arrima a su cuerpo y yo juego con su camisa.

—Cuando vuelvas a casa, te tendré una sorpresa preparada.

—¿Qué? —casi grito—. ¿Algo bueno?

—No seas impaciente, ya te he dicho que es una sorpresa. Pero será algo que sin duda mereces.

Me sujeta por la nuca y me besa. Ay, gimo al notar el roce de su lengua embistiéndome como si me estuviera haciendo el amor. Me arrimo a él, y me froto contra su cuerpo. No me controlo, me entrego al beso como una gata en celo, ronroneando. Hasta que Matt me muerde la lengua y

termina mi seducción. Vaya hombre...

—No seas mala.

—Un poco —gruño y le tiro del pelo—. Si quieres, vuelvo a casa contigo. Me puedes hacer lo que te apetezca, juro no protestar y ser buena.

Se aparta, aunque sin borrar su maldita sonrisa. Niega con la cabeza y yo pongo los ojos en blanco cuando me empuja para que entre. El día que se rinda, me hará pedazos.

—Te veo luego, Gisele.

—Y yo a ti —contesto, maquinando un nuevo plan—, y yo a ti...

Con desgana, entro pensativa y veo a Silvia, a la que saludo desde lejos.

—¡Gisele!

Me vuelvo agitada al oír la voz de Matt, y espero que me haya llamado para irnos a casa. Sin embargo, me muestra la mano derecha, donde lleva la alianza, y yo, sin entender, le señalo la mía. Él sonríe, ¿es una pregunta oculta?

—¡Te amo, Campbell! —grito, antes de cruzar la puerta. Oh, el muy romántico reticente me lanza un beso—. Luego lo quiero también de verdad.

—Todos los que quieras.

Lo veo marcharse, encantada por lo relajado que está hoy; sonríe más, e incluso parece divertido. Supongo que la medicación ya le debe de estar haciendo efecto... Mi Matt. Es feliz, lo sé y nos proponemos avanzar, no retroceder, me recuerdo melancólica y triste al recordar su enfermedad.

Pero toda la pena se me esfuma cuando choco con Silvia, que me da dos besos, tan falsa y cínica. No soporto la hipocresía y menos ahora, que estoy animada.

—¿Pasa algo, Gisele? Hace semanas que me rehúyes.

—¿Tú a qué juegas? —Levanta las cejas confusa—. Vienes a mi casa y me dices que seremos buenas amigas; sin embargo, se te olvidó contarme lo más importante.

—¿Cómo?

La detesto, ahora se hace la inocente.

—Quisiste tirarte a Matt. Creo que dado que te paseas por mi casa como te viene en gana, merecía saber ese dato, ¿no crees?

—Er... lo siento, Gisele, ya no... En fin... tú lo entiendes —dice nerviosa.

—No, no lo entiendo. ¿Cómo voy a entender que cierres la maldita boca respecto a algo tan serio? —Se me comen los celos, me ahogo tras tantos días de silencio—. ¿Lo sigues deseando?

—No, claro que no. Eso ya quedó en el olvido.

No para mí. Amenazante, doy un paso más.

—Más te vale, Silvia, porque si te veo coquetear con Matt, me vas a conocer de verdad. Y créeme que no te gustará esa faceta mía.

—Sabes que me gusta Scott.

¡Como cuñada tampoco la quiero!

—Scott no quiere saber nada de ti, entiéndelo ya y deja de acosarlo con mensajes. Mi musculitos es mucho hombre y no perderá el tiempo contigo. Ahora, si me lo permites, me voy a clase.

Se ha quedado muda. Mejor, no es el día más adecuado para que entablemos una conversación. Rezo para gozar de una mañana tranquila, aunque esa palabra no exista en mi

vida... No, desde que Matt está en ella.

No me hallo cómoda en la universidad y más que nunca me planteo dedicarme a la profesión de modelo y dejar el máster. Pero no me quiero precipitar, así que esperaré hasta la vuelta de las Navidades...

A las doce y veinte tengo un descanso que me alivia la mañana.

—Hola —me interrumpe un chico rubio—. Soy Luis, ¿tiene hora?

—Gisele Campbell —suspiro— y son las doce casi y veinticinco.

—Muchísimas gracias.

Asiento y camino hasta la cafetería de Lizzie, que prepara los mejores cafés, y a lo lejos creo ver a Matt escondido. No puede ser, sacudo la cabeza y continúo adelante. Quizá un mensaje no vendría mal para que sepa que lo recuerdo y hasta lo veo donde no está.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 12.24.

Hola, hermoso, ¿qué haces?

Vaya, parece que lo estuviese esperando, porque su contestación llega en nada.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 12.25.

He hablado con Karen y me ha preguntado por nosotros. Todo bien en Málaga y me ha hablado de Roxanne, Noa y Eric. Todo tranquilo, te manda besos: cuida a tu chica de servicio. Palabras textuales. Ahora estoy corriendo un poco, ¿y tú?

Tomo un sorbo de café y le sonrío idiotamente al iPhone. Hace deporte y su vida es más sana. Karen no deja en interesarse y yo doy gracias por que estemos lejos, para que no estén en tensión cada día... como yo. Estoy agotada.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 12.27.

Estoy en la cafetería de enfrente. La mujer es maravillosa y hace unos cafés que deberías probarlos. Dentro de nada entro en clase. Te amo.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 12.27.

Vale, te espero en casa. Te extraño. Eres mi vida, preciosa.

¡Me lo como! Me sorprende cómo ha abordado nuestra relación desde que tuvimos nuestro punto de inflexión. Me encanta y me relaja, mi preocupación es menos aguda... aunque no deja de preguntarse dónde estoy o qué hago en mis horas de universidad. Luego será toda suya. Iré a casa con él y veré qué me ha preparado.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 12.29.

Eres tan romántico...

Mensaje de Matt a Gisele. A las 12.29.

Y tú, tan descarada...

Entro en clase e intento concentrarme... pero al salir me subo a un taxi, desesperada por encontrarme con Matt. La casa está silenciosa a excepción de unos ruidos que provienen de la cocina. Me acerco con sigilo y lo encuentro de espaldas, cocinando. Sin camiseta y con un pantalón de pijama... Huele a pollo a la plancha. Se mueve con torpeza, pero aun así me emociono y lo rodeo desde atrás, arrancándole un gruñido.

—Mi mujer vuelve cariñosa a casa... Con los brazos más suaves y tiernos del mundo.

Oh.

—Menuda sorpresa —murmuro y le beso el hombro—. Estás muy sexy, Campbell.

Me mira y, con los nudillos, resigue las sombras que tengo bajo los ojos.

—Siento no poder ofrecerte un gran almuerzo—se disculpa—. Se te ve cansada, siempre hermosa, pero agotada.

Contesto que sí y le hago dar la vuelta para que me dé la bienvenida. Aspira mi olor y el calor que desprenden sus labios traspasa mi piel. Sé que lo enloquecen los besos tan lentos y sensuales, cuando lo seduzco con mi lengua y mi boca, mostrándole la pasión y el deseo que siento.

—Dios, cuánto te amo, —dice y se retira—. La comida.

—No tengo hambre de ésa —ronroneo—. Dámelo, Campbell, sabes lo que necesito.

—Gisele. —Aprieta los puños y cierra los ojos, conteniéndose—. Estoy desesperado por subirte en la mesa y darte duro hasta quedar destrozado, pero primero vamos a ser amigos, confidentes, amantes, y finalmente marido y mujer. Empezaremos por el principio, ¿entendido?

—¡Eso es una tontería!

—No para mí —afirma—. Son muchas horas de reflexión, de ver y entender lo mal que lo he hecho todo contigo, desde que empezamos hasta ayer mismo. Y no me tientes, déjalo ya.

Me ignora, con el miembro hinchado hasta casi reventar... Mi cabeza vuela mientras él sirve la comida. No da crédito cuando vuelve y se encuentra conmigo tumbada en la mesa y completamente desnuda. Le sonrío con picardía y me muevo, deslizándolo un dedo por mis pechos, mi vientre... Ay.

—Joder, no me pongas las cosas más difíciles. —Lo llamo con el dedo índice—. No, Gisele, ¡ya basta!

—Reconquístame como quieras, pero no me impongas no sentirte de este modo. Y, por otro lado, esta reconquista no es...

—Ya vale. —Deja el plato—. Cuando termines de comer, te espero en el jardín, y vestida.

Joder. Con un humor de perros, me pongo la ropa y voy hasta el jardín con el plato en la mano y el pollo pinchado con el tenedor. Pero al ver a Matt dejo el tenedor en la mesa sin dar crédito. Está rodeado de los libros de una colección de novela romántica de Highlanders, mirándome expectante e ilusionado.

—Matt, loco, loco.

En un segundo, estoy en sus brazos de un salto. Oh, es precioso, tan romántico. ¡Te amo!

—Romántico...

¡Sí!

—¡Me encanta! Muchas gracias, no tenías por qué molestarte así... Es una locura.

Lo beso lleno de alegría.

—Quiero que veas uno especialmente. Es un breve escrito mío, muy personal, que te muestro ahora porque creo que estoy preparado para que sientas lo que yo sentí. —Me descompongo y los nervios me agarrotan—. Míralo y lo entenderás.

Curiosa, me bajo buscando cuál de los libros es diferente. Lo distingo porque la portada es oscura y lisa y, al leer la primera línea, se me hace un nudo en la garganta. Lo nuestro es tan fuerte e intenso...

—Tranquila, sentémonos. —De la mano, me lleva hasta el césped, donde nos sentamos—. Léelo, cariño.

Hoy estoy aquí, me decido a plasmar lo que siento... Una frase y una mujer marcan el inicio de esto: ¡Bah, la próxima vez cómprese un diario y se desahoga ahí!

El 16 de junio de 2011, una fecha en la que cambia el rumbo de mi vida, el día en que una descarada me la trastorna más, si eso es posible.

Estoy agobiado, harto de todo... De Alicia, ¿cómo puede ser tan perra? Con Sam, con mi mejor amigo... Me refugio en mi despacho, agotado y pensando en qué he fallado. De pronto, la voz de una mujer resuena en el silencio de mi soledad.

¿Quién es?

La luz se enciende y me sorprendo ante esa invasión. Una chica joven, posiblemente más que yo, de cabello castaño con reflejos rubios, llama mi atención. Ojos de un gris transparente, como su mirada. Me quedo observándola, enfadado por lo que ha provocado en mí con su presencia. La deseo sin más, primitivo, voraz.

Le pregunto quién es. Responde borde, se muestra atrevida. No lo puedo creer y rodeo el escritorio para verla de cerca. La muy descarada se adelanta y me examina de pies a cabeza. Me gusta su osadía, me impresiona.

Gisele Stone es el nombre de la nueva chica de servicio.

Un diario... Me prohíbe hablar y se dedica a admirarme desde la cercanía de la que gozamos. Estoy muy nerviosa y emocionada. En realidad no podría hablar. Quiero leer más y más de lo que escribió de su puño y letra sobre nosotros, sobre mí, sus sentimientos... su grandioso amor.

—Quiero enseñarte algo más, sin secretos —rompe el silencio—. Hace tiempo que no ensayo, de hecho, nadie sabe que lo hago, así que ten paciencia.

Ante mi asombro, se va y vuelve con una guitarra. No sé ocultar la sorpresa que me produce verlo sentarse a mi lado con el instrumento y tocar unos primeros acordes. Me siento tierna y dulce al contemplarlo.

—Quiero cantarte —susurra—, aunque hace dos años que no me animo a hacerlo.

Y me conmueve como nunca pensé que pudiera hacerlo mi romántico no reconocido.

—«He estado esperando cien años, pero esperaría un millón más por ti... Nada me ha preparado para el privilegio de ser tuyo... Si sólo hubiera sentido tu calor al tocarme... si sólo hubiera visto cómo sonríes cuando te sonrojas... o cómo frunces los labios cuando te concentras... habría sabido por lo que he estado viviendo todo el tiempo... Por lo que he estado viviendo...»

Se detiene y carraspea ante mi sonrisa radiante. Estoy en una nube, ¿cómo no desvivirme por él? Es tan especial y, a estas alturas, continúa siendo enigmático... aunque soy su mujer.

—Oh, cantas, no puedo creerlo. Tienes una voz tan suave... Matt, esto es precioso, estoy fascinada. —Me arrodillo y me retira un mechón de cabello con una suave caricia—. Adoro que te abras así conmigo, me has dado una sorpresa preciosa. Jamás pensé que cantabas, aún menos con tanta magia en cada frase.

—¿Te gusta mi voz?

Afirmo embobada ante este nuevo Matt.

—Es tan cálida, tan exquisita... Ha sido perfecto.

—Sé que no es la vez que me ha salido mejor, pero te aseguro que es la más sincera, porque era para ti. Antes de conocerte, mi vida no tenía sentido... ahora me siento pleno, feliz, completo, siempre que tú estés a mi lado.

Me emociono y me pongo tierna.

—Te amo —musito ante su vulnerabilidad—. Hazme el amor aquí y ahora, por favor. Te necesito, quiero demostrarte cuánto te agradezco esto, demostrarte lo mucho que te quiero.

Pero intuyo su respuesta...

—Todavía no. —Se contiene y sé que sufre con el absurdo juego que ha iniciado—. Gisele, déjame hacer las cosas bien.

Niego con la cabeza y, con manos trémulas, le quito la camiseta que se ha puesto para salir al jardín.

—Tú me quieres reconquistar y yo quiero seducirte —digo coqueta, poniéndome a horcajadas sobre él, rodeándolo o atrapándolo con mis piernas—. No me detendré hasta sentirte dentro, hasta que me hagas el amor como sólo tú lo has hecho. Siénteme, Matt. Siénteme.

—Escúchame —insiste, sujetándome el mentón—. Te voy a demostrar que puedo ser el amigo que a veces necesitas. El confidente que desearías en ciertas ocasiones y luego volveré a ser el amante salvaje, el esposo ejemplar que mereces.

Mis labios se curvan en una «O».

—Eres tan romántico... —lo provoco y lo veo a punto de rendirse, maravillado—. Todo eso lo eres ya, a veces demasiado intenso... pero juntos podemos, ¿o no?

—Lo he prometido.

Repentinamente, lo echo hacia atrás y me rozo contra él sin concederle una tregua. Noto su miembro grande y grueso. Cierra los ojos, sé que visualizando otra situación. Jadea... estoy ganando la partida.

—Gisele, me duele negarte esto, te juro que me duele.

—No lo hagas —le suplico sollozando—. Hazme lo que quieras, pero hámelo.

Excitado como está y con el deseo brillando en sus ojos, con ganas de devorarme hasta decir basta..., me aleja y prácticamente huye de mí como un niño asustado.

—¡Matt! —Lo alcanzo—. Oye, ya está bien. No me gusta este juego.

—Gisele, si juegas sucio, menos tiempo tendré para conseguir mi propósito y más tiempo pasará hasta que te toque.

Mi mente de diablo trama la contraofensiva.

—¿No puedo hacer nada para convencerte?

—No. Ya he dicho la última palabra —responde con firmeza—. Estoy en tiempo de reconquista.

Le guiño un ojo, seductora, atrevida.

—Y yo en tiempo de seducción... No jugaré limpio hasta que estés conmigo como lo estás deseando. Entiéndelo, Campbell, he vuelto y quiero lo mío.

16



La frase

A punto de que me dé un ataque de nervios, me propone que juguemos al ajedrez... Pongo los ojos en blanco y accedo a ello, pero no sin atormentarlo con mi plan. Él ha pedido una tregua y yo le he declarado la guerra.

—Ya vuelvo —le digo—, prepara las piezas.

—Bien.

¿Bien? Ahogada, consigo colarme en nuestra habitación y me pongo el picardía que tanto le gustó, el de chica de servicio con transparencias, sexy y seductora. Matt ya no razona sobre mi necesidad de él, entiendo que en los últimos días ha vivido muchos cambios, sin embargo, se está excediendo al llevarnos a este extremo.

Es verdad que no hemos sido grandes amigos, tampoco hemos tenido un noviazgo largo y común, y yo me pregunto, ¿importa eso ahora? Se ha olvidado del vínculo que nos une...

Tendré que jugar sucio, ya que este distanciamiento carnal es insoportable.

—Ya estoy lista.

Al verme, palidece y, aunque estoy temblando con el frío de diciembre, le digo:

—Qué calor hace, esposo.

—¿Calor?

—¿Empezamos? —pregunto y dejo que un tirante resbale por mi hombro—. No me mires con esos ojos, que me dan ganas de lamerte entero.

—Basta.

¡Qué difícil es cuando quiere! Con gesto inexpresivo, mira el tablero y murmura más casi para sí mismo:

—Si tú ganas, tienes el poder. Si yo gano, cedes en esta lucha.

—Buen trato —me burlo—. Soy buena en esto, cariño.

—No más que yo. Aprovecha ese trozo de tela, porque el próximo día que te la pongas, no quedará nada de ella.

Oh, qué calor, ahora sí. Tiene una expresión salvaje, hambrienta y no cederá, lo sé. Una partida nos separa del paso. Me juego el todo por el todo... Campbell será mío en poco tiempo.

Mi sonrisa se esfuma cuando voy perdiendo pieza a pieza. No esperaba un Matt tan competitivo y, en menos de lo que pensaba, me ha derrotado. Su mirada brilla con la victoria y yo termino hundiendo los hombros. Me ha vencido... O no... Gisele Stone no se rinde, aunque ahora esté acorralada.

—Ya sabes, señora Campbell, se terminó el juego —dice con superioridad y aire de chico malo—. Ahora vamos a pedir comida y luego a la cama a dormir abrazados. Con eso ya disfruto.

Me cruzo de brazos y lo desafío.

—Un trato es un trato —me recuerda.

—Bien, no jugaré sucio... pero me las pagarás, Campbell.

Esa noche no pego ojo. Tan cerca y sin poder tenerlo. No hay manera de conseguirlo y yo ya no soporto más su maldito juego. No sé si estas obsesiones extrañas se deben a los medicamentos, no tengo ni puta idea... pero me preocupa y mucho.

Me despierto de muy mal humor, incluso opto por no desayunar en casa. Hoy Matt va a la oficina, ya que Denis le ha pedido que lo haga. Éste no sabe exactamente a qué se debe su ausencia y Matt no quiere levantar ninguna clase de sospechas... Scott y yo somos los únicos que conocemos su secreto.

—Ya hemos llegado —me dice ante la puerta de la facultad—, cuídate y no olvides que te amo. —Y me besa el cuello. Qué perverso—. Sé buena.

—Matt, ayer se me acercó un chico. Nunca lo había visto por aquí, me saludó y poco más. No tendría por qué decírtelo, pero tratándose de nosotros, los malentendidos son comunes.

—De acuerdo. —Aprieta la mandíbula—. Confío en ti.

—Gracias por hacer las cosas más fáciles.

—Todo por ti, lo sabes. —Se me acerca rígido—. Llegaré a casa sobre las ocho como pronto, tengo que estar presente en una sesión de fotos.

Oh... modelos semidesnudas.

—Matt... estás necesitado y encima tienes que ver a esas mujeres casi sin ropa. Estoy muy celosa y si te apetece desahogarte...

—No, nena, estoy bien. —Me planteo darle una bofetada, ¡por Dios!—. Nadie puede tentarme, porque tú eres única y no deseo a ninguna otra.

Y, aunque le prometí no jugar sucio, lo hago. Le agarro el miembro con fuerza y lo estimo. Él jadea, ya no controla la respiración y yo menos.

—Dios, Gisele. Para.

—No. —Suaves masajes, qué poderoso es—. Dame lo que necesito o te juro que uso el juguete que tengo en casa.

¿Y esa sonrisa malvada?

—El juguete está escondido. Te conozco demasiado bien. —Chasquea la lengua—. Ahora deja de torturarme.

—¿Unas lamidas? Mmm, qué bien huele.

—Quieta —ordena y me aparta de su entrepierna—. Ya basta, estamos en el coche y yo te he dejado clara mi postura.

¡No!

—Esta noche...

—Esta noche, antes de dormir toca película.

—¿Erótica? —Intento tocarlo otra vez y se resiste. Joder, joder—. No me gusta este Matt, quiero al mío. ¡Eres incluso más difícil que antes!

Le he tocado la fibra y se altera, lo veo. No me arrepiento, es necesario que se dé cuenta de lo que nos produce no tocarnos o amarnos. Me da miedo que me aleje con el nuevo proceso en el que él solo se ha embarcado.

—¿De verdad?

—Me encanta cómo eres, siempre has sido así y mira cómo estamos, casados —recalco la

última palabra—. Odio que te obsesiones por nada, que no te cuides ahora que sé que debes hacerlo... Pero me encanta todo lo demás, lo adoro. Quiero que seas tú. No cambies por mí, porque yo me enamoré de aquel Matt y no de éste. Me faltas y te extraño.

—Estoy confuso, Gisele. En la terapia he hablado de ti y la palabra «precipitación» ha surgido varias veces en relación con lo nuestro. Sobre todo para una persona inestable como yo —confiesa, acariciándome la mano traviesa. Es la primera vez que me habla de la terapia y yo me muero por saber más—. No quiero defraudarte de nuevo y estoy en una etapa muy difícil.

—No lo harás, y recuerda que estoy aquí, aunque me excluyas sin razón de tus malos momentos. Te respeto porque sé lo duro que es para ti, pero no dejes de apoyarte en mí. No quiero verte débil y odio cuando dejas al verdadero Matt a un lado para complacerme. Yo te quiero a ti como has sido siempre, a veces romántico y otras salvaje... Pero siempre mi Campbell, siempre.

—¿Sabes? Ayer estuve aquí y te vi —me dice con sequedad—. Fui a correr y terminé en este mismo sitio; vi al tipo ese hablando contigo y sentí rabia, tuve ganas de preguntarle qué hacía a tu lado. Me controlé, quiero que lo sepas.

—Entonces eras tú.

—Sí —responde confuso.

—Te vi y creí que mi mente me jugaba una mala pasada. —Advierto la culpabilidad y la dureza de sus facciones—. Estoy orgullosa de ti, sé que puedes con esto y creo que la terapia te puede servir para que dejes de ser tan dependiente de mí y seas dueño de tus actos.

—¿Quieres realmente que sea yo?

—Con tus defectos y virtudes, pero tú, porque de lo contrario me voy a volver loca.

—Ahora que yo duermo, tú no y lo odio —se lamenta y me besa la frente con pesar—. No quiero recuperar la calma si te la robo a ti.

—Me tenías preocupada... —susurro—. Es duro, Matt.

—Lo siento mucho. —Niego con la cabeza y me araño con su barba—. ¿Qué?

—No lo sientas y demuéstreme que sí se puede.

—Te veré luego. —Me besa lenta y sensualmente—. Hoy también habrá sorpresas.

—Vale, cariño —le digo, pasándole los dedos por el pelo—. Te quiero.

—Yo más.

—Éste es mi Campbell. —Me muero cuando me sonrío—. Y espero la sorpresa muy impaciente.

¡Sexo!

Me voy en dirección a la cafetería, en la que me atiende Lizzie con el cariño y la amabilidad de siempre, y pido mi café. Poco después, veo a mi lado al chico que ayer me preguntó la hora. ¿Se habrá ido Matt? ¿O me espiará de nuevo?

—Buenos días —me saluda Luis—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

Mmm, qué bueno está el dulce relleno de cacao.

—Delicioso siempre, Lizzie.

—Gracias, reina. Te voy a preparar el café.

Luis carraspea.

—Estoy un poco perdido y me gustaría hacer amistades —explica con franqueza—. Me

encantaría tenerte entre ellas, Gis.

Y en mi mente aparece una sola imagen: Matt enfadado por esta posible amistad. Sin embargo, no podemos dar un paso atrás, los dos necesitamos nuestro espacio y la confianza hay que trabajarla, sin estar cohibidos o coaccionados por el otro.

—Será un placer, Luis. Yo no logro integrarme demasiado y me vendrá genial un poco de ayuda.

—Nos llevaremos bien, lo supe desde que ayer te vi aquí sola. Yo también soy tímido y me sentí identificado contigo. —Lizzie me sirve y se queda con nosotros—. Te hablaré un poco de mí para empezar a conocernos: me llamo Luis, como ya sabes, y tengo veintisiete años. Tengo novia desde hace seis meses y vivimos juntos aquí en Madrid.

—Pues yo soy Gis y el próximo mes cumplo veinticinco. Estoy casada y también vivimos aquí en Madrid.

Lizzie se acerca e interviene sonriente:

—Y yo sigo esperando conocer al hombre que la tiene loca. Como ella dice, es un romántico aunque él lo niegue. Ha prometido traerlo, pero ya llevo dos meses esperando.

—Vendrá —contesto, tontita al hablar de él—. Bueno, que llego tarde.

Conversamos cinco minutos más y me voy a mi clase. Cuando me cruzo con el grupo de insoportables les devuelvo la mirada y luego las ignoro.

Al volver a casa me siento desanimada. Hasta las ocho estaré sola y tendré que distraerme estudiando o leyendo... Odio los silencios y los vacíos en la soledad del día a día.

Pero al entrar en casa me extraña que *Tomy* no venga a recibirme. ¡Tal vez Matt ya haya llegado y me quiera sorprender! Oh, claro, ya me lo ha advertido.

—¡Matt! ¡Ya estoy aquí! —Me quito los zapatos y el chaquetón—. ¿Me quieres hacer el amor, cariño?

Silencio. Oh, qué jugueteón, se ha escondido...

—Vengo dispuesta a jugar y a suplicarte si es necesario —insisto—. Méteme algo, lo que quieras, pero mete, por Dios... ¡No puedo más!

¡Ah!... Mis padres salen de la cocina, con *Tomy* en brazos. Me sonrojo violentamente y me siento a punto de desfallecer. ¡Qué vergüenza! Mi padre está horrorizado, pero mi madre ríe cariñosa. Evito mirarlos, avergonzada, hasta que soy consciente de que yo no tengo culpa. Son intrusos en mi casa. ¡Nadie me ha advertido!

—¿Qué? Esperaba a mi esposo —digo con descaro—. ¿Me vais a seguir mirando así o vais a venir a darle un abrazo a vuestra hija como merece?

Los espero sonriente, hasta que de la cocina salen también el resto de los Campbell junto a mi amiga Noa. ¡Me pongo roja como un pimiento! Superando la tensión, los saludo a todos intentando disimular. A Karen le doy un largo abrazo... me hace falta. Me gustaría tanto poder explicarle lo que pasa y que me ilumine con un poco de luz en esta oscuridad que a veces me ciega...

—¿Qué hacéis aquí? —Toco el vientre de Noa, ¡lo tiene enorme!—. Matt me dijo que me daría una sorpresa, no me imaginaba que sería ésta. Pero estoy muy contenta, claro. Aunque, de saberlo, habría entrado de otra forma y ahora no me encontraría con tanta expresión divertida.

Están todos mudos y a punto de estallar en carcajadas.

—Gisele.

—¿Qué, papá?

Me cruzo de brazos y espero.

—Créeme que en este momento el nombre de Matty me suena mal, muy mal.

—Normal, se llama Matt. Además, es mi esposo y puedo bromear con él, ¿o no?—

Tus suegros están aquí, ¿qué pensarán de ti?

Joder, no me atrevo ni a mirarlos.

—Nada malo, Michael —interviene Karen y se acerca para alzarme el mentón—. Nosotros conocemos a Gisele y sabemos cómo es. Le gusta provocar y nada más. Es una chica pura y la adoramos. Nunca tenemos nada que objetar.

Con lo sensible que estoy, me emociono, puta mierda, y se me escapa un lastimero sollozo. Lloro ante mi familia política y mi amiga, que intentan consolarme.

—Gis —dice Noa—, no llores, ya conoces a tu padre.

—No lloro por él —sollozo—, es por la vergüenza ante...

En ese momento, la puerta se abre, y un desconcertado Matt nos escruta a todos al verme con lágrimas en los ojos. Roxanne le sale al paso al verlo tan alarmado; no obstante, él la esquiva y corre hasta mí.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. ¿Por qué lloras?

—Por nada... ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Quería compartir contigo la sorpresa que te he preparado y después de comer volverme al trabajo. Encontrarme con esto no es lo que esperaba al reuniros a todos. No me digas que tu padre te ha hecho llorar.

Michael se adelanta, pero Matt lo detiene con un gesto.

—Se ha comportado como una impertinente —dice mi padre—. Ha dicho una frase bastante inconveniente y...

—¿Qué frase? —lo interrumpe Matt con mirada sombría—. A ver, ¿qué frase?

Suplico en silencio que se me trague la tierra si mi padre se lo dice.

—«Matt, méteme algo, lo que quieras, pero mete, por Dios» —me imita papá poniendo voz femenina. Todos estallan en carcajadas—. ¿Qué te parece?

—Antes de nada, vamos a aclarar un punto importante: no hagas que me arrepienta de haberte invitado a nuestra casa, así que no la hagas llorar, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, Matty.

—He llegado a casa suplicándole amor a mi esposo —intervengo sin pudor—. Y lloro porque estoy muy avergonzada, sobre todo por William y Karen...

—Cielo, ya le hemos dicho que no pasa nada —dice Karen ante la mirada divertida de su marido. La mirada de Matt es indescriptible y, abriendo y cerrando el puño, me coge de la mano y me lleva con él rumbo a la escalera. ¡Oh!

—Si nos disculpáis, enseguida volvemos —les dice a los demás—. Que nadie nos moleste, quiero aclarar ciertos puntos con mi mujer. —Y, con mofa, se dirige a mi padre—. Voy a castigar a tu hija como se merece, tranquilo.

Tiemblo mientras me arrastra hasta la habitación, pero a la vez, aguardo anhelante lo que me tenga reservado. Sí, sí. Qué sorpresa me está regalando. ¡Me encanta!

—Gisele, te has portado como una chica mala.

—Sí.

Frenética, asiento con la cabeza y me arañó la palma de la mano.

—¿Y te divierte?

—Depende del castigo.

Me arqueo y lo provoco; él, nervioso, se pellizca la nariz.

—Esta boca necesita un castigo, y grande...

—¿Tú crees?

Da vueltas por la habitación, con los ojos entrecerrados y las manos cogidas detrás. No deja de mirarme en ningún momento y yo estoy hecha gelatina... Qué interesante.

—Tú eres el único culpable de esto. —Se finge enfadado, pero sé que en realidad está divertido, lo conozco—. Soy tu esposa y me tienes hambrienta... así que suplicaba que me metieses algo.

—¿Algo? —Alza una ceja—. ¿Algo como qué?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Sí, quiero saberlo ya —contesta.

Me pongo de rodillas frente a él y, sin pedirle permiso, le desabrocho el pantalón y dejo su pene al descubierto. Saboreo la punta. Delicioso.

—Esto, Campbell, esto. —Gime y yo paso de nuevo la lengua.

Sin pensarlo y sin dejar de saborearlo un solo segundo, bajo la mano hasta mi sexo y me acaricio.

—¡Ah! ¡Dios! —no puedo evitar gemir al tocarme.

Matt se descompone.

—Gisele... —Contempla cómo con la lengua lamo su virilidad, sin control, desesperada, famélica. Y con una mano me acaricio el clítoris, para, un instante más tarde, hundir un dedo en mi interior y luego otro—. Basta.

Se arrodilla frente a mí, haciendo que lo suelte.

—Mi loca esposa —gruñe, buscando mi boca—. Te amo por ser así, extraño a esta descarada cuando está ausente, cuando se aleja. Me vuelves loco cuando te siento tan entregada. No lo soporto más. Lo siento, pero me rindo.

—No lo sientas... Dios —gimo con desespero, mientras me chupa la mandíbula e introduce la mano dentro de mi pantalón. Un roce y ya estoy mojada—. Oh, Matt... te anhelaba tanto...

Me tumba en el suelo y me va quitando la ropa poco a poco. Rozándome a cada paso. Mi piel está caliente y hambrienta de él. Tiemblo al sentirme adorada por sus ojos, que recorren cada curva de mi cuerpo. Resoplo y jadeo, su presencia poderosa me puede. Es fiero y transparente a la vez cuando me mira.

—Sólo tú eres tan complicado como para querer hacerme esto con todos abajo —murmuro y le arranco la camisa, acariciándole el pecho y el estómago. Me enloquece—. Pero no me importa, estoy demasiado ansiosa.

—Yo más... Yo siempre más.

—Más loco sí, más tonto y más cabezota también —contesto, abriendo las piernas—. Más ansioso, no, tampoco me amas más que yo a ti. Entiéndelo de una vez.

No dice nada y aprieta los dientes; yo, fogosa, me muerdo los labios para no gritar cuando me penetra hasta el fondo. Me dilata y se adentra en mí con agonía. Lo rodeo con piernas y brazos, no permitiéndole escapar.

Rozo el cielo ante la calidez que nos invade, siempre he estado hecha a su medida.

—Matt... no hay sensación más plena que ésta. —Le atrapo el labio y se lo succiono—. Se te ve tan salvaje... Adelante, no te controles.

No obedece, se sigue moviendo suave, con estocadas lentas y tranquilas. Se balancea relajado y me penetra tan despacio que el anhelo me duele. No soporto lo calmado que está, son muchos días sin sentirnos como ahora. Busco sus ojos y le sostengo la mirada, asiento con la cabeza, dándole el permiso que su mirada implora.

—Me muero por hacerlo —empuja con más ímpetu—, pero no quiero hacerte daño.

—No me lo harás... Recuerda que he sido traviesa, y que a las niñas así se les da duro, no suave.

—Eres mi perdición —ríe, besándome—. Mi chica de servicio, mi descarada —masculla, al irrumpir con más fuerza—. Tan receptiva y mojada... tan apretada siempre.

Pero cesa en sus movimientos y yo me quejo entre jadeos, agonizo.

—Matt —gimoteo—, me duele, por favor, sigue.

—¿Te duele? —se alarma.

—Sí, pero de las ganas que tengo de ti.

Entonces se muestra de una vez por todas como el hombre hambriento que es. Empuja enérgico, sin controlarse y yo me vuelvo loca con la colosal voracidad que advierto en su reclamo. Me sujeta las manos por encima de la cabeza y me contempla con una sonrisa que me embelesa...

—Gisele —gruñe y me besa el cuello—, tan cálida y suave.

Yo intento reprimir mis gritos al recordar que las visitas pueden oírnos.

—Te he echado de menos —confiesa acelerado, hundiendo la cabeza en mis senos—. Tanto que no sé cómo lo he soportado. Me moría por tocarte... Mi Gisele.

Yo me he quedado sin voz, y sollozo disfrutando del placer que me está dando. Matt me hace experimentar un día más qué es el amor, un mundo que yo desconocía y sin el que ahora no podría vivir.

—¿Eh? —llama Eric tras la puerta—. Han traído un sobre.

—¡Fuera! —gritamos Matt y yo a la vez.

—Ven. —Matt me levanta enfadado y me lleva hasta el baño—. Jodido Eric.

Protesto vacía de él, pero Matt me apoya en la encimera del lavabo, se coloca entre mis piernas y entra en mí de nuevo de una sola y dura acometida.

Succiona, muerde y chupa con la desesperación de tantos días sin tocarnos. Regresa a mi boca, que devora con ansia, sin tregua.

—¿Estás bien? —pregunta sin voz. Asiento y cierro los ojos, esperando el siguiente asalto y, cuando llega, grito, no puedo controlarme ante la profundidad de la invasión. Me muevo hacia delante y hacia atrás, acompañándolo y friccionando nuestros sexos, incrementando la fluidez de la unión.

—Así, así —suplico tirándole del pelo—. Te necesito así.

Las sensaciones se disparan y siento que caigo en el abismo y lo arrastro conmigo... Matt suelta un aullido que se pierde en mi boca y recibo su gozo en mi interior.

Lo abrazo con pasión. ¡Me siento tan feliz al tenerlo de vuelta!

—Te quiero. Eres tan hermosa y dulce después de hacer el amor...

—Y tú, tan romántico... —Hace una mueca de disgusto—. ¿Por qué odias tanto esa palabra?
—Para mí significa vulnerabilidad, sé que soy vulnerable contigo, pero no me gusta sentirme así. Aún menos que me lo recuerden.

Manías.

Nos besamos, rozando nuestros cuerpos sudorosos.

—Habrás que bajar. —Suspira y se apoya en mi frente—. Te amo, preciosa.

—Yo también.

Y me da un beso que me deja sin aliento, casi excitándome otra vez.

—Esta noche seguiremos con este apasionado beso y, prepárate, porque no vas a dormir. —Tuerce el gesto y me sonrío con melancolía—. Son muchos momentos los que tenemos que recuperar.

—Encantada con esta promesa tan tentadora. Se terminó la conquista y el juego de seducción —le recuerdo triunfante—. Hasta luego, Campbell.

Al llegar a la puerta, me observa con un brillo especial en esos ojos verdes que me pertenecen. Se lo ve mucho más estable.

Sonriendo, le lanzo un beso y se va. Me doy una ducha rápida y me apresuro para bajar con las visitas. ¿Me preguntarán sobre Matt? ¿Hasta cuándo se quedarán? Me preocupa tener que mirar a Karen y William a los ojos y no poder explicarles el problema que arrastra su hijo.

Prohibiéndome pensar en cosas tristes, me pongo el albornoz y, cuando salgo del cuarto de baño, me sorprende al ver a Matt sentado en la cama, ya vestido y mirando, ¿unas fotografías?

—¿Sigues aquí? —Reconozco su mirada perdida, el impulso que lo lleva a golpear lo que tenga delante—. ¿Qué es eso?

Lanza las fotos sobre la cama y, cuando las veo, me echo a temblar. En ellas estamos Adam, el hermano de Diego, y yo. De no haber estado allí, diría que son reales. Parece que yo esté acariciando a ese cerdo en vez de dándole una bofetada. En otra es como si le estuviera sonriendo coqueta, cuando lo que hacía era burlarme de él durante la discusión.

—Matt...

Me mira inexpresivo y sé que el destino nos pone a prueba respecto a nuestras promesas de confiar en el otro. Mis palabras servirán de muy poco ante estas pruebas tan manipuladas. Aun así, confío en Matt y sé que me creará por encima de las fotografías... Nuestro amor es más fuerte.

—Alguien nos quiere hacer daño —afirmo, desde una distancia prudente—. No es lo que parece.

17



Unidos

Espero paciente y esperanzada su reacción.

—Maldito cerdo —escupe Matt, con los puños apretados—. Ésa no es forma de mirar a una mujer casada, a *mi* mujer. Nos veremos las caras. Juro que así será.

Luego se queda en silencio. Sé que ha cambiado, que su mejora de estas semanas es notable y su actitud, positiva. Confío en que se controlará, pese a la dureza de sus palabras.

Prácticamente se tira del pelo al volver a hablar por fin:

—¿Qué esperas que te diga? —Me encojo de hombros, apenada—. Sé lo que estás pensando. Crees que no voy a confiar en ti después de ver estas fotografías, que todo está tan claro que no voy a tener dudas.

—Estoy inquieta, pero tengo más confianza en ti de la que piensas.

Se acerca a mí con paso lento y yo, angustiada, retrocedo hasta chocar con la pared. Él, con los puños aún cerrados, me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Gisele, siento defraudarte y dejarme arrastrar de nuevo por mis impulsos, pero ese hombre me las pagará —dice con voz ronca—. Confío en ti, claro que lo hago. No pienso perderte por mierdas como ésta, pero dame la satisfacción de enfrentarme a ese idiota, por haberse atrevido a coquetear contigo. Por mirarte como lo hizo... por rozarte siquiera.

—Yo ya le paré los pies, te lo dije el día de mi llegada —digo entrecortada—. En la foto parece que le acaricio la cara, no es otra cosa más que una bofetada.

Cierra los ojos e inspira hondo. Sé que para él es difícil controlarse. Le acaricio los párpados y poco a poco se va calmando. Me sonrío y yo él. No sé el porqué de su sonrisa, pero lo acompaño.

—Ésta es mi salvaje, mi atrevida que no se arredra ante nada y que demuestra su fortaleza. Al ver estas fotos, sólo he podido sentir rabia al pensar que yo no estaba allí para protegerte de haber sido necesario. —Vuelve a estar intranquilo y alterado—. ¿Quién puede haberlas mandado? —reflexiona en voz alta.

—Ha de ser alguien cercano, Matt. Saben que si te hacen daño a ti, me lo hacen a mí, y viceversa. Tenemos que resolverlo pronto, por nuestro bien... Está claro que es una venganza.

—¿Quién estaba en el restaurante cuando tú llegaste, después del enfrentamiento con Adam?

—No lo recuerdo con claridad, creo que la mayor parte del equipo. La verdad, no sabría decirte quién faltaba. Al llegar, me senté con Denis y no presté atención al resto.

Matt asiente pensativo.

—Si recuerdas algo más, dímelo. Es alguien que vive aquí, pero que estuvo allí contigo, la carta no viene de Nueva York.

—Lo vamos a solucionar, Matt, lo importante es estar unidos —digo y le acaricio el espeso cabello—. Estate alerta en la oficina, no te fíes de nadie. Tiene que ser alguien de allí.

—¿Denis te cuidó como debía?

—Descártalo, estoy completamente segura de que jamás te haría daño —afirmo sin dudar—. Céntrate en los demás, no pierdas tiempo.

—No pienso descartar a nadie.

—Te entiendo, pero creo que Denis es un buen amigo...

—También lo creía de Sam, ¡y luego me la jugó!

No le contradigo, sé que tiene razón. Asumo que su desconfianza nunca lo abandonará, después de tantos engaños, pero tengo que apoyarlo, me digo, estamos unidos.

—Déjame hacer una cosa o no me sacaré esta rabia de dentro.

Coge su iPhone y marca. Su gesto es duro, rígido, mientras espera que le contesten. ¿A quién habrá llamado?

—¿Diego? Soy Matt Campbell.

Oh, Dios, Dios.

—Te llamo para invitarte a una cena el próximo mes, aquí en Madrid. Es una cena de negocios y me gustaría que estuvieses. Trataremos temas muy importantes para futuros proyectos. —Su tono es engañosamente amable—. Sí, claro, mañana te confirmo la fecha. Y trae a tu esposa, la mía también irá. Por favor, invita asimismo a Adam, quiero proponerle algo. —Sudo incluso con el frío que me hiela los huesos mientras paseo nerviosa por la habitación. Esto no va a traer nada bueno.

—Él tiene la clave —me dice Matt tras cortar la llamada—. Ese mierda hablará y me las pagará.

—De acuerdo, pero no te alteres, por favor. Piensa en ti, y en el tratamiento...

—Vístete —me dice—. Quiero que vayamos juntos a la oficina. Que la persona que nos ha mandado las fotos entienda que no ha servido de nada y, de paso, quizá al verlos algo te llame la atención.

—Pero ¿y la familia? —pregunto agobiada—. Son nuestros invitados, no podemos dejarlos solos en casa. Teníamos muchas ganas de vernos y...

—Yo me ocupo, voy bajando.

—¿Qué les vas a decir?

—Que tenemos que ir a la empresa y cenaremos en un restaurante cercano, ¿te parece bien?

—Sí, voy a vestirme.

Me seco el pelo y me visto formal, con chaqueta. Al bajar, todos me miran con cariño.

William se adelanta.

—Estás preciosa, Gisele, y más delgada.

Me acerco a mi madre, que me abraza casi hasta ahogarme.

—¿Y Scott? —pregunto.

—Trabajando, pero vendrá a la cena.

Miro a Roxanne, que se ha puesto tensa al oírme mencionar a mi hermano. ¿Tan mal se llevan que ni siquiera se soportan en reuniones familiares?

Cuando llegamos a la oficina, la familia visita las distintas dependencias, mientras yo me quedo con Matt, que mira las fotos de un reportaje bonito.

—Matt, ¿te acuerdas de Dylan? —le pregunto, al recordar al antiguo empleado.

—Descartado —me murmura al oído—. Ése es un niño pijo que se marchó y no volvimos a saber nada de él.

Denis, Charles y Brittany nos miran de reojo... ¿Alguno de ellos podría ser? No lo creo. Qué agobio, la cabeza me va a estallar un día más.

—Voy por un poco de agua. ¿Te apetece algo, Matt?

Niega, dándome un beso en la frente.

—No tardo —digo yo.

Cuando vuelvo, me siento a su lado y lo miro.

—Si quieres, ve a buscar a los demás, no quiero que te aburras.

—Eso es imposible a tu lado.

Sin ser consciente, al cabo de un rato empiezo a dar cabezadas, pero el móvil de Matt suena con insistencia, sacándome de mi trance.

Duermo poco por las noches y apenas tengo tranquilidad en el día a día.

—Matt, el móvil está sonando —le digo, pero él me mira con rostro inexpresivo—. ¿Qué pasa?

—Es Amanda.

—Pues cógelo —le ordeno, despejándome—. Matt, cógelo.

Lo hace con desgana.

—Dime. —Me acerco y la oigo—. ¿Qué pasa ahora?

—Matt, Andy acaba de salir, escúchame...

—Mi esposa está conmigo —la corta, sin permitirle acabar.

—¿Gisele ha estado en Nueva York? —pregunta Amanda.

Ambos nos agarrotamos ante la pregunta.

—Sí, ha estado en Nueva York.

—Andy ha estado dos días y medio fuera de casa, y hoy me ha confesado que fue tras Gisele. Dime que no se han visto; por favor, dímelo.

—No, Amanda, mi mujer no ha visto a Andy en Nueva York, no se han vuelto a ver desde aquella primera noche en que coincidieron.

—Pero Andy dice...

—No me importa lo que él diga. Gisele me lo ha asegurado y no voy a dudar de ella, ¿me entiendes?

Aprieto los dientes y, con frialdad, le cojo el maldito teléfono.

—Amanda, soy Gisele, ¿qué coño pasa?

—Andy insiste en que os veis...

—No lo he visto ni pienso verlo, que te quede claro de una vez por todas. Y te pido que no llames más a Matt. No quiero ser borde, pero ya me estás cansando.

Él da un paso para quitarme el teléfono, pero yo lo aparto.

—Yo lo quiero bien —dice Amanda—, no pretendo hacerle ningún daño.

—Me da igual si lo quieres bien o mal, no lo quieras de ninguna manera. Matt no forma parte de tu vida, deja de llevarlo a tu terreno. Y ahora, si me disculpas, creo que ya no tenemos más nada que hablar. —Corto la llamada y me encaro con Matt—. ¿Son muchas más las perritas que te van a molestar?

Sin vacilar, avanzo y le atrapo la mandíbula, fuerte y apretada.

—Me cansa que cuando no es Alicia sea Silvia, Amanda o quien sea. —Lo escudriño—. ¡No tengo paciencia para mujerzuelas que provocan a mi marido!

—Estás celosa —dice encendido—. Ardo al verte tan posesiva.

¿De qué va? Reparo en lo excitado que está.

—Ojo, Campbell, ándate con ojo, porque sí, yo también soy celosa de lo mío y esto —señalo su entrepierna— lo habrán probado muchas, pero eso se acabó.

—Lo que tengo contigo no tiene nada que ver con ellas. Era sexo y nada más. Tú en cambio me haces sentir pleno, satisfecho y con una paz que nunca he encontrado en ningún otro lugar. No dudes de mis palabras. Y no te compares con nadie, porque es imposible.

—Te amo, Matt —susurro, y luego añado—: ¿No crees que ya tenemos al culpable? Si Andy estuvo en Nueva York...

—Él hizo las fotos —termina la frase.

La cena es un éxito. Lo pasamos muy bien y, cuando hablamos de la próxima Navidad, yo propongo que este año la celebremos todos juntos en Lugo.

Las dos familias están entusiasmadas con la idea, y yo con ellos, pero Matt se me acerca y, dándome un fingido beso, me susurra al oído:

—No creo que sea buena idea. No vayas.

18



Un doloroso descubrimiento

Como quedamos hace una semana en la cena, el día 23 llegamos a Lugo. Matt y yo nos quedaremos en casa de mis padres, junto con Scott; Noa y el resto de los Campbell se alojarán en el Hotel Pazo de Orbán.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Matt justo antes de que entremos en casa.

—Sí... pero hace meses que no vengo por aquí y extraño tanto esto... Me fui en junio, con unos planes totalmente diferentes, y mírame ahora: diciembre y mi mundo ha cambiado.

—¿De una manera que tú no habrías elegido?

—Matt, entremos, que te desvías del tema —lo regaño, cruzando el umbral. El olor me embriaga y me transporta a otro tiempo. Más aburrido y rutinario, enfrascada en los estudios y el trabajo, mimada y cuidada como ahora, aunque con más espacio para mí, con mayor intimidad. Aun así, no volvería atrás.

—Tu habitación te espera —dice mamá, con una sonrisa que no le cabe en el rostro—. La cama no es muy amplia para dos, pero...

—Mejor —la interrumpo—, con el frío de diciembre, me acurrucaré más contra Matt.

Éste no se ríe, se lo ve tenso y mira alrededor como si esperase que fuera a aparecer un intruso.

—Subamos —le propongo.

Silenciosos, subimos a la segunda planta y, con una sonrisa, le enseño el sitio donde más tiempo he vivido antes de conocerlo. Rodeada de libros, música y con una calma diferente.

—¿Qué te parece?

—Muy distinta a la de nuestra casa —contesta, mirando la habitación—. Discreta, nada parecida a ti. Mucho menos afín a tu carácter.

Pongo los ojos en blanco y me coloco frente a él con los brazos cruzados.

—Campbell, vamos a dejar claros ciertos puntos: ésta es una habitación de estudiante y la de casa es la de un matrimonio, creo que la diferencia está clara. No busques problemas donde no los hay, ¿de acuerdo?

—Perfecto, de momento... —Me rodea con sus brazos y me besa—. ¿Qué te apetece que hagamos?

—¿Vamos a comprar el árbol de Navidad, regalos...?

—Es verdad, regalos para poner debajo del árbol. No recordaba que estamos a dos días de la llegada de Santa Claus.

—¿Perdón? —replico con vehemencia—. Aquí, en casa se celebran los Reyes Magos. El 6 de enero es cuando nos damos los regalos.

—En la mía, el día de Navidad.

—Pero ahora estamos en mi casa.

—Tu casa está en Madrid o en Málaga —reponde agriamente—, no olvides ese detalle.

Quizá me he precipitado y tendríamos que haber ido a Málaga, a nuestro refugio, pero me pareció que venir aquí sería lo mejor. Ahora lo dudo.

Llaman a la puerta y aparece mi hermano Scott, que nos saluda inquieto.

—Matt, tu familia acaba de llegar y las chicas han propuesto ir de compras juntas, ya sabes. Tu padre ha sugerido que te enseñe por dónde nos movemos habitualmente y, en pocas palabras, vengo a raptarte.

—Me encanta la idea —contesto ilusionada—. Matt, tú odias las compras navideñas y a mí en cambio me encantan. ¿Cuánto tiempo hace que no tenemos vida social cada uno por su lado?

—Pequeña... —me advierte Scott, ante la mirada que aparece en los ojos de Matt—. Intentemos tener unos días tranquilos, ¿de acuerdo?

—Yo estoy la mar de bien.

—Y yo con ella, supongo —bromea Matt forzado, aferrado a mi cintura—. De acuerdo, así, de paso, me ocupo de averiguar qué te traerá Santa Claus.

Sonríó al ver que juega conmigo, pero yo no me rindo.

—¡Bien y a ti los Reyes!

—Cualquier cosa que necesites, llámame —añade él sin una pizca de humor.

—Ve tranquilo.

—Matt, no te preocupes, mi pequeña sabe cuidarse.

Los dejo ir; sin embargo, me quedo tensa e intranquila. Desde que llegaron las fotografías, Matt está distinto, duerme y come bien, su humor continúa estable, pero su comportamiento me confunde. Se lo ve a menudo pensativo y no se separa de mí.

Estos días nos pueden venir bien a ambos, rodeados de la familia, saliendo un poco de la burbuja en la que nos metimos desde el momento en que nos conocimos. Donde sólo somos dos.

—¿Vamos? —pregunta Noa, asomando la cabeza junto con Roxanne; ahora son buenas amigas—. Hace mucho que no salimos solas, Gis. ¿Te encuentras bien?

—Claro.

—Pues entonces, ¿a qué esperamos? —insiste Noa—. Podrías aprovechar y comprarte un vestido para la boda de Eric y mía, ya que no has podido hacerlo aún.

—¿A qué tanta prisa para casaros? El bebé nacerá en marzo y podríais esperar. Recuerda el agobio que yo pasé por la impaciencia de Matt.

Roxanne se aparta de nosotras y veo que se detiene ante una fotografía mía con mi hermano, de hace dos años. La coge y la contempla pensativa.

—No estamos bien —murmura Noa sacándome de mi distracción—. Nos hemos planteado casarnos y viajar juntos un par de semanas. Vamos a tener un bebé y queremos hacer lo posible por preservar esta relación.

—Pero ¿para eso es necesaria una boda? Noa, eso es muy serio si no estáis bien. Pero me dejás asombrada. Yo os he visto cómplices en todo momento; en general, os demostráis mucho amor.

—Hay días... ya sabes. También es distinto cuando estamos con todos que en el día a día. Pero la realidad es que no terminamos de entendernos.

—Yo ya le he dicho que se precipita, que es una locura embarcarse en un matrimonio sólo porque vayan a tener un bebé —interviene Roxanne—. Son jóvenes y hay alternativas, pero ninguno de los dos atiende a razones.

—No quiero otro fracaso como con Manu. —Se acaricia el vientre y los ojos se le ponen vidriosos—. Tengo que intentarlo.

—Se puede hacer sin esta clase de ataduras —insisto—. Piénsalo, Noa.

—También tú te precipitaste —me recuerda a la defensiva—, y eres feliz, ¿no?

—Es diferente.

—¿Por qué? —pregunta Roxanne—. ¿Sucedó algo que no sepamos?

—No te entiendo.

—No siempre respondes a las llamadas y mi hermano aún menos. Estas últimas han sido unas semanas extrañas, en las que apenas hemos hablado ni sabido de vosotros. La Barbie es observadora, sobre todo cuando se trata de su hermano Matt.

—La convivencia es difícil —respondo vagamente—. Pero todo va bien, y soy feliz. Perdona, Noa, supongo que no soy nadie para cuestionar nada, espero que todo salga bien. ¿Nos vamos?

Cogemos los bolsos y nos vamos junto con mamá y Karen, que no paran de hablar entre ellas. Pasamos la tarde de tienda en tienda y por fin puedo comprar el árbol de Navidad y su decoración. También perfumes y detalles para la familia... A Matt le dejaré su regalo el día que él espera. Es un corazón partido en dos, con la fecha de nuestra boda y nuestros nombres, grabados en la mitad del otro.

Al regresar, me espera en casa de mis padres y se funde conmigo en un fuerte abrazo. Aspira mi olor y me mira con ternura, y me sorprende al decir que quiere decorar el árbol conmigo.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, ahora mejor.

—También yo. —Sonríe deslumbrándome—. Estás preciosa, tan abrigada.

—Y tú tan deportivo.

Entre risas, me acaricia el vientre, meloso, y me susurra tonterías al oído. Y no sé qué me pasa al sentir el tacto de sus manos heladas en mi piel, que me dejo llevar y digo:

—Matt —me sonrojo—, voy a pensar lo del bebé.

¡Ups! ¿He dicho esto?

—¿Hablas en serio?

—Sí, pero no te prometo nada...

—Dios, Gisele. —Me alza en brazos y gira conmigo por la habitación—. Te amo, te amo. Prometo que seré un buen padre.

Siento náuseas. Ay, ¿por qué seré tan impulsiva?

—Lo pensaré, recuérdalo.

—No me hagas esperar —bromea entre beso y beso. No obstante, con voz estrangulada y ojos brillantes, añade—. O te tiraré de nuevo la píldora.

—¡Bobo!

Mi hermano suelta una carcajada al vernos tan acaramelados y Roxanne se ríe también. Alzo una ceja, ¿la Barbie y el Ken? Sacudo la cabeza ante las locuras que se me ocurren. Si es evidente que no se soportan...

—¡Perfecto! —exclamo cuando terminamos de adornar el árbol—. ¡Nos ha quedado de maravilla! —Me arrojo a los brazos de Matt—. Tiene tu toque especial, me encanta.

—He visto a Álvaro a lo lejos, con tu padre —me dice entonces al oído. Me aprieta la mano y me hace daño sin darse cuenta—. Prométeme que no vamos a discutir por él.

—Matt...

—Promételo.

—De acuerdo —musito contra su cuello—. Lo prometo, pero estaremos bien.

El día 25 nos encontramos a las ocho de la mañana con mi familia, ya que la de Matt llegará más tarde. Él recibe mi medio corazón, emocionado.

—El mío lo tienes entero —me dice entre beso y beso—, lo sabes, ¿verdad?

—También tú el mío, Matt.

Él me sorprende una vez más con un detalle que no espero: ha adquirido una vivienda aquí en Lugo, que será nuestra dentro de un mes, para que podamos venir siempre que podamos.

Es pequeña y acogedora, justo lo que necesitamos. Parecida a la de mis padres... Se me saltan las lágrimas. ¿No es un amor?

—¡Gracias, Matt! —Soy feliz, lo soy—. Te quiero, me encanta.

—¿No es lo que querías? —Me acuna entre sus brazos con ternura, ante la mirada atenta de mis padres—. Nos escaparemos cuando quieras. Ahora ya tenemos nuestra casa.

—Hoy estás un poco apagado, ¿qué te sucede?

—Echo de menos los momentos contigo, en la intimidad. La pasión que...

—Cariño, ¿me ayudas a servir el desayuno? —me pide mamá—. No puedo con todo y los Campbell están a punto de llegar.

—Voy. —Matt resopla contrariado—. No te enfades, te prometo que no tardaré.

—Eso espero.

Mis padres lo escrutan con un detenimiento que no me resulta cómodo. Sé que hay algo que me ocultan y, aunque ayer pasamos un día agradable, intuía que no me cuentan lo que les preocupa.

—Gis, cielo... ¿qué es lo que toma Matt? —me pregunta mi madre.

—¿Perdón? —Me sorprende—. No entiendo tu pregunta.

—Tu padre dice que ayer lo vio tomarse una pastilla, ¿para qué es?

—Mamá...

—¿Se está drogando? —Joder, joder—. No me mientas, ¿crees que no hemos notado lo mal que has estado estas semanas pasadas? No respondías a las llamadas y, si lo hacías, sonabas rara. ¿Qué pasa, hija?

En una bandeja, pongo dulces, zumos, café y tostadas. Mi madre me conoce lo suficiente como para adivinar lo que callo con mi silencio y suplico que me entienda. Estoy entre la espada y la pared, cada día más presionada.

—Sólo te pido que confíes en mí —digo finalmente.

—Estamos muy preocupados y no queremos hablar con los Campbell, pero...

—No lo hagas —le ruego aferrándome a su mano—, te estoy pidiendo que me entiendas y me apoyes.

—¿En qué, Gisele? —insiste—. No sabemos en qué andáis metidos.

—En nada malo, no echas a perder los días que estaré aquí.

Sin dejarla seguir indagando, llevo el desayuno a la mesa. Matt se me acerca y sé que me conoce lo suficiente como para saber que no estoy bien. Aun así, calla y se muestra cariñoso conmigo, aunque en sus ojos veo la incertidumbre... ¿Cómo proteger su intimidad sin airear su problema y que no le atribuyan otro?

Pensaba que con el paso de los días la situación mejoraría, pero no es así. La sensación que

tengo es que me están distanciando de él. Cada mañana, organizan un plan, chicas y chicos separados. Disfruto en cierta manera, necesitada como estoy de mi espacio y de las risas con ellas... hasta que soy consciente de lo que significa.

Un día, Matt termina golpeando la pared a escondidas y al volver y verle el puño, me encojo de pena. ¿Qué hacemos aquí? Tanto Roxanne como Scott, por separado, opinan que el viaje nos está separando.

Esa noche, cuando todos duermen, zarandeo a Matt.

—¿Qué sucede? —se sobresalta.

—Te echo de menos... ¿Estás bien?

—Hace días que no, ya lo ves —susurra besándome—. Quiero más de ti.

—¿Qué puedo hacer?

Salta de la cama y me lanza el chaquetón. Él alcanza el suyo y, con los pijamas debajo, me coge de la mano y como dos fugitivos nos escapamos de la casa. Le sonrío en la puerta y él, con seguridad, me empuja hasta el garaje de mis padres y me empotra contra la pared. No hay luz, no hay gente ni ruidos. Estamos dispuestos al desenfreno... lejos de mi familia.

—¿Qué estamos haciendo en esta casa? —pregunta y se desabrocha el chaquetón—. Te estás alejando y no lo soporto.

—No hables, no quiero pensar.

—¿Qué necesitas?

—Que me hagas el amor hasta romperme —gimo y él sonríe—. Campbell, tu sonrisa hace que mi corazón se desboque.

—Necesitaba esta calma, tú, yo y nadie más.

—Yo también.

—Recuerda que siempre voy a querer más, mucho más.

—Qué morboso es esto, teniendo sexo como adolescentes.

Suelta una carcajada y yo lo acaricio. Hoy, ahora, soy toda para él.

A la mañana siguiente comprobamos que nadie notó anoche nuestra ausencia. Creo que mejoran las cosas, pero no estoy segura. Mis padres son agobiantes.

Me cruzo con Álvaro por la calle y nos saludamos sin hablar, con un gesto. A espaldas de Matt.

Las noches son menos fogosas, al procurar no armar escándalo... La cena de Nochevieja no es lo que yo me imaginaba, lo que esperaba al venir aquí. Es silenciosa, con Matt inquieto y su familia intuyendo que no está en su mejor momento. Mis padres le dedican intrigadas miradas cargadas con miles de preguntas... Noa y Eric me preguntan y yo les digo que todo va bien.

Un comentario de papá cerca de la hora de las uvas, al hablar del embarazo de mi amiga, destroza por completo mi armonía:

—Los Campbell son muy apesurados, estos dos chicos van a la carrera. Con este plan, dentro de nada nos veremos rodeados de nietos y creo que sería una locura.

Me atraganto con un polvorón, mientras Matt me masajea la espalda con suavidad, pese a la expresión tan aterradora que le desfigura el semblante.

—Pues a mí me encantaría —afirma su padre—. ¿No es cierto, Karen?

—Respira —me dice Matt—. William, ese tema...

—¡Oh, Dios! —grita mi madre, corriendo hacia mí—. Hija, ¿estás embarazada?

Matt hace una mueca extraña y yo me empiezo a hartar.

—N-No no me toques la barriga... Aún vamos a esperar un poco.

—Nena.

No puedo más y me dan ganas de hacer una maldita locura e irnos Matt y yo donde sea a tomar nuestras primeras uvas juntos, a celebrar nuestro primer Año Nuevo.

Pero son las doce menos cinco y lo que hago es llevármelo a un rincón de la sala, donde, un poco apartados, escuchamos las campanadas que dan la bienvenida al Año Nuevo.

—Te quiero, nena. Por muchos años más como éste —dice brindando conmigo—, por un principio y final juntos.

Asiento emocionada. Hace seis meses y medio que nos conocemos y me parece que es desde toda la vida.

—Ven, bailemos. —Me guía hasta el centro de la estancia cuando empieza a sonar la música —. Te quiero, estás preciosa.

La voz de Pablo Alborán se cuela entre nosotros. Matt conoce la canción y la tararea con una voz seca y ronca. Me apoyo en su hombro, pero él no me lo consiente y reclama que lo mire.

Porque tengo miedo, miedo de quererte

y que no quieras volver a verme.

Por eso dime que me quieres, o dime que ya no lo sientes,

que ya no corre por tus venas ese calor que siento al verte;

no lo intentes, sé que me mientes...

Empiezo a notar que te pierdo, empiezo ya a echarte de menos,

acaso te miento, no es cierto que se va apagando lo nuestro,

y ahora dirás que eso es mentira, que soy el único en tu vida,

te sigo notando perdida...

—Matt...

—Todo va bien, cariño.

Pero no es así. De regreso en nuestra casa de Madrid, me parece que no se alimenta como antes y que no duerme tan profundamente, incluso a veces creo que finge dormir. ¿Me estaré volviendo loca? No lo sé, ya no sé nada.

El día 3 de enero, se despierta a las ocho de la mañana y yo me incorporo, sorprendiéndolo tras una noche en vela.

—¿Adónde vas, Matt?

—A terapia —contesta incómodo—. Vuelve a dormir.

—¿Puedo acompañarte?

—No, ya sabes que no.

Me besa la frente y se va, dejándome aturdida y sola.

Pero no me rindo, y corro a vestirme, a seguirlo... Durante más de dos horas, se sienta en la cafetería Che Madrid Dulces y Salados con los brazos cruzados y ensimismado. ¿Me ha mentado sólo hoy o lo hace constantemente?

Hecha una mierda, vuelvo a casa, me acurruco con *Tomy* en el sofá y me cubro con una manta. Poco después, recibo un mensaje de Scott.

Ábreles a nuestros padres. Los acabo de soltar en la puerta de tu casa. Pequeña, tenéis que contárselo de una vez. Están muy preocupados y han querido parar aquí en vez de ir directos a Málaga para la boda de Noa. Quieren verte. Te quiero y sí, tienes razón, Matt tiene más altibajos que de costumbre.

Mierda y mierda. ¡Me niego!

—¡Gis, rápido! —Me sobresalto. Es mi madre. Abro y la veo pálida y asustada—. Sal, corre, Matt se está peleando con otro chico.

—¿¡Qué dices!? —Al llegar, veo a Matt sentado sobre alguien que se tapa la cara, mientras mi padre trata de separarlos—. No, no. ¡Basta!

Pero cuando la ira lo ciega no me oye y así sucede también esta vez. Corro a su lado para que me vea y, cuando lo hace, deja el puño suspendido en el aire. Su mirada es irreconocible, de hielo frío, puro. Me aterroriza su expresión.

—¿Por qué...? —La pregunta se me atasca en la garganta al ver quién es el individuo que se halla debajo de él—. Andy...

Matt está sangrando y tiene el jersey roto por el forcejeo.

—Vamos a casa, Matt.

—Entra —me ordena fríamente—. Gisele, entra en casa.

Niego con la cabeza y me arrodillo a su lado, tranquilizándolo. Le suplico que pare, con el miedo invadiendo mis sentidos.

—Lo vas a matar —sollozo—, no vale la pena, Matt.

—No habla, el maldito bastardo no quiere hablar —dice, todavía encima de Andy, jadeante—. Y encima tiene el descaro de negar lo evidente. ¡Nos está utilizando para vengarse de Amanda, no hay más explicaciones!

«Las fotografías...»

—Matty, vamos. —Mi padre, tira de él—. ¿No ves que la estás haciendo llorar? Basta ya, joder.

Sabe muy bien lo que busca con estas palabras. Matt me mira y se levanta sin dudar. Seguidamente, observa a Andy con asco. Sé que quiere más venganza y que se detiene por mí.

Lo amo con cada célula de mi cuerpo y rezo por que no me defraude.

—¡No vuelvas o juro que te mataré!

Como puedo, lo llevo hacia casa, seguida de mis padres.

—No me mires así —le dice a mi padre—, yo no soy el culpable. Ese cerdo ha venido hasta mi casa para llamarme cobarde por no tener el valor de haber ido a buscarlo antes. ¡Por no haberlo hecho para complacer a Gisele! ¡Por no hacerle daño! —Nervioso, se pasa la mano por el pelo—. ¡Ese mierda me quiere separar de tu hija! Pero ¡me enfrentaré a quien sea por ella! ¡Entiéndelo!

—Matt, mírame. —Me duele ver su angustia—. Vámonos, vamos a dar una vuelta y hablamos.

—Gisele, te juro que no...

—Chis. —Acuno su rostro—. No te culpo, esto es lo que él quería, pero no lo va a conseguir, Matt. No dejaré que caigas en esa trampa, y tampoco caeré yo.

Sin importarle la presencia de mis padres, me besa con toda la agonía que lo abruma. Un beso brusco, salvaje y posesivo como él. Sin tregua y sin darme un poco de espacio o de aire para reaccionar.

—Te amo, nena. Siento mucho esto, pero no podía permitirlo. Ha venido a regodearse y creo que es una venganza contra Amanda, contra mí también, porque ella no me ha olvidado pese a que ellos ya estaban juntos.

Mi padre carraspea, pero yo lo ignoro. ¿¡No ve cómo está Matt!?

—Lo entiendo y sí, pocas alternativas tenías. Sé que te ha provocado. ¿Nos vamos? Tenemos que hablar, por favor.

Al salir, Andy ya no está. Subimos al coche y no decimos nada durante el trayecto. Cuando me doy cuenta, estamos cerca de la universidad.

—Ve a tomarte un café en tu bar —me anima, con un toque en la pierna—. Yo te espero aquí. Anda, ve y tranquilízate, estás muy pálida.

—Entra conmigo, Matt.

—No, necesito relajarme, mejor me quedo aquí. —Besa mis labios—. No estés preocupada, estoy bien.

Lo sé, ya no está agarrotado y no tiene los puños cerrados.

—Si quieres —prosigue—, luego nos vamos al Refugio. A la mierda el trabajo. Estos días son Reyes, la boda de Noa y Eric y tu cumpleaños, no vamos a quedarnos aquí.

Una parte de mí se relaja.

—No tardo nada, amor —le digo cariñosa y me veo recompensada por aquella sonrisa torcida que me vuelve loca—. Hasta ahora, hermoso.

Entro en la cafetería, desierta al no haber clases. Lizzie me sonríe al verme. Parece aburrida y quizá agobiada.

—Un café, por favor.

—En un momento, cielo.

—Qué solitario está hoy esto.

Es muy guapa, de la edad de mamá tal vez. De cabello castaño y ojos claros, se la ve elegante incluso sirviendo cafés.

—Sí, la mañana pinta tranquila. Pero no estoy sola, mi marido está dentro. Al estar cerrada la universidad, ha venido a hacerme compañía.

Aguardo a que me sirva y miro mi iPhone.

—Estás muy callada, ¿todo bien? —me pregunta Lizzie, sirviéndome el café—. ¿Y qué tal tu esposo, el hombre misterioso?

—Me está esperando afuera. Un día entrará... —contesto, agotada física y emocionalmente—. Nos vamos a Málaga hasta el domingo.

—¿La universidad bien?

—Sí... aunque a veces me resulta difícil compaginar tantas cosas.

—Pues no dejes de estudiar, eso es importante —murmura—. Yo se lo decía siempre a mi hijo...

—¿Tienes un hijo?

Su semblante cambia, parece abatida. Me apena su visible tristeza.

—Lo perdí, fue hace muchos años.

—¿Al nacer?

—No... —contesta dubitativa, y luego añade—: cuando tenía doce años.

Como Matt.

—Oh, ¿murió?

—No, él vive —dice sin más.

Tomo un sorbo del delicioso café.

—Tiene que ser muy triste, Lizzie... perder a un hijo ha de ser duro para ambos.

—Lo es —murmura—, Matt nunca me lo habrá perdonado...

—¿M-Matt?

Me aferro a la barra, me mareo.

—Mira, aquí viene mi esposo. Te lo presentaré.

La taza casi se me cae al suelo. No, no, no puede ser. Ese hombre es la viva imagen de Matt, pero más mayor. Me aprieto las sienes, convencida de que estoy alucinando, horrorizándome de mi propio pensamiento. Me encaro con Lizzie.

—¿El padre de tu hijo? —pregunto casi sin voz.

Parece incómoda ante mi pregunta y no me responde. Me parece que me voy a desmayar. Son tan iguales que creo estar en una pesadilla.

—Ella es Gisele, la chica de la que te he hablado tan a menudo —dice—. Él es Antonio, mi esposo.

—¿Cómo se llama de apellido? —pregunto, sin importarme lo que puedan pensar—. Me suena mucho su cara.

—Salgado, Antonio Salgado.

Sin decir nada más, salgo corriendo. No advierto en qué momento mis lágrimas desoladas empiezan a resbalar por mis mejillas.

Al subirme al coche, no me atrevo a mirar a Matt y sollozo, apoyada en su hombro, dando rienda suelta a mi dolor y mi rabia.

—¿Qué pasa? —me pregunta él—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, vámonos, por favor.

Me atrapa la cara y me escruta sin entender mi comportamiento. Pienso cómo sacar a relucir el nombre de ella para ver su reacción.

—Matt. —El nudo en la garganta casi me ahoga—. Nunca te lo he preguntado, pero... ¿cómo

se llamaba tu madre?

Su cara refleja dolor y desconcierto.

—¿Qué pasa, Gisele? Vas a tomarte un café, sales llorando y ahora me preguntas por ésa... ¿Qué coño pasa?

—Dime su nombre —digo temblorosa—. Por favor.

—¿A qué viene esto?

—Una chica me ha hecho revivir tu historia mientras desayunaba... —miento compungida—, y he recordado ese detalle.

—Se llama Elizabeth y ahora, dime, ¿qué pasa para que llores así?

Su diminutivo, Lizzie.

Me dejo caer hacia atrás y cierro los ojos. Lo abandonó para correr a los brazos del hombre que la destrozó y hoy son un matrimonio feliz. Me siento entre la espada y la pared, no sé qué es lo mejor para Matt... Llevo más de dos meses con la mujer que hirió al hombre que amo, incluso le había cogido cariño. ¡La odio!

—Gisele, joder. Dime qué ha pasado o entro en la cafetería para averiguar qué ha sucedido allí dentro. ¿Qué te ha contado la chica? ¿Quién demonios te ha hecho daño?

19



La verdad

¿Qué debo decirle? No sé qué hacer y menos en la situación en que se encuentra. Reflexiono y llego a la conclusión de que lo más prudente es que hable con Karen... No estoy preparada para causarle de nuevo tanto dolor, para hacerle revivir su tormento.

Madre e hijo han estado tan cerca estos dos meses...

—Gisele, deja de pensar y dime qué te tiene así. ¡Dímelo, que me estás volviendo loco!

Me mira desencajado.

—V-Vámonos, por favor. Te lo explicaré por el camino. —Hace ademán de ir a salir y miento con atropello—. Me he encontrado con una chica que me ha contado algo parecido a tu infancia y la pena me ha podido... Arranca y empiezo a calmarme.

—Si es por la pelea, quiero que sepas que...

—No, Matt. —Pongo una mano sobre la que él tiene en las marchas del coche—. No te culpes. Aunque no me gusta verte fuera de tus casillas, Andy lo ha propiciado.

Cuando llegamos a casa, y tras charlar un momento con mis padres, preparamos un pequeño equipaje, ya que en Málaga tenemos de todo, y también cogemos lo que nos vamos a poner para la boda de Noa y Eric.

—Matt.

—Dime.

—¿Estás siguiendo el tratamiento? —le pregunto cohibida—. Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir, y sí, lo hago todo.

—De acuerdo... —contesto sin más—. Dejamos a *Tomy* con mis padres y que lo lleven a

Málaga el viernes, cuando ellos vengán, ¿te parece?

—De acuerdo. Vamos, cogeremos un vuelo y en menos de hora y media estaremos en casa.

—Matt... ¿podremos hacer una parada en Marbella? ¿En casa de William y Karen? —pregunto cautelosa—. Tengo ganas de verlos, sobre todo a Karen.

—Claro —responde cariñoso—. Les mandaré un mensaje avisándolos.

Cuando llegamos, nos dan la bienvenida con efusividad. Pensar en lo que le voy a decir a Karen me encoge el corazón. Sé que será difícil para ella... Lo ha criado como un hijo y ahora es suyo.

—Hoy estamos solos —explica ella—. Roxanne está con Noa, que se siente muy nerviosa. Eric también está allí...

—¿Nerviosa? ¿Qué ocurre? —pregunto confusa—. ¿Es por el bebé?

—No, cielo, eso va perfectamente. Es por la boda.

Matt está muy callado y sé que piensa en nuestro bebé, tras la promesa que le hice.

—Luego la llamamos —me dice contento—. ¿Tienes hambre?

—No mucha. —Lo rodeo por la cintura—. Estoy un poco fatigada del viaje, pero me gustaría hablar un rato a solas con Karen.

—¿A solas? —repite rígido, sin soltarme—. ¿Por qué?

—Asuntos de mujeres.

No sé si consigo relajarlo; sin embargo, al intuir mi necesidad de intimidad, William se lo lleva con él, mientras Karen me conduce al antiguo despacho de su hijo. Se lo agradezco en el alma.

—Siéntate y dime lo que te preocupa, cielo —me pide—. Presiento que es un asunto importante.

—Más bien duro. —Le cojo las manos y las lágrimas asoman a mis ojos—. Karen... hoy he descubierto que los padres biológicos de Matt están muy cerca de la universidad. No sé cómo decírselo, tengo miedo de no saber cómo hacerlo.

Pero ella parece haber entrado en un trance. Muy pálida, no se mueve ni habla tras mi dolorosa confesión. Sólo mira al vacío.

—¿Qué pasa? Karen, lo siento, no quería hacerte daño... pero no puedo ocultarle a Matt una verdad tan grande como ésta.

—Dios mío, no puede ser. —Llora con amargura—. Si Matt se encuentra con Elizabeth...

—¿La conoces? ¿Tú sabías de ella?

Con entereza, asiente con la cabeza. No sé por qué, suplico que se me trague la tierra, intuyo que sabe mucho más de lo que dice.

—Somos hermanas de padre, Gisele... Desconocidas, pero hermanas.

Sobresaltada, me levanto y doy vueltas por la habitación, casi enferma al conocer el secreto y escabroso vínculo. No puedo calmarme. Matt nunca le perdonará haber callado.

—¿Qué le voy a decir a Matt? —susurro impotente—. No puede ser, no en su estado...

—Gisele.

—Karen... cuéntame todo lo que sepas, por favor. Lo necesito.

Me tiende la mano y, con los ojos anegados en lágrimas, nos aferramos la una a la otra. ¿Cómo va a enfrentar Matt su pasado y su presente? Estoy muy asustada.

—Elizabeth es tres años menor que yo, por eso, cuando éramos pequeñas, yo siempre

intentaba protegerla. Hasta que no pude seguir haciéndolo...

—¿Por qué?

—Mi padre y mi madre se conocieron cuando ella fue a pasar una temporada con unos parientes de su familia paterna en Seattle. Tras un inesperado encuentro se enamoraron. Pero en aquella época era importante ser una chica decente y él... era un hombre casado.

—Se convirtió en su amante —musito casi sin voz.

—Así es, Gisele... —confirma, secándose las lágrimas—. Aunque mi madre se resistió y volvió a su casa poniendo distancia entre los dos, no sirvió de nada. Cuando murió mi abuelo y ella se quedó sola, él vino a buscarla, y no cejó hasta que mi madre se rindió y le entregó su amor... Poco más tarde, buscó conseguir lo que su mujer no podía darle: un hijo, yo.

Yo la escucho, temiendo cada nueva cosa que Karen confiesa.

—Mantuvieron un romance en secreto, lejos de los ojos de su mujer, ajena a la doble vida que llevaba su marido. Sólo le pidió una cosa: no reconocirme como hija suya. No quería perder a su esposa y mi madre estaba tan enamorada que hizo lo que le pedía, aunque eso supusiera tener que soportar la carga de ser una madre soltera.

Una historia muy parecida a la de Matt.

—Según me contó mi madre, ellos eran felices en esa clandestinidad. Mi padre me trataba con cariño y venía a verme cada día, pero entonces otra mujer se cruzó en su camino en un viaje de negocios a Nueva York: la madre de Elizabeth.

—Karen...

—Él le explicó que no significó nada, una aventura, compañía para aquellas noches que estuvo ausente —continúa destrozada—. Pero al cabo de dos meses, esa mujer se presentó en su trabajo y le comunicó que estaba embarazada. Mi padre no la creyó, pero transcurrieron los meses y nació la pequeña Lizzie...

—¿La viva imagen de tu padre o supongo mal? —Hago conjeturas, al ver lo diferentes que son las dos hermanas—. No os parecéis...

—Así es, Gisele... Mi madre se negaba a ver lo evidente, hasta que conoció a la pequeña cuando mi padre instaló a su madre en una casa próxima a la nuestra. No podía negarlo, aquella niña era suya. Él fue el primer hombre de Lizet, la madre de Lizzie.

Casi me río al oírlo. Ese hombre era un cerdo que buscaba fuera de su casa lo que no obtenía con su mujer y dos niñas inocentes pagaron su error.

—Mi madre lo soportó por no perderlo, era suyo, decía... Lizet aceptó estar cerca de nosotras, con la condición de que no le faltara nada a su hija. No le importó no tenerlo más como hombre... Había planeado tener ese bebé para salir de la vida que llevaba en su casa, amargada con su familia.

»Crecimos juntas. A los ojos de la gente, como las mejores amigas, en realidad, siendo hermanas... Nuestras madres se odiaban, pero a nosotras no nos importaba. Yo adoraba a Lizzie, pero un día, cuando yo tenía once años, nuestras vidas se truncaron... —solloza frustrada—. Nuestro padre cayó enfermo y murió poco tiempo después. Se encargó de no dejarnos desamparadas, pero no reconoció a ninguna de las dos.

—Karen, lo siento mucho...

Me abrazo a ella y la consuelo. Está sumida en sus recuerdos, derrotada.

—Entonces su madre se la llevó lejos y ya no supe nada más de ella. —Me enjugo las

lágrimas, también yo estoy llorando—. El día que murió mi padre, le hice a Lizzie la promesa de protegerla siempre, promesa que nunca cumplí, pues no volvimos a vernos. Desapareció sin dejar rastro, y con ello cualquier posibilidad de encontrarla.

La idea de que la mujer que tengo delante haya tenido una vida tan dura me duele. Karen siempre sonríe, jamás habría imaginado lo que tuvo que vivir.

—Al cabo de dos años de duelo, mi madre y yo nos fuimos a Nueva York y allí empezamos de nuevo. A los dieciséis años conocí a William. Éramos muy buenos amigos y nos veíamos cada día... así surgió el amor más puro y sincero entre nosotros. Un año y medio más tarde, mi madre también murió.

—Tú tenías a William —le recuerdo, ronca, y ella asiente—. No estabas sola, sino con un hombre que te quería.

—Sí —sonríe en medio del llanto—. No me quiso dejar desprotegida y nos casamos días más tarde. Formamos nuestra familia, un matrimonio sólido y feliz... hasta que un día, el pasado volvió. No sé cómo me localizó, pero mi hermana llamó desesperada para decirme que iba a abandonar a su hijo Matt y pedirme que lo ayudara. Y me hizo prometerle una cosa...

—Que no le dirías a Matt quién eras.

Su compungido rostro me responde, se sacrificó por tenerlo consigo.

—No estaban lejos, Gisele... Después de su marcha, ella se había refugiado en Patterson, a media hora de Nueva York. Contraté a una niñera para mis hijos y me dejé la piel por conseguir adoptar a Matt, del que se habían hecho cargo los servicios sociales. No fue fácil. Fueron meses de trabas y papeleo... —Me aprieto las sienes, la cabeza me va a estallar de tanta información—. Mi hermana me hizo prometerle que no le diría al niño quién era yo para que no me hiciera responsable del error que ella cometió...

»No quiso decirme por qué lo abandonaba, no quiso decir más que lo que dijo. Tras esa llamada, ya no supe nada más de ella, pero me hice cargo de ese niño tan lleno de traumas y lo cuidé como no pude hacerlo con mi hermana. Matt es mi sobrino, aunque lo quiero como a uno de mis hijos y no dudaría en dar la vida por él si fuese necesario.

—Lo sé...

—Y tú misma has visto también cuánto lo quiere William. Jamás me negó nada para él. Desde un principio me apoyó, pues sabía lo mucho que me dolía no haber cumplido la promesa que hice de proteger a mi hermana. A veces he llegado a pensar que lo quiere incluso más que a nuestros propios hijos. —Se ríe con amargura—. Desde que lo vio por primera vez, despertó en él una ternura infinita... Lo ama con toda su alma, igual que yo.

—Para eso, no es necesario que la misma sangre corra por sus venas.

—Gisele, ¿antes has dicho padres?

—Sí, padres. No sé cómo, pero están juntos... Ella es la dueña de una cafetería a la que yo voy cada día, enfrente de la universidad. Todo es muy confuso... Cuando erais pequeñas vivíais cerca de Seattle y ahora ella vive en Madrid. ¿Por qué?

—No sé nada, no lo sé. Él era español, según dice Matt, de lo poco que sabe de su vida. Supongo que ésa es la respuesta —musita derrotada—. Este asunto ha podido conmigo... Habla tú con Matt, sé que lo harás bien. Sabrás calmarlo. Tienes que decírselo todo. Aunque me odie, no pongas en peligro tu matrimonio por nosotros. Sólo te pido que no sea hoy, ni estos días, deja que disfrute de la boda de Eric y Noa.

Le digo que sí entre lágrimas.

—Tienes mi palabra.

Hipando, me acaricia la mejilla y me hace mirarla.

—Sé clara con él, no pienses en mí. Le dolerá que yo guardara el secreto de que su madre es mi hermana, pero más lo destrozaría descubrirlo alguna vez y saber que tú también habías callado.

—Gracias... no será fácil, pero ahora nos necesita más que nunca. Lo siento mucho, Karen, me gustaría no haberlo descubierto... pero callar es perderlo. Matt odia que le mienta, que le oculte cosas...

Entonces, me estrecha contra su pecho y me da los besos más sinceros. Me tienta confesarle el problema que tiene su hijo, el sufrimiento por el que está pasando. Pero no puedo, sé que debo callar y dejar que el hombre que amo tenga su intimidad.

—Ahora intentemos tranquilizarnos, Gisele. Matt es muy observador y se daría cuenta. Ahora parece estar bien... ¿Me puedes decir por qué?

—No puedo, pero confía en mí, por favor.

—Lo hago, cielo —me susurra, acariciándome—. Sé que él sabrá encajar la situación y tú sabrás calmarlo... Quisiera encararme con ella... Llegué a aborrecerla, ¿sabes? Mi hijo Matt está por encima de todo y ella lo abandonó.

—Yo siento lo mismo...

Karen y yo salimos del despacho y Matt, como era de esperar, nos estudia con atención. Frunce las cejas pero veo cómo su padre le hace un gesto apaciguador. Me alivia que William sea tan comprensivo.

—¿Comemos? —pregunto—. Ya tengo hambre.

—Lógico...

—William, vamos a la cocina —dice Karen.

Se van y Matt y yo nos quedamos solos en una intimidad que ahora me estremece compartir con él. Se acerca, obligándome a mirarlo.

—¿Estás bien?

—Un poco agobiada. No te preocupes.

—Tus hermosos ojos están tristes —susurra—. Su color gris está apagado.

—Es un día extraño —digo, amándolo tanto o más que antes—. Pero prometo que en nuestro refugio, volveré a ser yo misma.

Durante la comida, veo que apenas come nada y que no deja de mirarme con preocupación.

Karen se da cuenta y, al terminar la sobremesa y despedirnos, su abrazo es de consuelo. Yo le digo cuánto la quiero, mientras Matt saca el coche que tiene aquí, en casa de sus padres.

—Matt, tendremos que parar para comprar comida.

Es lo único que nos decimos en todo el trayecto. Me acurruco en el asiento y miro el paisaje, las gotas de lluvia que resbalan por los cristales. Tengo la cabeza hecha un lío, con tantas cosas, información y sospechas.

—Gisele, llevas callada todo el camino. Voy a comprar y, cuando lleguemos a casa, espero que cumplas tu promesa. No puedes hacerte una idea de lo que me agobia no saber qué piensas.

—Nada malo —murmuro con voz trémula—. Y ya sabes que yo siempre cumplo mis promesas.

Al llegar, corro y me tiro en el césped, sin importarme que esté húmedo. Soy feliz de estar aquí, él y yo solos. Me prometo dejar los problemas fuera hasta el domingo, cuando lleguemos a Madrid. Por él, por mí y por los dos, he de ser fría.

—Eres tan niña a veces —dice sonriendo al verme—. Quédate ahí, yo voy a ir sacando las cosas.

—No, te ayudo —digo levantándome—. Aquí olvídate de todo. Quiero vivir estos días sólo contigo y bien. No pensemos en nadie, únicamente en ti y en mí.

—Por supuesto. Dime qué te apetece hacer el día de tu cumpleaños. —Me agarra por la cintura y yo me apoyo en el coche—. ¿Una fiesta grande? ¿Algo íntimo?

—Quiero que estemos solos tú y yo. Este año lo quiero así. Celebrarlo con mi esposo, con el hombre de mi vida. Contigo, Matt.

—Nena mía.

—Me gusta estar aquí, me calma.

—No te siento así, Gisele. Odio insistir, pero me agobia lo seria que estás.

—Es cierto —digo—. Lo siento.

—Ven aquí —Me pasa un brazo por el hombro y juntos entramos en la casa.

La noche del viernes nos acurrucamos en el sofá y vemos una película. La de aquí es una vida diferente a la de Madrid: tenemos otra estabilidad. Sin embargo, Matt sigue comiendo poco y durmiendo menos y anoche no pude resistirlo y empecé a controlar sus pastillas... Si me está mintiendo, mañana o pasado lo sabré.

Los Reyes no se han portado nada mal. Yo le he regalado un nuevo ordenador y una pulsera de cuero trenzado con mi nombre grabado en una placa... todo ello acompañado de una mañana entera de sexo. Matt me ha regalado a mí un coche... y otra pulsera con su nombre; un acuerdo entre ambos. He hablado con mi hermano, con mis amigos, con mis padres y con Karen. En Madrid me faltan momentos para mí. Al volver, me planteo hablarle a Matt de la nula vida social que llevamos. Aunque eso quizá sea bueno... sobre todo ante los días que nos aguardan.

—Pobre Noa —comento, y lo miro por encima del hombro—. Me quedo más tranquila después de haber hablado con ella, a pesar de que esté tan nerviosa.

—Eric también lo parecía, y no me extraña, el de la boda es un día muy importante.

—No me lo recuerdes. —Me río, rozándole la mejilla con un dedo—. ¿Eres feliz?

—Demasiado feliz. Sobre todo aquí en el Refugio, lejos de todo. La primera vez que visité este lugar, supe que sería especial en mi vida, aunque no hasta el punto en que lo es hoy, cuando puedo compartirlo con mi mujer. Con esta esposa tan atrevida y apasionada y otras veces, en cambio, tan dulce y tierna.

Creo que me sonrojo y ahora que lo veo tranquilo, le digo:

—Matt... he traído tu cuaderno, el de ella... ¿te apetece?

Advierto su dilema, su lucha. Transcurren los minutos hasta que responde:

—De acuerdo. —En menos de tres minutos estoy de vuelta. Me siento en el suelo y me recojo el pelo en un moño—. Estás preciosa con mi pijama, mejor dicho, con solamente la camisa del pijama. Tus piernas son un pecado.

—Gracias, Matt. —Pienso mil formas de tantear el tema—. Quiero que me hables de William y de Karen, de lo que suponen en tu vida.

—Lo son todo, después de ti. Me dieron una familia, hoy soy lo que ellos han hecho de mí. Sabes que son muy importantes para mí, igual que Eric y Roxanne.

Nerviosa, hago la pregunta:

—A veces he pensado en este asunto. ¿Si ellos supieran algo de tu madre biológica y nunca te lo hubiesen dicho, se lo perdonarías?

—Supongo que dependería de la situación, pero me dolería que me hubiesen mentido o traicionado. Sinceramente, no los creo capaces. —Suspira y me empuja contra él—. Gisele, la verdad es que hoy no quiero hablar de esto. Ven conmigo.

—Sólo una pregunta...

—De acuerdo —accede agobiado—. Una más y se acabó.

—¿Qué harías si supieras que tu madre biológica vivía cerca de ti?

Se altera, se pone nervioso y el temblor de sus manos me dice mucho más que sus palabras.

—No sé qué haría, ni siquiera puedo pensar en ello.

—Gracias, Matt... Me gusta que me hables de tus inquietudes.

—Y yo agradezco que te mantengas al margen —contesta—. ¿Qué te sucede?

—Hoy no has parado, me ha sorprendido tu energía.

—¿Y? —inquire alertado.

—Nada... ¿Has tomado la medicación?

—Gisele, basta.

Me acerca a él, con mi pierna encima de su cuerpo. Entrelazados y cómplices.

—¿Te gusta la casa?

—Es perfecta. —Me apoyo en su pecho—. Vamos a ser felices aquí una vez termine los estudios... Nuestros hijos correrán felices y libres por el Refugio.

—Ya me imagino ese momento. —Ríe divertido—. Niños enloquecidos, discutiendo con las desobedientes y caprichosas niñas de la casa.

—Espero que no —contesto temblorosa—. Te amo.

—Yo más. —Cierra los ojos y se pierde en mis labios, que lo aguardan con una ternura que sé que lo asombra. Le doy mi amor y mi apoyo, mi inmenso cariño. Su boca me incita a más. No nos saciamos—. Mucho más.

—No lo creo —contesto melosa—. Sueña con lo mucho que yo te quiero.

En el silencio de la noche, espero su sueño, que no llega. Está desvelado y, aunque finjo estar dormida, percibo su exaltación. La vitalidad que ha mostrado durante todo el día me preocupa y el corazón se me acelera cuando lo oigo murmurar:

—Como cada día, me levante responsable para prepararme e ir al colegio. Me extrañó no ver a mamá haciéndome el desayuno. Daba igual que no me hablase, que sólo hubiéramos tenido una conversación larga durante todo ese tiempo. No me importaba que me ignorase, la sentía conmigo y con eso me bastaba. Al entrar en la pequeña cocina lo vi todo desierto... —Se levanta de la cama y oigo sus pasos, ruidos. No sé qué hace, no sé qué piensa... Las lágrimas amenazan con escapar de mis ojos, su dolor está reflejado en cada palabra. Al volverme, me lo encuentro de frente.

—Matt, ¿qué estás haciendo? —Mi voz suena quebrada—. ¿Qué sucede?

—Nada, cariño. ¿Damos un paseo?

Se ha vestido abrigado.

—Son las doce de la noche y está lloviendo —susurro—. Vamos a dormir, Matt.

—Voy a correr un poco —dice con una sonrisa—. Descansa, pronto volveré.

—Matt —imploro—, ven conmigo a la cama.

—Nena, estoy bien. Te lo prometo.

«Por favor, por favor.»

—De acuerdo... te espero aquí.

Durante las siguientes horas, lo espero dando cabezadas. Él vuelve, tal como ha dicho, y se acuesta a mi lado, rodeándome con sus brazos. Habla y habla sin cesar, ríe con euforia... se entristece cuando habla de bebés, hasta que finalmente se duerme.

A la mañana siguiente, su actitud es diferente, se lo ve aislado, serio y con expresión ausente. Paso una mañana asquerosa hasta que partimos hacia la boda de mi amiga y cuñada.

Noa no puede estar más hermosa. Con una flor en el pelo, su vestido blanco de novia y un vientre enorme. Karen llora a mi derecha, y a la izquierda tengo a un inquieto Matt. No veo que en esta boda el amor esté muy presente. La pareja se besa y acaricia, pero lo hacen sin la ternura que yo quisiera.

Ya en la fiesta, me calmo un poco. No hay muchos invitados, los padres de Noa y parte de la familia Campbell. Me retoco el maquillaje, y me peino el cabello, que llevo suelto y ondulado. Me fascina mi vestido color crema... Matt dice que soy su diosa. Él está muy guapo y elegante.

—Gisele. —¡Ups!, qué susto me ha dado Roxanne—. Al fin te encuentro a solas. Quiero preguntarte una cosa.

—Dime.

—Quiero seducir a un hombre...

¿Qué?

—¿Y cuál es el problema?

—Necesito arrastrarlo a mi terreno y no sé cómo.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —pregunto confusa—. No me metas en líos, que luego Matt se pone furioso y...

Ay, Dios... Tengo que aprender a callar.

—¿Y?

—La situación se vuelve incómoda —musito.

—No lo entiendo, Gisele.

—Joder, Roxanne... Que tu hermano se enfada y se pone no sabes cómo.

—Oh —jadea sorprendida, mientras yo me sonrojo—. Entonces quizá mi carácter también pueda funcionar con el hombre al...

—¿Lo conozco?

Piensa un momento y después responde con recelo:

—No... claro que no.

¿Me está mintiendo?

—Bueno, pues cuélate en su habitación y aprovéchate de él mientras duerme.

Compruebo mi imagen en el espejo, me retoco y sonrío al ver su expresión a través del reflejo.

—¿Tú lo has hecho?

—Puede... —dejo caer—. Es muy excitante.

—Oh, Dios... Vosotros no paráis.

—Es el mejor ejercicio. Y no hay horas para practicarlos, cualquiera es buena.

Entre bromas tontas, salgo y, a lo lejos, veo que Karen me mira, como ha venido haciendo desde que llegamos. Asiento con la cabeza, dándole a entender que todo va bien... Aunque no es verdad. Necesito gritar a los cuatro vientos que no sé cómo ayudar a mi marido, ni siquiera me he atrevido a mirar si se ha tomado las pastillas.

—Hola.

Es mi musculitos. Es guapísimo, un verdadero bombón y no entiendo por qué sigue soltero. Es romántico y amable con las mujeres, ¿qué demonios les sucede a todas?

—Scott, ¿has visto a Matt?

—Sí... está bebiendo.

—Scott, él no puede... —Pero entonces me interrumpo y murmuro—: A no ser que no esté tomando el medicamento... Temo verlo como aquel día que se emborrachó y terminó tan mal, casi inconsciente...

—Gisele, hay que hacer algo si lo ha dejado.

—¿Y por qué lo haría? —casi grito con impotencia—. ¿Por qué le haría esto a nuestro matrimonio?

—Tienes que hablar con él o lo haré yo. Mírate, pequeña —me señala y me besa con una paciencia infinita—. Tienes ojeras, te has adelgazado y él... no sabe llevarlo solo. En el trabajo se lamenta y dice que no quiere hacerte pasar por esto, y lo entiendo, te ama demasiado. Sin embargo, su fuerza de voluntad no es suficiente.

—Igual nos estamos precipitando —me obligo a creerlo—. ¿Tú lo has visto bien?

—Habla sin cesar, de hecho, hace rato que está manteniendo con Silvia una entretenida charla.

Oh, no, no, ¡no!

—¡Enseguida vuelvo!

Me recorro la casa de una punta a otra. ¿Matt borracho y cerca de otra? Temblando, consigo llegar hasta su despacho y ahí está él... hablando con su prima. Con una copa en la mano y aparentemente tranquilo.

—A ver, dime qué quieres —le pregunta Matt en tono monótono—. Si Gisele vuelve y no me ve, se preocupará.

—Er... bueno, es un tema delicado, por eso te he pedido que hablásemos a solas.

Matt se sienta en el sofá y ella lo hace a su lado. Qué calor y qué celos al verlos juntos, tan cerca.

—Habla —ordena—, no tengo todo el tiempo del mundo.

—Me encontré con Alicia en un centro comercial, e insinuó que tú y ella aún...

¿Qué? ¡No!

—Silvia, si te soy sincero, me importa muy poco lo que pueda decir ésa, ni nadie. Mi mujer y yo estamos bien, mejor que nunca, de hecho... y sabemos cómo es nuestro matrimonio. El resto me importa una mierda.

¡Toma ésa, loba!

—Gisele está molesta conmigo porque cree que tú y yo todavía... ya sabes.

—Sí lo sé. La culpa es mía, por no haberle contado las cosas desde un principio. —Se

levanta, incómodo—. No te preocupes, en cuanto entienda que todo eso ya pasó, volverá a hablar contigo seguro. Gisele es muy honesta, y si ve que ha cometido un error, pide disculpas por ello.

—¿Y si no pasó? —Me pongo alerta, está coqueteando con él—. Quiero decir, yo aún me siento atraída por ti, aunque estés casado.

20



Confesiones dolorosas

Cierro los ojos ante la confesión, la nueva traición de la falsa y estúpida Silvia. ¡Insinuándosele a mi esposo! Estoy a un paso de entrar por la puerta y cerrarle la boca.

Me controlo y oigo que Matt dice con voz áspera:

—Silvia, no me hagas ser brusco contigo.

—Matt, por Dios, ¿en serio crees que sería tan perra?

—¿Qué quieres decir? —Entonces, ante el asombro de él y mío, Silvia suelta una carcajada. ¿Qué demonios?—. ¿Qué sucede?

—Quería saber cómo reaccionarías. Roxanne me ha dicho que has estado raro todo el día y he pensado que quizá tendría que ver con Alicia.

Veo cómo a Matt se le acelera la respiración, y a mí con él.

—Me gusta tu mujer, es una chica estupenda y confío en que pronto seamos buenas amigas, como lo estábamos siendo hasta que dejó de hablarme. Admito que he desconfiado de ti y que creía que no la cuidabas como se merece... que no la engañarías con otra. No le hagas daño, Matt, Gisele te quiere mucho.

¿Puede ser que me haya equivocado con otra Campbell?

—Jamás le haría algo así —contesta Matt—. Gisele es lo mejor de mi vida y la voy a cuidar como lo que es, el más grande de los tesoros. Sé que a veces no estoy a la altura, que soy un idiota... de hecho, rozo la locura cuando se aleja de mí.

Uf, ¡voy a llorar! Amo a este hombre con cada célula de mi cuerpo.

—Me alegra oírte decir esto. Yo la cuidaré en tu ausencia, cuando estemos en la universidad.

Me siento ridícula al estar espiando a mi marido. Lo mejor será que les dé la intimidad que se merecen. Pero al volverme, me piso el vestido y me caigo de bruces contra la puerta del despacho. Avergonzada, veo que Matt corre para ayudarme.

—Nena, ¿qué ha pasado?

—¡Maldito niño! —miento—. Uno de tus parientes me ha empujado cuando me disponía a entrar. ¡Qué peligrosos son esos pequeños!

Matt me contempla sorprendido y yo rehúyo su mirada. ¡No doy una!

—Yo me voy —dice Silvia—. Hasta luego, chicos.

—Adiós... —digo y me dejo ayudar por Matt, que me levanta con delicadeza. ¡Menudo golpe!

—¿Estás bien?

—No puedo apoyar el pie.

—Mierda, ¿te has hecho daño?

—Un poco —susurro sonrojada—. Pero se me pasará, no te preocupes.

—Siéntate a mi lado, ven. Dime qué niño ha sido, ahora mismo voy a decirle que te pida disculpas.

¡Qué tonto!

—Cuídame y estaré bien. —Coloco mis piernas encima de las suyas y me las masajea—. Ya estoy mejor, ¿ves?

—No te burles. Un día de éstos me va a dar un infarto por tu culpa, siempre te metes en problemas. —Me acuna como a un bebé y me pide que lo mire a los ojos—. Quiero que sepas que Silvia estaba aquí...

—Chis, no digas nada.

—Gisele...

—Matt —lo interrumpo—. ¿Qué te sucede? Me tienes preocupada, ¿sabes?

—No empieces.

—Tu comportamiento de anoche me recordó a... y has bebido...

—¿No confías en mí? —masculla, con los dientes apretados—. Dime.

—Quiero hacerlo...

—Llevo dos días sin tomar nada, porque quería disfrutar en la fiesta de mi hermano. Sé lo que hago. No me presiones, porque todo va como tiene que ir.

Claro, cómo no había pensado en ello.

—De acuerdo.

En ese momento, Noa viene a avisarnos de que van a cortar la tarta y a brindar.

Me vuelvo con Matt a la fiesta y participamos en el momento de cortar la tarta y de lanzar el ramo. El brindis del padrino me emociona, reconozco en cada palabra el amor que hoy ha brillado por su ausencia entre los novios.

—Matt, ya no bebas más —le pido—, luego tenemos que volver a casa y no podrás conducir.

—Cogeremos un taxi. Ven, vamos a bailar.

Vamos a la pista, más bien repleta de Campbell, y bailamos.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás hoy? —me dice meloso—. La más deslumbrante de todas.

—Noa es hoy la más deslumbrante —replico—. Y no me susurres al oído, que me haces cosquillas.

Atrevido, baja las manos y me aprieta las nalgas.

—Matt, para —murmuro—. Mmm... para.

—Quiero un poco. —Se aparta y ríe contento—. Eso es lo que siempre pides tú.

—Estamos en medio de la pista, no es momento para «un poco».

—Entonces, vámonos a casa.

Pero en ese momento, William avisa que Noa y Eric se van a despedir.

Salimos abrazados para decirles adiós, y nos encontramos con Noa, que llora y me aparta de Matt para despedirse de mí. Yo sollozo con ella. Mi amiga desde hoy es también mi cuñada.

—Tenías razón —murmura Roxanne acercándose a mí con sigilo—, funciona. Creo que ese hombre será mío.

Alzo una ceja, confusa.

—¿Está aquí?

—Puede... —Esboza una brillante sonrisa—. Aquí viene mi hermano, hablamos luego.

—¿Qué cuchicheáis? —pregunta Matt divertido—. Nada bueno, supongo.

—Cosas de mujeres, Campbell... Por cierto, me encanta verte tan contento.

Noa me reclama.

—Ya nos vamos. Te echaré de menos, pero a la vuelta tengo sorpresas. Cuídate, nos vemos pronto.

Nos abrazamos de nuevo, llorosas.

—Disfruta, Noa. No pienses en nada y olvídate de todo. Cuando vuelvas ya tendrás tiempo para las preocupaciones. Paciencia, que la vida en pareja es muy complicada.

—Gracias, amiga, te quiero.

—Y yo a ti.

La gente les lanza pétalos de rosa a los novios y, entre risas y lágrimas, el flamante matrimonio abandona la fiesta. Van a ir de viaje a París, el lugar que ha elegido la novia.

Matt y yo nos despedimos del resto de la familia... La última frase de Karen se clava en mi pecho:

—Recuérdalo, cielo, estamos aquí. Hazle saber que todo lo que hicimos siempre fue pensando en su bien. Que él es nuestra vida.

—Lo sé.

El domingo 8 de enero amanece nublado. Aprovechamos para hacer actividades en casa, leer, jugar con *Tomy*, que mis padres ya nos trajeron. El cachorro está cómodo en el Refugio, corriendo arriba y abajo. Sólo juega con Matt, ¡y a mí ni caso!

A la hora de comer, llega el caos. Intento preparar un postre, pero Matt, con la intención de ayudar, lo deja todo hecho un desastre y a nosotros dos completamente embadurnados.

Después de una agradable ducha, nos quedamos en el dormitorio para dormir una breve siesta.

Apenas logro conciliar el sueño, nerviosa al recordar que ha llegado el día de hablar. Sin embargo, me acabo durmiendo, hasta que de repente, oigo:

—Nena, son las cinco.

Gimo adormilada y me cubro hasta la barbilla.

—Un poco más. Sólo un poco.

De repente, se mete en el cuarto de baño y cuando sale, momentos después, lo hace sosteniendo una caja.

—Felicidades, preciosa. Estás tan perdida en tus pensamientos que parece haberte olvidado de tu cumpleaños. Toma, pónelo.

Dentro de la caja hay un vestido de chica de servicio, a juego con otro que él lleva puesto. Hoy él es mi hombre de servicio, es tan romántico y estoy tan enamorada...

—No llores, cariño. Es un día especial. —Sonríe cariñoso—. Te ayudo a vestirte y bajamos.

Emocionada por la sorpresa, me dejo hacer por él. Me da un sinfín de besos y, tras ayudarme a ponerme el traje, me lleva en brazos hasta el jardín. Mi pobre *Tomy* también va vestido como nosotros...

Matt ha preparado un gran banquete, con globos, tarta, flores... y muchísimos regalos.

Termino llorando.

—Abre los regalos y disfruta del día —me anima él, dándome un pequeño empujón—. Si te falta algo, pídelo.

¡Dios! Vestidos, zapatos, joyas y todo tipo de complementos hasta decir basta; hay desde ropa interior hasta coleteros. Una locura.

—¡No me va a caber en el armario! —grito impresionada.

—Pues compramos otro armario y ya está. ¿Necesitas algo más?

Cojo impulso y me lanzo a sus brazos, dándole besos y haciéndole mimos, feliz con sus obsequios, al ver que me recuerda cada hora, minuto y segundo.

—¿Me harás el amor aquí? —me insinúa—. Ése es regalo que me falta.

—Estoy aquí para complacerla, señora Campbell.

Me deja en el suelo, que me parece que tiembla bajo mis pies y se dedica a desnudarme justo como necesito. Su mirada me quema, me adora con la llama que arde en sus ojos.

—¿Duro o suave? —pregunta.

—Duro —jadeo, desnudándolo yo también—. Hasta dejarme sin respiración.

—Piénsalo bien, porque no sabré parar.

—No lo hagas.

Desnudos los dos, Matt se sienta en el césped y me coloca a horcajadas sobre él. Gimoteo al sentir el contacto de su pene. La electricidad entre nosotros es evidente, la magia...

—¿Preparada?

—¿Me lo preguntas?

—Ya veo que sí.

Dios, Dios, Dios. No estoy preparada para este asalto. Le tiro del pelo y aguardo la siguiente embestida, lubricada y receptiva para él. Matt se detiene, buscando mis ojos.

—Tienes el control —dice—. Es tu día, tú mandas.

—De acuerdo —suspiro agitada.

Me alzo para enseguida dejarme caer. El roce me incendia, es una sensación tan placentera que no me controlo, no puedo hacerlo, y cabalgo, mientras mis pechos trotan conmigo.

—Me matas, nena. Me vuelves loco. —Reclama mi boca con desesperación y saborea cada rincón de ella, apasionado y fogoso. Me consumo, quiero más—. Estás mojada, cariño, siempre lo estás.

—Ajá —jadeo sobre sus labios—. Por ti... sólo por ti.

Me levanta y me suelta clavándose con dureza en mi interior.

—¿Más, Gisele?

—Por favor.

Lo rodeo con las piernas y le permito que me guíe. Hacia delante y hacia atrás. Dentro, fuera, arriba y abajo. Sus manos exploran mi piel con deseo. Sus ojos me miran salvajes y terroríficos, la oscuridad mezclada con el verde.

—Eres mala. —Se apodera de mis pechos—. Cada vez que te recuerdo... sobre mí y yo creyendo que soñaba... me pones duro, duro.

—Fue sin querer. Te necesitaba...

Me arqueo y retuerzo sobre él.

—Yo también. —Me muerde y yo grito y le araño los hombros—. Eres tan impaciente y

alocada... —Nueva embestida, mientras clava los dedos en mi trasero—. Es tu cumpleaños y estás conmigo.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y me entrego al placer que me ofrece. A la voracidad que desprende. Primitivo y agitado. Lo amo, lo anhele hasta quedar exhausta.

—Tan hermosa y diabla a la vez.

Frota su barba alrededor de mis pezones, produciéndome un goce extraño.

—Córrete, nena, córrete. Vamos, Gisele. ¡Ya!

Fuerte, suave. Rápido, lento.

Y yo me pierdo y me abrazo a él mientras me consume un brutal orgasmo. Su mirada fija en la mía entre temblores, mientras lo aprieto y lo envuelvo en mí. Se vacía gruñendo y... no creo poder hacerlo, pero sí... alcanzo el éxtasis nuevamente.

—Gisele —dice jadeante—, feliz cumpleaños de nuevo.

Y, aunque estoy agotada, le sonrío y voy por el vino y dos copas y luego me arrodillo a su lado.

—Por muchos más como éste —propongo, brindando—. Gracias, amor.

—A ti.

Al llegar a casa, en Madrid, dejamos el equipaje y yo me dispongo a preparar la cena mientras Matt arregla unos asuntos en su despacho. Los nervios me matan y el agobio me puede. No sé cómo abordar un asunto tan doloroso... Tras los intensos días que hemos disfrutado juntos, nos enfrentamos al momento terrible.

Me paro en la puerta del despacho y lo observo desde la entrada. Está revisando unos papeles, ensimismado. Aun así, al verme, me sonrío y mi corazón vuela.

—Ya está la cena —le digo—. He preparado pollo al limón con tu arroz favorito.

—Gracias.

—No seas bobo.

—¿Qué te pasa? —me pregunta acercándose—. Te noto rara.

Apoyo la frente en su pecho y reprimo las lágrimas que amenazan con delatarme.

—Tenemos que hablar —susurro—. Es un asunto que me duele, pero tengo que hacerlo.

Me sujeta la cara y busca mi mirada con desespero. Me entristece la alarma que veo en sus verdes ojos.

—Estábamos bien —afirma—. Dime qué pasa. Qué te tiene tan distraída y ausente... Si es por...

—No es sobre nosotros, es sobre ti, pero ven.

Lo llevo hasta la sala y le propongo que cenemos. Él se niega, y no es de extrañar; apenas come nada, ya no me puedo seguir engañando. Sé que ha dejado el tratamiento y me derrumbo por dentro al ver que está viviendo en una constante mentira, pero yo no caeré en el mismo error.

—El martes descubrí algo inesperado y que, de haber podido escoger, te aseguro que no hubiese querido saber. Odio esto... Matt, ¿qué harías si tu madre biológica volviese a tu vida de alguna forma?

Se crispa y el ambiente se tensa.

—Gisele, ¿qué dices? ¿De qué va todo esto? —me pregunta casi a gritos—. ¿A qué viene este asunto de nuevo?

Suelto el tenedor, yo tampoco puedo comer, me ahogo con la pena.

—La he visto, Matt. Me destroza decírtelo, pero no sólo a ella, también a tu padre. —Da un golpe seco en la mesa que retumba en toda la estancia—. Por favor, tranquilízate y escúchame —le suplico, estirando la mano para coger la suya—. Ella no sabe quién soy, yo descubrí su identidad por casualidad. ¡No hubiera querido hacerlo, mi vida!

—¡Continúa!

—Un hombre mayor idéntico a ti estaba con ella y, Matt... se llama Antonio Salgado.

No da crédito y, desencajado, barre la mesa con el brazo, tirando todo lo que hay encima. Permanezco quieta y callada, sé que tengo que entender su furia y su rabia.

—¿Dónde están? —pregunta, dando patadas a lo que encuentra por el suelo—. Voy a enfrentarme a ese mierda. ¡No vivirá para joderme más la vida! ¡Ella morirá de pena por él!

Niego con la cabeza y me seco las lágrimas. Casi sin voz, imploro:

—Seguiremos mañana, que estarás más tranquilo. Ve aquí, Matt...

—No, ahora, no, Gisele —dice, levantando una mano para que me detenga—. ¡Di todo lo que sepas de una vez!

—Necesito contarte algo más... —logro articular—, mi conversación con Karen.

—Habla.

No sé cómo empezar y lo hago sin pausas, sin omitir ningún detalle. Aclarando por qué Karen y William han callado todos estos años.

Cuando termino, grita enloquecido y golpea la pared sin cesar hasta que los puños le sangran. Me mira y yo dudo si correr a sus brazos. Me acerco despacio, Pero él rechaza mi abrazo.

—Necesito estar solo.

Y se va de casa, se marcha, mientras yo le imploro sin esperanza.

Se detiene sin volverse. Su voz es fría y dura cuando habla:

—No me controlaré, necesito irme y digerir esto solo, lo necesito. ¡Todos me mienten y no puedo más!

Lo miro marcharse y me quedo sola y agobiada. Corro hasta su despacho, enciendo el ordenador y leo algunos de los síntomas de su enfermedad. Un día más, me encuentro frente a la verdad que él me oculta.

Compras compulsivas...

Cambios de humor bruscos...

Oscilación entre la euforia y la tristeza...

Voracidad en el sexo...

Falta de sueño y de apetito...

Hablar de manera apresurada, exaltada, y no controlar los impulsos.

Todo lo que vengo presenciando desde hace días y que, con ayuda, él estaba superando. Hoy, con dolor confirmo que no se medica, que me miente de nuevo... Que la bipolaridad que se dejó ver tiempo después de la marcha de su madre lo atrapa porque él lo permite. Ha caído, ha fracasado.

¿Qué pasará ahora?

Me siento en el sofá y aguardo su regreso...

Amanece y no ha vuelto.



Confusión

Llamo a Karen y le cuento lo acontecido con Matt. Se queda muy preocupada, pero no sé qué más decirle. La prevengo para que no venga a casa, aún no. Antes necesito hablar con Matt y hacerle entender que las cosas no son como él las está entendiendo...

Después de pasar toda la noche esperándolo, a las nueve de la mañana sigue sin aparecer y sin responder a mis llamadas.

Me doy una ducha para despejarme un poco, me pongo un chándal rosa y me hago una coleta alta. A las doce del mediodía los nervios y la presión pueden conmigo. Las malditas lágrimas se desbordan y me marcho de casa. Sin pensar, arranco el coche y me dirijo hacia donde están las respuestas.

Suelto aire antes de cruzar la puerta de la cafetería y Lizzie, al verme, me sonrío. Hace ademán de tocarme, pero yo la aparto y veo que se impresiona ante mi voz y mi agresividad.

—No me toques, maldita. ¿Sabes cuál es mi apellido?

—¿Perdón?

—¿¡Lo sabes!?

—Stone...

—Campbell, ¡soy la esposa de Matt Campbell!

Se retira demudada, con el miedo reflejado en el rostro, como si yo fuera un fantasma.

—No, Antonio no lo puede saber.

—¡Te odio, te juro que te odio!

—¿Dónde está? ¿Fuera?

Estoy a un paso de zarandearla, ¡es su hijo!

—¡No! ¡No sé dónde está por tu culpa! —grito impotente—. ¡No soporta pensar en vosotros! ¿¡Qué mierda habéis hecho con él!? ¿¡Qué!?

Empieza a llorar con desconsuelo y me asusto al ver que le falta el aire. Cierra la cafetería con llave, se sienta en una silla y llora desgarrada. Estremecida, la acompaño... Quizá me equivoque. ¿Puede ser que la historia sea otra?

—¿Por qué te fuiste? —pregunto—. ¿Por qué lo abandonaste?

Al cabo de un rato, consigue articular las palabras.

—Desde que Antonio me dejó por ese niño que venía en camino, mi vida no volvió a ser la misma. Yo vivía sola, lo conocí y en poco tiempo sentí que mi mundo tenía color gracias a la relación tan intensa en la que nos embarcamos... Mi madre creó una nueva familia y se mudó, pero yo preferí quedarme en Patterson... Y allí apareció Antonio, simplemente buscando un cambio de aires, un lugar tranquilo, y me devolvió las ganas de vivir.

—Él es español, ¿verdad?

—Sí. Estuvo en Patterson un año y medio... dos meses sin mí y el resto a mi lado. Todo era perfecto hasta que, asustada al saber su aversión a ser padre, le confesé que esperaba un bebé. Ya estaba de cuatro meses y mi cuerpo se iba transformando... Se marchó, me abandonó sin más

explicaciones.

Aguardo. Está rota y yo posiblemente equivocada.

—Vivir sola con Matt fue muy duro. Sin familia y con poco contacto con mi madre, telefónico nada más. Una vecina me ayudaba cuando yo trabajaba, hasta que él empezó el colegio. Lo ignoré cada día, confieso que el rencor no me permitió amarlo como madre... No puedo evitar llorar. Mi pobre Matt. No me cuesta imaginar los miedos a los que se habrá enfrentado a lo largo de su vida. Era sólo un niño y le impusieron la soledad.

—Sobre todo quise que estudiara, que fuera un hombre de bien. Que entendiera y aprendiera a cuidar lo suyo, a no compartir... Por tener que compartir mi vida con él... yo perdí a Antonio.

¡Egoísta! Escucharla me produce un dolor agudo e insoportable. ¿Cómo una madre puede ser tan cruel con su propio hijo? Un bebé nacido de ella, de su ser.

—Dos días antes de marcharme, recibí una carta de Antonio en la que me decía que después de tantos años no me había olvidado, que padecía una enfermedad y que me necesitaba, que necesitaba mi apoyo. Me pidió que lo abandonara todo y me reuniese con él en Madrid. Siempre había pensado en buscarlo, sin embargo, no sabía por dónde empezar.

—Y te fuiste —la acuso—. ¡Abandonaste a tu hijo por un hombre!

—Sí, no lo pensé y, dos días más tarde, me marché de madrugada sin dejar rastro. Matt dormía y...

—Cállate, cállate —le pido suplicante—, sáltate esa parte.

Imaginarlo solo en su cama, ajeno al amargo amanecer que tendría que vivir, al primero de muchos, en los que su vida sería otra, en los que la soledad lo acompañaría me resulta demasiado duro.

—En cuanto amaneció, llamé a los servicios sociales, no podía permitir que se quedara solo. Yo sabía que, de no avisarlos, él sobreviviría sin mí. Matt era valiente, podía enfrentar la vida en solitario... Horas más tarde, dos exactamente antes de partir hacia España, pensé en otra solución para él: mi hermana. Con mi madre no podía contar para nada.

El nudo de mi garganta se hace más grande, madre e hija eran tal para cual. Malas madres sin escrúpulos.

—¿Tú sabías dónde estaba Karen? —pregunto horrorizada—. ¿Por qué nunca te pusiste en contacto con ella?

—Cuando nació su primer hijo, mi madre me lo dijo y me explicó que vivía en Nueva York. Sin embargo, pensé que lo mejor era no interferir en su vida. ¿Para qué atormentarla con el pasado? Me propuse no verla.

Aunque llora, sus palabras son tan frías, tan distantes, que aún se aviva más mi odio.

—Cuando llamé a Karen sólo le dije dónde podía encontrar a Matt, no le expliqué nada más... Le ofrecí poder criar a mi hijo, protegerlo como no pudo hacer conmigo... Mi madre se me llevó lejos de Karen para romper nuestro vínculo.

—¿Cómo se puede ser tan cruel con unos niños inocentes?

La pregunta es más para mí que para ella.

—A veces la vida no es blanco o negro... —susurra—. Tuve noticias del niño hasta que mi madre murió. No sé de dónde sacaba la información, pero conocía bien la vida de Karen... O quizá su obsesión y su odio la acompañaron hasta su muerte. Jamás pensé encontrarlos aquí, hasta donde sabía, los Campbell vivían en Nueva York.

—¿No sabes que tienen negocios en España?

—De moda, sí, por oídas... pero pensaba que no los llevaban ellos directamente, creía que nunca venían a este país. Por otro lado, aunque lo hicieran no tendríamos por qué coincidir, el país es muy grande.

—Matt también posee negocios, ¿no conoces Grupo Salgado? —Se impresiona—. Sí, el apellido de tu marido. Es propiedad de Matt. ¡No sabes lo que has hecho, él te adoraba!

—Dejarlo fue lo mejor para ambos. Ahora yo soy feliz y, según tú, el hombre misterioso te hace feliz a ti. Karen pudo darle el hogar que yo no podía, el cariño que nunca obtendría de mí.

Me siento desfallecer. ¿Cómo asimilará Matt toda esta información?

—¿Nunca te has arrepentido de tu decisión? ¿Has tenido más hijos? ¿Tu esposo también estaba al tanto de las noticias sobre Matt?

Preguntas, dolor, incertidumbre y mucha pena.

—No tuve hijos, Antonio aborrece a los niños y, aunque está estable de su enfermedad, a veces tiene crisis. Es bipolar... Se le desarrolló al perder el dinero que poseía: fue un cambio muy traumático en su vida.

¿Matt heredó la enfermedad de su padre?

—Antonio me dijo que no quería saber nada del asunto; de hecho, me prohibió que yo misma me informase. No quiere responsabilidades, sólo disfrutar de mí. Es bastante celoso y yo no necesito más cargas en mi vida... Y no, no me he arrepentido nunca —niega con pesar—. Con mi esposo recuperé la felicidad que él mismo me robó. Me hice a la idea de que Matt estaba bien, sobre todo al saber que la familia Campbell lo había acogido con mucho amor, y recuperé mi vida por completo.

—Dejándolo atrás —espeto sin dar crédito—. Recuperaste tu vida cuando él nunca pudo hacerlo, y ahora que lo estaba consiguiendo, me tuve que cruzar en tu camino para que se desestabilizara de nuevo.

—Tampoco yo hubiese elegido esto.

Su afirmación me destroza y me levanto, fulminándola con la mirada.

—¡Maldita seas! ¡Lo culpaste por haber nacido! ¡Él no eligió ser hijo de seres tan crueles! ¡No tuvo la culpa de vuestra irresponsabilidad! ¡No lo quisiste por algo que él no había hecho! —le reprocho, rota—. ¡No te robó nada; en cambio, tú a él se lo has robado todo! ¡No lo amaste por rencor! ¡Un rencor que él no merecía!

«Era un niño», quiero añadir, pero se me rompe la voz.

—Hablaré con Antonio y nos iremos. No quiero cruzarme con él y tampoco con Karen... No, no, ¡no puedo perder a Antonio de nuevo!

Aborrezco su frivolidad, su hijo no le importa. Ni siquiera desea conocerlo ni saber de su vida. Está dispuesta a abandonarlo otra vez. Ni siquiera ha preguntado cómo está.

—Ábreme, me marchó, ya no necesito oír más. Matt está muy mal y se desahoga siendo agresivo. Te advierto que odia a tu maldito esposo con toda su alma y que no dudará en venir en cuanto sepa vuestro paradero, ¡algo que no le he dicho aún!

Salgo de la cafetería con el corazón destrozado, meditando cómo explicarle a Matt esta conversación. No sé qué hacer o cómo actuar para ayudarlo.

—¡Gis! —Me vuelvo al oír a Luis—. ¿Qué te pasa?

Necesitada de un abrazo, me refugio en su pecho y doy rienda suelta a mi congoja. Luis es el

tipo de amigo que Thomas fue para mí en Málaga...

Me siento sola, triste y abandonada.

—¿Has discutido con tu esposo? —No contesto—. Pasaré, a veces los matrimonios discuten. Verás como cuando vuelvas a casa todo se soluciona.

No lo creo. Matt no ha respondido a ninguno de mis mensajes. Entonces, me quedo de piedra cuando oigo su voz detrás de mí:

—Aparta las manos de mi mujer. Suéltala ahora mismo.

Luis palidece y, al darme la vuelta y ver a Matt, entiendo por qué. Está demacrado, con la ropa sucia, los ojos rojos y los labios agrietados por el frío de enero... Los puños cubiertos de sangre seca.

—Matt. —Alzo una mano para acariciarlo, pero me rechaza apartándose—. ¿De dónde vienes?

—Vamos a casa. Y tú, si le vuelves a poner un dedo encima, no me controlaré.

Me guía hasta su coche y yo no me opongo. Tenemos que alejarnos de la cafetería. Sin embargo, a los pocos metros se para y me mira con detenimiento.

—Gisele, me duele el corazón, ¿sabes? Me duele que otro te abrace, que te toque. No lo soporto.

—Y a mí me duele que te vayas por ahí y no aparezcas hasta el día siguiente. Me duele sobremanera no saber dónde has estado. O con quién. ¡Me duele que me abandones como tú tanto temes que haga yo!

—He estado solo, te dije que quería soledad —replica furioso—. Tú, en cambio, ya veo que muy bien acompañada.

¡Lo que faltaba!

—¡Vete a la mierda! Me dejas sola, sin noticias, preocupada por ti, ¿y encima vienes con éstas? Eres un imbécil. ¿No ves cómo estoy por tu culpa?

Se mantiene impertérrito.

Sin decir nada más, me subo a mi coche y parto rumbo a casa. Él me sigue con el suyo.

Lo peor es llegar a y encontrarme a mis padres junto al desastre de la noche anterior. Mi padre corre hacia mí y dice:

—Te vienes con nosotros.

—No quiere ir —dice Matt, sujetándose del brazo.

—Suelta a mi hija. Tal como estás, no la dejaré aquí contigo. Más aún al ver la casa. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Estás enfermo o qué demonios te sucede?

—Papá...

—¡Ni papá ni mierda! —grita él—. Voy a llamar a los Campbell para que hagan algo. No vas a seguir más aquí, no vas a destrozar tu vida. ¡Me equivoqué al pensar que con él serías feliz! Eres muy joven, a tu edad no vas a enterrar tu felicidad por un hombre que no merece la pena.

—Gisele —interviene mamá—, vamos a casa.

—Es mi mujer y quiere quedarse conmigo. Nunca le haría daño.

«Ya me lo has hecho.»

—Papá, mamá, volved a Lugo. No pasa nada.

—¿¡Nada!? —explota mi padre—. ¿Tú has visto esto? —Señala la sala—. No reconozco a este monstruo, vámonos ahora mismo.

Matt busca mi mirada y espera mi respuesta, yo asiento con la cabeza al ver cómo le tiemblan las manos y la manera en que se acaricia la alianza.

—Papá, mamá, necesito que os vayáis. No quiero que estéis preocupados. Quiero quedarme con Matt y os pido por favor que respetéis mi decisión.

—¿Estás segura? —pregunta mi padre.

—Absolutamente.

—Michael, vamos. Déjalos que hablen y que resuelvan sus problemas —dice mi madre—. Vamos, mañana volvemos.

—Esto no quedará así. De ser necesario, me llevaré a mi hija por la fuerza —dice mi padre.

Me despido de ellos y, agotada, me siento en el sofá, tapándome la cara con las manos. Al oír un encendedor, miro a Matt, que fuma ansioso.

—¿Dónde has estado? —le pregunto más calmada—. Merezco saberlo.

—Soltando la rabia a mi manera, asimilando lo que me contaste anoche. ¿Y sabes qué? No confío en nadie. ¡Karen y William me han mentido! ¡Yo confiaba en ellos más que en mí mismo! —Golpea la pared—. ¡Ese bastardo disfrutando de mi madre y yo mira cómo me veo! ¿¡Cómo quieres que esté!?

—Lo sé... lo sé, ¿qué puedo hacer?

Se pellizca la nariz y confirma mis temores:

—He dejado el tratamiento, ya lo sabes. Lo hice los días de Lugo, no lo soportaba más... —Se calla y me mira—. Me hacía sentir débil. ¡Me hacía creer que soy un enfermo que tiene que drogarse con pastillas y acudir a terapias donde no me siento cómodo! ¡Me hacía pensar que no soy un hombre y que no te merezco!

—Matt...

—¡Quiero ser normal!

Mi vida. Cohibida, le pregunto:

—¿Me dejas abrazarte?

Tira de mi brazo y me estrecha contra su pecho. Su corazón late descontrolado y con las manos me acaricia la espalda desesperado. Inspira hondo sobre mi cabello y sé que está llorando. Me aferro a él, compartiendo su emoción. ¿No entiende cuánto me duele verlo así? Él es mi mundo.

—Te irás, sé que lo harás. Mis miedos han vuelto y no soy capaz de seguir solo con esto. Tampoco quiero hacerte más daño involucrándote en el problema.

—Junto podemos hacerlo, por favor.

—No soportarás verme como me ves ahora, y yo sé que no me podré controlar. ¿Sabes?, esta mañana he gastado más de cinco mil euros para cosas de la oficina que no eran necesarias. ¡No puedo, Gisele!

Inesperadamente, me empotra contra la pared con brusquedad y me palpa el cuerpo con ímpetu, empujando con las caderas. Me busca y, en medio de la desesperación, consigo decir:

—Me quedaré aquí, Matt. Sabré entenderte, pero tienes que ayudarme. No sé cómo hacerlo. Si te vas, si no confías en mí... si no aceptas medicarte... Tienes a mucha gente que te quiere, que te adora... no nos hagas esto.

Se tensa y me quita la camiseta con desesperación.

—¡No me entiendes!

—¡Lo hago, siempre lo he hecho!

Me deja en el suelo y yo me arqueo, me entrego, confirmándole que soy suya. Él chupa y lame mis pechos, arañándomelos con su incipiente barba, pero yo grito, le suplico más.

—Matt...

—No te alejes —susurra.

—No lo hago.

—Estoy hecho una mierda. —Se aparta y añade—: A la vez quiero y no quiero saber dónde están. No sé qué soy capaz de hacer.

—Pasa página, olvida que existen —le digo apesadumbrada—. Ellos cerraron el libro y no se arrepienten.

—¿Has hablado con ellos? —pregunta sobresaltado, y luego susurra—: Dímelo, nena. No me mientas tú también, te lo ruego.

—Es duro decirlo, Matt, pero a ella la odio... No se arrepiente de nada, es feliz con él. Me ha contado algunas cosas, las necesarias para decirte que no merece la pena ni siquiera que vayas a verla y te haga recordar toda la mierda que te está destruyendo.

—Dime dónde están.

Me flaquean las piernas y se me seca la boca. Me arranca las braguitas, reclamándome.

—¿Estás de su parte? —me acusa y mete un dedo. Me retuerzo—. ¡Contesta!

—¡No!

Me suelta y, decepcionado, se va hacia la puerta. Yo corro tras de él desnuda y cierro antes de que pueda salir. Me mira con expresión dura y, dándome la vuelta, me estampa contra la pared. Noto su enorme falo en mi trasero y me embiste por detrás hasta arrancarme un grito de desesperación.

Su furia y mi rabia se unen en nuestros gritos y yo me muevo, dándole acceso. Me balanceo con él, mientras me muerde el cuello, me chupa el hombro y desliza una mano por mi vientre hasta penetrarme con dos dedos.

—¿¡Quieres esto!?

—¡Sí, mierda, quiero a mi marido!

—¿Me sientes?

Entra y sale, profundiza y retrocede. No cesa de repetir el movimiento, mientras sus manos se vuelven avariciosas y me tocan, me pellizcan... No puedo más, estoy al límite, y cuando me coge del pelo y me hace mirarlo por encima del hombro, le muerdo la boca, atrapándole el labio inferior entre mis dientes.

—Eres mío —digo ahora yo—. ¡No vuelvas a marcharte!

—Te protejo.

—¡No si me alejas de ti!

Lame mi boca y se hunde con tanta fuerza en mi interior, que caemos al suelo. Me da la vuelta y me obliga a que me pierda en sus labios, a que le entregue mis gemidos de placer y el goce compartido...

—Te amo —musita—. Lo eres todo para mí.

Asiento y me refugio en su cuerpo. Lo acaricio, lo mimo, le brindo mi amor y, transcurridos unos minutos, nos aseamos y nos vestimos.

—Cuéntamelo —insiste él luego, cuando nos sentamos en el sofá.

—No... Matt.

—Gisele, no hagas que desconfíe de ti. Dime dónde están —casi me suplica—. Si no me ayudas, volveré a irme.

Con la cabeza gacha, susurro con tristeza:

—Vete entonces, lo prefiero... Sé que no estás preparado para ese encuentro, aún no.

—¿Dónde te llevaste aquel disgusto? Cuando me dijiste que te habías encontrado a una chica con una historia parecida a la mía. ¿¡Dónde!?

Callo y rezo por que no lo recuerde... Pero entonces, me mira horrorizado y grita:

—¡En la cafetería, ¿verdad!?

—¡¡Matt, basta!!

Sale corriendo y arranca en su coche, yo lo persigo con el mío. Hay tráfico y, finalmente, ambos llegamos frente a la cafetería. Él sale antes del coche y su mirada en la lejanía me destroza...

Sé lo desgarrado que se debe de sentir cuando madre e hijo se encuentran de cara.

—Eres tú —leo en sus labios—. ¿Qué me hiciste?

Se encierra dentro y yo golpeo la puerta, mientras se oyen sus gritos y reproches.

—¿Dónde está? Vas a pagarlo tan caro como él.

—Vete —oigo decir a Lizzie—. Déjalo, nos iremos y no tendrás que vernos.

—No sabes cuánto te odio. No sabes lo que has hecho conmigo, pero te juro que me las pagarás. ¡No te importo y nunca te importé! ¡Aún me duele tu desprecio! Has sido feliz, has disfrutado de ese cerdo, pero sólo hasta aquí.

—¿Q-Qué vas a hacer? —Suenan un estruendoso golpe—. Estás loco.

—Tú me has hecho así, tú has acabado conmigo. Te veré como yo estoy, destruida.

—¡Vete!

—¡Matt, ábreme por favor! —insisto al oír más ruidos—. ¡Estoy aquí!

Silencio, hasta que él grita con fuerza:

—¡Dile que esto lo he hecho yo! ¡Y que volveré!

La puerta se abre y nos encontramos de frente. Me besa con desenfreno, como si quisiera devorarme... y luego se va, con una botella de alcohol en la mano. Su madre está llorando y veo unas sillas hecha añicos.

No puedo seguirlo, no me da tiempo, y vuelvo a casa. No siento nada... nada. Recojo y limpio, hablo con Karen y me explica que Matt le ha dicho que no quiere verlos, que necesita tiempo. Ella está desolada y yo ya no puedo más.

Me tumbo en nuestra cama vacía hasta que a las doce de la noche, Matt me llama y dice con voz ronca:

—Nena, te necesito, eres mi paz, ahora más que nunca. No te podré dar espacio, ya ves lo que hizo ella cuando lo hice, se fue... Me voy a volver loco, sé que tú también te irás y te consolarán otros brazos y yo me moriré. Dime que me amas.

—No, Matt, no te dejaré. Vuelve a casa, por favor, vuelve —suplico temblorosa—. Claro que te amo, por favor, estoy muy preocupada. Y asustada. ¿Estás bebiendo?

—Háblame para que no cometa una locura, cálmame.

¡Maldita sea! Gimoteo.

—No hagas nada, te lo suplico, Matt. Vuelve a mi lado y apóyate en mí, no te alejes. Olvida

a esa mujer y perdona a los que te han criado, a los que te aman. Karen y William están muy mal... Nuestras familias ya saben lo que ha ocurrido con tu madre y están muy preocupados.

—Yo no tengo familia, estoy completamente solo, abandonado.

—¡Porque quieres! —le espeto—. ¡Estamos aquí para ayudarte!

—¡No sé quién soy! Volveré cuando me sienta mejor.

—¿Lo harás alguna vez?

—No quiero hacerte daño, no quiero que sufras más al verme perdido. Me desconozco. Creo que voy a cagarla de nuevo.

—¿Matt? —Llamo alarmada—. ¿¡Matt!?

Me ha cortado y otra noche... me encuentro en mi casa y sin él.

¿Dónde y con quién está?

22



Reflexión

Me despierta el sonido de un portazo a las cuatro de la madrugada. Matt ha vuelto a casa.

Finjo estar dormida, boca abajo y con el cabello cubriéndome la cara, cuando cruza la habitación y oigo que entra en el cuarto de baño. Media hora más tarde, sale y se mete en la cama, apoya su cabeza en mi nuca y oigo su llanto. Se me parte el corazón, no soporto sentirlo tan derrumbado.

—Nena... —Me abraza con fuerza—. Tenías razón, mi madre está feliz, mucho mejor que antes... La odio tanto... En el fondo nunca la he aborrecido como hoy.

Oh, Dios mío.

—No le importo nada y, después de tantos años, soy incapaz de superarlo... Trago con dificultad, nuestra vida está del revés y no es fácil recomponerla.

—Te necesito, amor mío, sin ti me siento perdido —susurra y besa el cabello—. No me he portado bien, lo sé... pero entiende por lo que estoy pasando.

—Lo entiendo —digo—. Ahora descansa, lo necesitas.

Entrelazo los dedos con los suyos y nuestras alianzas se rozan, también las pulseras de cuero grabadas con el nombre del otro y suspiro, mientras él se abre paso con las rodillas entre mis piernas y susurra:

—No, dormir no. Necesito sentirme dentro de ti... Te necesito, Gisele. Mucho, tanto que me ahogo.

—Chis, está bien. Estoy aquí, ya lo sabes.

Con delicadeza, desliza las manos por mi piel y me sube el camisón negro que llevo puesto hasta sacármelo por la cabeza. Mientras no deja de prometer con apacibles susurros:

—Seré suave, prometo no hacerte daño. Nena, Dios... Anhele esta piel tan suave cuando te tengo lejos, no puedo estar sin ti y hoy he vuelto a sentir que te perdía.

Retrocedemos. Me cansa y me agobia.

—Matt, te prometo que no será así. No volvamos atrás, por favor.

—He vuelto sin querer. Muy muy atrás y me duele arrastrarte conmigo. Mi pasado está aquí y me está devastando.

—No te alejes, es lo único que te pido, Matt.

Lo miro por encima del hombro y le sonrío. Muevo el trasero para que me empale y, cuando lo hace, me arqueo...

—Te amo, Matt. No me llores, cariño, estoy aquí. Te amo, te amo, te amo.

Entra y sale, me curvo suplicando más. Y grito cuando introduce la mano debajo de mi vientre para acariciarme.

De repente, se desata la bestia que lleva dentro y me embiste tan duramente que me quedo sin respiración. Una estocada y otra. Me hundo en la almohada y me aferro a las sábanas con fuerza. Su voracidad lo arrastra y ahoga sin que él sea capaz de verlo.

—No te merezco, Gisele. ¡No!

Las siguientes acometidas están llenas de agonía y de impaciencia, de mis gritos agudos y sus gruñidos compungidos.

—Te quiero tanto, nena...

Le sonrío y me mezo con él disfrutando de su deseo, de mi hombre.

—Te amo de todas las maneras. Te amo tierno y furioso, duro y romántico. Te amo siempre, con todos y cada uno de tus cambios.

Sus facciones se relajan y, tirándome del pelo, se hace con mi boca.

—Córrete, nena. —Desliza los dedos por mi cintura y añade—: Tan dulce. Mía y sólo mía.

Suya...

Me pierdo cuando él lo hace, estremeciéndonos ambos con el arrollador éxtasis que alcanzamos... Las sacudidas se prolongan hasta que se deja caer sobre mí y musita cuánto me ama.

Hoy sí dormiré, porque él está a mi lado.

Por la mañana, él duerme profundamente. Me levanto de la cama intentando no despertarlo. Se lo ve apacible y calmado. Hoy empiezan las clases tras las vacaciones, pero no iré. Matt me necesita y lo consolaré como no me ha permitido hacerlo los días anteriores.

Al llegar a la sala, me sorprende que *Tomy* se halle lejos de Matt.

El día se presenta complicado, por la presencia de mis padres y la de mis amigos Emma y Thomas, que están en Madrid y quieren venir a visitarme, pero creo que no es lo mejor.

Me sirvo zumo y llamo a mi amigo.

—Thomas, soy Gis.

—¡Vaya, qué temprano! ¿Ocurre algo?

—La verdad es que sí...

—No podemos vernos hoy, ¿verdad?

Me encanta que me conozca tan bien.

—Lo siento mucho, pero me han surgido algunos problemas. ¿El viernes te viene bien?

—Supongo que sí —contesta molesto—. Tengo la sensación de que no sabes cómo decir que no quieres verme. Éramos los mejores amigos, te llamaba cada día, no perdimos nunca el contacto desde que nos conocimos, pero cuando te empleaste como chica de servicio, se acabó todo.

—No tiene nada que ver con eso, Thomas. He estado muy atareada, con la boda, el viaje, las

Navidades y los estudios. No tengo tiempo para nada...

—De acuerdo, nos vemos el viernes.

—Díselo también a Emma, por favor, os quiero mucho.

—Yo también.

Dejo el teléfono y bebo un poco más de zumo antes de volver a la cama con Matt, pero al volverme lo descubro en la puerta. Le sonrío y él no me devuelve la sonrisa.

—¿Qué?

—Lo quieres —dice—. ¿Y si al verlo descubres que te puede dar la estabilidad que yo no te doy? Un amor tranquilo, con espacio para poder respirar...

—No... yo...

—Te absorbo, lo sé. Desde que te conocí, te he robado todo lo que te rodeaba, te he encerrado conmigo, en nuestra casa, habitación o refugio... —Se calla y hace crujir los nudillos—. ¿Qué representa él en tu vida?

—Matt, ¿aún hoy me lo preguntas? —contesto y me acerco para abrazarlo—. Estamos casados, Thomas sólo es mi amigo, nunca ha habido nada entre nosotros.

Pero él parece ausente y musita:

—Yo era su hijo, nacido de ella, y él no era nadie. Apenas hacía poco más de un año que se conocían y en cambio lo prefirió a él, aun habiendo estado conmigo doce años y llevarme nueve meses en su vientre.

—Matt... —digo con cautela— él es bipolar, ¿lo sabías?

Se descompone.

—¡No quiero ser como él! —grita.

—Y no lo eres, Matt —le contesto, señalándolo con un dedo—. Tú sí quieres ser padre, tú no abandonarías a tu hijo ni a tu mujer. ¡Tú no tienes nada que ver con ellos!

—Tienes razón —dice cabizbajo—. Tengamos un hijo, eso me calmará y lo sabes.

Me pellizco la nariz, confusa y convencida de que no es el momento. Si accedo, me estaré precipitando una vez más. Tiene que cuidarse y tratarse: nuestro hogar no es lo bastante sólido como para criar un bebé.

—No, Matt —musito—, vamos a esperar, tenemos que hacerlo.

—¿Por qué te cuesta tanto entregarme lo que más deseo en el mundo? —Me besa el pelo y me rodea con sus suaves manos—. Dámelo, nena, por favor.

—No puedo, lo siento mucho.

Se aparta de mí como si le pesara el cuerpo, da media vuelta y se marcha. Yo me voy a la cocina y preparo un delicioso desayuno para los dos. Frutas, dulces, zumo y café. Tras buscarlo por la casa, lo hallo en su despacho. Está contemplando con melancolía fotografías nuestras, de la boda.

—¿Qué haces, Matt? —Me acerco y dejo la bandeja en la mesa. Su mirada es puro reproche cuando me siento en sus rodillas.

—Gisele, cuando nos casamos, pensé que pronto sería padre. Creía que pronto formaríamos esa familia que tanto necesito.

—Cuídate, sigue el tratamiento, y en cuanto veamos que estás estable, yo dejaré la píldora. Podría ser para el próximo año, si hacemos las cosas bien. Además, yo habré terminado el máster y ya trabajaré. Necesito estar contigo en esta etapa, como tú lo estás siempre conmigo.

—Gisele —dice—, gracias. No sabes cuánto significa esto para mí.

—Es una promesa mutua, no lo olvides.

—¿Niño o niña? —bromeo y le arranco una carcajada—. A ver, dime.

—Niña, una como tú de hermosa y descarada. Que sea caprichosa para yo poderla complacer en todo. —Su mirada brilla—. Una niña que me llame papá... Que sea mi consentida, mi mimada. —Me río y lo beso.

—Ahora desayuna, Matt, quiero verte bien.

Mastica la tostada con poco apetito y yo desayuno también mientras miramos las fotos divertidos.

—¿Vas a ir a trabajar? —le pregunto. Niega con la cabeza—. Yo tampoco iré a la universidad: podremos pasar la mañana juntos y solos.

Pero no... llaman a la puerta.

—Ya voy yo, tú termina de desayunar. —Bajo y, al abrir, me quedo pasmada de sorpresa: mamá, papá y Scott juntos, con Roxanne dos pasos detrás...

Resoplo al pensar en Matt, pero los invito a entrar, notando en sus miradas lo mal que están. Nos sentamos y yo no sé qué decir. Menos aun cuando Matt ve a su hermana y se le ensombrece el semblante.

—No es justo —le reprocha Roxanne—. No es justo que nos apartes así de tu vida, Matt. Todos te queremos.

—Sólo os he pedido tiempo. William y Karen me han mentido, me han engañado durante toda mi vida. ¿Qué he de hacer?

—Fue por tu b...

—Déjalo, Roxanne. Siento que esto te afecte, porque son tus padres, pero ahora sólo quiero la paz y tranquilidad de mi casa con mi mujer.

Su hermana se echa a llorar y mi hermano, conmovido, la estrecha contra su pecho, calmándola, y yo se lo agradezco. Matt y Roxanne no son hermanos, pero sí comparten un lazo y sangre, son primos.

Entonces, Matt avanza hacia ella y la abraza con fuerza.

—Lo siento, Roxanne. Tú no tienes la culpa... pero necesito tiempo antes de ver a Karen y William.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento tanto, Matt... ¿Podemos hablar a solas?

Juntos, los hermanos se marchan a la planta de arriba. Yo inspiro hondo ante el semblante cargado de reproches de mi padre. ¿Alguna vez tendré un día tranquilo?

—¿Qué vas a hacer con él? —dice—. No puede seguir aquí, en cualquier momento podría hacerte daño.

—No lo hará —interviene mi hermano—. Estoy seguro de ello, ¿acaso no ves cómo lo calma? Matt la ama más que a su vida. Su mirada se ilumina al verla, la necesita igual que a nosotros. Deja de pensar que no la merece, porque como él la quiere no lo hará nadie, ¿entiendes?

—¿Por qué lo defiendes? —pregunta mi padre—. ¡Es tu hermana!

—Y él su marido, parte de su vida. Si en vez de criticarlo dedicaras un poco más de tiempo a conocerlo, si en vez de juzgarlo creyendo que Álvaro lo haría mejor, lo apoyaras, no tratarías de alejar a nuestra pequeña del hombre que, pese a sus altibajos, la llena de vida.

Me emociono, éste es mi musculitos. Mi hermano, mi apoyo y otro imprescindible pilar de mi vida.

—¿Por qué Matt y tú no salís a dar un paseo? —sugiere—. Os vendrá bien. Nosotros cuidaremos de la casa y del cachorro.

—No sé si... Vale, de acuerdo. Voy a vestirme, si baja, avísalo. —Beso a mi hermano y me froto con su mejilla—. Te quiero mucho, musculitos, gracias por todo.

Él sonríe. Ya en la habitación, me pongo un jersey ancho y unos vaqueros sueltos, deportivos y me hago un sencillo moño. Justo cuando me estoy aplicando un poco de maquillaje, aparece Matt. Parece más tranquilo.

—¿Vamos a salir?

—Sí, vamos a dar un paseo.

—Estás muy guapa.

Le busco algo de ropa y se la tiendo para que se arregle.

Mientras lo hace, yo bajo al salón. Roxanne habla con mi madre, mientras Scott y mi padre cuchichean en un extremo alejado.

—Roxanne —interrumpo—, ¿vamos al jardín?

—¡Claro! Enseguida vuelvo, Isabel.

Una vez fuera, le pregunto:

—¿Cómo va tu proyecto?

—Mal, cuando decepcionas a una persona tantas veces, es difícil que puedan volver a confiar en ti.

—Lo sé...

Yo le sonrío y le guiño un ojo.

—Paciencia, lo conseguirás. Bueno, nosotros vamos a salir a dar un paseo. Si lo preferís, mis padres y tú podéis quedaros a dormir aquí para mañana por la mañana salir directos hacia el aeropuerto, ya sabes que hay habitaciones.

—Tus padres se quedarán unos días con Scott. —Alzo una ceja—. Me lo acaba de decir tu madre.

Matt y yo nos despedimos de ellos y, cuando llevamos un rato caminando, decidimos entrar en el Corte Inglés. Matt ha estado todo el rato ensimismado y yo he permanecido en silencio, respetando su paz interior. La primera parada que hacemos tras cruzar las puertas es en la sección de bebé. Matt sonríe y su cambio de humor me trastorna. Acaricia un precioso carrito y mi labio inferior tiembla.

—No le faltará de nada, cariño. Será un bebé tan deseado... ¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—No me gusta este sitio. —Hiperventilo—. Cuando llegue el momento, ya volveremos, pero ahora vamos a otro lado, por favor.

A las nueve de la noche regresamos a casa. La tarde, finalmente, no ha sido como yo esperaba. Matt ha estado hablando de que se va a vengar de su padre, de su obsesión por Lizzie... Yo sin saber qué hacer. Además, se ha empeñado en comprar objetos inútiles y más ropa. Se plantea cambiar el coche por otro... Su cuenta ha disminuido en otros cuatro mil euros.

Roxanne y mis padres finalmente se quedan esta noche en casa y tras una cena deliciosa, que, para mi asombro, ha cocinado Matt con la mejor de las sonrisas, preparo las habitaciones. No

tendría que sorprenderme, pero lo sigue haciendo.

Al acostarnos, le doy un sentido beso y, mimosa, le digo:

—Hasta mañana, Matt.

—Gracias, Gisele. Te amo.

Cierro los ojos, abrumada por los últimos acontecimientos, mientras Matt me acaricia suavemente la espalda, relajándome. Pero entonces suena su móvil, rompiendo la calma. Un mensaje.

Otro mensaje.

Uno más.

Soñolienta, me incorporo, me tumbo de costado y lo miro interrogativa. Matt se encoge de hombros como si nada. El corazón se me acelera cuando abre el primer mensaje... Son fotos de una mujer tumbada con él en un parque. Otra más besándose. Parece que ella lo acaricia consolándolo. ¡No!

Es un montaje... Tiene que serlo. Angustiada, leo el texto:

Mensaje de Amanda a Matt. A la 1.45.

Matt, Andy me siguió sin yo saberlo. Creía que no estaba en condiciones de salir de la cama... Fotografió nuestro encuentro. Me ha dado dos bofetadas.

Mensaje de Amanda a Matt. A la 1.46.

A tu mujer le llegarán mañana, por correo. Abre tú el buzón. Andy se ha ido tras cometer el fallo de tocarme. Estoy bien.

Noto cómo me abandonan las fuerzas. Matt me levanta el mentón para que lo mire. Odio que sea tan cínico, su mirada no es franca, ¿cómo he podido ser tan idiota?

Me aparto y miro las fotografías de nuevo, la ropa que lleva lo delata. No lloro, hoy decido mostrarme fuerte ante el hombre que me ha roto el corazón.

—¿Cómo has podido, Matt? Me has engañado, me has mentido.

—No es lo que parece, nena, te juro que no estuve con ella. Me llamó por teléfono y yo contesté pensando que eras tú, acababa de hablar contigo, y, sin saber cómo, le dije dónde estaba y lo que había ocurrido con mi vida. Apareció al cabo de un rato, cuando yo estaba borracho perdido, y se quedó tres horas conmigo... ¡O no lo sé, eso dijo! Me besó, pero la aparté. Estaba bebido y no sabía qué hacía allí exactamente. Gisele, por favor. No respondí a su acercamiento, créeme.

Me agarra, pero yo me suelto.

—Eres un falso de mierda, un hipócrita que pide lo que no da. ¡No quieres que otros me toquen, pero tú te dejas tocar! ¡Estás mal y te vas de casa para que otra te consuele en el peor momento de tu vida!

Me ahogo, ¡no puedo más!

—¡Cerdo, asqueroso, yo llorando por ti y tú dándole besos a otra! ¡Exiges una sinceridad que tú no me das! ¡Me haces el amor y me pides que tengamos un hijo, cuando me has estado engañando con otra!

—Por favor, cariño...

—No me toques, no me toques. Hoy me das asco. No te perdono esto, Matt, ¡no te lo perdono! Me lo prometiste... me lo prometiste.

—Gisele...

—¡No! ¡Déjame! —Rebusco en mi armario y cojo un chándal con manos temblorosas—. Me voy y no quiero que me detengas.

—Me prometiste que no me dejarías. No la toqué. No es verdad. ¡No la besé siquiera, es el ángulo de las fotografías! —grita desde la otra punta—. Gisele, por favor, lo que me prometiste...

—¿¡Lo que te prometí!? ¿¡Y tú!? —lo corto dolida—. ¡Me has prometido tantas cosas que no cumples y te lo he perdonado todo, he creído en ti, y no lo merecías!

—¿Te vas?

—Sí, necesito estar sola.

Enseguida me encuentro atrapada por sus brazos.

—Sabes que no me encuentro bien, por favor, no te vayas. No hablaba con ella desde aquella vez... Yo confié en ti cuando las fotos... ¡No pasó nada! Te lo juro, nena, no pasó nada.

—¿Nada? ¿Irte de casa durante casi dos días? ¿Dejarte consolar de esa forma tan íntima por otra mujer? Por la primera mujer de tu vida... la que tanto te marcó. ¡Todo eso sumado a este no vivir al que me sometes al abandonar el tratamiento!

—¡No quiero depender de mierdas! ¡No sé lo que hago cuando las tomo!

Me suelto de él y le digo al marcharme:

—Tu amiga te reclama, el cerdo de su esposo la ha golpeado... Ve. Ella hoy te necesita más que yo.

Bajo la escalera, salgo de casa y me voy al hotel más cercano...

Llevamos dos meses y medio de matrimonio. Es tiempo de reflexionar.

Hemos llegado a un punto de inflexión.

23



Lo sucedido

Al llegar al hotel, me tumbo en la cama y contemplo el techo pensativa, prohibiéndome pensar más, pero mi cabeza se llena de dolorosas imágenes. ¿Matt me engañaría con otra? Mi corazón me ruge que no; sin embargo, estoy dolida.

Se refugió en otros brazos, hace promesas que no cumple. No puedo más, me estoy ahogando. Necesito espacio, libertad. No soy yo, sin él desearlo, me está destrozando.

Me suena el móvil, es Roxanne... Me debato entre contestar o no. Decido no hacerlo.

Otra llamada, ésta de un número que no conozco y, al contestar, oigo una voz que me repele: Andy.

—Matt tenía razón, mi verdadera intención era hacerle daño a ella, volverla completamente loca. Por culpa de él he sufrido hasta dejar de quererla.

»Le mentí, le hice creer que te había seguido a Nueva York, que nos estábamos viendo...

Nada es verdad, lo sé y lo sabes. Pero yo la amaba y me destrozó al no olvidar a tu marido.

»No podía más, y al seguirla, los vi juntos... Yo vivía resignado a ello hasta que el destino te puso en mi camino aquella noche y encontré la venganza a través de ti.

Así pues, él no pudo hacer las fotografías de Nueva York porque no estaba allí.

—Estáis locos —musito—. ¿Cómo has podido? ¡Matt no tenía la culpa!

—Me cegué y quería destruirlo... Te pido disculpas por el daño que te he causado a ti, no a él. Él lo merecía.

—Andy... ¡Vete al maldito infierno y púdrete!

Luego le mando un mensaje a Roxanne diciéndole dónde estoy y pidiéndole que me den un poco de espacio. Estoy a punto de apagar el teléfono, cuando me llega por WhatsApp un vídeo desde el mismo número de Andy, el marido de Amanda.

Lo abro y la imagen me impresiona. Hay poca luz y el que graba lo hace desde arriba. Matt está echado en el césped de algún parque y una mujer, Amanda, tumbada a su lado, le acaricia la mejilla con ternura. Él parece confuso al abrir los ojos y encontrársela a su lado.

—Hola —dice ella—. Has dormido por lo menos tres horas.

—¿Llevas aquí todo ese rato?

—Sí.

—¿Y Andy?

—En la cama, no puede moverse apenas... ¿Estás mejor?

—No lo sé, Amanda —balucea, trabándose—. No sé nada y no quiero hablar de esos cerdos... Que se pudran, mañana o pasado nos veremos las caras, ya habrá tiempo para la venganza.

Ella se le acerca, distingo su perfil y mi corazón se altera. Ella no deja de acariciarlo, sentada ahora a su lado, y yo me muero por dentro.

—Te sigo queriendo, ¿sabes? —dice Amanda—, nunca he dejado de hacerlo. Amo a Andy, pero tú siempre serás especial para mí. Contigo descubrí qué era amar. Dolió, pero fue hermoso mientras te tuve.

—Sabes que para mí no significó nada —contesta él—. Y no quiero hablar de ello. No fuiste buena para mí, y tú misma sufriste mucho. Demasiado quizá, sin merecerlo... Mi corazón está ocupado, no hay lugar para ninguna otra persona.

—No te preocupes, sé que amas a tu mujer. Yo amo a Andy, pero no podemos negar que vivimos un momento crítico. Tú necesitas mi apoyo y yo el tuyo. Dime qué puedo hacer para que estés bien, odio verte así.

—Lo único que necesito es soledad. —¿Cierra los ojos?—. Volver a ver a mi mujer como era antes de atraparla en mi mundo. Coqueta, descarada, divertida, sensual, hermosa. Con esa ternura y esa pureza que desprende, con esa alegría que tanto me gusta. ¡Vete!

La imagen se corta y un nuevo vídeo entra. Mi alma sangra, él me tiene presente, me recuerda...; sin embargo, es ella quien lo consuela, quien lo escucha y lo acaricia como yo no pude hacerlo.

—Matt —le susurra Amanda y se acerca. ¡Perra!—. Matt.

—No, Amanda. No lo hagas.

Él se encuentra con sus ojos y sus bocas casi se rozan. Me tiembla el pulso, la imagen se difumina por mis temblores cuando ella posa su boca en la de Matt y le exige que la abra

enredando las manos en su pelo. Él se retira bruscamente, limpiándose los labios con desesperación.

—No quiero hacerte daño, pero amo a mi mujer y no podría hacerle esto —se disculpa con voz trémula—. No vuelvas a hacerlo, vete. No soporto los labios de otra, ella me da lo que necesito. En todos los ámbitos. Es mi vida, mi mundo.

Amanda se retira y yo casi no puedo respirar. ¿Cómo le consintió que lo rozara siquiera? Sus palabras son claras; no obstante, le falta rotundidad.

—Andy no me toca desde hace semanas. Desea a tu mujer y yo muero de pena.

—A ella jamás la tocará, porque yo no se lo permitiré. Gisele es mía y, si le acerca, lo destrozaré —amenaza fríamente—. Amanda, déjame solo. ¡No quiero ver a nadie!

—Ve a tu casa, tu esposa estará preocupada.

—Estoy enfermo, Amanda —se lamenta, la oscuridad no me permite saber si hay lágrimas—, ella me dejará.

—¿Enfermo, dejarte?

—Soy bipolar... Siempre voy a estar mintiéndole. Le prometeré cosas que no cumpliré... No puedo darle lo que pide, pero no pienso dormir cada noche a base de pastillas, ni volverme un idiota, con tanta medicación en el cuerpo. No me reconozco, no sé ni quién soy...

—Si necesitas apoyo o ayuda, estoy aquí.

—¡Vete!

Ya no hay más.

Grito de impotencia, deshago la cama, tiro las mantas al suelo... ¡Me ha mentido! ¡No piensa cuidarse y le confiesa a ella lo que a mí me ha costado meses saber y todavía no lo he logrado aun siendo su mujer!

—¡Maldito seas, Matt, maldito seas!

24



Un tiempo

La mañana no empieza de la mejor manera: mis padres se presentan en el hotel para hablar conmigo, pero yo los ignoro sin alterarme.

Me preparo para ir a la universidad y tomar la decisión que debí haber tomado meses atrás. Mi cuerpo es como un témpano de hielo, ni siente, ni padece. Hoy todo lo veo negro.

—Ya no puedes retrasarlo más, tienes que venirte a Lugo y alejarte una temporada —dice mi padre—. Gisele, mírame. —Se ha arrodillado a mis pies, junto a la cama—. Anoche vino Scott y nos contó el problema de Matt. ¿Merece la pena que echés tu vida por la borda por alguien como él?

—Papá, ahora no me apetece hablar de eso.

—Pues piensa por lo menos, ¡piensa, Gisele! Está enfermo y no se deja ayudar, soy tu padre y verlo me duele. Es cierto que te he visto más feliz de lo que lo has sido en toda tu vida. Que tu sonrisa y tus ojos brillan más, pero eso sólo es en determinados momentos, ese hombre está

apagándote.

—Cielo —susurra mi madre—. Vete, dale tiempo para que entienda que te pierde o, si no, nunca va a recapacitar y esta situación nunca cambiará. Él te adora... pero también te hace daño.

—¿Me dejáis sola? —imploro—. No quiero hablar con nadie, no me apetece... Mañana me voy a Málaga, a pasar un día con mis amigos. Ya he avisado a Emma. Necesito despejarme, ahora la que precisa tiempo soy yo... No puedo más.

La sensación de vivir encerrada en una casa destruida por las propias manos de Matt es más fuerte que yo. Lo amo y sé que él a mí, pero no es suficiente... Es una relación tan intensa como tóxica, inestable y llena de egoísmo. Él tiene que dejarse ayudar; si lo hiciera, yo estaría a su lado.

—Voy a salir —les anuncio—. No sé a qué hora volveré.

Me marcho a la universidad, donde hago los trámites pertinentes para terminar con esa etapa en la que no me he acabado de sentir a gusto. Mi decisión causa sorpresa, como también tristeza. Silvia me pide una vez más disculpas y yo por primera vez se las acepto. A salir me encuentro con Luis, que me espera en la puerta de la cafetería, que hoy está cerrada. ¿Se habrán marchado?

—Qué raro —comenta—. Es la primera vez que veo cerrado.

—Luis, me despido...

—¿Hoy ya no tienes más clases?

—Dejo la universidad. —Suspiro apesadumbrada—. Éste no es mi lugar y, además, tengo que hacer un pequeño viaje.

—Entiendo, es cierto que no te he sentido cómoda.

—No, no me he adaptado.

—¿Será un hasta pronto? —pregunta apenado—. ¿Me das un abrazo?

—Claro.

Le doy un abrazo por la amistad y el apoyo que me ha ofrecido durante el tiempo que hace que nos conocemos. Mi corazón se desboca cuando él me achucha y a lo lejos veo a Matt que me mira con intensidad. Está escondido y cree que no lo he visto... Me espía, pero no se acerca.

—Me tengo que ir, nos vemos pronto, Luis.

—Siento lo ocurrido con tu esposo...

—No te preocupes —digo—. Hablamos otro día.

Con rápidas zancadas me meto en mi coche y acelero para que no me siga, hasta llegar al hotel. Ignoro la curiosidad de mis padres, preguntándome de dónde vengo. Duermo la mayor parte de la tarde, hasta que el sonido de mi teléfono me despierta.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 20.07.

Nena, soy yo. Dime cómo estás. Respóndeme, por favor.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 20.08.

¿Cómo quieres que me sienta? Y no finjas, no me mientas, te he visto.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 20.09.

La necesidad de verte me ha llevado hasta allí. Lo siento... Tenemos que hablar cuanto antes,

no podemos seguir así. Esta noche tengo la cena con Diego y Adam. Te pido que no vengas, sé por qué lo hago.

Y yo, para poder discutir con Adam libremente. A pesar de nuestra delicada situación, él insiste en enfrentamientos que ya no importan. No es consciente de lo mal que estamos, de lo que nos jugamos con sus locuras diarias.

Mi teléfono vibra, pienso que es él de nuevo, pero no, es otro número que desconozco. Aun así, respondo y reconozco la voz que habla apresuradamente:

—Soy Amanda, hoy he llamado a Matt para saber de las fotografías... Me ha contado lo sucedido y me ha pedido que nunca más vuelva a su vida. Lo siento, lo quiero y me duele saber cuánto daño le he causado. Pero Andy me torturaba con sus celos y yo...

—¿Qué quieres de él? —la corto—. ¿Por qué tuviste que aparecer aquella noche?

—Lo oí muy mal y necesité estar a su lado. Lo quiero, Gisele... pero no voy a perjudicarlo más. Matt te adora, confieso que me dejé llevar y de él haber...

—¡Cállate!

—Me voy de viaje, voy a dejarlo en paz... Está destrozado.

—¡Maldita, podías haberlo hecho antes! —grito con desgarr—. ¡Te odio, púdrete con el cerdo de Andy en el infierno!

Lanzo el móvil a la cama. Me estoy volviendo loca. Anhele una tranquilidad que no consigo. Estar encerrada entre estas cuatro paredes quizá no sea lo más conveniente para el caos que estalla en mi cabeza.

Al salir, mis padres me están esperando. ¿Qué quieren ahora?

—Voy a tomar aire y mañana temprano me voy a Málaga. No quiero reproches, ¡haré lo que me dé la gana!

Durante más de dos horas, hablo con mi hermano. Está preocupado y no sabe qué decirme. Me pide que piense bien la decisión que voy a tomar y me explica lo mal que ha estado Matt durante todo el día.

Lloro, ya no soy capaz de soportar más la presión. Lo necesito a él, a mi marido. Al hombre que me robó el corazón un día sin yo darme cuenta.

Quizá fue prematuro que le contara lo que le conté. Quizá debería haber esperado a que estuviera más estable. ¿Me precipité?

Me muero por perdonarlo, por creerle... Estoy a punto de enviarle un mensaje pidiéndole que venga al hotel, que me prometa, que cumpla lo que me promete. Y lo hago. Mi debilidad me puede.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 22.18.

Sé que estás en una cena y que quizá no es el momento... Matt, prométeme que vas a cambiar, que no harás locuras. Dime que confiarás en mí y demuéstrame que yo puedo confiar en ti. Te amo, quiero quedarme a tu lado... No me empujes a alejarme. Dame espacio, quiero recuperar un poco la armonía. Mis amistades. Por favor, Matt, no puedo más. Me muero por estar a tu lado y ayudarte en todo. Me destroza saber lo duro que es todo esto para ti, pero déjame creer que lucharás por nosotros. ¿Por qué has tenido que decepcionarme? Estoy dolida, tal vez me equivoque, pero sé que puedes darme lo que te pido. ¿Podrás esta vez cumplir tu palabra?

Unos minutos más tarde, llega su contestación.
Mensaje de Matt a Gisele. A las 22.29.

Claro que puedo, no lo dudes. Te lo prometo todo, eres la mujer de mi vida. Yo también estoy muy mal... Hecho una mierda, indignado y lleno de rabia. Eres tú, siempre has sido tú. ¿Puedo verte hoy? Te amo.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 22.31.

No habrá más si me estás mintiendo, no voy a estar suplicándote nunca más... Estoy haciendo un esfuerzo por entenderte. Por el amor que te tengo, lo intento una última vez. Si no cambias, me iré, Matt, y no volveré si no eres el hombre que prometes ser.

Dejo que el aire frío refresque mis mejillas, que cale en mis huesos. Aspiro la libertad que he abandonado, mi corazón está helado, como yo.

—Gise. —Alzo la vista al reconocer la voz de Álvaro. De pie ante mí, me seca las lágrimas con el pulgar—. Tu padre me ha llamado desesperado, pidiéndome que te haga recapacitar. Y he venido. Aunque tú no me necesites, yo nunca he dejado de quererte.

—Álvaro...

—No, no hablo de amor, yo ya tengo otra vida, te hablo desde el cariño que compartimos durante cuatro años. Desde la amistad que me une a Michael... —Señala a lo lejos y vislumbro a una chica, recatadamente vestida—. He encontrado mi camino.

—Me alegro, Álvaro y te agradezco que me ofrezcas tu ayuda, pero no tienes que hacerlo. Mi vida se ha complicado y mi padre piensa que recurriendo a ti yo voy a... En fin, tampoco sabe que tú... —Me callo, nada tiene sentido—. Gracias, de verdad, siento haber perdido todo tipo de contacto contigo...

—Chis —me silencia con un dedo—. Es triste verte así, ¿puedo darte un abrazo?

—Por favor.

Álvaro me abraza con ternura, con la delicadeza que siempre lo ha caracterizado. Tiene tacto con las mujeres, las escucha y comprende... Pero sus manos se apartan de mí bruscamente.

—¡Matt, no!

Se enzarza en una discusión a gritos con Álvaro y aprecio detalles que me asustan... Tiene sangre en los labios y la camiseta destrozada, ¿se habrá peleado con Adam? En segundos, un corro de gente los rodea y yo intento separarlos, mientras la chica que acompaña a Álvaro hace lo mismo.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que aparecen unos agentes de policía que les piden datos, explicaciones. Álvaro le quita hierro al asunto con sus ojos puestos en los míos. Y, tras media hora, los dejan ir.

—Eh, ya basta —le dice Álvaro a Matt—, ¿no estás viendo a tu mujer?

—¿Qué buscas de ella?

—¡Amistad, entiéndelo!

Se hace un silencio, largo, eterno. Reflexivo.

Cierro los ojos, Matt no tiene intención de luchar y yo ya no dispongo de fuerzas para lidiar

por los dos. Él necesita un tiempo y yo también.

—Gisele, tenemos que hablar —me dice.

Está descompuesto. Le toco el labio, el pómulo, la ceja. Álvaro me da unos pañuelos en silencio y luego se marcha con un gesto de disculpa.

—Sí, Matt, tenemos que hablar bastante... —respondo.

Nos miramos el uno al otro. Ahí está el amor tan grande y también de nuevo el arrepentimiento. Pero ¿y yo? No cederé esta vez. Saco mi coraza. Matt cambiará hoy, tal vez mañana, ¿y luego? Con él no hay término medio.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunto.

—Adam... me he enfrentado a él, pero no tenía fuerzas, Gisele. Me ha ganado. Ni siquiera he podido defenderme. Estoy hecho una mierda y me duele todo.

—Te vas a ir, ¿verdad? —afirma más que pregunta, y me roza la mejilla—. Te he perdido, ¿no es cierto?

—Sí, lo acabas de hacer. —Mi voz se quiebra por el nudo que presiona mi garganta—. Esto no es vida. En poco tiempo, me has enseñado a perder la confianza en ti una y otra vez.

—Voy a cambiar —prometo—. No sé qué me ha sucedido. Adam me ha golpeado, me ha gritado que eres una fiera en la cama. ¡Que te había follado en aquel viaje y que eres muy fogosa! Y llego aquí y otro, ¡no cualquiera, sino él!, te está abrazando...

—Tú eres quien me está alejando, Matt.

—Gisele. —Me acuna el rostro y suplica—. No quiero que te vayas. Prometo cambiar, eres mi vida. He hablado con Karen y William durante toda la tarde. Son mis padres, claro que lo son. Los he abrazado, he suplicado perdón. —Llora y verlo me desgarr—. Y una vez más me han apoyado. Junto con mi hermana, estarán siempre conmigo y yo sé que es cierto. Nunca me han dejado caer. Quiero empezar de nuevo y necesito que sea a tu lado.

—Eso me lo has dicho muchas veces y no cambias. Lo acabas de demostrar. Ya no puedo más, Matt. Me duele que nos pase esto a tan sólo dos meses y medio de casarnos, pero he reflexionado mucho y he entendido que el amor que nos tenemos no es suficiente. He querido intentarlo, te he suplicado... Pero ya no tengo fuerzas. Tú necesitas curarte y yo madurar para afrontar una vida completamente diferente a la que he llevado hasta que te conocí.

—Lo has decidido.

—Sí...

—¿Y te vas a ir sin más?

—¿Crees que es sin más? —replico—. ¿Crees que no me has dado motivos para ello?

—Lo sé... Tengo miedo. —Cierra los ojos—. Estoy aterrorizado, nena.

—Necesitamos un tiempo... pero separados, porque juntos no somos capaces de enmendar estos errores que tanto daño nos hacen. Tú te creas un mundo paralelo, en el cual puedes hacer lo que te apetece, yo he de entenderlo.

Dibuja una mueca amarga y se arrima a mi cuerpo, estrechando mi cintura. Me acaricia el pelo.

—Te lo voy a dar, no sé cómo voy a sobrevivir sin ti, pero quiero demostrarte que voy a cambiar, que te puedo hacer realmente feliz. Estaré en casa, esperándote, solamente dime que volverás.

—Lo haré... —Me controlo, estoy temblando—. Lo haré cuando vea que las cosas son

diferentes. Cuando crea que estoy preparada para esto.

Leo sus dudas en su mirada, las preguntas no formuladas.

—No, Matt. No me arrepiento de nada, aunque todo ha sido una locura —añado con sinceridad—. Nos hemos precipitado, quizá la situación habría sido diferente si hubiésemos ido paso a paso. Poco a poco.

—O yo hubiese sabido valorar lo que tenía —se lamenta—. Tienes razón, he pedido mucho más de lo que he dado.

—Ambos somos culpables o víctimas en esta situación. No nos martiricemos buscando un porqué. Quizá yo tampoco he estado a la altura, no sé. Hace días que dejé de saber nada. Me voy mañana, lo he decidido.

—¿Mañana...?

—Sí.

—¿A Lugo?

Su tono calmado me ayuda a relajarme.

—No, quiero estar sola y sé que mi padre no va a dejarme pensar.

—Te siento tan fría, nunca antes te has mostrado así... Ni siquiera aquella primera vez —me reprocha—. Pareces otra, no entiendo cómo en unas horas has podido cambiar tanto conmigo, incluso de forma de pensar.

—Me has hecho daño, Matt —susurro—. Yo confiaba plenamente en ti y tú has defraudado mi confianza una y otra vez.

—Me gustaría verte mañana —dice observándome—. Deja que pueda despedir a mi chica de servicio, no me dejes sin más. Dame algo para soportar esta dura separación.

—Ven temprano —musito, en la puerta del hotel—. Buenas noches, Matt.

Con pesar, levanta la mano, despidiéndose. Yo me quedo sola, vacía, sufriendo al recordar sus errores, su enfermedad. Que se dejó tocar por otra y me lo ocultó. Que sin querer nos ha distanciado, abriendo una brecha enorme, llena de desconfianza y de miedos.

—Hasta mañana, nena.

Me doy la vuelta rápido para no correr a sus brazos y gritarle que me voy con él. Una vez en la habitación, me tumbo en la cama, me enciendo el iPod y me machaco con la canción de Jennifer Lopez. Llorando, destrozada sin él, culpándome de tener el valor de irme, pero es que no puedo más y sé que defraudaré a todo el mundo.

Ayer los dos soñábamos con un mundo perfecto,

ayer a nuestros labios les sobraban las palabras,

porque en los ojos nos espiábamos el alma,

y la verdad no vacilaba en tu mirada.

Ayer nos prometimos conquistar el mundo entero,

*ayer tú me juraste que este amor sería eterno,
porque una vez equivocarse es suficiente,
para aprender lo que es amar sinceramente.*

*¿Qué hiciste? Hoy destruiste con tu orgullo la esperanza,
hoy empañaste con tu furia mi mirada,
borraste toda nuestra historia con tu rabia.
Y confundiste tanto amor que te entregaba,
con un permiso para así romperme el alma.*

*¿Qué hiciste? Nos obligaste a destruir las madrugadas,
y nuestras noches las borraron tus palabras.
Mis ilusiones acabaron con tus farsas,
se te olvidó que era el amor lo que importaba.
Y con tus manos derrumbaste nuestra casa*

La noche transcurre lenta y yo me la paso dando vueltas en la cama, angustiada por las dudas. Por la mañana, Matt viene a despedirme, como ayer me dijo que haría.

—Vengo a decirte adiós, nena. —Abre los brazos y dos gruesos lagrimones ruedan por mis mejillas—. Tenía que verte de nuevo.

Me arrojo hacia él con una desesperación que jamás había sentido. Toco su cuerpo, lo memorizo y él lo siente. Temblando.

—¿Puedo hacer algo para que te quedes?

Es difícil, pero ya no. Tengo que buscar y reencontrarme, ser la Gisele Stone que llegó a su casa. Su chica de servicio.

—Necesito este tiempo, no sólo únicamente para nosotros como pareja... —Suelto un suspiro tembloroso—. Lo necesito yo, quiero un poco de libertad, de tiempo para mí. Me ahogo, Matt. Lo siento tanto... Me duele irme...

—Cuando te sientas confusa, recuerda que yo siempre estaré aquí, esperándote... Vuelve pronto, por favor. He pensado mucho. Prometo someterme a un tratamiento desde mañana mismo. Te lo prometo, cariño, pero vuelve —me implora acunándome la cara, destrozado por mi

marcha—. Te amo, recuerda que sin ti no soy nada. Si te duele, no te va... —Sollozo—. Te recuperaré, cariño.

—Matt, no me falles. Quiero creerte, confiar en ti.

Asiente y busca mis labios, añorando su calor. Su dulce aliento me calma, me alivia. Es un beso hermoso y amargo, con sabor a despedida. Luego permanezco abrazada a él, disfrutando de la cercanía, mirándonos a los ojos y diciéndonoslo todo sin palabras.

Hoy soy consciente de que no puedo amarlo más. Es imposible describir el amor que siento.

Me reconforta que acepte la separación con calma; de algún modo, me llevo su consentimiento conmigo. Nos damos un último beso y me marcho pensando que es lo mejor para los dos.

Su grito desgarrado me acompañará cada día:

—¡Te amo!

No miro atrás ese día... como no lo hago el resto de las siguientes semanas. El tiempo se alarga más de lo que ambos pensábamos... Aun sufriendo como estábamos.

Quizá me equivoqué al marcharme. Su negación a tratar su dura enfermedad, mi inmadurez frente a sus problemas y nuestra precipitada relación, me asustaron... Alejándome más de él. Huyendo en dirección contraria.

Matt



Tras más de dos meses sin escribir en el diario que empecé gracias a Gisele, lo retomo... Los ánimos no me han permitido plasmar como quise... Por mis problemas, el distanciamiento de ella, el no vivir juntos. Las noches durmiéndolas enteras. Todo es diferente y duro.

Alicia y sus reproches. Su familia y constantes peleas con Michael a través del teléfono. Mis secretos para no dañarla... A veces creo no poder y, sin embargo, la vitalidad que me contagia ella me levanta cada día. Mi chica dulce, atrevida que me hace ver el mundo menos oscuro, su pureza lo envuelve.

El 10 de octubre es uno de los días más felices de mi vida. Dice sí, acepta la propuesta por la que llevo luchando estos meses. Mi vida giró cuando su negativa y sus advertencias fueron expuestas en julio... Lo he conseguido. Va a ser mía y tengo que luchar, no perderla. Me pesa el abatimiento, las horas compartidas son menos frecuentes, sus estudios, mi trabajo y algún que otro reportaje. Lo aborrezco, lo sabe... La apoyo.

No es fácil, un tratamiento me resguarda de lo que no puedo hacerla participe, quizá me deje al no soportar la carga... Estoy enfermo. Lo odio, no soporto el tener que mentirle, escaparme para poder acudir a terapias donde me enseñan a controlar los impulsos. Donde tengo que abrirme ante alguien que no conozco, explicarle mis locuras, las distintas sensaciones y pensamientos que me controlan. No obstante, me encuentro mejor, ¿por qué seguir con ello? Puedo solo y me niego a que Gisele, a punto de ser mi mujer, tenga que sufrir por este tormento a diario, soy autosuficiente, no tolero ciertos dolores de estómago, tres clases de pastillas diarias para el estado de ánimo, antidepresivos y el insomnio. Junto con un protector, que a veces no surte efecto. Tomando esporádicamente, podré ser yo... Lo dejo a medias.

—Por ella, quiero hacerla feliz.

Y todo listo en la universidad para Gisele, tras oscuros trámites con Silvia. No le cuento, ¿para qué? Es lo mejor para nuestra pareja y las metas que nos proponemos. Vivimos en una constante burbuja donde solo somos dos, es lo único que necesito. Los días se me antojan eternos sin estar a su lado como quisiera, sin su sentir en las noches, llegados aquí, estoy desesperado.

La boda se organiza como planeo, no hay tregua. Ya la quiero en mi vida a cada hora, experimentar un día a día; sin embargo, la creo llena de miedos, asustada. La noche de la despedida de solteros, lo demuestra. Me ha mentido, algunos hombres la miran y yo, me altero. Pero me sorprende y no debería, ella sabe plantarme cara y me provoca, me seduce y yo idiota, caigo rendido a sus pies. No se opone a mis deseos, es sensual y preciosa, me entrega y da justo lo que necesito a cada segundo. Pero al marcharme, sus ojos inseguros se clavan en mí y la promesa que espero no llega.

—No me falles —imploro.

Y los días transcurren, cansado, sin apetito. Nervioso y agobiado, creo que es la inminente boda. Scott se va acercando al trabajar a mi lado, está pendiente y yo se lo agradezco. Y el día después de la despedida falto a otras de mis promesas. Gisele no responde a mis llamadas, se demora en los mensajes y poco tiempo después, Karen me pide que sea sincero, ¿Gisele está conmigo? No claro que no, me vuelvo loco al saber que la han perdido. Golpeo, lanzo el móvil. Me trastorno, pienso que ha huido hasta que mi mente se esclarece y acierto tras hablar con Karen y preguntar dónde podría ir. Yo la conozco y corro, me bebo la carretera.

Ahí está.

Asustada y hermosa, llorosa e histérica, en nuestro lugar. La noche a su lado es sin pegar ojo, la tranquilizo y acaricio, mientras duerme inquieta. La observo. Es preciosa, sus rasgos perfectos. Me mata su mirada, el grisáceo de sus ojos son mi debilidad. La abrazo, sus pesadillas la acechan, la calmo durante las horas previas a nuestra unión y, al partir, dejo la nota para que no olvide cuánto la amo.

Su entrada en la iglesia, no puede ser más triste. No avanza.

—Me partes —musito sin voz.

Karen promete que Gisele estará, yo no lo creo, estoy a punto de echar a correr y traerla conmigo, el tiempo se congela ante su indecisión. Llega, pregunto, responde y me miente, no lo soporto, ¿qué quiere? Mi corazón está cardíaco, mi exaltación aumenta por segundos... Control, del que cada día, tengo menos.

Y lejos de todos, nos encerramos, le pido explicaciones y, aunque estoy muy enfadado, le sonrío. ¿Cómo se puede ser tan diablo? He dudado si me ama, otra estúpida pregunta justo en un día tan especial. Me incita y no me besa, pero lo hace y quiero más... siempre más.

Y por fin es mía, sus ojos ya brillan con la emoción de la preciosa novia que es, su sonrisa es sincera y siento que ya disfruta de nuestra unión, de igual modo la necesidad de torturarla me gana. A medias en el placer, con los invitados disfrutando en la fiesta y yo, impresionado al tantear a mi esposa y creerla tan desconcertada ante mi malvado juego. Tiene que tener paciencia... Hasta que la primera noche juntos, como mi mujer, me entrega todo cuanto quiero. No puedo amarla más y tengo miedo de defraudarla. La adoro y la mimo, la cuido como merece y le hago el amor con un fuerte sentimiento, mía. Mía y mía. En nuestra casa, suya. Le pertenece

por entera, como todo lo mío. Se lo cedo, es mi vida. Cada detalle es pensando en mi chica de servicio, se emociona y yo con ella. ¿Cuántas noches he soñado con esto?

Y la noche se hace larga donde nos amamos con una pasión desenfrenada y al llegar el descanso, pesadillas al incorporarse, ¡no se irá! Me propongo tranquilizarme y casi lo logro al amanecer con mi exquisita y explosiva esposa tras su aguante horas atrás. Hemos perdido el vuelo, ¿y qué? Estamos juntos. Pero cuando su sonrisa se ilumina para empezar el día cómplices, el teléfono suena, una mujer y una voz que nunca quisiera oír... Amanda, asegura que mi mujer y su marido...

—No puedo seguir escribiendo —me desgarro.

Y pienso que he de tomar alguna pastilla, para estabilizarme y lo hago. Ella aparece y me interroga, sé que advierte que estoy extraño y le miento sobre mi malestar. Le explico qué me sucede y su sonrisa se amplía al saber que no hay nada raro en mí. La protejo.

—Y duele.

¿Cuántos días hace que no he vuelto a plasmar lo vivido? Creo estar volviéndome loco. La luna de miel ha sido especial y extraña, mi cabeza se ha llenado de pensamientos negativos. Amanda llama, dice haber hablado con mi mujer y ella, tan compresiva, no me tortura. No menciona la conversación... sin embargo, me llama de nuevo con otras noticias. Me emborracho, me niego a subir y ver la culpa en los ojos de la persona que más amo en el mundo. Hasta que me armo de valor y reclamo a Gisele... Por un doloroso segundo pienso que sí, que me miente. Y la perdonaría, mi amor por ella es tan desesperado que, aunque me defraude y mienta, la querría. ¿Cómo he sido tan idiota? ¡Me ama! Nunca me destrozaría así.

Mi ánimo es diferente, irregular, Gisele insiste, ¿todo está bien?

—No, no lo está —susurro.

Un hijo, necesito un hijo que nos una y darle lo que no me dieron a mí, y se niega, ¿por qué? No quiero pelear y lo hacemos. Tan pronto como Gisele y yo nos amamos, no peleamos. Mis exigencias la agobian, soy consciente y no lo controlo. Días sin dormir a su lado por su osadía y no duermo, paseo y creo incluso hablar en voz alta. Ella se acurruca con el cachorro y no siente mi desesperación. Y corro de la empresa y la hallo allí, preciosa y tierna, la tomo con la desesperación que me produce distanciarme de ella. Las noches son torturas, cada uno en otra cama. Cerca. Se acabó, no controlo mi mal humor. ¡Quiero hacerlo! Trato de complacerla, es caprichosa. Sonrío si la recuerdo. La amo, no hay otra como ella.

Y otro inesperado vuelco me destroza por dentro. Amanda, una vez más... Quiere saber si Gisele está a mi lado y no, me ha defraudado al despertar y ver que me ha utilizado en el sexo para huir a por la cama del cachorro. Andy también ha salido, ¿están juntos? Lllamarla me sirve para perder la cabeza, afirma estar en algo importante, yo no la creo y le exijo que venga. Aquella otra mujer implora que la visite, entre la espada y la pared por Gisele, me encuentro con Amanda. La consuelo con la distancia suficiente, tiene cortes. ¡Otra vez no! Vivo en un constante tormento y al regresar, Gisele no está en casa.

Y llora al volver, ¿arrepentida? Me desgarro, ¿qué has hecho, nena? Sospecho de ella, no vivo. Horas que no habla y se encierra, no puedo más. Me vuelvo loco. Ya no... Andy, Sam, Alicia y Amanda marcan un día asqueroso. La necesito y entonces, tras suplicar, la hago mía, el amor. Para que sienta cuánto pretendo cuidarla y hacerla la reina que es para mí. Y sus manos

no me sienten, su cuerpo está helado, no calienta al mío y no muestra deseo... Lloro, ¿cómo nos hacemos esto?

—No me desea...

Tras la dura discusión y pese a todo, me perdona, me pide cambios y yo lo prometo, no quiero ser así, pero no sé controlarme. No existe otra, el bebé no es mío. Y creo que la solución es un hijo; callo y la engaño con la píldora algún que otro día a la semana, la distraigo momentos antes y la confundo. Me siento mal... Todo estalla.

Ella se ha ido, no está, ¿volverá? Lloro como un niño, llevamos días tan mal... La he presionado y agobiado, su hermano Scott está a mi lado y ella lejos, con un reportaje, poniendo tierra de por medio... ¿Cuándo voy a decirle lo que me sucede? No me puedo engañar más, una pastilla a veces, no es nada... Y me confieso con Scott al salir tras haberme encontrado con Carla, que me provoca y ha querido tocarme. Me niego y se regodea al decir que mi mujer podría estar... Ya no lo soporto, quiero llamarla y explicarle, he callado tanto...

Mi visita a Amanda me atormenta, sé que Gisele puede dejarme por ello, pero tengo miedo de que esa otra mujer cometa una locura. Y compartimos una misma ilusión: ser padres. Pero nada importa, mi Gisele no está... ¡No puedo más! Estoy roto, ahogándome sin su presencia en casa, sin la alegría que me transmite su mirar. Grito vuelve y vuelve en el silencio de la noche, refugiado en nuestra cama y mi soledad.

Necesita promesas y yo, por una puñetera vez, me obligo a ser claro con la mujer que se entrega sin pedir nada a cambio. Que soporta mis altibajos. No puedo más, solo no y me duele demasiado lastimarla. Su voz al teléfono es fría, ¿me deja? Me rasga el alma: te quiero, vuelve.

¿Lo hará mañana?

—Ha llegado el momento —me decido sufriendo.

Y un mes duro queda atrás, no sé cómo, ella ha accedido a quedarse a mi lado, no la merezco. No después de tantas mentiras, de ocultarle mi enfermedad que prometo tratar, con ella al margen porque sé que es duro, y me opongo a que se adentre en ello conmigo. Le cuento todo y llora, quiero hacerla feliz y no puedo. Distancia, sin preguntas. Un pacto omitiendo lo que me está sucediendo y me esfuerzo. Sin embargo, sus llantos en silencio por mi tratamiento, me desgarran y nos distanciamos, hasta que recapacitamos y yo me propongo reconquistarla; ella, seducirme. Es mi vida, claro que lo es, como yo soy la suya. Lo demuestra al no huir pese a la carga que puedo suponer para su diario.

La rutina entre nosotros no existe, es la mujer completa que siempre esperé... Se desvive por mí, el sexo no puede ser más completo y placentero. Me llena como nadie, me deja satisfecho, nunca saciado. Siempre quiero más de ella, en cualquier sentido. Estamos bien, Alicia ya no está en mi vida... Sam con su merecido, no puedo permitir que destrocen mi matrimonio. Las lágrimas de mi esposa rompen mi corazón, tengo que cuidarla. Es fuerte, mi chica de servicio. Su garra me ayuda a seguir, dejando otros malos momentos atrás.

—Malditas fotografías.

La creo, no me importa cuánto puedan mostrar las imágenes. Me siento bien y a la vez extraño, no me reconozco apenas. Ella se pone celosa y a mí, no sé por qué, me vuelve loco que me reclame como yo a ella. Sexy y atrevida. ¿Viajar a Lugo? Por ella, todo. Preparo sorpresas, ilusionado al imaginar su carita traviesa, de niña.

Hoy me tiembla el pulso al escribir y he dejado la medicación... No puedo más, los días en Lugo son insoportables, me la quitan, la alejan de la forma más sutil y ella, parece no ser consciente de cuánto la echo de menos. Su padre afirma adorar a Álvaro, se enorgullece al decir que es un hombre de pies a cabeza. Que yo no valgo para ella, que la estoy destrozando e introduciendo en algo que la apaga... Cada día me ha amenazado y peleamos hasta casi llegar a las manos, a espaldas de todos y él es el culpable de cómo me siento. Por él, abandono y dejo de medicarme en Lugo y posteriormente. Mi enfermedad no me permite sentirme útil, estar a la altura de lo que Gisele espera. No le hablo del dolor que me supone la falta de apoyo de su padre, sus palabras duras y crudas, la mantengo al margen para no dañarla. Protegerla es mi única necesidad, por ello callo. Siento que me drogo con cada maldita pastilla o eso afirma Michael cuando me ve tomando una. No puedo, no puedo más...

—Lo siento tanto, nena —me lamento—. No te pondré entre la espalda y la pared. No puedo hacerte más daño.

Celebramos su cumpleaños y me propongo explicarle qué me sucede, decirle que le he fallado y suplicar su ayuda para salir adelante. Solo no puedo, lo he intentado y de nada sirve. Omitiéndole el dolor de hablarle del cerdo de su padre. Escucho sus pasos en la cocina y sí, estoy sonriendo, me encanta su faceta en casa. La amo, mucho, tanto, que quiero superar cada duro obstáculo a su lado. Sin embargo, presiento que tiene algo que confesarme, desde su llanto en la cafetería me preocupo e inquieto, hay episodios que me ahogan, como la hora larga con Karen en su casa, ¿qué tiene mi chica del servicio?

Y me rompo, estoy destrozado... Ellos, los seres que me abandonaron vuelven a mi vida, me destrozan y me voy, no quiero dañar a Gisele con mi imagen tan descontrolada. Estoy asustado, lleno de amargura por dentro. Clamo venganza, quiero dañarlos... Al volver otro hombre abraza a mi mujer, ¡mía! Mis miedos están de vuelta, Elizabeth me abandonó y la idea de que Gisele también lo haga me vuelve loco. Pero me acoge en casa, me perdona y me mima, me explica que los ha visto, que no les importo... Y huyo, atormentado. Me encaro a la mujer que me dio la vida, la sensación de saber que está mejor que antes es como un puñal en mi pecho. Grito y amenazo. Al salir, son los ojos grisáceos que tanto amo los que me suplican, la beso y me marchó... No puedo más. No les perdono a William y Karen cuando me llaman, estoy borracho en un parque. Karen suplica y corto la llamada, no supero lo mucho que me han ocultado, ¿me consideran un enfermo y por ello el silencio?

—¿¡Por qué!? ¡Confiaba en vosotros!

Me siento solo y llamo a la luz de mi vida, ella, que me implora la vuelta a casa. Me habla de lo que todos sufren, ¿y yo? Estoy tan roto, que cuando llama Amanda... hablo sin más, jamás pensando que vendrá... Me quiere besar y la rechazo, mi mente visualiza a mi mujer. A mi chica del servicio, sensual y hermosa, pura. ¿Qué hago aquí?

Y corro a casa, no sé cómo llego y me acoge, me permite que le haga el amor pese a las palabras calladas. Pide pocas explicaciones, y yo me aferro a ella como mi único consuelo. Sé que hace días que sabe que dejé el tratamiento. No sé si debo tomarlo ahora con todo lo que me está sucediendo. ¡No sé nada! Y la engaño, no le hablo de Amanda...

—No quiero perderte, mi vida.

Y una nueva posibilidad de ser padre se abre ante mí. Y duerme, tras huir en la tarde... Me

coloco encima de ella y estoy vivo, es mi calma, mi cura. Me dará estabilidad. Abre los ojos y al encontrarse conmigo en su interior, se asusta... Lo sé, aun así, me muevo, la poseo con la suavidad de la seda. Con la que ella merece. Quiero intentarlo, quiero vivir a su lado. ¿Por qué no soy capaz de hacerla feliz?

Hablo, río, lloro y no sé... Obsesivo y posesivo. Cambiante por segundos.

Cada noche que la he contemplado mientras duerme y halla la paz que yo no, me he preguntado, ¿por qué me escogió a mí? No lo sé y egoístamente, no me arrepiento. Es mi otra mitad. Mi descarada, que me seduce y provoca. Me excita e incita en cualquier parte y cualquier lugar para que goce de ella en la intimidad... Sus coqueteos me matan. Es perfecta.

Amanda, mensaje y fotografías. Me descompongo. Se va, me deja. Grito y lucho conmigo mismo. La pierdo, ¡me ahogo! No me escucha, no entiende lo mal que estoy pasando estos días. Sé que la arrastro conmigo, que le daño... pero yo no quiero hacerlo. Los traumas, el dejar atrás a los seres que hoy tanto odio, tanta destrucción... no me siento preparado para afrontarlo solo.

Álvaro y ella, su padre me llama y se regodea que lo ha llamado él. Acabo de pelear y todo se me hace tan cuesta arriba... La quiero por un día... No conoce todo mi calvario y, aun así, la protejo. ¿Cómo dañarla más?

—Ayúdame —murmuro derrotado—, sin ti no puedo, nena.

Hoy estoy roto, destrozado. Mis ojos hinchados no por la paliza que me han dado días atrás, sino por su marcha, por su pérdida. Se ha marchado, se ha ido, me ha dejado...

—No lo soporto, ¡es dura la palabra!

Y necesito desahogarme, plasmar las muchas sensaciones que he sentido... Duele, la estoy perdiendo y no encuentro una salida. Dejé de escribir, dejé de hacer tantas cosas por idiota, hoy, las estoy pagando... Estoy enfermo, yo no quería. No era yo. Me lamento al recordarla.

Muchas situaciones me han superado últimamente, la llegada de las personas que me abandonaron me ha hecho pedazos y ahora nada tiene sentido. He mentido a Gisele. Amanda, que no quiero nada de ella. De las mierdas que su marido ha montado. La forma en la que Gisele me hace el amor la última noche, memorizando mi cuerpo, me desgarró como aquel día. Su cuerpo exquisito me aborda con ternura y lloro, grito. No puede ser.

—No puedo, cariño por favor... ven pronto —sollozo—. Te quiero mi vida, te amo.

Tras días sin escribir, mejoro... un mes sin Gisele; sin embargo, me estoy tratando, recuperando la calma. Me encuentro con otro ánimo, sin tantos altibajos. La necesito a mi lado en este proceso, mi cuerpo acepta con dificultad el tratamiento y por días, me hallo en la cama. No voy al trabajo, lo he dejado. Aferrado a su recuerdo para no flaquear... Ella ha prometido volver mañana, estoy feliz. Cada día nos llamamos y hablamos, es cierto que estoy atemorizado, lleno de cobardía y de miedo. No sé por qué, hace días que no escucho su sonrisa alegre. Sus ojos ya no brillan. Su voz es diferente. Con los días se ha ido apagando.

Y supongo que es por la añoranza, mi pena no cesa, excepto hoy. Ya he preparado nuestra casa y cama, sorpresas y las citas para que acudamos juntos a terapias. El tratamiento en su mano, para sostenerme fuerte de ella y no caer. Puedo, mis padres William y Karen, sí, mis padres, están a mi lado, junto con el resto de la familia. Scott me ha levantado en esta dura fase, hoy aguardo la llamada de mi esposa, pendiente de la hora que saldrá su vuelo.

—Te haré feliz, Gisele... juro por este amor que no te defrauda ré más.

Gisele me perdonó todo hasta que llegó el momento de no hacerlo. No, ya no podía más y yo lo sabía. Mis constantes cambios de humor, arrastrándola conmigo, dejándola hecha añicos. Fue demasiado para mi hermosa esposa.

—Duele el recuerdo.

Recuerdo que los primeros días tras esta marcha trato de hacerme a la idea de que casi está de vuelta, sin conseguirlo... Duermo perdiéndome en los sueños a su lado, recordando cada hermoso momento que vivimos juntos. Desde que empezamos hasta el día que estamos viviendo.

Y en mis sueños es hermosa como siempre, tierna, entregada. Donde le hago el amor de todas las formas que experimentamos en nuestra corta e intensa relación. La amo más que a mi propia vida y quiero tenerla conmigo pronto. Lo hará, mi mujer lo prometió.

Y más días... ¿Por qué, nena?

—No se siente preparada —lloro con el corazón partido en dos—. No me falles, nena. No sé vivir sin ti. Estoy cambiando, por ti... no me abandones.

No puedo escribir más... Es duro y no la entiendo, o quizá sí.

Dos semanas más tarde, aquí, me siento destrozado y derrumbado. Miro esta hoja mojada por la pena de no retenerla, no puedo seguir con esto... Estoy muriendo, lo estoy haciendo. Me encierro y sufro con el corazón perforado por el dolor. He cumplido mi juramento, sus pautas. Cada palabra prometida a la mujer de mi vida. Mi Gisele, mi chica del servicio...

—Y no has vuelto.



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Apasionada de la lectura, se inició en el mundo de las letras tras escribir algún relato de forma no profesional. La trilogía *La chica de servicio* es la primera novela de la autora.

Disfruta de una nueva forma de leer en

www.esenciaeditorial.com
www.clubnovelaromantica.com

Accede a contenidos exclusivos

- Selección de las mejores novedades y bestsellers
- Club de lectura con autores
- Áreas temáticas
- Noticias destacadas
- Presentaciones de libros
- Próximos lanzamientos

Comparte tu opinión acerca del libro en

 www.facebook.com/ClubNovelaRomantica
 www.twitter.com/PrensaRomantica
 www.youtube.com/ClubNovelaRomantica
 www.blogeditores.com

Explora. Descubre. Comparte.

La chica de servicio, 2. Poséeme

Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño y la imagen de cubierta: más!gráfica

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Patricia Geller, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.editorial.planeta.es

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia..

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-08-13334-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.,

www.newcomlab.com